

SILVIA GARCÍA RUIZ

*Enseñame
qué es el
amor*



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Biografía
Referencias a las canciones
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Mientras Nathan Lowell intenta convencer a su hermana Tori de que enamorarse es lo peor que te puede pasar en la vida, una mujer se cruza en su camino decidida a que le enseñe qué es el amor, aunque él no sepa nada del mismo.

Entre sus estudios y las horas que invierte ayudando a su padre en sus entrenamientos, Jessica Scott no tiene tiempo para los chicos ni para el amor, pero cuando intenta experimentar lo que éste significa, se encuentra con un hombre que no duda en reprenderla por su comportamiento. Enamorada de él, Jessica lo escoge como maestro, y no dudará en exigirle clases particulares cuando, años después, vuelvan a encontrarse en la universidad y descubra que él es su estricto profesor.

¿Conseguirá Jessica saltar todas las barreras que Nathan pondrá en su camino para alejarla de él? ¿Aprenderá sobre el amor de la mano de su atractivo y joven profesor o, por el contrario, será ella quien le enseñe que no es tan malo enamorarse?

ENSÉÑAME QUÉ ES EL AMOR

Silvia García Ruiz

zafiro 

Prólogo

Desde los diez años tuve muy claro que no quería enamorarme, ya que los adultos me habían enseñado, con sus confusas y alocadas acciones, que el amor podía convertirlo a uno en un completo idiota, y yo, con mi gran inteligencia, me encontraba muy lejos de llegar a experimentarlo... Sin embargo, las insistentes risas que mi abuelo o mi padre me dedicaban cuando les aseguraba que yo no cometería sus mismos errores en el futuro comenzaban a hacerme dudar.

Las historias de amor de mis familiares más cercanos siempre fueron bastantes turbulentas. De hecho, conocí a mi padre con seis años de edad, y únicamente porque me colé de polizón en el coche de mi madre cuando ella, un día, se dirigió hacia el apacible y aburrido pueblecito de Whiterlande, que ahora era mi hogar, para tratar de zanjar de modo definitivo su relación con mi padre, para bien o para mal. Afortunadamente, fue para bien.

A pesar de lo inteligente que era, mi padre se había separado de ella en varias ocasiones a lo largo de los años, y únicamente cuando yo me decidí a juntarlos terminaron rehaciendo su vida juntos, formando la hermosa familia que éramos ahora. Una familia bastante escandalosa, dicho sea de paso, llena de personajes de lo más peculiares, como mi atolondrado tío Dan, con sus bichos, pues era el veterinario local; mi tío Alan, que era todo un manitas fabricando hermosos muebles y remodelando casas, y de quien decían que era un sapo, algo que yo no terminaba de entender porque, en realidad, era bastante guapo y simpático.

Luego estaban mis tías: tía Elisabeth, con sus interminables listas-para-todo con las que nos perseguía sin descanso, y tía Victoria, una eminente abogada con la que se podía hablar de cualquier tema hasta que su marido, el tío Dan, o su chuchó, *Henry*, la alteraban haciendo que perdiera su perfecta compostura.

También debo mencionar a mi amorosa abuela Sarah y a mi desvergonzado abuelo John, que siempre le robaba las galletas antes de que se enfriaran un poco, haciéndole guiños mientras la provocaba recordándole un jugoso pastel de chocolate, que, según ellos, estaba prohibido para mí y mis primos, no sé por qué. A todo esto hay que añadir a mis primos: Helena, mi revoltosa prima un año menor que yo, una auténtica salvaje; su hermano Raymond, que ya con cuatro años nos chantajeaba a todos amenazando con revelar nuestros secretos únicamente para conseguir más chuches, y Olivia, una hermosa niña de apenas tres años con aires de princesa. Y, por supuesto, no puedo olvidar a mis otros tíos, los cuatro hermanos de mi madre, los pelirrojos hermanos Peterson, que, aunque le tenían tirria a mi padre, a mí me adoraban.

Ese día mi familia al completo se había reunido en mi casa para una importante celebración: mi hermanita Tori cumplía dos años. Era una niña muy bonita, de ojos azules y cabellos furiosamente rojos, hecho que mis tíos aprovechaban para meterse con mi papá diciendo que ella había sacado sus genes. Y yo, como todo hermano responsable, estaba decidido a advertirle a una edad temprana de lo que suponía formar parte de esa familia para que luego no se llevara ninguna sorpresa cuando supiera lo que conllevaba enamorarse para un Lowell.

—Bien, veamos. Primero creo que debo explicarte qué es el amor —manifesté, atrayendo la atención de Tori con unos dibujos de conejitos con los que pretendía enseñarle lo que nunca debía hacer.

Ella, que hasta entonces había estado jugando en el suelo de su habitación con sus muñecos, alzó la carita y comenzó a hacerme caso, tras lo que yo ajusté mis gafas y empecé con la lección.

—El amor, según el diccionario, es un sentimiento o atracción emocional hacia una persona. Hasta ahí está todo claro, ¿verdad, Tori?

—¡*Coneíto!* —exclamó ella señalando mi dibujo, por lo que interpreté su gesto como una afirmación y proseguí.

—El problema viene cuando el conejito se enamora... —anuncié mostrándole a dos conejitos cogidos de la mano.

—¡Dos *coneítos!* ¡Bieeeeeen! —aplaudió Tori emocionada.

—¡No, no y no! —negué seriamente, reprendiendo a mi díscola alumna mientras colocaba mis gafas en su lugar—. ¡Ahí es donde comienzan los problemas! Primero se vuelven locos... —dije mostrándole a mi hermana el dibujo de un conejito rabioso que estuvo a punto de hacerla llorar, por lo que pasé rápidamente al siguiente dibujo—. Y luego está esa maldita pizarra en la que todos los Lowell acabamos apareciendo, cualquiera sabe por qué... —declaré mostrándole un dibujo que representaba la pizarra de apuestas del bar de Zoe.

—¡*Pizarra!* —exclamó Tori, otra vez emocionada, sin saber lo que conllevaba aparecer en ella.

—¡No, Tori! Tu nombre nunca debe mostrarse en esa pizarra, porque eso solamente puede significar una de estas cosas: o que te has enamorado o que estás a punto de enamorarte y hacer el ridículo de una manera terrible. Por tanto, enamorarse está prohibido —concluí mi lección a la vez que le mostraba el dibujo de un corazón tachado.

Para mi desgracia, lo único que Tori entendió a la tierna edad de dos años fue lo contrario de lo que pretendía enseñarle.

—¡*Eamoose*, bieeeeeen! —dijo aplaudiendo como una loca, mostrándome así que era toda una Lowell.

—¡No, Tori, no! ¡Enamorarse está mal! —la reprendí.

Pero cuando comenzó a hacer pucheros y a soltar lágrimas desconsoladas, la dejé por imposible.

—Bueno, mañana lo intentaremos con marionetas, a ver si así... —le dije abrazándola con cariño para calmar sus lloros.

Nuestros padres no tardaron en aparecer por la puerta para reclamar nuestra presencia en la fiesta, que, a juzgar por los gritos provenientes de la planta de abajo, los mayores ya habían comenzado sin nosotros. Desde el umbral nos observaron sonrientes mientras emitían esos ridículos «¡Ohhh!» con los que me molestaban cuando yo exhibía cualquier gesto cariñoso hacia mi hermana. Con toda la seriedad que exigían mis maduros diez años, me aparté de Tori, recompuse mi aspecto, recogí mis cosas y me dispuse a marcharme. Pero la burlona sonrisa de mi padre me detuvo.

—¿Qué le estabas enseñando en esta ocasión? —preguntó dispuesto a sonsacarme. Pero yo me mantuve firme y guardé silencio. No obstante, Tori no era tan fuerte como yo ante la encantadora sonrisa de papá y sucumbió a la presión.

—¡*Eamoase*, bieeeeeen! —exclamó aplaudiendo. Tras ello, se puso torpemente en pie, se dirigió hacia mí y se hizo con mis dibujos para enseñárselos a nuestros padres.

—No creo que tu hermano quisiera decirte precisamente eso, Tori —indicó mi padre, mirando reprobadoramente el corazón tachado—. ¿Y bien? ¿Qué querías enseñarle a tu hermana, exactamente? —me interrogó reprendiéndome mientras me mostraba el dibujo del conejito rabioso, que, una vez más, hizo llorar a Tori.

—Papá, no quiero ser como tú... —declaré seriamente, decidido a mostrarle mi posición sobre el amor y las locuras que mi familia siempre acababa haciendo por culpa de ese irracional sentimiento.

—¿Qué es lo que no quieres ser? ¿Guapo? ¿Atractivo? ¿Un médico eminente? ¿O tal vez una persona feliz?

—No, nada de eso: no quiero ser un loco cuando me enamore.

—¡Ah, eso! Respóndeme a una cuestión, Nathan: ¿eres un Lowell? —me preguntó entonces mientras me dedicaba una sonrisa burlona.

—Sí... —contesté, extrañado ante tan ridícula pregunta mientras contemplaba a mi padre alzando a Tori del suelo entre sus brazos.

—Entonces, hijo mío, no tengas dudas de que lo serás cuando te llegue el momento... —afirmó acariciando cariñosamente mis cabellos a la vez que negaba con la cabeza al pasar junto a mí, como si ésa fuera una lección que aún tuviera que aprender.

—¡De eso nada! ¡No pienso enamorarme nunca! ¡¿Me has oído?! —grité furiosamente a mi padre, que se alejaba por el pasillo junto a mi madre y mi hermana.

—¡*Eamoase*, bieeeeeen! —fue la contestación que recibí, la única cosa que Tori había aprendido, erróneamente, de nuestra charla.

—¡Y por nada del mundo pienso estar en esa pizarra! —grité todavía más enfadado.

Cuando oí que la respuesta de mi padre eran unas estruendosas carcajadas comencé a dudar de mi seria decisión y a pensar en las sorpresas que me depararía un futuro en el que, para mí, no tenía cabida el amor.

Capítulo 1

Nueve años después...

—Vamos a ver, chaval, ¿no te he advertido ya que no debes meterte con mi hermana? —reprendí una vez más a uno de esos fastidiosos niños que se acercaban a Tori para molestarla, algo que cada vez que volvía de la universidad a casa para descansar tenía que solucionar.

Me encontraba observando al temeroso niño, que se balanceaba boca abajo en la trampa que yo había colocado en el árbol del jardín de nuestra casa, que quedaba muy cerca de la ventana de la habitación de Tori. Y es que, después de las locuras que había hecho mi familia a lo largo de los años, ya me conocía todos los trucos habidos y por haber.

—¡Es que me gusta, y por eso me meto con ella! —contestó el mocoso, que, al parecer, aún no había aprendido la lección.

—Peor me lo pones. ¿Y a ella le gustas? —pregunté intentando averiguar si mi hermana se había enamorado a la tierna edad de once años a pesar de mis múltiples advertencias.

—No, dice que soy un niño horrible y que jamás se enamorará de mí.

—Muy bien dicho. Por ahí te has librado, chaval —le dije mientras me disponía a soltarlo. Pero eso sólo fue hasta que el insolente crío se envalentonó y acabó de lleno con toda mi paciencia.

—¡Se supone que los adultos no deben meterse con los niños! ¡Pienso decírselo a mi madre para que le ponga una denuncia!

—Se supone...—repetí con seriedad a la vez que acomodaba mis gafas y me disponía a acojonarlo lo suficiente para que aprendiera la lección—. Sabes a lo que se dedican los tíos de Tori, ¿verdad, chico?

—Sí, claro: Dan Lowell es veterinario y Alan Taylor es...

—No, no me refiero a esa parte de la familia, sino a la otra, por parte de nuestra madre..., esos cuatro mastodontes pelirrojos que nos hacen una visita de vez en cuando.

—¿Ésos son sus tíos? —manifestó el tembloroso niño, comenzando a comprender dónde se había metido, ya que mis queridos familiares, al dedicarse a la protección y la seguridad de personalidades importantes, podían llegar a tener un aspecto bastante intimidatorio.

—Correcto... Pues verás: ellos son del tipo de persona que puede hacer desaparecer a otros sin que nadie pregunte nada. Y cuando digo «nadie» me refiero a «absolutamente nadie»..., ¿me vas entendiendo? —dije al tiempo que me pasaba una mano por el cuello, insinuándole lo que les sucedía a los que molestaban a mi familia.

Ahí fue cuando conseguí dos cosas: que el impertinente niño al fin se diera cuenta de que, por su bien, debía dejar de molestar a Tori... y, también, que se orinara en los pantalones, algo bastante desagradable cuando uno está colgado del revés en la rama de un árbol, así que lo solté rápidamente, haciéndolo caer de culo. A continuación vi cómo echaba a correr para no volver nunca jamás.

Cuando llegué al cuarto donde mi tímida hermanita escondía su lloroso rostro tras un cojín, le comuniqué con orgullo la feliz resolución del asunto mientras me sacudía las manos.

—¡Problema resuelto! Ese mocoso no volverá a tirarte de las trenzas o a meterse contigo, hermanita, ni mucho menos a perseguirte hasta casa.

—¿De verdad? —preguntó ella, alzando su esperanzado rostro hacia mí.

—Sí —contesté calculando que, por la velocidad con la que se había alejado el sujeto, la distancia que pondría entre ellos a partir de ahora sería bastante adecuada, tanto para mi tranquilidad como para la de Tori.

—Dijo que yo le gustaba, pero no creo que eso sea amor... —declaró Tori preocupada mientras se mostraba decidida a buscar ese sentimiento del que yo siempre le advertía que huyera —. ¿Tú qué crees, Nathan? —me preguntó, tal vez sin percatarse de que yo era la persona menos adecuada para responderle, ya que desde niño había rechazado de lleno la idea de enamorarme.

—Tori, yo no me he enamorado nunca y, de verdad, no creo que quiera experimentar volverme idiota por alguien. No obstante, no creo que intimidar a otra persona sea la mejor forma de demostrar ningún tipo de cariño —dije con sinceridad pasando las manos por mi cabello, frustrado por no saber cómo explicarme mejor.

—¿Por qué no quieres enamorarte? He oído que es algo maravilloso por parte de todos y cada uno de los miembros de nuestra familia.

—Porque los Lowell acabamos haciendo el idiota cada vez que nos enamoramos, Tori, y ya tengo bastante con los líos en los que me meten nuestra prima Helena y mi amigo Roan como para meterme en más por culpa de una chica.

—Nathan, algún día tú te enamorarás. Y yo también —declaró ella convencida.

—¿No he intentado enseñarte en múltiples ocasiones que lo mejor es no enamorarse, Tori?

—Sí, no obstante, quiero enamorarme. Y que tú también lo hagas. Sé que en algún lugar encontrarás a esa chica que te enseñará qué es el amor —manifestó mi hermana con tanta decisión que me hizo temer por mi futuro. Pero luego, viendo lo incómodo que me sentía ante ese tema, Tori cambió el rumbo de la conversación para meter su curiosa naricilla chismosa en cómo me había librado de ese molesto sujeto que la atormentaba—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Qué le has dicho para deshacerte de él?

—Bueno, verás, yo...

En el momento en que iba a comenzar a relatarle mi proeza, mi padre se asomó a la habitación con el teléfono en la mano y me advirtió con una sonrisa burlona en el rostro:

—No sé qué has hecho, chaval, pero la has cagado... —y, sin más preámbulos, me cedió el

teléfono a través del cual mi madre me reprendía histéricamente por mi, según ella, inadecuado comportamiento.

Como en esos instantes estaba cuidando de mi abuelo y se encontraba muy lejos de mí, supe que escaparía de sus terribles tirones de oreja y de su espantosa repostería con la que insistía en torturarme cada vez que estaba de regreso en casa.

—¿Cómo has podido, Nathan...?! ¡Y a un niño...! ¡Eso es crueldad y...!

—Mamá, no le he hecho nada que no se mereciera, ya que ese niño molestaba continuamente a mi hermana.

—¿Se puede saber de quién has aprendido ese comportamiento de matón de tres al cuarto? ¡Porque nosotros no te hemos educado así!

—¿Me puedes pasar con mis tíos, mamá? —repliqué interrumpiendo los airados gritos de mi madre por un instante, hasta que comprendió la situación y pasó a reprender a sus hermanos, sabiendo perfectamente cómo eran esos cuatro sobreprotectores hombres de su familia.

Al ver que con el escándalo mi madre se había olvidado de pasarles el teléfono a mis queridos tíos, grité a través del mismo:

—¡Muchas gracias, tío Aidan, tío Jessie, tío Julian, tío Jordan: la trampa del árbol ha funcionado a la perfección!

Luego me apresuré a colgar, sabiendo que por el momento me había librado del sermón de mi madre, que ahora recibirían mis pobres tíos.

—No tienes remedio —rio mi padre mientras golpeaba jovialmente mi espalda—. Espero que no te metas en ningún lío más este verano.

—No te preocupes, papá: sólo he venido a disfrutar de mis vacaciones. No pienso meterme en ningún lío.

—¿Estás totalmente seguro de eso? —preguntó él escéptico, alzando una ceja.

—Sí, ahora que Helena se ha ido a la ciudad a celebrar su mayoría de edad y su libertad, ya que Roan no ha vuelto, esos dos no pueden meterme en ninguno de sus problemas.

—Lo que tú digas, chaval... —declaró mi padre con una maliciosa sonrisa en el rostro que me advertía que estaba equivocado.

Sin embargo, no supe cuánto hasta que mi amigo volvió inesperadamente a Whiterlande y, al no encontrar al amor de su vida, me arrastró una vez más a uno de sus descabellados planes mientras yo no dejaba de injuriar al amor y las locuras que éste acarreaba, y en las que, para mi desgracia, siempre me metían a mí.

* * *

Nathan Lowell era el hijo mayor de Josh Lowell y Molly Peterson. A pesar de que su padre era el eminente director del hospital del pequeño pueblo donde vivían y su madre una de las

enfermeras, Nathan se había inclinado por la profesión de docente y había elegido especializarse en Historia del Arte.

Con apenas diecinueve años, llevaba un curso de adelanto con respecto a sus compañeros, y en su segundo año de carrera ya era el primero de la clase. Sus calificaciones eran las mejores, e incluso había llegado a corregir a varios de sus profesores, recibiendo múltiples halagos por su sublime inteligencia. Justamente por ese motivo Nathan se preguntaba por qué narices, con lo listo que era, siempre que volvía a su hogar en ese pequeño y apacible pueblecito que era Whiterlande acababa metido de una u otra manera en algún lío al que lo arrastraban o bien sus familiares, o bien su loco amigo Roan, un chico que lo había convertido en su confidente para el resto de su vida, simplemente porque a la tierna edad de siete años se había enamorado de su prima Helena.

—¿Puedes recordarme por qué estoy aquí? Y, de paso, ¿por qué estoy haciendo esto por un amigo al que no he visto en años? —preguntó Nathan mirando con enfado su indumentaria, consistente en unos livianos pantalones de pinzas, unos tirantes sobre su desnudo torso y una regia regla de madera que Nathan sentía deseos de utilizar sobre la cabeza de su amigo para que le entrara algo de raciocinio.

—Helena... —dijo sencillamente Roan, recordándole a Nathan que su estupidez no tenía solución, ya que, de nuevo, corría como un loco detrás de la mujer de la que se había enamorado. Que ésta, además, fuera parte de la familia Lowell sólo contribuía a añadir un ingrediente más para convertirlo todo en un gigantesco caos.

—No tienes remedio —suspiró Nathan, sabiendo que, si no ayudaba a esos dos, todo sería aún peor para él, ya que acabaría metido en numerosos problemas hasta que volvieran a juntarse.

Sus buenas intenciones de ayudar a la pareja comenzaron a desvanecerse cuando empezó a sonar una estridente música detrás de la negra cortina que lo ocultaba, momento en que se oyeron unos gritos subidos de tono procedentes de un montón de mujeres histéricas que exigían su trozo de carne, y, para desgracia de Nathan y su amigo, esos trozos de carne eran ellos.

—¿Adónde demonios crees que vas, dejándome solo ante el peligro?! —exclamó Nathan sujetando a su amigo cuando éste, tras mirar a hurtadillas por un lado de las cortinas, se dispuso a marcharse.

—Helena —contestó Roan, siguiendo con su mirada el camino por el que su enamorada se marchaba.

Y, compadeciéndose una vez más de su amigo, Nathan se dispuso a dejarlo marchar para enfrentarse en solitario a la locura en la que, de nuevo, lo había metido esa irreflexiva pareja mientras buscaban el amor.

—No sé ni para qué pregunto... Anda, corre tras ella, que ya las entretengo yo. ¡Pero que conste que ésta es la última vez que te ayudo con mi prima! —declaró.

Luego cogió aire, se acomodó las gafas sobre la nariz y comenzó a negar con la cabeza, asombrado por la locura que estaba a punto de cometer, hasta que alguien anunció el estúpido mote con el que lo había bautizado Roan, llamándolo al escenario.

—¡Y a continuación, queridas señoritas, recibamos con un fuerte aplauso a nuestro siguiente artista! ¡Se lo advierto: tengan mucho cuidado con él! ¡Es un profesor de lo más severo que no dudará en aleccionarlas esta noche con su contundente vara! ¡Él es el Profesooooor Castigadooooooor!

—Dios, no permitas que me enamore nunca... —suspiró Nathan antes de salir al escenario para sumergirse en ese intenso mar de estrógenos, concediendo así a Roan la oportunidad de alcanzar a Helena sin que los ojos de los vigilantes estuvieran fijos en él, sino en el escándalo que Nathan estaba a punto de protagonizar.

* * *

Paseándose por el escenario como si de un aula se tratara mientras sonaba la estruendosa música, Nathan simuló que cada una de las mujeres allí reunidas eran sus alumnas. No tuvo piedad con ellas mientras caminaba por el lugar con tranquilidad y chulería, ignorando la música, que por nada del mundo bailarían. Y, dirigiendo severas miradas a su público, a la vez que golpeaba la regla contra su mano izquierda una y otra vez, oyó algún que otro suspiro femenino a su alrededor. Impasible ante los deseos de las chicas que se agolpaban frente a él, les dedicó una perversa sonrisa a la vez que les anunciaba con un tono malicioso:

—¡Señoritas, hoy estoy aquí para aleccionarlas!

Un comentario ante el que ellas no dudaron en chillar como locas, algo que Nathan ignoró para continuar reprendiéndolas desde el escenario. No obstante, en ese momento vio a uno de los vigilantes encaminándose hacia Roan y supo que tenía que hacer algo para que sus esfuerzos no fueran en vano, ya que por nada del mundo pensaba volver a ponerse un tanga, por muy amigo suyo que fuera. Tenía que ser ahora o nunca. Así que, al ver que las mujeres comenzaban a impacientarse, volvió a golpear fuertemente la regla contra la palma de su mano para llamar su atención antes de preguntar a viva voz:

—¿Quién quiere ser la primera en ser castigada?!

Tal y como le había asegurado su abuelo en alguna ocasión, cuando las chicas se desmelenaban lo hacían a lo grande, algo que Nathan comprobó de primera mano al observar desde su aventajada posición cómo todas las mujeres se abalanzaban hacia el escenario, golpeándose, mordiéndose y arañándose en el proceso. De inmediato, los vigilantes dejaron de prestar atención a Roan para acercarse a separar a esas alocadas mujeres que habían comenzado una verdadera pelea de gatas, algo que Nathan contempló con una maliciosa sonrisa pensando que, si él realmente fuera un maestro y ellas sus alumnas, definitivamente tendría que castigarlas a todas.

* * *

Jessica observaba con asombro el lugar al que la habían llevado sus amigas: un escandaloso

local de striptease donde la estridente música que sonaba en ocasiones quedaba sepultada por el griterío de las mujeres. La oscura sala estaba tan sólo iluminada por unos cegadores focos intermitentes de colores que se centraban en un amplio escenario con una pasarela, hacia la que se dirigían todos los expectantes ojos para observar al atractivo hombre que había encima de ella. La barra libre, que se pagaba junto con la cara entrada del local, se encontraba en el lado opuesto al escenario y durante toda la noche había estado saturada de personas sedientas, salvo cuando sonaba la música que anunciaba el siguiente espectáculo, momento en el que se vaciaba con celeridad.

Había numerosas mesas redondas de metal, de un llamativo color rojo, junto a altos taburetes del mismo color, en donde las chicas se acomodaban para disfrutar de la diversión que ese negocio les ofrecía. En las zonas reservadas a las personas VIP se extendían unos cordones rojos que envolvían unos sillones redondos en cuyo centro reposaban sendas mesas colocadas estratégicamente para tener la mejor vista del escenario.

Pese a los numerosos lugares de que disponía el local para tomar asiento y disfrutar de la bebida y el espectáculo, las mujeres preferían disfrutar de ambos junto al escenario, donde intentaban aprovechar lo máximo posible las vistas de lo que allí se ofrecía para su deleite y diversión.

Aunque se veía a varios hombres uniformados paseando por la sala, la seguridad dejaba mucho que desear, ya que, a pesar de ser menores de edad, tanto Jessica como sus amigas habían conseguido colarse en el establecimiento sin ningún problema. Y es que el maquillaje y los sujetadores con relleno hacían mucho para simular que una chica era una mujer cuando apenas dejaba de ser una niña.

De un simple vistazo, Jessica pudo descubrir numerosos rincones en donde los bailarines podían ofrecer bailes más privados a sus clientas si ambas partes lo deseaban. Definitivamente, ese ambiente no era nada adecuado para una chica de su edad, pero eso era lo que pasaba cuando una les preguntaba a sus amigas qué tenían de especial los hombres para que siempre corrieran detrás de ellos, cuestión a la que Jessica había recibido una respuesta muy gráfica a lo largo de esa noche cada vez que había visto a uno de los *strippers* desprenderse de su tanga.

Como hija única de un entrenador de fútbol americano, Jessica había recibido una educación más centrada en los deportes que en otras cuestiones más femeninas. Y muy especialmente cuando su padre, después del divorcio, se había quedado con su custodia mientras su madre se había desentendido totalmente de ella. Por eso, en el momento en el que a sus dieciséis años sus amigas comenzaban a interesarse por los chicos, las citas, los besos y el sexo, ella se preguntaba si alguno de esos intereses sería tan excitante como el fútbol, o si eran algo tan tremendamente aburrido como veía en las melosas películas que a muchas de sus compañeras les gustaba mirar.

Desde la segunda fila cercana al escenario, Jessica se daba cuenta de que el sexo masculino también tenía sus encantos, y pensó que tal vez sería interesante experimentar con él, tal y como estaban haciendo sus amigas en esos instantes.

—¡Vale! Entonces ¿qué es lo más interesante de tener novio: los besos, las citas o el sexo? —preguntó con curiosidad.

—¡Obviamente, el sexo! —contestaron a la vez la descocada Taimi, una llamativa rubia de ojos verdes, y la tímida Lucil, una apocada morena de soñadores ojos marrones, por lo que Jessica llegó a la conclusión de que tenía que probarlo.

—¿Y qué tengo que hacer para tener sexo?

—Primero de todo, elegir un hombre que valga la pena —respondió Taimi mientras señalaba a los espléndidos ejemplares masculinos que las rodeaban.

—¡Hecho! —anunció Jessica, quien, tras escudriñar a todos los sujetos del local, indicó con descaro al que había elegido.

Sus amigas siguieron con asombro la dirección de su dedo hasta el escenario, donde un severo hombre de aproximadamente un metro ochenta y cinco de estatura, rubios cabellos e intensos ojos azules sonreía provocadoramente, animando a las mujeres a subir para darles su lección. Y, como si hubiera averiguado que ellas estaban haciendo algo malo tras ver ese impertinente dedo que lo señalaba, las reprendió con la mirada.

—¡Uf, Jessica! ¡Ése es demasiado para ti! —declaró Taimi, haciendo que bajara ese dedo que comenzaba a delatarlas.

—Lo mejor es que primero encuentres a un buen chico, te enamores, lo conozcas en profundidad, tengáis besos, citas y, luego, una vez mantengáis una relación estable, paséis al sexo —apuntó Lucil.

—¿Y eso cuánto tiempo lleva? —preguntó Jessica, pensando que, con los entrenamientos como *quarterback* del equipo de fútbol americano femenino, la ayuda que le prestaba a su padre los fines de semana para el entrenamiento de los equipos infantiles y los exámenes del instituto tendría muy poco tiempo para experimentar.

—Bueno, a Thomas y a mí nos llevó un año y medio y... —respondió Lucil.

—¡No jodas! ¡¿Tanto...?! —exclamó Taimi asombrada a la vez que Jessica daba su propia contestación:

—No tengo tanto tiempo.

—¡Pero, chicas, lo bueno de hacer el amor es hacerlo con alguien a quien amas...!

—O también puedes pasar a la parte fácil y mantener un encuentro rápido en el que sólo disfrutéis del sexo y nada más —apuntó provocativamente Taimi, que había tenido más de una relación, ninguna de ellas demasiado seria hasta el momento.

—Eso sí podría servirme —anunció Jessica—. Vale..., ¿y cómo me acuesto con él? —inquirió empecinadamente, volviendo a señalar al mismo peligroso sujeto que, a pesar de ser él quien tenía que desnudarse, permanecía totalmente vestido sobre el escenario mientras la regla de madera que apoyaba sobre su hombro estaba llena de sujetadores colgando.

—¡Baja el dedito, Jessica! —volvió a reprenderla Taimi, golpeando el empecinado dedo—. ¿Es que no has comprendido que ese hombre es demasiado para ti?

—De hecho, creo que es demasiado para cualquier chica —declaró Lucil, señalando cómo abandonaba el escenario sin haberse quitado ninguna prenda, y, aun así, las mujeres no le reclamaban la ropa, sino que volviera al escenario para castigarlas más, unos chillidos a los que el severo Profesor Castigador no prestó atención hasta después de desaparecer detrás de las cortinas, momento en que arrojó al escenario un escueto tanga por el que ellas no dudaron en pelearse.

—Pero lo quiero a él, ninguno de los demás hombres me parece interesante. Es muy atractivo, tiene un buen cuerpo, no demasiado musculoso pero sí lo suficiente, lo que me lleva a pensar que se ejercita a menudo, pero para sí mismo y no para presumir. Y sus ojos... sus ojos muestran una inteligencia superior que me resulta muy excitante.

—Jessica, te lo advierto: con ese hombre no vas a conseguir nada. Y si lo consiguieras por algún milagro cósmico imposible, te arrepentirías de ello, te lo garantizo. Así que será mejor que lo olvides —manifestó Taimi, decidida a llevarse a su amiga de ese lugar antes de que cometiera un error irremediable.

—Será mejor que a partir de ahora busques el amor y no simplemente sexo, Jessica. Todo será mejor así —aconsejó Lucil a su loca amiga, que tenía el defecto de ser demasiado directa para alcanzar lo que quería y no había aprendido las sutilezas con las que en ocasiones jugaban las mujeres para satisfacer sus deseos.

—Entonces solamente tengo que lograr que ese hombre se enamore de mí... —declaró Jessica empecinadamente, y sus amigas se rieron de ella mostrándole que eso era simplemente imposible.

Sin embargo, ellas no sabían del empeño, la constancia y el trabajo duro que Jessica invertía en sus entrenamientos para conseguir la victoria en sus partidos a cualquier precio, por lo que, ¿por qué iba a ser diferente conseguir a un hombre?, pensaba ella mientras, aprovechando un descuido de sus amigas, seguía hasta el baño los pasos del hombre que había elegido.

* * *

Estaba harto de ese lugar. Me había librado de tener que quitarme la ropa sobre el escenario por muy poco. Por suerte, las espectadoras se conformaron con el tanga que les arrojé mientras uno de los encargados me reprendía por mi actuación al tiempo que me mostraba el vestuario que debía lucir en mi siguiente número. Creo que con mi gesto el encargado comprendió que ésa había sido la última vez que me subía al escenario, aunque después de mi gran acogida por parte de las mujeres, intentó tentarme con una jugosa oferta que no dudé en rechazar.

Maldiciendo a Roan, me cambié en los vestuarios. Y, tras dejar el odioso disfraz de profesor en un apartado rincón, me puse a dar una última vuelta por el establecimiento buscando a mi amigo. Ya había decidido que, si no veía a ese idiota, que probablemente lo estaría pasando mucho mejor que yo en compañía de mi prima, volvería al lujoso hotel donde él nos había

registrado. Y, como me tocara mucho las narices, estaba más que dispuesto a echar el pestillo de la habitación que compartíamos para dejarlo en la calle.

Estaba tremendamente enfadado con Roan, un fiel amigo que no había dudado a la hora de dejarme sólo ante el peligro, un peligro que no era otro que una marabunta de mujeres ávidas de sexo y de mi escasa ropa, algo que no pensaba darles de ninguna manera.

Mientras me lavaba la cara en el solitario baño de caballeros, una más de esas molestas chicas que me habían estado atosigando esa noche me persiguió hasta el interior y, para colmo, me hizo una pregunta bastante estúpida que acabó con mi paciencia.

—¿Qué tengo que hacer para que te enamores de mí?

Furioso por la invasión de mi intimidad que había perpetrado esa mujer, me volví hacia ella hasta encontrar frente a mí a una exuberante chica con una larga melena castaña, un pícaro rostro y unos preciosos ojos verdes que, por unos instantes, me distrajeran. Tal vez demasiado.

Ataviada con una minifalda vaquera, unos altos tacones rojos y una sugerente camiseta que mostraba más de lo que ocultaba, sus sensuales labios me anunciaron que buscaba sexo, aunque pretendiera llamarlo con un nombre más complicado.

Decidido a hacerla cambiar de opinión, la acorralé contra el lavabo para darle lo que quería y, de paso, una lección que no olvidaría jamás.

Sentándola sobre el mismo, me coloqué entre sus piernas y, acercándome más a ella, la aprisioné con mi cuerpo, haciéndole notar la dura evidencia de lo que su proposición había conseguido. Luego me acerqué insinuantemente a sus labios con la promesa de un beso, pero cuando éstos estuvieron a tan sólo un aliento de distancia, me desvié maliciosamente de su boca, dejándola con el anhelo de ese beso, y le susurré al oído la respuesta que siempre tendría para cualquier mujer que me hiciera esa pregunta, por más que me tentara.

—Yo no soy de los que se enamoran... —dije antes de intentar apartarme burlonamente de ella, ya que su decidida mirada podía llegar a meterme en un sinfín de problemas.

Pero ella no permitió que me alejara, y, atrayéndome hacia sí, me exigió ese beso que mis avances le habían prometido. Sus labios tocaron tímidamente los míos una y otra vez, rozándome sutilmente mientras me pedían que le mostrara cuál era la realidad de un beso. O me estaba provocando o, simplemente, esa chica no sabía besar.

Decidido a castigarla por su insolencia, mordí con sutileza su labio, haciéndola gemir. Y fue entonces cuando le mostré lo que era un beso de verdad: tomando el control, la acerqué más a mí y me apoderé de su boca. Con mi avasalladora lengua, le exigí una respuesta que ella desconocía, pero que yo disfrutaría enseñándole. Y, mientras mi boca la subyugaba con un beso, comencé a alzar su falda para buscar la prueba de lo mucho que me deseaba acariciando lentamente su temblorosa piel, dispuesto a llegar hasta sus incitantes braguitas de encaje negro.

Excitado, devoré su boca saboreando la dulzura de su entusiasmo mientras su dubitativa lengua apenas sabía darme una respuesta y sus manos se apoyaban en el lavabo como si no supiera qué

hacer con ellas. Mis dedos se movieron hábilmente hacia sus braguitas mientras ella apretaba los muslos, haciéndome notar su deseo pero a la vez rechazándome.

En ese momento me di cuenta de que algo no encajaba en esa mujer.

El aspecto decidido y atrevido que quería aparentar al hacerme esa indecente proposición parecía deshacerse entre mis brazos por momentos, mostrándome que en realidad era una muchacha asustada e inexperta.

Entonces intenté apartarme de ella para averiguar la verdad. Mis manos abandonaron la idea de llegar a su ropa interior y finalicé el beso para alejarme de ella, pero sus piernas me retuvieron y sus dubitativos brazos al fin se aferraron a mí, atrayéndome hacia su cuerpo.

Resistiéndome, apoyé las manos en el lavabo en lugar de depositarlas sobre ella y, mirándola de cerca con más atención, pude percibir que su recargado maquillaje y sus seductoras ropas ocultaban que en realidad era únicamente una niña con demasiadas ganas de ser mayor antes de tiempo.

—Entonces tengamos sólo sexo, aunque mis amigas me han asegurado que con amor todo es mucho mejor... —manifestó atrevidamente, haciéndome reír con cinismo al confirmar con sus inocentes palabras mis dudas sobre ella.

—¿Qué edad tienes?

—La suficiente —replicó haciéndome frente.

—¡Ni de coña! —contesté mientras le quitaba parte de su maquillaje con una mano, pero ella no se inmutó y continuó insistiendo en un tema que para nosotros era simplemente imposible.

—Tengo un condón... —dijo tentadoramente, sacándolo de un bolsillo de su falda.

—¡Ah! Eso lo cambia todo —declaré con ironía—. ¿Sabes siquiera cómo se utiliza eso? —pregunté acercando mi rostro al suyo para ponerla nerviosa, cosa que, aunque su decidido rostro no lo mostraba, sí lo hicieron sus temblorosas manos—. Trae acá... —le ordené mientras le arrebató el condón y comenzaba a abrirlo. Ella, inocentemente, cerró los ojos a la espera de que me lo pusiera, pero solamente era una niña, demasiado ingenua para saber lo que en verdad me estaba pidiendo. Así que esperé pacientemente a que abriera los ojos, y en el instante en que lo hizo, inflé el condón con sabor a fresa y se lo ofrecí como si fuera un globito.

—¡Hala! ¿Quieres que te haga algún truquito más antes de echarte de este lugar a patadas?

—¡Quiero acostarme contigo! —declaró testarudamente.

—Pues entonces búscame cuando seas mayor. Hasta entonces, esto es todo lo que recibirás de mí —respondí meneando el globo delante de ella.

Finalmente, la chiquilla pareció entender que no conseguiría nada de mí, pues sus brazos y sus piernas dejaron de atraparme y yo al fin fui libre para alejarme de ella. Sin embargo, a pesar de que podría haber salido disparado por la puerta y alejarme de ella a toda velocidad, aguardé con paciencia a que se bajara del lavabo y recompusiera sus ropas para acompañarla a la puerta como todo un caballero.

¡Craso error!, ya que, cuando ella pasó por mi lado, me arrebató el globito con impertinencia,

y, alzando su decidido rostro hacia mí, me demostró que se había tomado al pie de la letra mis palabras y estaba resuelta a que nos encontráramos de nuevo.

—Cuando volvamos a vernos no sólo me voy a acostar contigo, sino que también voy a hacer que te enamores de mí —afirmó, tras lo que salió con los aires de una digna princesa, momento que estropeó las estruendosas carcajadas que proferí como única respuesta a su absurda observación.

Tras ver cómo volvía con sus amigas, no tardé en señalarles la salida con una de mis manos, advirtiéndoles con la mirada que, si no abandonaban el local de inmediato, informaría a los de seguridad de su presencia en ese establecimiento, que todavía era demasiado para ellas.

Las dos amigas de mi atrevida acosadora bajaron el rostro, sintiéndose intimidadas y avergonzadas, pero ella lo alzó desafiante, y, antes de marcharse, me lanzó un descarado beso mientras me aseguraba en silencio que las cosas no iban a quedar así.

* * *

Una vez fuera del local, mis amigas me reprendieron seriamente por haber provocado que nos echaran, una reprimenda a la que apenas presté atención mientras recordaba mi primer beso y al hombre que me lo había dado.

—¿Ves lo que has conseguido? ¡Por tu culpa nos han echado del local y tú has conseguido de ese hombre, ¿el qué?! ¡Un estúpido globito! —gritó Taimi enfadada. Pero, aun así, no consiguió borrar la sonrisa de mi rostro al recordar lo excitante que había sido ese beso.

Sin poder evitarlo, me acaricié los labios con un dedo, recordando el abrasador calor de ese beso, las exigencias de esa lengua que me había hecho derretirme entre unos fuertes brazos que estuvieron dispuestos a abrazarme hasta que percibieron el pequeño inconveniente de mi edad.

Al contrario que muchos hombres que se habrían aprovechado del momento, él me riñó como si verdaderamente hubiera sido el estricto y recto profesor que había fingido ser sobre el escenario. Eso únicamente me hizo desearlo más, porque estaba segura de que el hombre que había elegido, a pesar de las advertencias de mis amigas, era el adecuado; no sólo para acostarme con él, sino también para enamorarme.

—Creo que me he enamorado... —susurré soñadoramente mientras meneaba el escandaloso globito.

—¿En serio? ¿Ésa es tu excusa? —manifestó Taimi indignada.

—Creo que no es una excusa —opinó Lucil preocupada mientras señalaba mi cara de boba cada vez que recordaba ese beso.

—Definitivamente, estás loca, Jessica. Si lo llego a saber, no te habría traído a este local.

—¿Sabes siquiera su nombre? —me preguntó tímidamente Lucil, para que viera que mi idea de enamorarme de un desconocido era una completa locura.

—No.

—¿Y sabes de dónde es, o dónde vive? —insistió ella.

—¿O si se dedica a algo más que a eso de ser *stripper*? —intervino Taimi.

—Ni idea —contesté con total sinceridad.

—¡Estás loca! —declararon mis amigas al unísono mientras lanzaban sus manos al aire, dejándome por imposible.

—No, sólo enamorada —confesé, aunque pareciera algo imposible.

Mientras esperábamos un taxi que nos llevara a casa de Lucil —cuyos padres estaban fuera de vacaciones, por lo que en teoría estábamos bajo el cuidado de su despreocupado hermano mayor, que, sin embargo, pasaba de todo y en realidad nos dejaba hacer lo que nos diera la gana—, vi al hombre que me había robado mi primer beso pasando a toda prisa por nuestro lado al tiempo que hablaba acaloradamente por teléfono con una mujer a la que no dejaba de regañar.

—¡Pero, Tori, ¿es que no has aprendido nada de mis lecciones?! —declaró él muy enfadado. Y, sin poder evitarlo, los celos y la curiosidad me llevaron a gritarle una pregunta que tal vez me llevaría a desistir de perseguirlo.

—¿Tu novia? —interrogué señalando su móvil.

Y él, volviéndose hacia mí, me dedicó una maliciosa sonrisa antes de contestarme.

—No, mi hermana. ¿Y sabes lo peor de todo? ¡Cree en el amor!

—Tú también lo harás —le prometí, cada vez más decidida ahora que sabía que no tenía a nadie que ocupara un lugar en su corazón, lugar que yo estaba dispuesta a reclamar cuando creciera.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó con escepticismo, alzando burlonamente una ceja.

—¿No es obvio? Cuando volvamos a encontrarnos...

Y, sin esperar una respuesta que tal vez solamente sería una burla ante mis sentimientos que aún no habían terminado de madurar, me adentré en el taxi que me llevaría a la casa de mi amiga, convencida de que el destino no podía ser tan cruel como para que ése fuera nuestro último encuentro.

Capítulo 2

El destino era una mierda, y bastante cruel, todo sea dicho. Habían pasado cuatro años desde que conocí al hombre del que había decidido enamorarme. Ya tenía veinte y era lo bastante adulta como para elegir con quién acostarme o de quién enamorarme; la excusa de la edad ya no suponía ningún impedimento si volvía a encontrarme con ese hombre, pero el problema ahora era que no lo encontraba, y, por más veces que volvía a ese local de *strippers*, no daba con él. Igualmente, por más que preguntaba por él, no recibía ninguna respuesta satisfactoria.

Al parecer, él tan sólo había sido un empleado a prueba y, tras ese día, a pesar de su notable éxito, no había vuelto a aparecer por allí. Además, enterarme por uno de los trabajadores de ese club de que yo no era la única mujer que lo buscaba no me ayudó a mejorar mi ánimo precisamente..., así que, una vez más, me dispuse a asistir a mis clases en la universidad, donde cursaba la carrera de Historia, decidida a convertirme en una digna profesora o, tal vez, en una guía museística, con lo que mostrar a las jóvenes mentes lo divertidos que eran los hechos del pasado y lo que podíamos aprender de ellos para no repetir los mismos errores continuamente; errores como el que yo estaba cometiendo en esos instantes al no poder olvidar a un hombre al que, con toda seguridad, no volvería a encontrar en la vida.

Suspirando resignada a dormirme en otra más de las aburridas clases del señor Dilton, en las que prácticamente todos los alumnos acabábamos cediendo al sueño, me senté junto a mis inseparables amigas, que, de manera sorprendente, habían tomado el mismo camino en la vida que yo.

—No me digas que este fin de semana has vuelto a acudir a ese local para buscarlo —me acusó Taimi, mientras yo, cansada de sus burlas y sus advertencias, me derrumbaba sobre la mesa y escondía mi rostro de esas dos cotillas que no podían dejarme en paz.

—Lo has hecho, ¿verdad? —intervino Lucil, tocando con impertinencia mi cabeza una y otra vez con uno de sus dedos hasta que alcé el rostro para contarles mi penosa situación.

—Sí, en esta ocasión me hicieron descuento e incluso me dieron una tarjeta de socia VIP. Y lo peor de todo es que él no estaba allí, y, por lo que logré averiguar, no volverá jamás... —me lamenté, derrumbándome de nuevo sobre la mesa.

—Bueno, por lo menos ahora que sabes a ciencia cierta que no volverás a verlo podrás comenzar a salir con otros chicos para experimentar todo lo que te has perdido hasta el momento —dijo Taimi, convencida de que lo único que necesitaba para dejar de soñar con un hombre inalcanzable era sexo y más sexo.

—Te puedo asegurar que, después de todo el tiempo que llevo yendo a ese club, las he visto de todos los tamaños y formas y, la verdad, no me llaman demasiado la atención.

—¡Pero, Jessica, ¿se puede saber qué mirabas exactamente cuándo ibas a ese local?! —preguntó Lucil escandalizada.

—Primero el rostro, a ver si reconocía al hombre que buscaba. Y luego, cuando no encontraba a mi rubio de fríos ojos azules, lo que ellos quisieran mostrarme, por supuesto.

—Lo mejor no es lo que tengan entre las piernas, sino que sepan cómo utilizarlo —opinó Taimi atrevidamente.

—Había uno que sabía levantar una pequeña pesa con ella, y otro que tocaba el piano, aunque no muy bien, la verdad, pero no se podía esperar que la melodía fuera demasiado buena si la interpretaba con la...

—¡No me refería a eso! —me interrumpió Taimi mientras la tímida Lucil, roja como un tomate, me tapaba la boca para que no siguiera escandalizándolas con la descripción de los peculiares espectáculos que había presenciado sobre el escenario del club de *strippers* mientras buscaba en él al amor de mi vida, infructuosamente.

—¡Tienes que echarte un novio, pero ya! —me exigió Taimi.

—¿Qué te parece Izan? Creo que le gustas —propuso Lucil, haciendo que dirigiera mis ojos hacia un moreno de ojos verdes con el que no había cruzado más de dos palabras. Y como si mis amigas supieran lo que iba a contestarles, se negaron a destapar mi boca, por lo que solamente bufé como protesta—. ¡Pero míralo bien: es muy atractivo!

—Y tiene una personalidad apacible que podrías manejar sin problemas, no como a ese hombre, que solamente se burló de ti y... ¡Jessica, ¿se puede saber dónde estás mirando?! —me reprendió Lucil una vez más, ya que después de pasar tantas veces por ese local me había malacostumbrado y no miraba a los hombres precisamente a la cara cada vez que evaluaba sus cualidades.

Cuando alcé los hombros en respuesta, Lucil se rindió liberando mi impertinente boca y Taimi también decidió dejarme por imposible, permitiendo que prestara toda mi atención a la aburrida clase que nos esperaba. En ella, el soporífero discurso del señor Dilton comenzó a adormecernos lentamente a todos, y, en el momento en que yo daba la tercera cabezada sobre mi asiento, ya no pude más e imité a media clase, derrumbándome sobre la mesa dispuesta a ceder a un plácido sueño de unos cuarenta y cinco minutos, o lo que durara la clase de ese hombre.

Hasta que oí una impertinente e irónica voz que creí que no volvería a oír jamás, refutando algunas de las informaciones que nuestro profesor pretendía transmitirnos.

Cuando alcé los ojos, totalmente sorprendida y del todo despierta, vi esos intensos ojos azules que no perdían ni un ápice de su atractivo detrás de unas gafas, así como esa maliciosa sonrisa, que sólo esperaba a que mi profesor finalizara su discurso para darle una lección.

¡Por fin tenía ante mí al hombre que había estado buscando durante tanto tiempo! Y, sin importarme nada lo que estuviera haciendo él allí, me levanté decidida a hacerle recordar nuestro

primer encuentro, llamándolo por el único nombre por el que yo lo conocía. Mientras tanto, mis amigas al fin se habían dado cuenta de que estaba ocurriendo algo y se apresuraron a agarrarme de los brazos y a tirar de mí para que me sentara. Yo traté de ignorarlas y de zafarme de su agarre, más decidida que nunca a conseguirlo a él.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —susurraron Taimi y Lucil, insistiendo empecinadamente en que volviera a sentarme.

—¡Que al fin lo he encontrado! —contesté. Y cuando ambas siguieron mi decidida mirada hacia ese hombre, al que no tardaron en reconocer, les demostré con mis palabras que nada de lo que hicieran me haría desistir de mi empeño—. Y, ahora que lo tengo a mi alcance, no pienso dejarlo escapar por nada del mundo —anuncié arrojándome a la locura que era estar enamorada, una locura que, como le había prometido a ese hombre años atrás, pensaba enseñarle de primera mano.

* * *

Tras finalizar la carrera de Historia y un máster en Harvard con un par de años de adelanto con respecto a mis compañeros de promoción, al fin se me permitía ejercer como profesor. Pero, para ser docente de facultad como yo quería, aunque sólo fuera en una pequeña universidad de Boston, primero tenía que ocupar un puesto de prácticas con el que continuar mi formación mientras seguía teniendo exámenes y cobraba lo mínimo.

Como ejercía en una universidad lejos del pequeño pueblo de monótonas casitas blancas donde tenía mi hogar, me vi obligado a buscarme un lugar donde quedarme. Por suerte, tener un montón de familiares finalmente servía para algo, y mi tío Alan había conseguido que uno de sus antiguos compañeros de fútbol americano, que ahora era entrenador en la universidad, me acogiera en su casa.

El señor Scott tenía una bonita casa de dos plantas con un amplio recibidor que daba la bienvenida al visitante a la vez que lo dirigía hacia la escalera que llevaba al piso superior. A la derecha del recibidor, un marco abierto daba paso a un espacioso salón comedor que incluía una pequeña cocina. A la izquierda de la entrada, por su parte, aparecía un pequeño baño de invitados. Finalmente, en la planta superior había cuatro habitaciones y un baño grande con una inmensa bañera de hidromasaje.

Tras dejar mis bártulos en las manos del señor Scott sin ver la habitación que me había asignado en mi nuevo e improvisado hogar, traté de escaparme lo más rápidamente posible de ese hombre que me atosigaba con su incomprensible charla sobre un deporte que no entendía ni me gustaba, así como de sus múltiples e insoportables alabanzas hacia su portentoso primogénito, cuyos trofeos abarrotaban varios muebles y estanterías del salón de su hogar, mostrándome que no teníamos casi nada en común. Finalmente, cuando fui capaz de conseguir que ese hombre dejara de

hablar por unos instantes de deportes y de su sin par retoño, logré que me indicara la dirección y pude salir de esa casa para dirigirme hacia la universidad.

El lugar donde había decidido ejercer como docente no era un centro rígido y estricto como la prestigiosa institución en la que había estudiado, sino un sitio más flexible y abierto al que los alumnos, que tenían sus hogares y sus trabajos no muy lejos de allí, viajaban a diario en tranvía.

Al principio, el centro había comenzado como un colegio universitario de artes libres, pero a medida que crecieron sus aspiraciones se agregaron programas de posgrado y escuelas profesionales que lo dotaron finalmente de su estatus como universidad.

Con el paso de las décadas, se había convertido en una universidad de investigación internacionalmente reconocida y con una gran excelencia académica. Continuamente desarrollaba programas modelo para apoyar a los estudiantes en su formación, ya fueran como investigadores, educadores o líderes..., algo que yo había aprovechado en mi propia carrera como docente.

Cuando llegué al lugar tras perderme por el extenso campus y el solemne edificio que era mi destino, al fin di con el despacho de Edgar Dilton, el profesor que sería mi mentor. Pero mi guía en ese nuevo trabajo no me estaba esperando, ya que, por lo visto, no le hacía ninguna gracia hacerse cargo de un novato. Así que, tras recibir las indicaciones de dónde se hallaba su clase, me dirigí al aula en la que el señor Dilton torturaba a sus alumnos con un soporífero discurso.

Desde la puerta, sin decidirme a molestarlo, vi cómo ese hombre escribía una fecha errónea tras otra en la pizarra, y, sin poder evitarlo por más tiempo, entré en el aula y me dispuse a corregir esa muestra de incompetencia sin pararme a pensar que podría ofender a mi mentor. Así, ante el asombro de todos los presentes, comencé a rectificar las fechas de las batallas que el profesor estaba explicando en ese momento.

—Esto está mal, esto también..., y esto: según los últimos estudios, esos acontecimientos sucedieron en otra localización.

Cuando terminé mis modificaciones y explicaciones, me volví hacia el profesor Dilton, quien miró mi descuidado aspecto, compuesto por unos vaqueros y una camisa ligeramente arrugada que, ante el temor de llegar tarde en mi primer día, apenas había tenido tiempo de planchar. Y, viendo mi joven rostro, supuso erróneamente que yo era uno de sus díscolos alumnos y que únicamente había hecho esas correcciones para fastidiarlo.

—¡Joven! Llegar tarde a una de mis clases es algo imperdonable. Pero, además, intentar corregir al profesor cuando apenas es usted un alumno de primer año me resulta...

—No, profesor Dilton: soy Nathan Lowell, su ayudante y nuevo profesor en prácticas — interrumpí cortantemente a la vez que colocaba mis gafas en su lugar para hacerle ver que, a pesar de mi apariencia, estaba preparado para llevar sus clases. Incluso mejor que él, si era necesario.

—¡Ah! Así que tú eres el nuevo becario, ¿no? —preguntó irónicamente mientras me miraba de arriba abajo—. ¿Y crees que podrás enseñarles mejor que yo? —añadió señalando a sus adormecidos alumnos.

—Por supuesto —repuse alzando con orgullo el rostro, sabiendo que me había preparado

adecuadamente para ello y que nada de lo que hicieran mis nuevos alumnos podría llegar a sorprenderme.

O al menos eso era lo que pensaba hasta que una chica con unos bonitos ojos verdes se levantó abruptamente de su sitio y, fijando con intensidad en mí sus hermosos ojos, me señaló impertinentemente con un dedo mientras gritaba a viva voz, despertando a sus adormecidos compañeros:

—¡Profesor Castigador!

Al verme señalado con el molesto y ridículo mote que me había puesto Roan en una de las locuras en las que me había visto envuelto por su culpa años atrás, no albergué la menor duda de que esa chica era una del montón de mujeres que me persiguieron aquella noche. Pero la pregunta del millón era: ¿cuál?

La respuesta acudió a mí cuando, después de cerrar los ojos por unos instantes lamentándome de mi suerte, al abrirlos para reprenderla con la mirada y encontrarme con que ella no se inmutaba y me devolvía el reto, me recordó a la alocada adolescente que aquella noche buscó de mí algo para lo que no estaba preparada. Ahora, aquella chiquilla había crecido y con sus desafiantes ojos me advertía en silencio que el problema que representaba para mí no había hecho más que comenzar.

Cuando sus amigas consiguieron que se sentara y las cosas se calmaron en el aula, yo acabé bautizado con un estúpido mote ante los alumnos de esa clase, y mi mentor, con una satisfactoria sonrisa, que no dudó en mantener mientras me cedía diligentemente la tiza que había estado utilizando para informarme, declaró mientras se sacudía las manos:

—Como veo que se te da muy bien esto de ser profesor, mi clase es toda tuya, chaval. Yo me voy de vacaciones. Espero que puedas apañártelas..., pero, siendo tú, seguro que podrás con todo, ya que eres muy listo, ¿verdad? —terminó con recochineo mientras golpeaba burlonamente mi espalda.

Así pues, el profesor Dilton se marchó sin dar más explicaciones, dejando que me enfrentara solo a toda una clase llena de universitarios que me observaban con gestos que iban desde la burla hasta la curiosidad, lo cual era nuevo para mí.

Finalmente, sin ninguna guía con la que seguir mis pasos, decidí hacer honor al mote que acababan de ponerme mis alumnos y, tras borrar la pizarra, miré a esos jóvenes resuelto a hacer que se esfumaran de sus rostros esas estúpidas sonrisitas con las que pretendían burlarse de mi situación sin caer en la cuenta de que la suya era aún peor.

—¡Examen sorpresa!

* * *

—¿De verdad tenías que cabrearlo? Y más con lo malicioso que sabes que puede llegar a ser... —se quejó Taimi a Jessica cuando terminó el extenso examen sorpresa que les había impedido

tener tiempo para hablar de lo que había pasado, aunque, afortunadamente, también había imposibilitado que Jessica hubiera tenido la oportunidad de abrir la boca y meter una vez más la pata en lo referente a ese hombre.

«Aunque eso es algo que Jessica está dispuesta a remediar muy pronto», pensaron sus amigas cuando la vieron permanecer en el aula mientras ellas se marchaban con rapidez en busca de un merecido descanso.

Jessica se quedó de pie junto al escritorio del que, por un sorprendente giro de la vida, ahora era su nuevo profesor de Historia del Arte, un hombre que, indudablemente, la había reconocido de inmediato, aunque ahora intentase fingir que ni siquiera estaba allí mientras miraba con disgusto alguno de los exámenes con que había obsequiado a sus alumnos el primer día, ganándose así la aversión de todos y cada uno de ellos.

«O de casi todos», pensó ella mientras continuaba parada delante de su profesor decidida a llamar su atención, algo problemático, ya que él parecía del todo decidido a ignorar su presencia. Pero eso era algo que Jessica no podía permitir, y mucho menos ahora que lo había encontrado.

—Profesor Castigador... —dijo en voz alta, ganándose la atención de ese hombre aunque sólo fuera para que le dirigiera una airada mirada que le advirtió que, si seguía por ese camino, sus acciones recibirían un castigo. Pero a Jessica eso no le importaba, estaba dispuesta a experimentarlo... siempre que fuera con él.

—Te equivocas de hombre. Para ti únicamente soy Nathan Lowell, tu profesor en una de las asignaturas que, por ahora, tienes suspendida —la reprendió severamente Nathan mientras le enseñaba su desastroso examen a la vez que colocaba sus gafas en su lugar, un gesto que hacía que Jessica deseara arrebatarárselas para comprobar cómo perdía la compostura.

—Yo nunca me equivoco —replicó ella enfrentándose a él, devolviéndole la jugada al poner ante sus ojos una foto que guardaba en su móvil, un recuerdo de Nathan sobre el escenario ejerciendo de docente de una manera muy peculiar.

—¿Qué intentas hacer? ¿Chantajearme? Te advierto que no soy una persona fácil de manejar y que no cedo frente a ningún tipo de extorsión.

—¿Qué tengo que hacer para que te enamores de mí? —preguntó Jessica persistentemente.

—A pesar de los años, ¿todavía sigues empeñada en eso? Ya te di mi respuesta aquel día, y la mantengo: yo no soy de los que se enamoran, a ver si te entra en la cabeza de una maldita vez —dijo Nathan, intentando poner fin a esa conversación.

Y, tan maliciosamente como él hizo con ella en una ocasión, Jessica se agachó para susurrarle lentamente al oído otra de las promesas que, tal vez, él no podría ignorar con tanta facilidad en esta ocasión.

—Entonces, ahora que he crecido, dime: ¿cuándo tendremos sexo?

—¿Tienes la menor idea de los problemas que podría buscarme por acostarme contigo? —inquirió Nathan apartando a su tentadora alumna de él, decidido a esquivar todas las situaciones que podrían hacer más complicada su labor como docente.

—Primero fue la excusa de la edad, ahora la del puesto de trabajo... Todo eso no son más que vanos pretextos que estoy dispuesta a hacerte olvidar en algún momento. Y será entonces cuando no te importará nada, con tal de estar a mi lado.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo será eso? —preguntó Nathan con ironía, alzando burlonamente una ceja.

—¿No es obvio? Cuando te enamores de mí... —respondió Jessica, mostrándole con su decidida sonrisa que, en esta ocasión, no le sería tan fácil ignorarla.

Luego, ante ese asombrado rostro que aún no podía creerse su descaro, se despidió lanzándole un beso que no pudiera olvidar hasta que volvieran a encontrarse. ¡Qué pena que eso sólo ocurriera en sus clases en contadas ocasiones!

* * *

El destino era maravilloso. De repente, me sorprendía de una manera increíble poniendo patas arriba mi mundo, aunque el hombre que tenía frente a mí, con el gesto crispado mientras trataba de mantener una sonrisa de circunstancias, no creo que fuera de la misma opinión.

—Y éste es Nathan Lowell, el sobrino de mi amigo Alan, que se quedará con nosotros por un tiempo mientras realiza sus prácticas como profesor en la universidad.

—Sí, lo sé, papá. Él es el profesor... —y antes de que terminara mi frase, Nathan tapó mi boca con una de sus manos, impidiéndome terminar de explicarle a mi padre que él me daba clases de Historia del Arte. Pero, dado que mientras hablaba lucía una maliciosa sonrisa, tal vez Nathan había creído erróneamente que volvería a provocarlo usando de nuevo el escandaloso apodo que tanto lo alteraba.

—Jessica es una de mis alumnas en la asignatura de Historia del Arte, por lo que le rogaría discreción para que en la universidad no haya ningún malentendido sobre algún tipo de relación que, por supuesto, no mantenemos ni mantendremos jamás —manifestó Nathan, demasiado seguro de sí mismo. Por ese motivo, dispuesta a provocarlo un poco, besé descaradamente la mano que tapaba mis labios, logrando que la apartara rápidamente de mí.

—Bueno, sí, por supuesto..., no te preocupes por eso, chaval, mi Jess está absolutamente centrada en los estudios y en los deportes, demasiado como para prestarle atención a cualquier hombre. Ni siquiera ha tenido un novio en sus veinte años —contestó mi padre mientras se pasaba nerviosamente una mano por los cabellos, sin saber cómo tratar a un hombre tan serio como Nathan.

Sin ser consciente del caos que había desatado con sus palabras, mi padre anunció que pasaría a mostrarle a nuestro invitado su habitación, una oportunidad que yo me apresuré a aprovechar para saber exactamente dónde encontrarlo por las noches.

Nathan, aún boquiabierto por las palabras de mi padre, tardó unos instantes en darse cuenta de que tenía que acompañarlo. Creo que le costaba asimilar que yo no era tan descarada con otros

como lo era con él, por lo que no dudé en despertarlo de su trance cuando, disimuladamente, le pellizqué el culo cuando pasaba por su lado.

Él reprendió una vez más mi atrevimiento con una severa mirada para luego colocarse las gafas mientras admiraba su habitación.

El cuarto de invitados que le había preparado mi padre contenía una pequeña cama individual con un edredón adornado con la imagen de un campo de fútbol americano; junto a ella, una pequeña mesilla de noche con una vieja lámpara en forma de balón de fútbol ante la que Nathan emitió un leve suspiro de resignación. En un rincón se situaba un viejo escritorio de madera muy sencillo y sin ningún atractivo, que a Nathan pareció encantarle hasta que vio el tablón de corcho colocado encima, que exhibía decenas de fotografías mías celebrando la victoria en algún partido, un detalle que a mi despistado padre se le había olvidado retirar pero que yo agradecí para que ese hombre no pudiera olvidarse de mí con facilidad.

Tras dejar su maletín sobre el escritorio, se volvió hacia mí con su inflexible mirada y me demostró cuánto le había molestado mi pellizquito en el trasero cuando, tras retirar de la pared el tablón con mis fotos, se lo entregó a mi padre antes de preguntarle groseramente:

—¿Tiene pestillo esta habitación, señor Scott?

—Eh..., no —contestó mi padre sorprendido por su repentina actitud.

—¿Le importa si coloco uno? —inquirió Nathan, previendo inteligentemente el problema que tendría ante la posibilidad, enormemente alta, de que yo intentara colarme en su habitación.

—No, por supuesto que no, chaval. Si eso te hace sentir más cómodo, adelante —concedió mi padre, que, nuevamente, se pasaba con nerviosismo una mano por los cabellos ante el extraño comportamiento de Nathan.

—De acuerdo, gracias. Esta noche me valdrá con una silla —repuso él, advirtiéndome que pensaba ponerme más de una traba para evitar que entrase en su habitación.

—Si necesitas algo más, puedes pedirselo a Jessica, ella estará encantada de ayudarte —anunció mi padre, lo que provocó que mi profesor se pusiera algo más rígido, señal inequívoca de que estaba pensando en mí en esos instantes, por lo que le guiñé un ojo, animándolo a pedirme lo que quisiera.

—No, gracias, señor Scott. Así está bien —agradeció Nathan con sequedad para luego cerrarnos groseramente la puerta en las narices, un gesto con el que seguramente pretendía dejarnos a mi padre y a mí fuera de su vida.

—¿Qué te parece? Es un muchacho algo difícil, ¿verdad? —me preguntó mi padre con un tono de voz con el que parecía estar pidiéndome disculpas por haberme impuesto la presencia de Nathan, obligándome así a convivir con ese arisco individuo, sin sospechar que, en realidad, me había hecho la mujer más feliz del mundo.

—No te preocupes, papá. Podré sobrellevarlo —contesté la mar de contenta, alejándome hacia mi habitación mientras planeaba mi próxima estrategia, ya que, como mi padre me había enseñado, en el campo no había obstáculo que yo no pudiera derribar.

Y, tras decidir mi plan de juego con Nathan, envié varios mensajes a mis amigas para explicarles la situación y pedirles su opinión y su consejo porque, aunque él me impidiera entrar en su habitación, siempre cabía la posibilidad de que yo pudiera tentarlo tanto como para que él acabara en la mía.

«¡Estás loca!», fueron las desalentadoras palabras de mis amigas ante los mensajes que les mandé explicándoles mi estrategia.

«Entonces, ¿me ayudaréis o no? —escribí, acompañando mis palabras con una docena de llorosos emoticonos para que no me ignoraran, algo que tanto Taimi como Lucil hicieron, hasta que les advertí—: Si no me ayudáis, tendré que hacerlo yo sola.»

Tras ese último mensaje, al fin conseguí sus respuestas a través de sendas furiosas llamadas con las que me anunciaban su próxima llegada. Después de acabar de hablar con Taimi, colgué el teléfono y me tumbé en la cama para seguir planificando mi jugada al tiempo que susurraba muy segura de mi victoria:

—¡Que comience el juego!

* * *

Nathan reflexionaba sobre cómo se había complicado su día en esa espléndida mañana en la que le había parecido que todo iría a las mil maravillas, hasta que llegó a la universidad y se dio de bruces con la realidad.

La vida nunca es tan fácil como parece, y los planes nunca salen como uno los ha ideado. En ocasiones surge algún que otro contratiempo inesperado que lo estropea todo y, para su desgracia, su problema tenía nombre y apellido: Jessica Scott.

Al contrario de lo que había pensado en un principio mientras escuchaba al señor Scott hablar maravillas de «su Jess» y le mostraba sus trofeos, «su Jess» no era un chaval apasionado por los deportes al que podría ignorar a gusto, sino una chica. «¡Mierda de nombres ambiguos!» Y, encima, para mayor desgracia, esa mujer que conviviría con él era la loca que lo había acosado varios años atrás en los baños de caballeros del club de *strippers* al que acudió para hacerle un favor a su amigo Roan, y que parecía haber pasado de concentrarse totalmente en los deportes a perseguirlo a él.

Abandonado en su primera clase por el profesor que debía ser su guía, odiado por sus alumnos y acosado de nuevo por la única mujer que nunca se amedrentaría ante su rechazo, tal vez porque en una ocasión, estúpidamente, él le dio permiso para perseguirlo creyendo erróneamente que nunca se volverían a encontrar, Nathan se derrumbó en la cama y, mientras lo hacía, cubrió su rostro con las manos para quejarse en voz alta:

—¡Vamos! ¿Qué más me puede pasar?

Y, justo en ese momento, su teléfono comenzó a sonar. Después de contestar, Nathan supo que acababan de meterlo de lleno en otra locura, y, cómo no, en otra nuevamente relacionada con el

amor.

—Nathan, ¿crees que es buena idea que le entregue una carta de amor al chico que me gusta? —preguntó su hermana Tori, yendo directamente al asunto que la preocupaba.

—No, definitivamente no es una buena idea —contestó él, recordando la historia de amor de sus padres y los malentendidos que podían crearse a partir de algo tan simple como una carta de amor.

—¡Pero es el chico idóneo para mí, tenemos los mismos gustos: la literatura, la poesía...! Es muy inteligente, ¡incluso es el delegado de su clase! Pero, como soy tan tímida, ni siquiera puedo acercarme a él..., así que he pensado que, tal vez, si le entrego la carta que le he escrito, en donde le confieso mis sentimientos, él se dará cuenta de que existo, y entonces podría comenzar a buscarme y surgiría el amor ente nosotros y...

—Sí, sí..., ya me sé el resto, hermanita: y viviréis felices para siempre y comeréis perdices... Pero, Tori, ¿cuántas veces tengo que advertirte que no te enamores? —preguntó Nathan exasperado, sabiendo que sería él quien tendría que calmar los lloros de su hermana de quince años cuando le rompieran el corazón, así como encargarse posteriormente del mocososo que lo había hecho para, más tarde, recibir una dura e injusta reprimenda de parte de sus padres, pese a que todos sabían que, si Nathan delegaba esos asuntos en su alocada familia, sin duda todo sería mucho peor para el pobre idiota que le hiciera daño a Tori.

—Yo no soy como tú, Nathan: ¡yo voy a recibir el amor con los brazos abiertos, y estoy muy dispuesta a perseguirlo si hace falta!

—No es que el amor no me persiga, Tori, es que por ahora yo soy más rápido y siempre he conseguido esquivarlo, ya que no quiero más problemas en mi vida —replicó cínicamente Nathan para, luego, entre suspiros de resignación, ofrecerle un sabio consejo de hermano—. Tú y yo sabemos cuál va a ser el resultado de esa carta, Tori. Si ese chico no se ha dado cuenta hasta ahora de que existes, ¿por qué debería hacerlo cuando le entregases tu carta? Con eso sólo conseguirás pasar un mal rato antes de ser rechazada de una forma o bien vergonzosa o bien cruel.

—Tus palabras me han hecho decidirme... —anunció ella, lo que hizo que Nathan suspirara aliviado. Hasta que oyó el final del discurso de su hermana—: ¡Voy a entregarle mi carta para demostrarte lo equivocado que estás, Nathan! ¿Qué tienes que decir a eso, hermanito gruñón? —preguntó orgullosamente Tori, desafiando a su hermano.

—Que yo, por mi parte, seguiré huyendo del amor como de la peste, Tori —manifestó Nathan antes de que su enfadada hermana le colgara—. Aunque tal vez se me acaben los lugares donde esconderme... —susurró irónicamente después de que una sensual e insistente voz femenina le anunciara desde el otro lado de la puerta que la cena estaba servida y añadiera de paso que podía tomarla a ella como postre, algo que Nathan descartó de lleno mientras se preguntaba cuánto tiempo podría rechazar a ese pecaminoso manjar del que una sola mordida podría meterlo en un sinfín de problemas.

Capítulo 3

Tras hablar con su hermano, Tori estaba más resuelta que nunca a demostrarle a Nathan que se equivocaba y que todo lo que había intentado enseñarle a lo largo de los años sobre el amor era erróneo. Enamorarse de alguien no podía ser algo problemático que acarrease un sinfín de dificultades, sino, por el contrario, tenía que ser algo excitante que haría ver la vida de otro modo, especialmente cuando el corazón palpitaba cada vez más fuerte ante hermosos gestos o alentadoras palabras de la persona amada. Confesar los sentimientos que se agolpaban en el interior, aguardando el momento adecuado para dejarlos salir, no podía ser un error...

Por ello, Tori reflexionaba, dubitativa, mientras sostenía entre sus temblorosas manos la carta a la que había confiado todos sus confusos sentimientos, unas manos que, a pesar de lo que le había dicho a su hermano, no se mantenían tan firmes como intentaba aparentar a la hora de enfrentarse a sus mayores miedos, como el rechazo o las burlas.

Al contrario que sus compañeras de clase, Tori no era un as en los deportes y prefería aprovechar su tiempo para leer algún buen libro o para repasar sus lecciones, ganándose con ello el poco ingenioso apodo de «cerebrito».

Aunque no se consideraba fea, ya que algunos chicos se habían fijado en ella, no le gustaba ir a clase luciendo un aspecto tan llamativo como el de algunas de sus compañeras, por lo que sus sosas trenzas y sus cómodos vaqueros acompañados de alguna bonita camiseta no la hacían destacar mucho entre las demás chicas, algo que en esos momentos en los que estaba decidida a desnudar su alma frente al muchacho que le gustaba tal vez debería haber remediado.

El chico por el que su corazón palpitaba era un año mayor que ella y se llamaba Michael Richardson. Se trataba de un joven atlético, de metro ochenta de estatura, con unos hermosos cabellos castaños y unos bonitos ojos verdes que, con su amable sonrisa y sus encantadores modales, conquistaba a todos, ya fueran las chicas que suspiraban tras él o los chicos que querían parecersele.

Pero Tori no se había fijado en él por esas cualidades, sino por otras más ocultas a simple vista: los libros de poesía que Michael sacaba de la biblioteca y los rincones aislados que buscaba para disfrutar de ellos. Con un hombre de gustos tan similares a los suyos, Tori no dudaba de que entre ellos podría surgir el amor, y estaba convencida de que Michael, definitivamente, era su media naranja. Y, dado que en esos instantes no tenía novia, ya que hacía poco que había terminado su relación con una de sus compañeras, Tori pensó que era el momento oportuno para revelarle lo que sentía.

Esa mañana, después de una estúpida y ridícula caída que había tenido frente a él, Michael la había ayudado a recoger sus libros en el pasillo, demostrándole que para él no pasaba tan desapercibida como para los demás, ya que, aunque estaban en clases distintas, conocía su nombre..., bueno, más o menos, ya que la llamó Dory, pero ésa fue la señal que Tori necesitaba para reunir el valor necesario para confesarle sus sentimientos.

Durante toda la semana, Tori había estado ocupada escribiendo una carta que había rehecho varias veces y que, una vez estuvo felizmente acabada, llevaba siempre consigo. Finalmente había decidido que ése sería el gran día, el más indicado para entregársela a Michael. De modo que, reuniendo todo el coraje del que fue capaz, se detuvo frente a la puerta de la clase de Michael temblorosa, sin decidirse a entrar o no..., hasta que su prima Olivia, una altiva chica morena de intensos ojos azules, bastante hermosa pero con unos aires tan sofisticados que nadie se atrevería a acercársele y que compartía clase con su adorado Michael, abrió bruscamente la puerta del aula a la vez que se dirigía a Tori:

—¿Por qué te quedas parada delante de la puerta? Si estamos en el descanso y no hay nadie en clase... En serio, Tori: la timidez tiene un límite, y si no tienes las agallas de entregarle la carta en persona al chico que te gusta, al menos podrías tener la delicadeza de no meter a otros en tus problemas.

—¡No es culpa mía! ¡Si tú se la hubieras dado de mi parte, como te pedí, ahora no te habría molestado para que me ayudases a entrar a hurtadillas en vuestra clase durante el descanso para meterla en su mochila! Por cierto, ¿cuál es? —replicó Tori nerviosa, buscando entre las mesas del aula el lugar que ocupaba a diario el hombre de sus sueños.

—La negra con rayas —respondió Olivia, dándole la espalda a su prima para concederle la intimidad que necesitaba para deshacerse de su timidez sin perder la oportunidad de reprenderla por sus locuras—. Si no entregué tu carta fue porque no quería que ese chico creyera erróneamente que era yo la que se confesaba. Lo último que necesito en estos momentos es otra lamentable persecución por parte de uno más de mis compañeros, al que, seguramente, tendría que desalentar haciéndole saber que mi padre me ha enseñado cómo hacer la castración de persistentes machos en celo...

—Él es distinto, Olivia, él es... —suspiró Tori soñadora, metiendo la carta en la primera mochila negra que vio.

—¡Él es tan estúpido como todos los demás chicos de su edad, Tori! Como dice mi padre, un saco de hormonas andante. En serio, prima, no sé qué sueños te has montado sobre él en tu loca e ingenua cabecita, pero desengáñate: sólo es un adolescente y...

—¡Tú, como siempre, sacándoles defectos a todos los chicos, y, a pesar de todo, no puedes evitar ir llamando su atención! —la interrumpió ella enfadada señalando el impecable y atractivo aspecto de su prima, que la hacía parecer más adulta e inalcanzable, convirtiéndola en una auténtica tentación para todos los chicos.

—Tú también llamas bastante la atención —repuso Olivia molesta, mostrándole que, a pesar

de sus ropas tan simples, sus sosas camisetas no lo eran tanto cuando se ceñían a sus generosos senos, que resaltaban bastante.

—Por lo menos yo no tengo que utilizar relleno... —manifestó mordazmente Tori, sacando a relucir uno de los escandalosos secretos de su perfecta prima, una prima que, como siempre que se peleaban, no tardó en responder a sus pullas.

—Pues yo creo que todavía podrías llamar más la atención... —declaró Olivia a la vez que soltaba las trenzas de Tori, liberando su llamativa melena pelirroja.

—¡Pecho plano! —replicó ella con enfado mientras intentaba recuperar las gomas del pelo de manos de su prima.

—¡Cerebritito! —repuso Olivia alejando de Tori las gomillas, sabiendo lo mucho que le molestaba tener el cabello suelto.

La infantil disputa de las dos chicas terminó en cuanto un profesor irrumpió en la clase atraído por los gritos con la intención de castigarlas a ambas.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí? —interrogó el docente, sacándolas del aula para después cerrar la puerta con llave, impidiéndoles así la entrada mientras las amonestaba por su indebido comportamiento, algo que ambas chicas ignoraron. Mientras él se explayaba en su sermón, Olivia, conociendo el carácter torpe y tímido de su prima, le preguntó entre susurros:

—¿Has dejado la carta en su mochila?

—Sí, tal y como me dijiste, la he soltado en la mochila negra con rayas...

—Bien —suspiró Olivia aliviada porque, tras ayudar a Tori en su recado, al fin toda esa locura quedaría ahí.

O eso era lo que ella pensaba, hasta que su prima añadió:

—Esa que tenía calaveras y el llavero de un conejito. Una combinación bastante extraña, pero... —comenzó a divagar Tori, hasta que su prima la interrumpió nuevamente entre susurros para comunicarle una desagradable noticia.

—¡Ésa no era la mochila de Michael!

—¡¿Cómo?! ¡¿Se puede saber a quién le he entregado mi carta?! —gritó Tori, lo que provocó que el profesor que las reprendía aumentara sus recriminaciones y le imposibilitara averiguarlo, por lo menos hasta que éstas terminaran.

»No, si al final Nathan va a tener razón y enamorarse sólo acarrea un montón de problemas... —susurró a continuación, ante lo que su prima no pudo evitar replicar mientras le dedicaba una mirada burlona.

—Me alegro de que hayas llegado por fin a esa conclusión..., y eso que todavía no sabes a quién le has entregado la carta.

—Olivia, en serio, ¿a quién se la he entregado? —preguntó Tori cada vez más asustada, a lo que su perversa prima únicamente contestó con una maliciosa sonrisa que le anunciaba que lo peor estaba por llegar.

* * *

Tori observaba boquiabierta al destinatario final de su carta de amor desde un lugar oculto. Mientras que Michael, con su apacible temperamento, su humor alegre y unos gustos similares a los suyos, se compenetraría con ella a la perfección, el chico que esperaba en el lugar indicado en su misiva para responder a unas palabras de amor que no iban dirigidas a él no podía ser más incompatible con ella.

—¡Enhorabuena, Tori! Le has dado tu carta a Logan Baker, el matón del instituto... —anunció maliciosamente Olivia mientras ambas permanecían escondidas entre unos arbustos, mirando a un chico moreno de fríos ojos azules y rudo aspecto que aguardaba en los jardines del instituto junto al gran roble, el lugar de reunión que Tori había indicado para que su enamorado diera una respuesta a su confesión.

—La verdad es que resulta algo atractivo... —señaló ella sin querer darle del todo la razón a su prima y a su hermano cuando le advirtieron que esa carta la llevaría a meterse en un montón de problemas.

—Sí, un poco. Aunque su hosca mirada, la cicatriz que tiene cerca del ojo y su salvaje aspecto han logrado disuadir a todas las chicas de que se acercaran a él. Los chicos no se atreven ni a respirar a su lado, por si le da por propinarles una paliza, y a pesar de que en clase parece comportarse adecuadamente, siempre mantiene un intimidante silencio que lo lleva a estar rodeado continuamente de rumores, sobre todo cada vez que llega al instituto con las manos magulladas y llenas de tiritas que demuestran que se ha metido en otra pelea.

—¡Mierda, mierda! ¿Qué hago? —murmuraba Tori mientras no podía evitar sentirse cohibida al observar los *piercings* con cadenas que llevaba ese sujeto en las orejas, los anchos vaqueros un poco bajados hasta casi enseñar su ropa interior y la camiseta con la imagen de una calavera sangrienta de cuyos ojos salían sendas serpientes. Una apariencia totalmente contraria a las siempre impecables maneras del chico que le gustaba.

—Y ahora que ya sabes quién es, la pregunta que te hago es la siguiente: ¿se puede saber qué estamos haciendo aquí todavía, Tori?

—No creí que viniera nadie, pero, ahora que lo ha hecho, estoy pensando en cómo solucionar esta equivocación.

—Si en esa carta pusiste el nombre de Michael, entonces Logan sabrá que no iba dirigida a él y sólo querrá devolvértela, o tirártela a la cara para reclamarte que no metas basura en la mochila equivocada —opinó Olivia.

—No, no puse su nombre en la carta. Únicamente hacía referencia a que era el amor de mi vida y...

—Vale, por mí como si comías perdices y más mierdas de esas. Lo importante aquí es: ¿pusiste tu nombre en la carta? —preguntó Olivia con impaciencia mientras su prima intentaba recordar lo que había escrito—. Tranquila, tómate tu tiempo, ¿eh...? —ironizó.

—No, tampoco puse mi nombre —contestó Tori después de repasar en su mente, punto por punto, lo escrito en su carta.

—Entonces ¡problema solucionado! —apuntó Olivia sacudiendo las manos—: Lo dejamos plantado, nos vamos a nuestras casas y esto para él únicamente quedará como una broma pesada y, para ti, como una advertencia acerca de lo que no debes volver a hacer.

—Pero creo que es muy grosero no explicarle lo que ha ocurrido y...

—¡No, no y no! ¡Ésa es una idea pésima! Conociéndote como te conozco, seguro que acabarías empeorándolo todo, así que mejor nos vamos a casa —manifestó Olivia, tirando de su prima hacia la salida del instituto.

Sin embargo, cuando ya la tenía convencida, comenzó a llover repentinamente, lo que provocó que ambas se adentraran a toda prisa en el edificio en busca de unos paraguas.

Olivia pensó que no pasaría nada por perder a Tori de vista durante cinco minutos para ir cada una a por los paraguas que guardaban en sus respectivas taquillas, pero cuando vio que su prima no llegaba, se temió lo peor y fue en su busca.

Al no encontrarla junto a la salida, decidió correr hacia el lugar en el que Tori no debería estar por nada del mundo y, por supuesto, allí fue donde la encontró. A pesar de no poder dejar de temblar, Tori se encontraba muy cerca de ese peligroso sujeto al que nadie se atrevía a acercarse en el instituto. Para asombro de Olivia, parecía que su prima, pese a su timidez, estaba dejándole las cosas bien claras a ese chico. Sonrió orgullosamente al ver cómo el peligroso Logan sujetaba con amabilidad el paraguas de Tori para taparlos a ambos mientras le devolvía la carta, que Tori se apresuró a guardar nerviosamente.

—¡Bien! Al fin todo se ha solucionado sin problemas —murmuró Olivia con alegría en su escondite, hasta que Tori se volvió hacia ella y pudo ver el gesto que lucía en su rostro. Uno que Olivia conocía demasiado bien y que Tori únicamente exhibía cuando era consciente de que se había metido en problemas; problemas que no tardó en averiguar cuando su prima corrió hacia ella para resguardarse de la lluvia, dejando su paraguas olvidado en manos de Logan.

»¿Qué ha ocurrido, Tori?

—No sé cómo ha pasado, de verdad... Yo sólo quería aclarar las cosas con él, y al final...

—¡Tori! ¿Qué ha ocurrido? —exigió Olivia, intentando evitar que su prima comenzara a divagar—. Le has dejado claro para quién iba dirigida la carta, ¿verdad?

—No exactamente...

—Pero, al menos, no le habrás dicho que eres tú quien la escribió, ¿no?

—Bueno, es que no me gustaba que pensara que lo habían dejado plantado, y menos aun cuando permanecía ahí, esperando a pesar de la lluvia para saber quién era su enamorada.

—¡Aja! Entonces ¿has solucionado tus problemas con esa maldita carta sí o no?

—Sí..., no... Bueno, casi.

—¡¿Quieres decirme de una vez qué demonios ha pasado?! —inquirió Olivia, consiguiendo que su prima finalmente murmurara una respuesta mientras se miraba los pies:

—Que ahora soy la novia del matón del instituto...

—¿Qué?! —exclamó Olivia alarmada, señalando con un dedo al aterrador chico, que todavía permanecía a la espera junto al roble—. ¡Termina con esto ahora mismo! —le exigió. Y, una vez más, la respuesta de Tori fue la más inadecuada.

—No puedo, Olivia: tengo miedo de su reacción, y también de la posibilidad de hacerle daño a causa de este malentendido con mi carta.

—Entonces ¿se puede saber qué vas a hacer?

—Pues, por ahora, ser su novia hasta que reúna el valor para decirle la verdad —manifestó Tori para, ante la atónita mirada de Olivia, correr hacia los brazos de un hombre que no podía ser más diferente de ella en todos los aspectos.

—No, si finalmente mi primo Nathan va a tener razón y va a resultar mejor no enamorarse... —musitó Olivia, decidida a seguir a Tori por si tenía que salvarla nuevamente de una de sus locuras.

* * *

—Pues claro que tengo razón, Roan, yo nunca me equivoco. Así que, si quieres que mi prima acepte tus disculpas, más vale que te arrastres..., pero bien... Y, cambiando de tema, ¿no tendrás un piso libre en la ciudad en el que pueda quedarme, por casualidad? —Intenté conversar con mi amigo, para ver si con su ayuda conseguía librarme del lío en el que estaba metido. Pero, como siempre, Roan sólo oía lo que le daba la gana y, tras escuchar mis palabras, me ignoró por completo, acabando con la llamada telefónica de improviso.

Seguramente se habría alejado corriendo para poner en práctica mis sabios consejos, por lo que durante unos días no prestaría atención a otra cosa que no fuera Helena. Mientras tanto, yo tenía que permanecer en esa casa donde Jessica me torturaba a cada instante.

Delante de su padre, esa mujer se mostraba como una chica jovial a la que sólo le importaban los deportes, vestía holgados pantalones de chándal y grandes camisetas que ocultaban todas sus curvas. Bebía cerveza directamente de la lata, comía comida basura delante de la televisión mientras veía los partidos y le gritaba al árbitro junto a su padre, algo que no me molestaba y me llevaba a observarlos con una sonrisa, pues me recordaban a los alocados miembros de mi familia.

Lo malo era cuando el señor Scott no estaba en casa y nos dejaba a solas, porque ése era el momento en el que Jessica sufría una transformación y ya no se paseaba por la casa con sus cómodas ropas, sino que escogía modelitos de lo más tentadores: camisetas muy ceñidas que casi conseguían que sus sugerentes senos se desbordaran y pantalones cortos, demasiado cortos, que me mostraban su ropa interior. Y, la verdad, como yo no era de piedra me veía obligado a esconderme en mi habitación durante el tiempo que durara su acoso o mantenerme firme, nunca mejor dicho, mientras simulaba que ella no estaba junto a mí. Algo que, en algunos momentos, se me hacía imposible.

—Y ahora que mi padre no está en casa, ¿qué quieres cenar, Nathan? —preguntó Jessica mientras apoyaba sus manos en la mesa donde yo me encontraba intentando corregir los exámenes de mis alumnos, mostrándome con su amplio escote dos poderosas razones por las que debería prestarle atención. Aun así, yo continué tratando de ignorarla, aunque mi amiguito no estaba demasiado de acuerdo conmigo.

—Me da igual —dije despreocupadamente, poniendo la descripción de un templo romano de uno de mis alumnos frente a lo que, sin duda, Jessica pretendía ofrecerme de cena.

Ella apartó el trabajo de mi alumno sin ningún miramiento y, colocando muy cerca de sus senos dos cartas de menús de comida para llevar, me preguntó:

—¿Pizza o chino? O también podrías tomarme a...

Y, antes de que terminara su sugerente proposición, que últimamente me estaba tentado demasiado, me apresuré a coger el menú de las pizzas, gran error, ya que al hacerlo rocé levemente la suave piel de uno de esos sensuales pechos que tanto me tentaban, ante lo que ella se estremeció, demostrándome que me deseaba.

Molesto conmigo mismo por dejarme tentar por ella y por desear tocar más de esa dulce piel que se exponía tan despreocupadamente ante mí, hice rápidamente mi elección de la comida y luego le devolví el menú a la vez que reprendía con severidad su comportamiento.

—Acuérdate de ponerte algo encima cuando atiendas al repartidor, ¿o es que pretendes ofrecerle a él la misma propina que a mí? —dije fríamente, señalando su aspecto.

—Eres gilipollas... —me contestó Jessica sin gritos ni recriminaciones, como si su afirmación fuese simplemente un hecho, descolocándome nuevamente de mi fachada habitual, una fría apariencia que cada vez me costaba más mantener cuando me encontraba junto a ella—. A pesar de ello, te perdono, porque la mayor parte del tiempo eres bastante inteligente. Pero vamos a ver si podemos derretir esa aparente frialdad... —declaró sonriendo pícaramente para luego añadir descartando la elección de comida que yo había hecho—: Hoy voy a cocinar para ti.

Tras este repentino anuncio, Jessica se alejó corriendo hacia su habitación, seguramente para cambiar sus ropas por otras más cómodas con las que desenvolverse en la cocina. En cuanto volviera a lucir su aspecto habitual, mi erecto miembro, que intentaba bajar en esos instantes centrándome en algún aburrido examen, se calmaría, y yo podría retirarme a mi habitación sin hacer el ridículo.

Cuando la vi aparecer vistiendo un largo delantal blanco que le tapaba hasta las rodillas supe que estaba salvado, ya que, por lo menos, ese atuendo era menos descarado que su anterior modelito. Eso era lo que pensaba, hasta que, pasando por mi lado, Jessica se dirigió hacia la pequeña cocina abierta que ocupaba parte del salón y que se hallaba no demasiado lejos de la mesa en donde yo trabajaba, mostrándome lo que llevaba debajo de él. O, mejor dicho, lo que no llevaba...

Esa descarada había decidido tentarme con la fantasía que tenían muchos hombres, mientras yo debía seguir disimulando y fingiendo que no me atraía en absoluto, cuando lo cierto era que mi

erección estaba a punto de taladrar la mesa. Aun así, no estaba dispuesto a ceder ante esa mujer y seguí corrigiendo los exámenes. Aunque mi atención, definitivamente, ese día no estaba por la labor.

* * *

Ante la frialdad de ese empecinado hombre tuve que tomar medidas desesperadas. Había intentado tentar a Nathan durante días con los modelitos que mis amigas me ayudaron a comprar, ¡y nada! Él huía de mí para encerrarse en su cuarto y cerrar ruidosa e insultantemente el pestillo, como si fuera una advertencia.

Cuando me di cuenta de que las sugerentes prendas con las que me helaba de frío y me sentía tremendamente incómoda no servían de nada a pesar de los rellenos o los tangas de hilo fino que se me metían por el culo, decidí descartar las ideas de mis amigas para probar con algo más cómodo y que fuera más propio de mí. Así que, ataviada únicamente con el simple y soso delantal que había comprado esa mañana para la cocina, me paseé frente a él sin mediar palabra mientras preparaba unos deliciosos tallarines para la cena.

A simple vista, Nathan parecía mostrarse igual de frío e imperturbable que siempre. Pero cuando lo vi jugando nerviosamente con sus gafas, intentando fingir que no me miraba el trasero, supe que había conseguido agitarlo, acabando con sus intentos por ignorarme.

—¿Qué prefieres?, ¿salsa boloñesa o carbonara?

—Tu comportamiento es sumamente infantil —volvió a reprenderme como siempre hacía. Pero, para variar, en esta ocasión no se alejó de mí, así que supe que mi jugada había funcionado al fin.

—¿Prefieres que elija yo? Muy bien, entonces carbonara... —dije agachándome para coger la crema de leche, que estaba en uno de los armarios de la parte baja de la cocina, algo que acabó de alterarlo, ya que, sin apenas darse cuenta, dejó escapar un sutil gemido entre los labios, demostrándome que yo no le era tan indiferente como pretendía aparentar.

La verdad era que me gustaba mucho ese hombre y, aunque no sabía si lo que sentía por él era ese amor que tan descuidadamente había proclamado en mi adolescencia, quería conocerlo mejor para aclarar mis dudas, algo que él no me permitía cuando se alejaba de mí, o cuando lo intentaba al menos, ya que yo no estaba dispuesta a dejarlo huir de lo que podría haber entre nosotros.

—¿Tienes novia, Nathan? —pregunté de repente rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros, temiendo que, tal vez, ése fuera un poderoso motivo para sus múltiples rechazos.

—Si te digo que sí, ¿me dejarás en paz? —replicó fríamente sin contestar a mi pregunta, haciendo que por un momento me doliera el corazón ante la idea de que ya tuviera a alguien a su lado.

Mis distraídos pensamientos hicieron que me descuidara por un momento en la cocina y que una de mis manos tocara el ardiente borde de la olla donde estaba cociéndose la pasta. Grité de

dolor, e, increíblemente, antes siquiera de que me diera tiempo a pensar en dirigirme hacia el grifo del fregadero para calmar el dolor bajo el chorro de agua fría, Nathan ya se encontraba detrás de mí. Agarrándome del brazo, me llevó hacia la pila para introducir mi mano herida bajo el agua mientras intentaba calmarme distrayéndome a su manera.

—El agua fresca tiene el objetivo de reducir la temperatura. También limita la actividad lesiva del calor, a la vez que atenúa el dolor.

—Aún no has contestado a mi pregunta —le recordé cuando terminó con su lección.

—No, no tengo. Y no te distraigas con tonterías mientras estás cocinando —me reprendió, aunque continuó sin soltarme.

—Saber más de ti no es ninguna tontería... —respondí alzando los ojos hacia los suyos, más decidida que nunca a conocerlo todo sobre él.

Por unos instantes, mientras nuestros cuerpos permanecían pegados, nuestras manos juntas bajo el agua y nuestros ojos fijos, no podíamos ver nada más que no fuera al otro. Nuestros labios comenzaron a acercarse, pero, como si se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo, Nathan se separó abruptamente de mí. A pesar de ello, comenzó a contestar a mis preguntas.

—Hasta los seis años viví con mi madre y mis tíos en la ciudad. Luego, cuando conseguí que mis padres volvieran a juntarse, me trasladé a una bonita casa en un pequeño y monótono pueblecito llamado Whiterlande, que no es tan aburrido como podría parecer en un principio. Mi padre es el director médico del hospital, y mi madre una de las mejores enfermeras. Tengo una hermana adolescente llamada Tori que me trae de cabeza y, finalmente, yo soy un simple becario que quiere convertirse en profesor sin que surjan muchos problemas.

»No soy un príncipe, ni un hombre perfecto, ni un rebelde, ni un chico malo ni cualquier estúpida idea que te hayas formado en tu cabeza sobre mí para hacerme merecedor de tu amor. Simplemente soy alguien que huye del amor porque no quiere terminar haciendo el ridículo de una manera terrible como acaban haciendo todos los miembros de mi familia cada vez que se enamoran. Así que, no, Jessica, no tengo novia. Ni ahora, ni nunca.

—Eso ya lo veremos... —repliqué cada vez más decidida. Y, cuando Nathan abrió la boca para volver a reprenderme, tuvo que volver a cerrarla al oír a mi padre entrando en casa con un amigo.

Reaccionando más rápidamente que yo, apagó los fogones, y, ya que a ninguno de los dos nos daba tiempo a llegar a nuestras respectivas habitaciones, me cogió entre sus brazos y se escondió conmigo en el pequeño armario del salón donde guardábamos los trastos.

Como estaba lleno de ropa vieja y decenas de bártulos, nuestras opciones eran permanecer de pie íntimamente pegados o estrechamente sentados en el suelo. Nathan, al no saber cuánto tiempo tardaría mi padre en marcharse, prefirió sentarse en el suelo. Y, al no quedar ningún otro sitio libre, me sentó en su regazo.

En cuanto Nathan cerró la puerta del armario, donde permaneceríamos escondidos y en silencio, mi padre entró en la casa con uno de sus compañeros, tan escandalosamente como siempre.

—¡Ya estoy aquí! Vaya, parece que no hay nadie... Seguramente han salido. ¡Ah! Y ésta es la razón: sin duda mi Jess ha intentado volver a cocinar y todo ha acabado en fracaso. Conociendo la comida de mi hija, ese chaval estará ahora mismo en el médico haciéndose un lavado de estómago... ¡Aún recuerdo la vez que lavó la pasta con lavavajillas! ¡O cuando dejó los espaguetis en agua fría para que se ablandaran! —le comentó mi padre a su compañero entre joviales risas, haciéndome protestar con un leve gruñido, ya que me estaba dejando en ridículo delante de Nathan, un gruñido que su mano no tardó en silenciar mientras susurraba en mi oído:

—Para ti la cocina queda totalmente prohibida desde ahora.

Pero, no contento con meterse conmigo, mi padre también declaró en voz alta lo que pensaba de su invitado, algo no demasiado halagador, dicho sea de paso.

—A ver si mientras está en urgencias le quitan a ese chaval el palo que tiene encajado en el culo porque, de verdad, no sé cómo tratarlo.

Esta vez fue Nathan el que gruñó, ante lo que me volví para tapar su boca con las manos. Y, mientras lo hacía, no pude evitar provocarlo recordándole que estaba llevando a cabo una de esas locuras que él mismo me había confesado que no estaba dispuesto a hacer.

—Comprendo por qué estoy encerrada en este armario —susurré acercándome más a él para recordarle mi escandalosa indumentaria—, pero, Nathan, ¿por qué te has encerrado conmigo? —pregunté haciéndole ver el fallo en sus improvisadas acciones.

Él me miró durante unos segundos algo sorprendido, dándome a entender que no había reflexionado en absoluto antes de arrastrarme hasta ese armario, mostrándome al alocado hombre que yo sabía que había en su interior. Sin embargo, no tardó en recomponerse para, como era habitual en él, volver a regañarme.

—Si te hubiera encerrado sola en este armario, no tenía la certeza de que no salieras repentinamente para exhibir tu modelito y ese vergonzoso comportamiento ante la visita de tu padre, y eso es algo con lo que él no merece que lo avergüences —declaró volviendo a convertirse en un capullo integral mientras colocaba sus gafas en su lugar.

—Sabes de sobra que ese comportamiento únicamente lo tengo contigo.

—Sí, y eso es algo que deberías abandonar, porque...

Y antes de que continuara con su sermón no pude más y le arrebaté esas gafas que le daban un aspecto insoportablemente presuntuoso, para que en ese armario estuviera igual de perdido que yo cuando mi corazón, sin que yo pudiera evitarlo, se aceleraba por su causa.

—¡Devuélveme mis gafas! —siseó acercando su rostro al mío, lo que hizo que mi corazón saltara esperanzado. Hasta que me di cuenta de que lo hacía porque sin sus gafas no veía nada.

—No hasta que respondas a mis preguntas —me negué empecinadamente, escondiéndolas a mi espalda.

Nathan, suspirando con resignación, esperó a oír mis curiosas preguntas, pero yo en esos instantes solamente quería molestarlo, exasperarlo, sacarlo de esa firme y regia apariencia que

siempre exhibía ante mí, así que me acerqué más a él, sin saber qué preguntarle pero muy decidida a improvisar por el camino.

Resuelta a avivar su deseo, me revolví sobre su regazo rozándome con su firme miembro, que me demostraba que no era tan indiferente como quería aparentar. En la indecente postura en la que me encontraba, sentada sobre él con las piernas a cada lado de su cuerpo mientras nuestros sexos se rozaban tentadoramente y mis pechos, cubiertos con la leve tela del fino delantal, se rozaban contra el suyo, miré con deseo esos fríos ojos que siempre me rechazaban y me perdí en ellos porque, por unos instantes, sin esas gafas tras las que se escondía, no me mostraban la indiferencia con la que siempre me recibía. Esos ojos se clavaron profundamente en los míos y se perdieron por mi cuerpo, devorándome por completo.

Temblé de deseo cuando sus manos descendieron lentamente por mis desnudos brazos mientras acercaba sus labios a los míos. Y, cuando se encontraba a una distancia mínima, me susurró maliciosamente, recordándome mi chantaje:

—¿Qué es lo que quieres preguntarme?

Desesperada, busqué alguna cuestión en mi mente, pero ésta parecía vacía de cualquier cosa que no fuera el deseo de que me besara, de que me abrazara, de que me hiciera suya. En ese instante oí a mi padre hablando con su amigo sobre un partido de béisbol, y entonces recordé alguna que otra antigua conversación que había mantenido con él a lo largo de mi adolescencia y se me ocurrió una pregunta que hacerle a Nathan:

—¿Cuál es la segunda base para un chico?

Sin saber por qué, esa inocente pregunta terminó por descolocarlo por completo. Y, a continuación, el severo profesor que había ante mí quedó atrás, dando paso al adorable sinvergüenza que Nathan pretendía ocultar, pero al que yo conocía tan bien.

—¡Tú lo has querido! —me advirtió en un susurro antes de que su boca devorara la mía, haciéndome recordar aquel apasionado beso que habíamos compartido en el pasado y que yo nunca había podido olvidar.

Sorprendiéndome por completo, cogió mi trasero bruscamente entre las manos y me acercó a él, lo que provocó que mi sexo se rozara contra su dura erección. Su lengua buscó de manera implacable la respuesta de la mía, que, dubitativamente, jugó con ella dejándose arrastrar por cada una de las exigencias de ese beso.

Sus manos acariciaron tentadoramente mi desnudo trasero mientras me guiaba en unos movimientos que cada vez se volvían más placenteros. Las mías dejaron de sostener sus gafas para sujetarse a los fuertes hombros de Nathan, algo que él aprovechó con malicia abandonando nuestro beso. Y, dirigiendo su boca hacia el nudo que había en mi cuello, desabrochó la parte superior del delantal, liberando todos mis encantos frente a él.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté entre temerosa, confundida y excitada en el mismo instante en que sus ojos me recorrían golosamente.

—Probar el postre que tan a gusto has servido delante de mí —respondió con una maliciosa

sonrisa prendida en su rostro, para luego advertirme—: Como hagas ruido, tu padre nos descubrirá...

Y, antes de que yo supiera lo que estaba ocurriendo, Nathan me acercó más a él empujando mi trasero. Me hizo rozarme contra su dura erección para, ante mi sorpresa, hundir la boca entre mis senos, lamiéndolos, succionándolos y torturándolos, acariciando mis erguidos pezones con pequeños y placenteros mordiscos que dejaban un leve dolor en mi cuerpo que me hacía estremecer.

Comencé a gemir descontroladamente ante el placer y la agonía de lo que Nathan quería mostrarme. Acallé mi boca con mis manos para silenciar mis gemidos, y entonces él me miró perversamente, intensificando los roces de mi sexo contra el suyo.

Cuando una de las manos que acariciaban mi trasero se dirigió hacia mi húmedo interior, hundiéndose en él, no pude evitarlo y grité su nombre lo más bajo que pude a la vez que me movía frenéticamente sobre su regazo, buscando el placer al que sus caricias prometían dirigirme.

Pero Nathan jugaba conmigo una y otra vez sin permitirme llegar a la cúspide del placer. Su boca torturaba mis enrojecidos senos mientras uno de sus dedos se hundía lentamente en mí, a la vez que otro acariciaba la parte más sensible de mi cuerpo.

Nathan estableció un ritmo lento que me hizo delirar, y cuando mis caderas comenzaron a moverse exigiendo más, él las detuvo con una de sus firmes manos. Sonriendo ladinamente, introdujo otro de sus dedos en mi interior mientras guiaba mi cuerpo hacia el goce que quería alcanzar.

Su boca dejó de torturar mis sensibles pechos, pero me acercó más a su torso, haciendo que las erizadas cumbres de mis pezones se rozaran con la tela de su camisa. Yo me agarré fuertemente a él, clavando las uñas en sus hombros, y Nathan marcó el ritmo de mi cabalgada mientras me deshacía entre sus manos. Al fin, convulsionándome sobre esos traviesos dedos, me dirigí al clímax cuando su profunda mirada se fijó en mí, buscando con una complacida sonrisa la rendición de mi cuerpo.

Tras morder su hombro para castigarlo por su malicioso comportamiento, acallé un grito que llevaba su nombre mientras sucumbía a un arrollador orgasmo que me hizo derrumbarme sobre él a la espera de ese cariñoso abrazo que había oído que siempre compartían los amantes después de actos como éste; pero Nathan, una vez más, me decepcionó al susurrarme al oído para recordarme la situación en la que nos encontrábamos.

—¿Qué crees que dirá tu padre cuando salgamos de este armario después de haber oído tus gritos?

Asustada, vi cómo Nathan volvía a atar la parte delantera de mi delantal. Y, haciendo que me pusiera en pie dentro del pequeño espacio, me colocó frente a la puerta que nos ocultaba. Luego, a la vez que me apretaba fuertemente entre sus brazos, susurró en mi oído mientras se disponía a abrir:

—¿Preparada para enfrentarte a la responsabilidad de tus imprudentes actos?

—¡No! —grité escandalizada por lo que podría llegar a pensar mi padre de mí si me encontraba en esa vergonzosa situación, o lo que diría su visita.

Pero la puerta ya se había abierto ante mí y pude contemplar, asombrada y aliviada, un salón completamente vacío.

—¡Eres un cabrón! —grité furiosa, segura de que ésa sólo era una más de las maliciosas lecciones que Nathan siempre pretendía darme para que me alejara de él.

Y, mientras me volvía hacia él para golpearlo con furia en el pecho y mostrarle mi descontento, algo ante lo que él simplemente se rio, mis pies pisaron sus olvidadas gafas, casi partiéndolas en dos.

Las risas y los juegos terminaron en ese instante entre nosotros cuando un serio hombre volvió a encerrar al sinvergüenza que siempre ocultaba y, cogiendo sus gafas, me reprendió una vez más con una de sus frías miradas.

—Te lo mereces, por cabrón —le dije a la vez que intentaba ponérselas mientras él se dejaba hacer, quedando algo ridículo, ya que, por más que lo intentara, la parte interior que mantenía las lentes unidas estaba bastante doblada y casi rota, lo que causaba que ninguna quedara en su lugar.

Finalmente fui yo la que se rio a carcajadas del rígido aspecto que trataba de adoptar Nathan mientras me fulminaba con la mirada.

—Recuérdame que no conteste a ninguna más de tus preguntas —me ordenó antes de alejarse de mí.

—Pero no contestaste a la última —repuse algo molesta, para luego añadir con curiosidad—: No, en serio, ¿puedes explicarme cuál es la segunda base para un chico?

Una pregunta que no pensé que me contestaría hasta que me llegaron sus carcajadas, indicándome que todavía estaba muy lejos de conocer la respuesta, aunque estaba más que dispuesta a aprenderla, sólo con él.

Capítulo 4

—¿Me podéis explicar cuál es la segunda base para un chico? Es que, por más que le pregunto a Nathan, no me da una respuesta y tan sólo se ríe de mí.

—Olvídalo, eso es algo a lo que tú no has llegado ni en sueños. Dudo mucho que hayas pasado de un simple beso... —murmuró Taimi, reprendiendo a Jessica por hacer esa pregunta en el lugar más inadecuado.

—Por favor, ¿podrías dejar de susurrar en clase, especialmente cuando la imparte él? —pidió Lucil a sus amigas señalando al terrible profesor, que parecía tener un radar para saber cuándo estaban hablando a sus espaldas, ya que las amonestó desde lejos con una de sus letales miradas.

—No os preocupéis, si en realidad, cuando se lo propone, es un sol —manifestó Jessica, lanzándole un beso a su maestro, gesto con el que solamente consiguió que Nathan se enfadara más.

—¡Deja de provocarlo o conseguirás que nos ponga otro examen sorpresa! —exclamó Taimi.

—Y, para tu información, sí he ido más allá de un simple beso... —anunció Jessica, ignorando las advertencias mientras presumía frente a sus amigas.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo hiciste para llegar más allá de un beso? —preguntó Taimi con escepticismo, sabiendo lo difícil que podía ser ese hombre al que Jessica perseguía.

Y, tras pensar unos instantes en lo que podía o no podía contarles a sus amigas sobre su encuentro con Nathan en el armario, Jessica se decidió a contestar a la pregunta que le había hecho Taimi con parte de la verdad.

—Le rompí las gafas.

—La intimidación nunca ha sido la forma más apropiada para seducir a un hombre, y mucho menos para conseguir que éste acabe enamorándose de ti —opinó Lucil, señalando las gafas rotas que llevaba en esos instantes su profesor, parcialmente reparadas con un poco de cinta adhesiva.

—Te creo —sentenció finalmente Taimi al ver el aspecto lamentable de las gafas y al recordar lo persistente que podía ser su amiga—. Entonces, al final sí que te sirvieron los modelitos, ¿eh?

Y, antes de que Jessica respondiera, los murmullos cercanos de uno de sus compañeros acabaron de contestar a esa pregunta:

—En serio, ¿qué le pasa a este profesor? En la corrección del examen me ha puesto que la imagen que tenía que identificar era de una escultura de la diosa Tetas, en vez de la diosa Tetis...

—Vale, sirvieron —afirmó Taimi.

—Bueno, y ahora que lo he descolocado un poco, ¿qué hago? ¿Me cuelo en su cuarto? Es

bastante complicado porque Nathan siempre echa el pestillo, pero su ventana no está muy lejos... y...

—¿Por qué no pruebas a mostrarle abiertamente tus sentimientos y le desnudas tu alma antes?

—intervino Lucil poéticamente, recordando cómo era confesarse a su primer amor; aunque, como siempre, Jessica entendió lo que le dio la gana.

—¡Vale! Entonces me desnudo delante de él.

—¡No! —exclamaron sus dos amigas al unísono, ganándose una severa mirada del serio profesor por haber interrumpido la clase.

—Me refería a que le expreses lo que sientes por él —susurró Lucil.

—Pero es que siempre que intento decírselo me evita...

—Inténtalo con una carta de amor —aconsejó Lucil, convenciendo finalmente a su amiga de que desistiera de quitarse la ropa.

—Lo que sea que vayas a hacer hazlo rápido porque, al parecer, te ha salido competencia — señaló Taimi al ver a una sensual profesora que había ido a la clase a recibir al nuevo profesor en prácticas y, mientras lo hacía, no podía dejar de demostrarle todo el apoyo que estaba dispuesta a ofrecerle, incluido el de su abultada delantera, que no dejaba de restregar contra el brazo de Nathan mientras le indicaba que estaba a su disposición para mostrarle el lugar.

—¡Ni de coña voy a permitir que me lo quiten ahora que lo he vuelto a encontrar!

—Entonces ¿qué vas a hacer? —preguntaron Taimi y Lucil asustadas, conociendo perfectamente las locuras de las que Jessica era capaz.

—¡Voy a escribirle una carta de amor que no pueda olvidar nunca, ya que estoy muy inspirada!

—dijo Jessica poniéndose de inmediato manos a la obra.

Y cuando sus amigas espionaron con sus curiosas naricillas lo que ésta estaba escribiendo, muy orgullosas de que al fin hubiera entendido que no debía precipitarse, se llevaron las manos a la cabeza mientras se decidían a revisar sus apuntes rápidamente, porque en cuanto su profesor recibiera esa carta, la única respuesta que obtendrían sería otro examen sorpresa.

* * *

Nathan miraba distraídamente desde su mesa el aula donde comenzaba a cumplir su sueño de ser profesor. La amplia sala se estructuraba de modo que las grandes pizarras que tenía tras él y su escritorio fueran el centro de las miradas de todos sus alumnos. Las mesas de los estudiantes se colocaban en varios semicírculos concéntricos, dispuestos en diferentes alturas crecientes desde la mesa del profesor, de forma que las filas superiores permitían que los más rezagados en sus lecciones tuvieran la ilusión de esconderse de su profesor; pero Nathan no les concedía esa satisfacción a sus alumnos, pues solía desplazarse por el aula subiendo por la escalera para pasearse entre las mesas de las últimas filas con la idea de que su lección llegara con claridad a todos..., y también para vigilar si los chicos atendían a sus palabras. La única puerta se localizaba

cerca de su escritorio, desde donde Nathan podía saber en todo momento quién entraba o salía de su aula.

Al finalizar su clase, viendo el aula prácticamente vacía, finalmente se permitió un pequeño descanso para llamar a su hermana, tratando de comprender lo que Tori había estado intentando explicarle a lo largo de la mañana en los numerosos mensajes que había dejado en su contestador.

—Vale, entre tus desgarradores llantos, creo haber comprendido que, como yo decía, te has metido en algún lío relacionado con un chico. Tori, ¿me puedes decir qué has hecho para acabar en él? —inquirió cuando su hermana contestó a su llamada.

—Una carta..., le entregué una carta de amor a un chico y ahora estoy saliendo con él.

—¿Con el chico que te gustaba? —preguntó Nathan, algo perdido con la situación.

—No..., con el otro.

—Pero ¿es que había otro chico en esta historia, Tori?

—Sí..., no... ¡Oh, Nathan, vuelve a casa pronto, antes de que me meta en más problemas! Ojalá fuera como tú, que nunca te metes en este tipo de líos... —suspiró Tori, apoyándose en su siempre perfecto hermano mayor.

—Sí, claro, yo nunca me meto en ese tipo de líos... —repitió Nathan, atragantándose con su mentira mientras intentaba ser el firme ejemplo que su hermana necesitaba—. En cuanto tenga algún fin de semana libre, voy para allá. Pero por ahora recuerda: nada de cartas de amor, ni las escribas, ni las aceptes, huye de ellas a toda costa —aconsejó antes de despedirse de ella.

Cuando levantó los ojos se encontró ante él a una persistente persona que, con rostro enfadado, le enseñaba un sobre blanco con su nombre.

—¿Qué es eso? —preguntó Nathan confundido.

—¡Como la tires a la basura te la grapo en la frente! ¡Y si se te ocurre no leerla, la pongo en el tablón de anuncios para que todos lo hagan por ti! —anunció Jessica con tono amenazador, haciendo que Nathan se decidiera a coger la misiva antes de que ella se la tirara a la cara.

—En serio, ¿me puedes explicar qué es esto?

—¿Es que estás ciego? ¡Es una carta de amor! —replicó ella, dirigiéndole una furiosa mirada que le advertía de lo que le esperaba si no llegaba a leerla.

Después de su debida amenaza, Jessica lo dejó a solas con ese trozo de papel, donde había expuesto cada uno de sus sentimientos. Tras quedarse a solas, Nathan se dispuso a hacer lo mejor para ambos.

—Bueno, que no se diga que no cumplo con el capricho de mis alumnas —murmuró para sí. Y, mientras se reclinaba en la silla de su escritorio, Nathan sacó de su cajón el bolígrafo rojo que utilizaba para corregir sus exámenes, dispuesto a darle una nueva lección a esa mujer, aunque, como siempre, ella se la dio a él cuando comenzó a leer el contenido de esa carta.

* * *

—¡Examen sorpresa! —exclamé furiosamente después de un descanso que no me habían dejado que me tomara.

Primero había sido la molesta señorita Serena Frank, la joven subdirectora, unos diez años mayor que yo, que, con un suntuoso cuerpo, una hermosa melena rubia y unos sensuales ojos verdes intentaba mostrarme algo más que los alrededores de la universidad, unos alrededores que ya había visto una decena de veces pero que no rechacé observar de nuevo ante su invitación para no parecer grosero. El paseo por las instalaciones que Serena me mostró resultó ser una simple excusa, como yo había supuesto, que ella aprovechó para hacerme saber de un modo no demasiado sutil su condición de soltera una y otra vez, como una abierta invitación, algo que, por supuesto, ignoré convenientemente haciéndome el tonto.

Después de perder el tiempo con ese paseo, llegaron los numerosos mensajes de mi hermana en mi buzón de voz, unos alarmantes mensajes que me llevaron a llamarla de inmediato, obteniendo como resultado recibir sus quejas y lamentaciones directamente, sin dejarme claro a qué chico tendría que aleccionar en esta ocasión.

Y, por último, la supuesta carta de amor de Jessica, que me había sido entregada de una forma tan brusca que estoy seguro de que me habría dado una paliza de no haber llegado a aceptarla. ¡Y maldita la hora en que la acepté! Cuando la abrí esperando encontrarme un meloso reclamo de amor como el que mi madre le escribió una vez a mi padre, o algo igual de empalagoso para el paladar de cualquier hombre, no podría haber estado más equivocado: ese escrito no describía sentimiento alguno que no fuera la lujuria. Jessica parecía haber copiado el guion de alguna película porno y, para colmo, los protagonistas de esas apasionadas escenas éramos nosotros dos, por lo que terminé mi descanso con una gran erección insatisfecha y un cabreo de mil demonios que pensaba desahogar con ella. Al parecer, Jessica ya estaba preparada para mi reacción, ya que, mientras repartía los exámenes a mis alumnos, la oí cuchichear con sus amigas.

—¡Lo sabía! —dijo una de ellas.

—¡Estarás contenta! ¡Ahora no hay duda de que ha leído tu carta! —replicó la otra chica. Ante las quejas de sus amigas, la respuesta de Jessica fue una gran sonrisa llena de satisfacción dirigida hacia mí, por lo que no tuve piedad.

Cuando terminé de torturar a mis alumnos a gusto y al fin creí que Jessica habría captado la indirecta de que debía alejarse de mí, ella de nuevo acabó con mis esperanzas, aguardando pacientemente junto a mi escritorio, a la espera de que dejara de ignorarla.

Antes de que comenzara a llamarme con ese horrendo mote que tanto detestaba o que cometiera alguna de sus locuras, alcé la vista hacia ella para luego, con la tranquilidad que no había mostrado en mi clase, devolverle el sobre con su carta.

—¿Qué es esto?! —exclamó Jessica, igual de cabreada que yo cuando vio que había corregido todas las faltas ortográficas de su supuesta carta de amor.

—Tu carta.

—¿En serio?! ¿Has corregido mi carta de amor?!

—¡Ah! ¿Es que no era eso lo que querías que hiciera con ella? Por cierto, creo que tú y yo entendemos de formas muy diferentes lo que es una carta de amor.

—¿Y qué es esto? —me preguntó señalándome indignada una nota que le había escrito en la parte de atrás.

—Eso es una guía de repaso ortográfico que puede venirte muy bien porque, si en mis exámenes cometes las mismas faltas, sin duda estarás suspendida.

—Pero ¿ésa es tu respuesta ante mis sentimientos? ¡¿Corregir la maldita carta?! —inquirió Jessica, cada vez más enfadada.

Y, como no estaba dispuesto por nada del mundo a revelarle que mi verdadera respuesta había sido una gran erección cuando nos imaginaba haciendo lo que ponía en ese tortuoso papelito, la cabreeé un poco más al colocarme impertinente las gafas que ella tanto detestaba para añadir:

—Exacto. Mi veredicto es que tienes que repasar tu gramática y tu ortografía.

—¡Bah! Esto no sirve, tendré que pasar al plan B... —musitó entonces ella distraídamente mientras guardaba con brusquedad la carta en su bolso.

Y fue entonces cuando comencé a temblar al tratar de imaginar lo que sería capaz de hacer esa chica tan sólo para conquistarme.

* * *

A pesar de haber hablado con su hermano esa mañana, Tori aún tenía un gran problema. En concreto, uno de metro ochenta y cinco de altura, ojos azules, cabellos negros y una intimidante cicatriz que acojonaba a todo bicho viviente. Si a eso se le añadía su forma de vestir, sus *piercings* y las magulladuras de sus manos, por las que todo el mundo en la escuela se preguntaba cómo de cuestionables serían las compañías que frecuentaba ese chaval, teníamos como resultado a un chico que daba bastante miedo.

A Tori se le hacía bastante complicado explicarle a un chico de tales características el pequeño, insignificante y cómico error que había cometido al entregarle su carta de amor a él en lugar de a Michael, por eso había escrito otra carta, una de disculpa que llevaba en esos instantes dentro de su mochila, en la que le exponía todo lo ocurrido a Logan y en la que, esta vez, no había olvidado poner el nombre del destinatario.

A pesar de su aspecto, Logan era tremendamente amable con ella, aunque tal vez se debiera a que ahora era su novia, un hecho que Tori había intentado mantener en secreto, pero que él había proclamado ante todo el instituto al acompañarla a todas partes gruñéndole a todo aquel que se acercase a ella. Y mientras en un principio tuvo algo de miedo a causa de esa situación, ahora no sentía otra cosa más que fastidio, sobre todo porque el último chico al que el bruto de Logan había espantado era su querido Michael.

—Tori, ¿podrías ayudarme con esto...? —había comenzado a pedirle Michael, como hacía de vez en cuando mientras se cruzaban por los pasillos, sin percatarse del chico que la acompañaba.

Y, antes de que ella le diera una respuesta afirmativa como siempre hacía, Michael comenzó a colocar un montón de impresos en sus manos hasta que oyó un desalentador gruñido, motivo por el que alzó la vista para contemplar la amenazante mirada de unos fríos ojos azules que le advertían que no se acercara a Tori.

Después de ese intimidante gesto, Michael retiró lentamente cada uno de los papeles que había dejado en manos de Tori para luego recular lentamente por los pasillos antes de alejarse lo suficiente como para terminar huyendo despavorido.

—¡Pero bueno! ¿Se puede saber por qué le gruñes a todo el que se acerca a mí? —reprendió Tori valientemente al salvaje chico que la acompañaba, enfrentándose a su mirada que, como a todos los demás, la amedrentó.

—Yo no gruño, sólo los miro con disgusto y ellos se imaginan todo lo demás —respondió Logan dulcemente, con una voz apacible y sosegada que no parecía tener nada que ver con su rostro.

—¿Y por qué los miras con disgusto?

—En este caso, porque no me gusta que se aprovechen de ti, Tori.

—¡Michael no se aprovecha de mí! Únicamente me pide mis apuntes, que lo ayude con algunos trabajos y que lo sustituya en alguna tarea que le encomiendan los profesores y... —relataba Tori mientras la inquisitiva ceja de Logan se alzaba con ironía ante la obviedad de lo que estaba respondiendo—. Vale, bueno, sí..., tal vez se aprovecha un poco de mí... —suspiró resignada, haciendo que Logan sonriera de una forma que ella encontraba cada vez menos intimidante.

—Eres una persona muy amable con todos, Tori, y en algunas ocasiones la gente puede confundir eso, pues llegan a creer que pueden aprovecharse de ti y de tu buena voluntad.

—¿Y cómo sabes tanto de mí?

—Porque me gustas. Llevo tiempo observándote sin que te dieras cuenta —dijo Logan seriamente, lo que provocó que Tori se sonrojara y comenzara a pensar en él como en algo más que un simple matón—. Ahora, ¿por qué no me acompañas a mi siguiente clase? Te mostraré algo increíble que...

Y mientras Logan trataba de arrastrar a Tori consigo, de la mochila que éste llevaba al hombro cayó un enorme cuchillo enfundado en un estuche de piel, haciendo que todo lo bueno que Tori había pensado de él hasta ese instante desapareciera de su mente.

—Yo... yo... ¡yo no he visto nada! —exclamó alarmada.

Y, sin darle tiempo a que la atrapara, corrió lo más rápido que le permitían sus piernas para esconderse del tremendo error que había cometido al entregar aquella maldita carta.

* * *

Olivia veía que su prima se comportaba de una forma muy extraña. Más que nunca.

En primer lugar, en vez de esconderse en algún sitio desde donde observar a Michael mientras

le relataba por enésima vez lo bien que se compenetraban y lo buena pareja que harían, la había arrastrado a la cafetería. Y, en segundo, el objeto de observación en esta ocasión era Logan, un chico del que se alejaba asustada cada vez que éste pretendía acercarse a ella, algo que finalmente Logan dejó por imposible, tras lo que, retomando una vez más sus solitarios pasos, se dirigió hacia el oscuro rincón en donde siempre almorzaba solo.

—¿Se puede saber por qué huyes de tu supuesto novio, si el daño ya está hecho y todos saben que tenéis una relación? Por cierto, supongo que aún no le habrás entregado tu carta de disculpa explicando todo el malentendido, ¿verdad? —preguntó Olivia a su atolondrada prima, que solamente sabía meterla en líos.

—No, aún no. Pero ¿crees que habrá llegado a oídos de Michael que estoy saliendo con Logan? —preguntó Tori con desesperanza.

—Creo que lo sabe hasta el portero del edificio —anunció Olivia mostrándole lo evidente, ya que la extensa mesa donde ellas estaban permanecía igual de vacía que la de Logan, y a cada paso que daban en ese abarrotado lugar, sus compañeros se alejaban temerosos de no entorpecerles el camino sin ningún tipo de protesta—. ¡Me encanta! Gracias a la relación que mantienes con ese chico nos ahorramos hacer cola, ¡incluso la mujer de la cafetería nos ha hecho descuento! La pregunta clave que me viene a la cabeza ahora, sin embargo, es... ¿por qué ese chico que ha estado pegado a ti durante todo el día como una garrapata ahora no lo está?

—Lleva un cuchillo enorme en la mochila...

—¿Qué?! —exclamó Olivia alterada mientras su prima le hacía señas para que bajara la voz y se sentara de nuevo.

—¡Chiss, no quiero que se enteren todos y cunda el pánico!

—Bueno, ¿y qué excusa te ha dado cuando le has preguntado por el cuchillo? Porque le habrás preguntado por él, ¿verdad? —la interrogó Olivia con una fría mirada.

—En realidad, no: he salido corriendo espantada y lo he estado evitando toda la mañana.

—Vaya... Entonces está claro que lo que tenemos que hacer es decírselo a un profesor y a la directora antes de que ocurra algo y... —opinó Olivia, comenzando a ponerse de pie.

No obstante, algo retuvo su manga haciendo que volviera a sentarse, concretamente una quejosa familiar con la que estaba acostumbrada a tratar.

—Pero ¿y si me equivoco? —preguntó Tori con ojos llorosos.

—Si no vamos a hacer nada, más vale que te enfrentes a Logan y le preguntes por ese cuchillo, porque te juro que no voy a descansar hasta saber para qué narices lo trae al instituto...

—No creo que pueda enfrentarme a él, Olivia. Ahora me da más miedo que antes. Pero podríamos seguirlo durante todo el día...

—¡No, no y no! ¡Es mi última palabra! Por una vez vamos a hacer lo más sensato y...

* * *

Al final de un oscuro callejón, en una zona no demasiado transitada que se alejaba alarmantemente de la calle principal, se encontraba un local llamado Hot Kitchen, que, con un llamativo letrero rojo adornado con unas llamas y un diablillo, no ofrecía demasiada confianza para adentrarse en su interior.

Que dicho cartel señalara hacia una tétrica escalera que llevaba a un oscuro sótano hacía que los pocos transeúntes que pasaban por allí pensarán dos veces si entrar en ese lugar. Sin embargo, dos atolondradas adolescentes no podían dejar de fijar sus ojos en él mientras una de ellas hacía una y otra vez la misma pregunta que se haría todo aquel que las viera en ese sitio tan inapropiado.

—¿Qué narices hacemos aquí, Tori? —preguntó Olivia a su prima en el oscuro callejón, observando al chico al que no habían dejado de perseguir durante toda la mañana, un chico que, en esta ocasión, se metió en ese sótano que parecía pertenecer a un peligroso club en el que ellas no deberían entrar jamás. No obstante, la asustadiza Tori, que ahora no lo parecía tanto, insistió una vez más.

—Tenemos que entrar ahí para saber qué hace Logan con ese cuchillo.

—¡Ni de coña! ¿Y si hay más tipos tan peligrosos como él ahí dentro, con más cuchillos y quién sabe qué más cosas? Ya sabes que todas las mañanas viene al instituto con los dedos vendados.

—¡Pero, Olivia, ¿y si ocurre algo por nuestra culpa?!

—¡Dirás por tu culpa y por tu empecinamiento de no decir nada a los profesores! Únicamente somos dos chicas solas e indefensas y... ¡¿Qué coño es eso, Tori?! —exclamó Olivia mientras su prima ponía una pistola táser en sus manos, un arma no letal diseñada para incapacitar a una persona mediante una descarga eléctrica, al tiempo que sacaba otra de su mochila—. ¡Joder! ¿Y te asustas de que Logan lleve un cuchillo en la mochila mientras tú te paseas con esto por el instituto? —la reprendió, pero conociendo a los alocados miembros de su familia, imaginó que ellos tenían la culpa.

—¿Qué quieres que te diga? Cuando les comenté a mis tíos que tenía problemas con un chico, me las mandaron.

—¿Los pelirrojos? —preguntó Olivia, sospechando a qué tíos se refería Tori, ya que sólo unos expertos en seguridad personal como eran los cuatro hermanos Peterson, tíos maternos de Tori, eran los que podían llegar a manejar semejante armamento... y también los únicos inconscientes capaces de ponerlo en manos de una adolescente.

—Sí —reconoció ella mientras le enseñaba a Olivia cómo utilizar su arma—. Y ahora... ¡vamos a por Logan!

—Todavía no tengo claro qué vamos a hacer ahí dentro, si salvarlo o darle con la táser.

—¡Hum! —dudó Tori, parándose por primera vez a pensar en lo que estaba haciendo, para luego, como siempre, contestar alocadamente—: Lo decidiremos sobre la marcha, cuando estemos dentro —repuso antes de comenzar a bajar la escalera, tras lo que fue dejando un reguero de hombres inconscientes a su paso tan sólo porque su aspecto la asustaba.

* * *

Tori y Olivia se dividieron por los dos caminos que había al final de la escalera para buscar a Logan. La pequeña pelirroja, con sus acelerados pasos, no tardó en encontrarse ante una firme puerta detrás de la cual sospechaba que se hallaba Logan y se preparó para lo peor: sangre, heridas, cortes, golpes y que o bien Logan estuviera alzando el cuchillo en contra de alguien, o bien que éste fuera utilizado contra él. Así que, reuniendo todo el valor de que disponía, abrió con ímpetu la puerta para gritar las dudas que la habían estado persiguiendo toda la mañana.

—¿Se puede saber para qué vas a utilizar ese cuchillo, Logan?! —gritó Tori, entrando en la habitación con la taser en la mano y los ojos cerrados. Al abrirlos, todas las imágenes truculentas que habían rondado por su mente desaparecieron al presenciar la realidad: lo único que estaba haciendo ese terrorífico hombre detrás de un gran mostrador armado con el enorme cuchillo era... cocinar...

—¿Tori? —preguntó extrañado por su presencia allí, ante lo que la chica dio un gritito sorprendido. Y, asustada, pulsó sin querer el gatillo y electrocutó involuntariamente a un hombre desconocido y de rudo aspecto que se encontraba junto a ella y que le tendía amigablemente la mano.

—¡Lo siento! —se disculpó Tori una decena de veces ante el dolorido individuo que se hallaba a sus pies.

—Será mejor que guardes eso antes de que vuelvas a electrocutar a alguien —ordenó Logan quitándole la peligrosa arma de inmediato para apagarla y guardarla en su mochila—. ¡Demonios, Tori!, ¿qué haces aquí? —interrogó confuso mientras atendía al pobre hombre aturdido por la descarga, dejándolo precariamente sentado sobre una silla, ya que sus extremidades permanecían rígidas por los espasmos musculares.

—Tú tenías un cuchillo en la mochila y...

—¡Ah! Y tú te has creído los rumores que corren sobre mí, ¿verdad? —preguntó Logan, más resignado que molesto ante el hecho de que todos se inventaran estrambóticas historias sobre su vida—. Siento haberte preocupado. Sé que no debería haber llevado el cuchillo al instituto, pero como lo recogí del afilador esta mañana y no me daba tiempo a llegar al bar a dejarlo, lo llevé conmigo a clase. Bueno, ven..., ahora al fin podré darte lo que quería entregarte esta mañana —dijo tendiéndole unas exquisitas galletas de chocolate que sacó de su mochila.

—¿Y desde cuándo trabajas aquí? ¿Lo sabe tu familia? ¿De verdad estás aprendiendo cocina? ¿Qué opinan ellos? —comenzó Tori a acribillarlo a preguntas, a las que Logan fue contestando pacientemente mientras cortaba con gran rapidez las verduras, mostrándole por qué en ocasiones llevaba los dedos vendados.

—Éste es el restaurante de mi familia. Quiero seguir los pasos de mi padre, por lo que trabajo duramente al salir del instituto y...

—¿Y se puede saber dónde está tu padre mientras tú haces todo el trabajo? —lo interrumpió Tori molesta al verlo moverse velozmente de una olla a otra, haciendo decenas de cosas a la vez.

—Mi padre está ahora mismo medio inconsciente en esa silla, después de que le pegaras una descarga —dijo él con una resignada sonrisa mientras negaba con la cabeza ante las locuras de esa chica. A continuación, le lanzó un delantal a Tori y añadió—: Así pues, te toca trabajar.

Después de hacer que se pusiera el delantal, Logan la condujo detrás del mostrador. Y, situándose tras ella, comenzó a enseñarle cómo debía usar el cuchillo.

Con las manos unidas, sus fuertes brazos rodeándola y su dulce voz susurrándole al oído, Tori se sonrojó y sintió cómo su cuerpo se acaloraba mientras intentaba hacer lo que Logan le ordenaba, sin poder concentrarse en ello, ya que, por una vez, se sintió atraída por alguien que no se parecía en nada a ella, un chico al que quería conocer mejor a pesar de todo.

—¡Ya voy en tu ayuda, Tori! —se oyó en ese momento la voz de Olivia, que se adentró abruptamente en la cocina interrumpiendo esa cálida escena, haciendo que Tori se separase de ese chico cuya relación con su prima tan sólo era un error—. ¡Ah! Vaya..., así que... para eso era... el cuchillo... —señaló intentando recuperar el aliento, ya mucho más calmada.

—Sí, Olivia. Resulta que Logan es cocinero aquí, en el restaurante de su familia, no un criminal. Y ahora tenemos que ayudarlo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Olivia, alzando acusadoramente una ceja.

—Porque he dejado aturdido a su padre... y creo que a la mitad del personal del restaurante —confesó Tori mientras se mordía nerviosamente el labio inferior, rogando por la ayuda de Olivia, que no tardó en resignarse a colocarse un delantal mientras reprendía a su prima con una severa mirada, declarando:

—Y luego los muy estúpidos del instituto lo temen a él, cuando de la que deberían huir todos es de ti.

Unas palabras que hicieron que Logan, por una vez, se riera de los rumores que lo perseguían siempre donde fuera.

—Gracias a Dios que Tori supo ver más allá de esos estúpidos rumores —apuntó, haciendo que ambas primas se sintieran culpables por la verdad que ocultaban.

Por primera vez desde que conocía a Logan, el corazón de Tori se encogió ante la idea de hacerle daño y no quiso seguir con esa mentira. No por miedo a él, sino por miedo a herirlo, ya que, tal vez, la verdad sería demasiado cruel para alguien que no se merecía ese trato.

La carta de disculpa que permanecía olvidada en el interior de su mochila ya no le pareció a Tori la forma más acertada de enfrentarse a un chico tan sincero como él, por lo que decidió guardar silencio. Quizá porque quería disponer de más tiempo a su lado y comprobar si, finalmente, la carta de amor que le había entregado resultaba que no había sido el error tan grande que ella había creído en un principio.

Capítulo 5

Mientras me reparaban las gafas, la oculista me había recomendado unas lentillas que utilicé durante un tiempo, únicamente porque Jessica no podía quitármelas siempre que le diera la gana, como hacía con mis gafas cada vez que se alteraba.

Esa chica, a pesar de mis rechazos, seguía empeñada en ir tras de mí. ¡Maldito el día en el que, inconscientemente, le di permiso a una adolescente para que me persiguiera, pensando que no me la volvería a encontrar! Para mi desgracia, había vuelto a cruzarse en mi camino. Y como ahora estaba bastante crecida, algunas de las excusas que le presenté en aquel entonces para alejarla no servían de nada actualmente.

Esa mujer me tentaba demasiado con su impertinente boca cuando me retaba a acercarme a ella, con el mismo descaro que yo utilizaba para alejarla sin que llegara a funcionar. Jessica me atraía con su cuerpo, que no pasaba precisamente desapercibido a mis ojos, mostrándome que a sus veinte años ya era toda una mujer.

Sus generosos senos, sus suntuosas curvas que acompañaban a un rostro de diablillo enmarcado por una hermosa y sedosa melena castaña que le llegaba más allá de los hombros y cuyos ojos verdes no dejaban de perseguirme, llenos de deseo, me hacían perder el sueño en más de una ocasión. O, más bien, me hacían tener algunos sueños bastante inadecuados, especialmente cuando insistía en mostrarme todos y cada uno de sus encantos a la menor oportunidad.

Para mi infortunio, esas lentillas, que me parecieron una buena solución temporal a mis problemas, sólo me acarrearón más al provocar que otras de mis descarriadas alumnas comenzaran a fijarse en mí de una manera en que no lo habían hecho con anterioridad, y, para mayor desgracia, tenía fijos en mi persona unos disgustados y persistentes ojos verdes que me reprendían con la mirada mientras acibillaban a todas las demás chicas que pululaban a mi alrededor. Sin saber por qué, ese día me mostré un poco inquieto, y a pesar de no ser culpable de nada, me sentí condenado bajo esa penetrante mirada que no desistía de escrutar todos y cada uno de mis movimientos.

Finalmente, harto de esa vigilancia que no dejaba de importunarme, decidí acabar con todo. De modo que, cuando mis alumnas se reunieron a mi alrededor para atosigarme con sus preguntas, acabé con su persecución de la única forma que sabía hacer: presentando ante ellas una gran dificultad que las hiciera desistir de su estúpido empeño de perseguirme.

—Señor Lowell, ¿tiene novia? —me preguntó sugerentemente una linda chica rubia, enseñándome su escote. Para su desgracia, debido a Jessica, yo ya estaba curado de espantos ante

cualquier tipo de seducción de ese estilo.

—Señorita, mi vida privada no es una cuestión que discutir en esta clase o fuera de ella.

—¡Vamos, profe! Seguro que fuera de clase eres todo un salvaje... —opinó otra de mis alumnas colgándose de mi brazo, poniéndose inadvertidamente en peligro, ya que la intensa mirada que Jessica le dedicaba no era nada alentadora para su seguridad. Así que, antes de que la cosa comenzara a ponerse delicada, la separé lentamente de mi brazo, asegurándole, como a todas las demás, que ese tipo de relaciones eran imposibles para mí.

—Nada de eso. Fuera de clase soy igual de serio que dentro de ella, o incluso más.

—¡Vamos, no es justo! ¡Danos una oportunidad para poder salir contigo, profe! ¿Qué clase de chicas prefieres? ¿Cuál es tu ideal de mujer?

Y, aprovechando la oportunidad que me brindaba esa alumna para deshacerme de todas, cogí la tiza de la pizarra y contesté en la misma cuáles eran mis preferencias, rechazando en el proceso a todas y cada una de ellas.

—En primer lugar, me gustan las chicas listas. Así que, señoritas, si quieren una oportunidad para salir conmigo deben resolver esta ecuación... —anuncié mientras miraba por encima de mi hombro, dedicándoles una maliciosa sonrisa.

Algunas se alejaron en cuanto comencé a escribir, otras persistieron hasta que mi problema ocupó media pizarra, y finalmente sólo una de ellas se quedó detrás de mí, esperando a que terminara de escribir el enorme rompecabezas que les estaba planteando.

—Estarás contenta, ¿no? Ya me he deshecho de ellas, así que, para mi tranquilidad y la de mi clase, te aconsejaría que dejaras de apuñalar a tus compañeras con la mirada —dije cuando me volví y me encontré con la persistente y acusadora mirada de Jessica sobre mí.

Finalmente, su respuesta hacia mis palabras fue arrancar una hoja de su libreta y comenzar a copiar tozudamente mi ecuación.

—Ese problema es demasiado complicado para ti, Jessica, sobre todo con calificaciones como éstas... —me burlé, sin poder evitar chincharla un poco, mientras le enseñaba un examen suyo bastante lamentable.

—No. Esto no es tan complicado como crees: hay un problema mucho más difícil.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es? —le pregunté con una irónica sonrisa asomando a mi rostro, ya que dudaba sinceramente de que ella conociera algún problema más complicado que el que yo le había escrito en la pizarra.

—Averiguar cómo voy a hacer para enamorarte —repuso con decisión mientras se alejaba con mi reto, dispuesta a resolverlo.

Mi respuesta ante tan remota posibilidad fue una tremenda carcajada por la ridícula idea de que ella pudiera llegar a resolver alguno de los dos.

* * *

Izan observaba molesto a la única chica de la universidad a la que no había logrado conquistar después de intentarlo y que tenía toda su atención puesta en un libro de matemáticas avanzadas que había sacado de la biblioteca. Jessica miraba enfadada el ejemplar, rebuscaba en él, lo cerraba con un bufido de impaciencia, y después de alguna que otra furtiva mirada a un arrugado papel, lo volvía a abrir.

Esa atractiva chica era la única que no le había dedicado ni una sola mirada. Normalmente todas las mujeres se volvían a su paso, y con una sola de sus sonrisas caían ante sus encantos. Pero ella, por más miradas, halagos o insinuaciones que le hiciese, no le prestaba ni la más mínima atención. Y eso no lo tenía muy contento.

—¿Qué? ¿De nuevo contemplando a esa chica que ni siquiera sabe que existes? —se burló Toni, uno de sus compañeros, avivando aún más su mal humor.

Tras pronunciar esas socarronas palabras, se sentó junto a él en compañía de alguno más de los borregos que solían acompañarlo alabando sus cualidades para conseguir algunos de los privilegios que conllevaba formar parte de la pandilla de Izan Preston, un niño mimado que lo tenía todo gracias a su rico papá. Pero, en realidad, cada uno de esos halagos escondía una gran envidia hacia un hombre que lo tenía todo y que nunca había tenido que hacer nada para conseguirlo. Hasta ahora...

—No dudéis ni por un instante que Jessica va a ser una muesca más en el cabecero de mi cama —anunció Izan con decisión, apagando las risas de su alrededor.

Pero sólo hasta que otro de sus colegas añadió:

—Si no lo dudamos, Izan... Mira, no puede quitarte los ojos de encima —apuntó jocosamente su compañero Martin mientras señalaba a Jessica, que solamente tenía ojos para ese dichoso libro del que Izan no podía llegar a imaginar qué tenía para que la obsesionara tanto.

—Estoy totalmente seguro de mi atractivo, Martin. Jamás en mi vida he sido rechazado por una mujer, y ésa no va a ser la primera.

—Bueno, pues parece que en esta ocasión tienes una dura competencia —repuso Martin señalando al estricto profesor, que, tras entrar en la cafetería, consiguió levantar algún que otro soñador suspiro femenino que él trató de desalentar con una de sus severas miradas. Y, por supuesto, también se llevó la atención de la única chica que no le hacía ningún caso a Izan.

—¡Me repatea ese becario de tres al cuarto que se las da de profesor listillo! Si creéis que ese idiota es competencia para mí, es que no me conocéis: yo poseo muchos más encantos que cualquier insulso docente. Vamos a ver, ¿qué tienes ese vejestorio que no tenga yo?

—De momento, toda la atención de la chica que no te hace ni caso —señaló Cole, otro de sus secuaces, al ver que Jessica no apartaba los ojos del estricto profesor que pasaba por su lado—. Además, para tu información: el profesor Lowell es sólo tres años mayor que nosotros, así que no creo que podamos llamarlo «vejestorio» con apenas veintitrés.

—Según he oído, es todo un cerebritito que iba un año adelantado en su promoción, que hizo un máster de dos años en uno y que ahora está próximo a conseguir una plaza de docente si termina

sus prácticas de forma satisfactoria —añadió Martin, haciendo que Izan reconsiderara llamarlo «amigo».

—Así que, por ahora, también tiene un futuro brillante, además de la atención de Jessica... —concluyó Toni, alzando un segundo dedo con el que iba enumerando las múltiples cualidades del profesor.

—Ingresos propios... —añadió Louis, otro gracioso, metiendo el dedo en la llaga.

—Es atractivo —señaló Evan, uniéndose a las alabanzas hacia su maestro.

Y fue entonces cuando cada uno de los compañeros de Izan comenzó a turnarse para exponer una cualidad de ese fastidioso hombre con la única intención de tocarle las narices a su amigo. Finalmente, dispuesto a demostrar lo equivocados que estaban sus compinches, Izan se levantó y fue en busca de la chica que, sin duda, no podría ignorar por más tiempo su presencia, especialmente cuando desplegara todos sus encantos hacia ella.

En el momento en que llegó junto a Jessica, Izan se mantuvo de pie a un lado, a la espera de que se percatara de que él estaba allí. Pero, tras un par de incómodos minutos, él finalmente carraspeó para llamar su atención. Y volvió a carraspear una y otra vez hasta que decidió hacerse notar al fin al ver que sus compañeros comenzaban a burlarse de él lanzándole caramelos de menta.

—Hola, Jessica: soy Izan Preston, uno de tus compañeros en clase de Historia del Arte. He pensado que podríamos salir en algún momento para comparar nuestras notas y, tal vez, para conocernos mejor y estrechar nuestra amistad, ¿qué te parece? —dijo él, exhibiendo la mejor de sus sonrisas mientras, ni corto ni perezoso, cerraba el libro que Jessica estaba mirando, apoyando una mano sobre él para reclamar toda la atención de la chica.

—¿Sabes matemáticas avanzadas? —fue la respuesta de Jessica a su proposición.

—No, pero...

—Entonces no me sirves... —zanjó ella, descartándolo por completo antes de apartar la mano para volver a su libro e ignorarlo, tanto a él como sus supuestos encantos.

—¿Sabes acaso cuántas chicas van detrás de mí...? —comenzó a protestar Izan enfurecido, momento en el cual se vio interrumpido súbitamente por el hombre que más detestaba.

—¡Enhorabuena, chaval! Aunque creo que lo harán por tu físico, porque es más que evidente que por tu inteligencia no es —dijo a espaldas de Izan la irónica y conocida voz de Nathan Lowell mientras apoyaba una mano sobre su hombro, apretando con firmeza para mostrarle el camino que no debería tomar nunca con esa mujer.

En cuanto Nathan se encontró frente a Jessica, ella dejó de tener ojos para otra cosa que no fuera él..., aunque esa mirada se clavó en su profesor un tanto furiosa.

—¡Esto es imposible de resolver! —le recriminó ella exasperada, mostrándole el problema a su profesor.

—Entonces ¿abandonas? —la provocó el serio maestro con una audaz y burlona sonrisa que muy pocos habían tenido el privilegio de contemplar.

—¡Venga ya! Ponme uno más fácil, ¿no?

—No concedo favoritismos a ninguno de mis alumnos, por más persistentes que éstos puedan llegar a ser, así que no —sentenció Nathan alejándose del lugar. Y, mientras se marchaba, seguido muy de cerca por la única mujer que nunca dudaría en perseguirlo, no se olvidó de dirigirle una mirada de advertencia a Izan, poniendo en su lugar al joven que se había atrevido a acercarse a Jessica más de la cuenta.

—¿Se puede saber qué demonios pasa entre esos dos? —se preguntó Izan confuso, cavilando sobre si la respuesta a esa pregunta le serviría para cumplir su propósito; uno que, tras la mirada de advertencia de ese profesor no había cambiado, sino justamente al contrario: su deseo de conseguir a esa chica se había intensificado, especialmente si ella era algo que le pertenecía a ese perfecto y brillante profesor al que tanto odiaba.

* * *

Definitivamente, Nathan no se me iba a escapar esta vez. Mi padre había salido de copas con un amigo de la ciudad, algo que seguramente le llevaría toda la noche mientras intentaba conquistar a alguna mujer simulando que aún estaba hecho todo un donjuán, así que esa noche era toda nuestra. O, al menos, eso era lo que pensaba antes de que Nathan se escapara de mí y, tras tomarse una rápida cena, se encerrara en su habitación.

Decidida a sorprenderlo una vez más, esperé hasta el momento en que la luz de su habitación se apagó, y después de media hora supuse que se habría quedado dormido. Entonces me colgué de la ventana de mi cuarto para llegar hasta el suyo. Me costó la misma vida llegar hasta allí, con la resbaladiza fachada, pero como era muy ágil y ya estaba acostumbrada al trabajo duro gracias a mis entrenamientos, conseguí mi meta y me introduje en su habitación para embelesarlo con mis encantos.

—¿Desnuda o vestida? —murmuré para mí sin saber si seguir los sabios consejos de mis amigas o ceder a la locura. Y, dado que la locura me había servido en alguna ocasión para desconcertar a ese hombre, finalmente cedí ante ella.

Después de desnudarme dejando mis ropas esparcidas con descuido por la oscura habitación, me dirigí a ciegas hacia la cama y me metí en ella a tuestas con la idea de despertar a Nathan seductoramente..., pero, al parecer, ese hombre no estaba por la labor.

Me subí encima y él se dio la vuelta, tirándome al suelo; intenté acariciar sutilmente su pecho por encima de su camiseta y él apartó mi mano de una bofetada, como si fuera un mosquito que le molestaba; le lamí la oreja y, tras llamarme *Henry*, me acarició la cabeza como si yo fuera un perro para, a continuación, seguir roncando como un energúmeno; le planté un beso en los labios y él me apartó bruscamente pronunciando un nombre masculino, lo que me llevó a reflexionar con preocupación acerca de qué tipo de relaciones habría mantenido Nathan hasta el momento y con quién...

Cabreada, le puse las tetas en la cara, y ni con ésas conseguí que se despertara o reaccionara. Aunque, eso sí, cuando las aparté de su rostro, en él lucía una radiante sonrisa... ¡A saber con qué estaría soñando! Finalmente, tras gritarle al oído y no recibir respuesta alguna, me rendí. Y, haciéndome un hueco en la cama de Nathan, decidí acompañarlo hasta que se diera cuenta de mi presencia, algo que comenzaba a sospechar que con ese hombre, estuviera despierto o dormido, sería imposible.

* * *

Agotado por el cansancio acumulado de varios días de correcciones, de la preparación de los temarios para mis alumnos, además de por el estudio para mis propios exámenes, caí rendido en la cama. En cuanto lo hice, me adentré en uno de esos profundos sueños de los que cuesta despertarse... y de verdad que habría deseado hacerlo, ya que tuve un sueño de lo más extraño.

Primero, una enorme muñeca hinchable me cayó encima, aplastándome, ante lo cual me desembaracé de ella rápidamente. Luego, unos molestos bichos no dejaban de recorrer mi cuerpo, por lo que me apresuré a deshacerme de ellos a manotazos, tras lo que *Henry*, el perro de mi tío Dan, comenzó a lamerme una oreja como siempre hacía para despertarme cada vez que me quedaba en casa de mis abuelos. Pero lo más preocupante fue cuando soñé que Roan se metía en mi cama y me besaba en todos los morros, confundíendome con mi prima Helena. Ahí sí que quise despertarme y huir, pero eso sólo fue hasta que soñé a continuación con unos pechos gigantes que se apretaban contra mi rostro, convirtiendo la desalentadora y extraña ensoñación en algo más agradable.

Después de todo eso, lo que soñé a continuación fue que una mula me daba de patadas y me arrojaba al suelo, ante lo que yo tenía que volver a subirme a mi sitio en varias ocasiones. Finalmente, cuando abrí los ojos por la mañana descubrí que nada de eso había sido un sueño, ya que una mujer desnuda descansaba a pierna suelta en mi cama de una forma nada femenina, la verdad sea dicha, mientras yo la contemplaba desde el suelo más con un cabreo monumental que con deseo.

Decidido a reñir a Jessica una vez más, me levanté y, mientras calculaba el precio de unos buenos pestillos para las ventanas, me dirigí hacia la cama. Traté de mantener un gesto serio que la ayudara a comprender que no podía jugar más conmigo, algo que no funcionó en cuanto contemplé un poco más de cerca las curvas con las que Jessica me tentaba a diario.

Queriendo acabar con la gran distracción que era ella, la tapé con las sábanas. Pese a todo, Jessica, todavía dormida, se deshizo de ellas con tres patadas. Así que la tapé una vez más, obteniendo el mismo resultado...

—¡Como vuelvas a quitarte la sábana, te juro por Dios que te la anudo al cuerpo! —murmuré junto a su oído, muy enfadado, mientras me ponía las gafas que descansaban en la mesilla junto a la cama. En ese momento Jessica se despertó sobresaltada, pero por lo menos en esta ocasión no

se destapó—. ¿Me puedes explicar qué haces aquí? —pregunté manteniendo los brazos cruzados delante de mi cuerpo, amonestándola severamente con una de mis miradas.

—Yo..., esto..., ¿seducirte? —me respondió preguntándome como si yo tuviera la respuesta a sus locuras.

—¿Sabes acaso lo que me estás pidiendo cuando te metes desnuda en mi cama?

—¿Sexo? —replicó con impertinencia, a pesar de que yo sabía que ésa no era la respuesta correcta, pues Jessica buscaba amor, aunque lo hacía de la manera más inadecuada.

—Te voy a dar exactamente lo que me estás pidiendo, y, cuando lo haga, no me lo vas a reclamar más —anuncié decidido a darle una lección mientras me deshacía de mis gafas y de mi camiseta.

Colocándome encima de ella, alcé sus manos y las sostuve sobre su cabeza para evitar que pudiera tocarme y lo estropeará todo, ya que yo quería mostrarme frío y cruel ante ella para que comprendiera la diferencia entre lo que me pedía y lo que buscaba en realidad. Pero si sus manos me tocaban con alguna suave caricia, me perdería sin remedio en la dulce inocencia que esa chica siempre me mostraba a pesar de su atrevimiento.

Quitándole la sábana, contemplé el cuerpo que con tanta rapidez había intentado tapar un par de minutos antes para no verme tentado y dirigí la mano hacia él, acariciando suavemente cada una de las curvas que encontraba en mi camino; pasé por sus piernas, por sus muslos, por el sedoso triángulo que guardaba entre sus piernas, al que sólo le dediqué un sutil roce antes de continuar ascendiendo por su cuerpo. Pero mientras mi mano se perdía en la dulzura de su piel, mis ojos seguían fijos en ella, fríamente, sin mostrar ninguno de los sentimientos que en realidad se agolpaban en mi alma, provocando que mi lección fuera tan confusa para ella como para mí.

—Bésame —suplicó al percatarse de lo fríos que eran mis actos.

—No puedo: tú solamente quieres sexo, y un beso es algo más que eso —me negué, a la vez que mis manos acariciaban sus excitados pezones, haciéndola gemir de placer. Comportándome con crueldad, dirigí mis labios hacia su boca para, en el último momento, colocarlos sobre las cumbres de sus succulentos pezones, que devoré con avidez, concediéndole a su cuerpo el placer que Jessica me reclamaba.

Los torturé con la lengua, con sutiles besos, enrojeciendo su piel con unas marcas que dejaron mis labios y posteriormente mis dientes cuando mordí levemente esas tentadoras cumbres que se alzaban ante mí.

En el instante en que ella arqueó su cuerpo contra mí, gimiendo mi nombre, una de mis manos descendió, recorriendo su suave piel hasta adentrarse en el sedoso vértice que había entre sus piernas. Tras acariciar sutilmente su clítoris, dándole con mis atenciones el placer que su cuerpo aún desconocía, introduje lentamente los dedos en ella y, haciendo que se arqueara contra mi mano, establecí un ritmo avasallador con el que se lo exigí todo sin tener piedad o clemencia alguna ante sus sentimientos. Mis dedos no le dieron descanso a su ardiente cuerpo, exigiendo una

respuesta. Y, mientras lo hacía, mis fríos ojos volvieron a fijarse en Jessica, intentando que se avergonzara de lo que me pedía.

—Al menos, déjame tocarte... —me suplicó a la vez que unas silenciosas lágrimas se derramaban por esos hermosos ojos verdes que siempre me rogaban que le diera amor.

—No puedes: tú sólo quieres sexo —le recordé con dureza. Y mientras pronunciaba esas palabras, aparentando una fría apariencia, mi corazón se estaba partiendo a causa de las lágrimas que veía en ella.

»Dime que pare y lo haré —le dije dándole la posibilidad de detenerme, de acabar con mi dura lección, de que mis gélidas acciones ya no le hicieran más daño. Pero Jessica guardó silencio.

Mis dedos se deslizaban una y otra vez en su interior, dándole placer, haciéndola gemir sin mostrar pasión alguna en mis gestos, y ella se dejaba llevar por lo que su cuerpo sentía. No obstante, cada vez que me miraba, más lágrimas se deslizaban desde esos inocentes ojos, declarándome culpable.

—¡Dime que pare, joder! —exclamé furioso, sin ceder en ese juego a pesar de estar haciéndonos daño a ambos.

Jessica se arqueó contra mí, buscándome más. Y, respondiendo a la frialdad de mis ojos, contestó con dulzura:

—No puedo, porque esto es lo único que estás dispuesto a darme...

Tras oír esas palabras supe lo equivocado que estaba con respecto a ella al suponer que yo era un juego para una alocada joven que sólo quería probar lo que era el sexo. Jessica había tenido la desgracia de enamorarse de mí, y si quería saber qué era el sexo antes que el amor se debía solamente a que eso era lo único que yo estaba dispuesto a enseñarle.

Sin poder seguir simulando una frialdad que no sentía, solté las manos que aprisionaba para evitar que me tocaran y me hicieran sentir más de lo necesario, y, limpiando cada una de las lágrimas de Jessica con mis besos, finalmente le concedí el beso que sus labios me habían reclamado.

Sus manos me rodearon, atrayéndome hacia sí, y yo le regalé el placer que su cuerpo buscaba cada vez que uno de mis dedos se movía con suavidad rozando la parte más sensible de su cuerpo mientras otros seguían adentrándose en ella, haciéndola gritar mi nombre. Su interior me apretó mientras Jessica se convulsionaba sobre mi mano, directa hacia el éxtasis que consiguió entre mis brazos.

Cuando su desnudo cuerpo descansaba plácidamente sobre mi cama, apoyé las manos a ambos lados de ese tentador presente que ella siempre me ofrecía. Y, susurrándole el final de esa lección, la alejé de mi lado de nuevo.

—Para tu primera experiencia debes buscar a un hombre al que ames y que te ame, Jessica, para luego no arrepentirte de nada. Así que no vuelvas a pedirme sexo nunca más.

Después de mis palabras, me aparté de ella y le di la intimidad que necesitaba para volver a vestirse. A continuación, le abrí la puerta invitándola a marcharse de mi habitación, creyendo que

esa chica ya no sería un problema para mí ahora que había aprendido la lección. O eso suponía, hasta que al pasar por mi lado me dijo, tan descarada como siempre:

—Entonces ¿puedo pedirte amor?

Mi respuesta a su pregunta fue un contundente portazo con el que intenté deshacerme de esa mujer que, a la menor oportunidad, conseguía perturbarme. Y, mientras me volvía dispuesto a ponerme con la corrección de los exámenes de mis alumnos, me pregunté por qué en ese momento mi respuesta a su pregunta no había sido un rotundo «no» como en otras ocasiones.

* * *

A medida que Tori salía con Logan y pasaba más tiempo en su compañía, se daba cuenta de que no era para nada como los rumores decían. Se trataba de un chico tranquilo y apacible que por su aspecto y por su mirada era malinterpretado en más de una ocasión. Si se acercaba a algún compañero para devolverle un objeto que se le había caído, éste salía corriendo o le daba el dinero de su almuerzo antes de alejarse precipitadamente de él. Si intentaba entablar conversación con algún grupo con el que compartía algún interés, los chicos se ponían en alerta creyendo que iba a buscar bronca. Si por casualidad pasaba cerca de donde había habido una pelea o donde alguien había dañado algún bien del instituto, el profesor de turno siempre acababa echándole la culpa a Logan, hubiera estado él presente o no en el momento de los hechos...

Logan, a pesar de tener todos los motivos del mundo para gritar o contestar groseramente a sus compañeros o profesores, tan sólo suspiraba resignado y no intentaba dar ninguna explicación porque, simple y llanamente, nadie lo creía.

Todas las injusticias que rodeaban a ese chico, de las que Tori no se había dado cuenta antes, ahora la molestaban profundamente. Y como ella no era alguien acostumbrada a quedarse quieta ante una injusticia, decidió que, aunque no pudiera llegar a enamorarse de Logan, por lo menos sí trataría de ayudarlo para que nadie más lo acusara injustamente.

—Bueno, Tori, ¿puedes explicarme por qué estamos espionando a tu supuesto novio en vez de a tu enamorado? ¿Es que al fin te has dado cuenta de que Michael es gilipollas y has decidido cambiar de objetivo?

—Sí..., no... ¡Oye! ¡¿Cómo que Michael es gilipollas?! ¡Pero ¿qué dices?! —reprendió ella a su prima, esa peculiar compinche que siempre tenía a su lado.

—¡Ah, vale! Ya entiendo: ahora estamos de nuevo inmersas en alguno de tus descabellados planes de los que siempre me haces cómplice, lo quiera yo o no.

—No —negó Tori, haciendo que su prima respirara con alivio..., hasta que continuó con su respuesta y volvió a dejarla preocupada—: Ahora estamos en una misión de seguimiento y apoyo. ¡Voy a conseguir que nadie piense mal de Logan nunca más!

—¡Oh, vaya! Mucha suerte con eso... —musitó Olivia irónicamente, intentando alejarse de su prima. Pero Tori, como siempre, se agarró a su brazo para ponerle ojitos de perro abandonado

mientras trataba de introducirla de lleno en una más de sus locuras.

—¿Cómo lo hago?

—¿Va en serio? ¿De verdad te propones lograr que todos vean a Logan como a alguien inofensivo? —inquirió Olivia, señalando cómo, con una sola mirada, ese chico conseguía que toda una fila de muchachos se apartara de su camino para salir corriendo en dirección contraria.

—Sí, es injusto que nadie sepa lo bueno que es. Ya viste la paciencia que tiene conmigo cuando intentó enseñarme a cocinar. Además, creo que se lo debo por mentirle y por el daño que seguramente le haré cuando le explique la verdad de mi carta.

—Algo que, ahora que has visto que es un buen chico, deberías hacer ya.

—¡Pero es que no puedo!

—Di mejor que no quieres.

—¡Bueno, pues está bien: no quiero! Por lo menos, aún no. Así que, con lo buena y lista que eres, ¿por qué no me ayudas a encontrar una solución?

—¡Malvada! Te aprovechas de que me encantan los halagos... —bromeó Olivia, alzando su negra melena con presunción—. La solución es obvia: si una persona tan dulce como tú aparece colgada de su brazo, a nadie le parecerá tan atemorizante. Y, además, si te aguanta durante todo el día, más de uno le otorgará el papel de santo, yo la primera. Así que..., ¡hala, ve con tu nuevo enamorado! —alentó empujando a su prima para que cayera en los brazos de Logan cuando éste pasaba por allí.

Y, dispuesta a seguir los consejos de Olivia a pesar de la vergüenza que le daba, Tori se agarró a ese fuerte brazo como si le fuera la vida en ello. Y durante todo el día, el chico que siempre estaba solo y al que nadie apoyaba la tuvo a ella como su gran refuerzo. ¿Quién podía suponer que esa situación, en lugar de ahorrarle problemas, lo metería en muchos más...?

* * *

La primera reprimenda fue injusta, tremendamente injusta, e hizo que Tori sacara a relucir ese genio que la mayoría del tiempo era ocultado por su timidez. Mientras paseaba por el instituto agarrada del brazo de Logan, hablando de los postres que éste estaba comenzando a introducir en los menús del restaurante, la ventana del pasillo estalló y Logan reaccionó cubriendo el cuerpo de Tori con el suyo, consiguiendo que ningún cristal la dañara a la vez que él recibía algún arañazo en el rostro a causa del impacto de los cristales. El chico no se movió mientras seguía resguardándola entre sus brazos, protegiéndola de todo.

—¿Estás bien? —susurró revisando que no hubiera ningún peligro más al acecho.

—Sí... —murmuró Tori, a la vez que su rostro se sonrojaba por encontrarse entre esos fuertes brazos que últimamente la alteraban demasiado.

—Creo que ya no hay ningún peligro —anunció Logan, pero sin querer separarse de Tori todavía, se acercó un poco más a ella.

—¡Estás sangrando! —dijo ella nerviosa cuando vio un corte en su mejilla del que Logan no se había percatado. Y, sacando un pañuelo de su mochila, lo presionó contra la herida.

Sin poder apartarse de él, Tori permaneció unos momentos admirando esos hermosos ojos azules que la contemplaban con tanto cariño mientras Logan apoyaba la mejilla contra la mano que tan dulcemente lo cuidaba.

Cuando la mano de ella se alejó de él, Logan la buscó. Y acercándose más a ella, la retuvo mientras su boca se acercaba a los labios de Tori en busca de la calidez de un beso, un beso que nunca llegó, ya que cuando sus labios estaban a pocos centímetros de tocarse fueron interrumpidos por los airados gritos de un energúmeno, que, para desgracia de ambos, era un profesor.

Logan, acostumbrado a los sermones injustos, la ocultó detrás de él, haciendo frente a otro nuevo e inmerecido correctivo.

—¡Otra vez tú! ¡Has sido tú de nuevo, ¿verdad, Logan?! —gritó furiosamente el profesor Julian Williams, a pesar de que Logan estuviera herido y de que pudieran ver junto a ellos una pelota de béisbol en el suelo del pasillo.

Y antes de que el chico tuviera oportunidad siquiera de abrir la boca para defenderse de sus injustas acusaciones, el profesor continuó con su discurso:

—¡Deberían expulsarte para siempre del instituto! ¡Únicamente sabes meterte en problemas y peleas y...!

A cada palabra que el maestro dejaba salir de su boca, el ánimo de la supuestamente tímida pelirroja se encendía, hasta que ya no pudo aguantar más y, dejando salir su genio, se puso delante de Logan para hacer frente al estúpido profesor, que, siendo un adulto, no debería juzgar tan a la ligera como hacían todos los demás a ese chico.

—¡Si se refiere a que Logan ha sido quien me ha protegido y ha evitado que me hirieran esos cristales cuando algún idiota ha roto la ventana mientras jugaba a béisbol, sí, ha sido él! —exclamó Tori, poniendo la pelota de béisbol frente a los ojos del profesor.

—¡Ah! Esto... ¿Estás segura de que él no ha tenido nada que ver?

—¡Por Dios, si hasta está herido! ¡Y usted se ha preocupado más de culparlo que de comprobar el estado en el que se encuentra! ¿Está seguro de que es usted un buen docente? —le devolvió Tori la pregunta impertinentemente, poniéndose a su nivel.

—¡Ésa no es forma de hablarle a tu profesor! —declaró amenazadoramente el señor Williams.

—¡Y por lo que yo sé de mi hermano, que es profesor también, las tuyas tampoco son formas de tratar a uno de sus alumnos!

—¿Ah, sí? ¿Y quién es tu hermano, si puede saberse? —se burló Williams, hasta que la oyó pronunciar su nombre y recordó cómo eran todos los alocados miembros de esa familia.

—Nathan Lowell —contestó Tori con firmeza, haciéndole frente, algo que tal vez no debería haber hecho porque, aunque puso fin a la conversación, no lo hizo de la mejor manera.

—Os estaré vigilando..., y esta vez a los dos —anunció el profesor a la vez que se señalaba los ojos con dos dedos para luego señalarlos a ellos como advertencia antes de alejarse.

—Gracias —murmuró Logan, contemplándola con una mirada de enamorado que Tori sentía que no merecía y que hizo que su corazón se encogiera ante la culpa.

Jugando distraídamente con la pelota para huir de la mirada de él, la chica miró por la ventana rota cómo el profesor Williams al fin atrapaba a los verdaderos culpables de la gamberrada. Y, sin volverse hacia Logan, le dijo más segura que nunca:

—Tienes que defenderte. Si no lo haces, nunca cambiarás las cosas ni permitirás que los demás descubran lo bueno que eres en realidad.

—Con que tú creas en mí me basta, Tori —susurró Logan, poniéndose detrás de ella.

Y, como siempre que se ponía nerviosa, Tori hizo alguna de esas tonterías propias de los Lowell, de modo que, dispuesta a devolver la pelota que los chicos del equipo de béisbol le reclamaban, la arrojó hacia el patio exterior, con tan mala fortuna que hizo un extraño giro en el aire y acabó golpeando en la nuca a su profesor.

—¿Lo has hecho adrede? —preguntó Logan mientras ambos se agachaban debajo de la ventana para no ser vistos.

—No, tengo una puntería pésima...

—Entonces, tal vez deberías disculparte... —comentó él, mostrando lo serio y responsable que era.

Pero como ésa no era una característica de ninguno de los miembros de su familia, que siempre acababan metidos en algún lío, Tori simplemente tiró de él mientras lo instruía.

—¡En momentos como éste, lo mejor es... correr! —dijo alentándolo a acompañarla.

Y Logan simplemente se dejó llevar, profiriendo unas carcajadas que muy pocos habían tenido el privilegio de oír con anterioridad.

* * *

La segunda reprimenda también fue tremendamente injusta, y, según varios de los implicados, debida a un gran malentendido, algo que, por supuesto, nadie creyó...

—Bueno, ¿cómo se siente eso de ser castigada junto a tu novio? —le preguntó Olivia a Tori en cuanto la encontró por los pasillos del instituto, después de haber oído la noticia de su proeza con esa bola curva con efecto que ningún integrante del equipo de béisbol había conseguido imitar.

—¡Es terriblemente injusto que me hayan castigado!

—Entonces ¿no le arrojaste la pelota a ese profesor?

—Fue sin querer, ya sabes la mala puntería que tengo. Ese desafortunado golpe sólo se debió a la mala suerte. No te digo que no tuviera ganas de darle un pelotazo a ese idiota obtuso, pero cuando la lancé no tenía esa intención. Aunque, claro, ninguno de los profesores me ha creído y, para colmo, también castigaron a Logan por ser «mi incitador». ¿Incitador de qué, si puede saberse?

—Eso únicamente es una excusa para castigarlo.

—Le han dado una advertencia: a la siguiente será expulsado del instituto. A mí solamente me han soltado una reprimenda y listo, así que lo vigilo de cerca para que no lo involucren en más falsas acusaciones.

—No sé yo si lo mejor para él será que lo ayudes, Tori —repuso Olivia, recordando los líos en los que su prima siempre la metía.

—Ahora mismo estoy vigilando el baño de los chicos, ya que ahí no puedo entrar —prosiguió Tori, ignorando a su prima.

—Ya te veo. Por eso me he acercado a ti, ya que con tu mirada fija en los lavabos de los chicos pareces una perversa.

—Es que Logan ha entrado hace un rato y aún no sale y, la verdad, no sé qué hacer.

—Puede que esté estreñado, o tal vez haya saltado por la ventana para escapar de ti —bromeó Olivia mientras su prima la fulminaba con la mirada para luego volver a escudriñar la puerta de los servicios, poniendo nervioso a todo aquel que entrara o saliera de ellos pasando por su lado —. Vale, te ayudaré. Tengo una idea... —manifestó Olivia cuando vio pasar junto a ellas a su primo Raymond Taylor, un chaval de diecisiete años de negros cabellos y atrayentes ojos azules, tan escandaloso como todos los Lowell—. ¡Raymond, necesitamos tu ayuda! —le pidió amablemente, a lo que Raymond contestó como solía: poniendo su mano por delante mientras la alentaba a darle algo a cambio de ese favor—. ¡Sabandija miserable! —protestó Olivia, soltando unos cuantos dólares en la mano de su primo, consciente de que, si no había dinero de por medio, él no se movía por nada.

—Ahora sí, primitas, tenéis toda mi atención —declaró Raymond después de guardar el dinero en su bolsillo.

—El novio de Tori ha entrado en el baño y aún no ha salido. Queremos que averigües que está pasando.

—Vale. ¿Descripción?

—Alto, moreno, ojos azules, con *piercings* en las orejas y una cicatriz junto al ojo... —comenzó a describir Tori, hasta que fue bruscamente interrumpida por su primo.

—¡Un momento, un momento! ¿Estás saliendo con Logan Baker? Supongo que no quieres que se entere tu padre, ¿verdad? —inquirió Raymond, volviendo a alzar la mano en busca de un apropiado soborno.

—¡Chantajista de mierda! —lo insultó nuevamente Olivia, vaciando su cartera.

—Vale. Entro, salgo y os cuento —anunció Raymond, entrando en el servicio de chicos para salir a los pocos minutos la mar de tranquilo mientras, sin prisa, relataba lo que había averiguado a la vez que contaba sus ganancias—. Ahí dentro está Logan junto a cinco chicos que le están dando una buena paliza de la que él no se defiende, a saber por qué.

—¿Y se puede saber por qué no lo has ayudado?! —exclamó Tori, sabiendo que Logan no se defendía para no ser expulsado.

—No me habéis pagado para eso... —respondió Raymond despreocupadamente mientras se

encogía de hombros.

—¡Joder, Raymond! ¡Ayuda un poco, que no me queda más dinero! —suplicó Olivia, a sabiendas de que Tori no pensaba dejar las cosas así.

—Sin dinero de por medio, o posibilidad de ganarlo al menos, yo no muevo un dedo.

—¡Escúchame bien, «primito»...! —lo interrumpió de repente la tímida pelirroja, quien, sacando agallas y cogiendo a su primo de la camisa, hizo que se agachara hasta quedar a su altura —. ¡Voy a entrar ahí para salvar a Logan y, si no nos ayudas, cuando mi padre me pregunte por qué razón entré en el baño de chicos y por qué aparezco con la ropa rota o incluso herida, voy a decirle que tú me alentaste a ello y que luego te negaste a ayudarme! ¡Y no dudes ni por un momento de que, cuando mi padre sepa que te negaste a ayudar a tu prima pequeña, lo sabrán todos los demás miembros de la familia, incluidos tus padres y mis cuatro tíos pelirrojos!

—No serás capaz... —murmuró Raymond con una retadora sonrisa. Pero cuando vio cómo su prima Tori, que hasta entonces lo tenía agarrado de la camisa, lo soltaba con brusquedad para adentrarse en el baño de chicos, tal y como había anunciado, Raymond comenzó a asustarse. Y no sólo por lo que le pudiera pasar a su prima, sino por lo que le podía suceder a él si no la protegía.

—¡Tú no sabes de lo que es capaz Tori! —exclamó Olivia, siguiéndola hacia esa locura.

—¡Mierda! ¡Y ahora voy a tener que protegerlas a las dos! —susurró Raymond mientras volvía a entrar en los baños—. O tal vez no... —musitó al ver cómo su fina y delicada prima Olivia tenía a un chaval acorralado contra la pared mientras lo agarraba fuertemente por los testículos y le contaba las decenas de formas distintas de castrar a un animal que le había enseñado su padre, el veterinario del pueblo.

Por su parte, la habitualmente tímida Tori le hacía una llave a una mole dos veces más grande que ella mientras se disculpaba por incapacitarlo durante unos minutos, a la vez que le aconsejaba no moverse demasiado para no acabar con el brazo roto. Y, finalmente, el normalmente pacífico Logan estaba golpeando con frenesí a dos tipos que habían intentado abalanzarse sobre Tori.

—Bueno, pues como veo que os las apañáis muy bien vosotros solos, yo ya no tengo nada que hacer aquí —manifestó Raymond, dirigiéndose hacia la salida. Hasta que el quinto matón lo sorprendió pegándole un puñetazo que hizo que su nariz sangrara, algo que a Raymond no le habría molestado demasiado, hasta que vio que había manchado su camisa. Así que, dirigiéndole una aterradora mirada a su agresor, le anunció con frialdad—: Espero que lleves dinero encima porque, de una forma u otra, vas a pagarme esta camisa...

La pelea acabó en el momento en que el señor Williams decidió vaciar su vejiga y se topó de lleno con el espectáculo. Pese a las protestas de Tori y Olivia, el profesor no las creyó inocentes de todo ese jaleo, especialmente después de hallar a los presuntos agresores aturdidos en el suelo y a Raymond vaciando sus carteras.

* * *

—Lo siento —se disculpó una vez más Tori ante Logan mientras permanecían sentados en la secretaría a la espera de la llegada de sus padres.

—¡Te advertí que no lo ayudarás! —la reprendió severamente Olivia, para luego dirigir su disgusto hacia su otro primo—. ¡Y tú! ¿Tenías que robarles las carteras haciéndonos parecer unos matones del tres al cuarto?

—¡Eh, que me habían estropeado mi camisa nueva! Eso se paga.

—Todo esto es por tu culpa, Tori. ¿Tu plan no era hacerlo parecer menos peligroso? ¡Pues has conseguido todo lo contrario! —reprendió Olivia una vez más a su prima, aunque ésta fue ignorada cuando unos amables ojos azules miraron fijamente a Tori para agradecerle dulcemente:

—Gracias por hacer eso por mí, nadie me había defendido hasta ahora.

—Yo no quería hacerlo de esa forma —respondió ella, sonrojándose un poco—, sólo quería que las cosas salieran bien. Pero ahora todos pensarán que eres más peligroso y no dejarán de ponerte ese estúpido mote de matón que no mereces y...

—No te preocupes por eso. Ese título se lo han dado ya a otro... —interrumpió Raymond después de leer en su móvil un mensaje que le había mandado uno de sus informantes, dejándolos sorprendidos y desconcertados a todos durante unos segundos, hasta que anunció los nuevos rumores que corrían por el instituto—. ¡Enhorabuena, Tori! Ahora eres la matona oficial, la persona que mueve los hilos desde las sombras, y, al parecer, nosotros tres somos tu pandilla.

Tori ocultó la cara entre las manos avergonzada. Olivia se golpeó en la cabeza con una mano a la vez que murmuraba «lo sabía», una y otra vez. Mientras, Raymond se dedicó a reflexionar sobre cómo podría sacarle provecho a ese rumor.

Logan, por su parte, al ver las distintas reacciones de esos tres, recorrió con la mirada a la pequeña y tímida pelirroja que tenía a su lado para comenzar a reírse de los rumores que nunca habían sido tan divertidos para él hasta que la conoció.

* * *

Colton Baker había sido llamado una vez más al despacho del director. Seguramente su hijo había vuelto a meterse en problemas, y no porque fuera un mal chico, sino que le ocurría como a él: siempre era rechazado por todos a causa de su aspecto. ¡Pero ¿qué se le iba a hacer?! Esos estafalarios gustos venían de familia, como las camisas horteras que le gustaba a él vestir junto a sus raídos vaqueros, algo que no ayudaría demasiado al chaval cuando acudiera a hablar con el director. Pero, como Colton se había visto obligado a salir precipitadamente del bar, no le había dado tiempo a cambiarse.

Indudablemente, su esposa lo reprendería una vez más al llegar a casa, y más aún cuando él se opusiera a castigar a su hijo otra vez. Pero es que el rendido rostro que Logan lucía cada vez que lo esperaba en las solitarias sillas del triste pasillo que daba a la secretaría lo decían todo por él: sus actos siempre eran malinterpretados, y lo peor de todo era que él nunca se defendía.

Resignado a contemplar otra vez el desolado rostro de su hijo que tanto lo entristecía y ante el que no podía hacer nada, enfiló hacia el despacho del director. Pero se detuvo en seco al oír unas carcajadas que hacía mucho tiempo que no oía. Lleno de curiosidad, Colton se escondió en la esquina del pasillo para comprobar que en esa ocasión su hijo no estaba solo y que sus compañeros de castigo, en especial la pequeña pelirroja que lo cogía de la mano, no lo temían ni lo juzgaban, sino que se divertían con él mostrándole al fin qué era la amistad.

Complacido, Colton se dirigió hacia el despacho del director, un lugar del que salió aún más confuso que cuando entró, ya que, al parecer, según el airado profesor Williams, la instigadora de todo ese jaleo era la pequeña pelirroja a la que su hijo le sacaba dos cabezas.

—Vamos a casa, chaval —anunció Colton mientras hacía un gesto con la mano. Y cuando su hijo corrió a su lado, le pasó un brazo por encima de los hombros y le habló con la misma sinceridad que siempre compartían—. La verdad, Logan, no me ha quedado muy claro si debo castigarte o no.

—Creo que esta vez tengo algo de culpa, papá.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Me he defendido.

—¡Ah! De acuerdo... Mi pregunta ahora es: ¿por qué no lo has hecho antes? —interrogó Colton, molesto porque su hijo no hubiera reaccionado antes contra las injusticias que lo rodeaban, pero, a la vez, satisfecho de que lo hubiera hecho en esa ocasión.

—Porque el amor lo cambia todo, papá —contestó Logan con una sonrisa, mostrándole el único motivo por el que había decidido pelear, un motivo con el que Colton estuvo de acuerdo, ya que, aunque en ocasiones podía atraer muchos problemas, sin duda luchar por el amor siempre merecía la pena, fuera cual fuese el castigo.

Capítulo 6

Después de lo que Nathan había intentado enseñarme estaba más confusa que nunca y no sabía si continuar persiguiéndolo como había hecho hasta el momento era lo más acertado. La frialdad que me demostró con las caricias que me dedicó me hizo llorar entre sus brazos, porque, aunque yo le hubiera exigido sexo, mi corazón gritaba que quería amor.

Él, tan duro como siempre pero a la vez tan dulce, había intentado mostrarme la diferencia. Y, antes de alejarse de mí sin acostarse conmigo, me había dicho que buscara en otro hombre lo que él no podía darme. Eso me dolió, pero no pensaba buscar a otro cuando mi corazón lo había elegido a él y había persistido en ello hasta que volví a encontrarlo.

El estúpido enamoramiento juvenil que sentí por él en un principio y que tal vez podría haberse descrito como un encaprichamiento ya no era tal cuando tuve la oportunidad de conocerlo mejor al pasar tiempo a su lado. Mi corazón proclamaba que él era el acertado. Para mi desgracia, el amor era algo que Nathan rechazaba por completo, pero yo estaba segura de que él podría experimentarlo con la persona adecuada, y no tenía dudas de que ésa era yo.

El problema que había entre nosotros era que mientras yo quería aprender qué era el amor junto a él, Nathan por su parte aseguraba que solamente podía enseñarme qué era el sexo, y hasta eso me negaba, el muy condenado, sabiendo que mi corazón no estaba preparado para ello.

Más confusa que nunca, pedí consejo a mis amigas. Unos consejos que seguramente no seguiría en lo que se refería a él, porque en lo relacionado con ese hombre desaparecía toda mi cordura y me dejaba guiar únicamente por mi corazón.

—¿Qué creéis que puedo hacer para que Nathan se fije en mí?

—Creía que tu insistente acoso y derribo te estaba funcionando por ahora —dijo despreocupadamente Taimi, revisando mis apuntes, algo inútil, ya que en las clases de Nathan solamente podía pensar en él mientras llenaba mis libretas de estúpidos corazoncitos.

—¿Por qué no pruebas a sacar un sobresaliente en su asignatura? Así lo sorprenderías —apuntó Lucil.

—Creo que más bien nos sorprendería a todos —intervino Taimi molesta, enseñando mis apuntes a Lucil a la vez que me reprendía con la mirada.

—Eso me llevaría mucho tiempo —respondí recuperando mis apuntes de manos de mi amiga y derrumbándome sobre la mesa de la cafetería—. ¿No tenéis algo que sea más rápido?

—¡Sal con otro! —gritaron las dos a coro, haciéndome dudar sobre si eso que había evitado durante tanto tiempo no sería realmente lo más efectivo para hacerme notar a sus ojos.

—¿Creéis que con eso llamaré su atención? —pregunté confusa.

—Si sales con otro pueden pasar dos cosas —repuso Lucil—: La primera, descubrirás si a Nathan le interesas o no, y la segunda, como un clavo saca otro clavo, si le importas un bledo podrás conocer a alguien a quien sí le interesas y comenzarás a olvidar a ese hombre de una vez por todas. Algo que deberías haber hecho hace tiempo, antes de que ese sujeto se convirtiera en nuestro profesor y nos llenara de suspensos porque tú lo provocas.

—¡Vale, decidido! —asentí, conforme con la idea de Lucil. Y, moviendo mi dedo índice, señalando a los distintos chicos de la cafetería, comencé a tararear una cancioncita infantil para decidir quién sería el afortunado—: ¡Pito, pito, gorgorito...!

—¿Se puede saber qué haces?! —me reprendió Taimi molesta, apartando mi dedo de un manotazo.

—Decidir a quién le pido salir —respondí resuelta a llevar a cabo mi plan cuanto antes.

Sin embargo, supe que no estaba utilizando el método más adecuado para tratar con los hombres cuando mis amigas se golpearon la frente con frustración y luego ambas me reprendieron con la mirada antes de anunciarme:

—Mejor nos encargamos nosotras.

Sorprendentemente, con un simple mensaje de texto Taimi organizó una pequeña reunión para el fin de semana, en la que varios chicos y chicas de la universidad nos reuniríamos para conocernos mejor, algo que, según mis amigas, daría pie a que pudiera acabar saliendo con alguno de ellos. El principal inconveniente para mí era que el hombre con el que de verdad quería salir no estaría allí.

Resignada a hacer lo que fuese para llamar la atención de Nathan, accedí a la estúpida reunión. Eso sí, me animé un poco cuando mis amigas me comentaron la otra parte del plan, una que estaba más que dispuesta a realizar yo solita sin ninguna ayuda, aunque ellas no se fiasen mucho de mí.

—Ahora todo es cuestión de dejarle caer al profesor Lowell la información sobre la reunión, con sutileza.

—¡De eso me encargo yo! —exclamé la mar de contenta mientras Taimi y Lucil me miraban con desconfianza—. ¡Eh, que yo soy todo sutileza! —les aseguré mientras me alejaba de ellas. A continuación, ambas comenzaron a repasar frenéticamente sus apuntes, cualquiera sabía por qué...

* * *

Me sentía extraño. Llevaba toda una semana relajado, sereno, sin ninguna preocupación que inquietara mis días ni ningún problema del que tuviera que ocuparme. Después de mi dura advertencia, Jessica había dejado de acosarme con su constante presencia. Parece que ya podía dejar de vigilarla continuamente mientras me preguntaba en qué momento caería sobre mí o de qué imaginativa y excitante manera se acercaría a mí en esa ocasión.

Y, sorprendentemente, ahora que esa chica había dejado de perseguirme para reclamarme que

la amara, eran mis ojos los que se desviaban más de una vez hacia ella a la espera de que se acercara. Lo que antes no había visto en mi impaciencia por alejarla quedaba ahora a la vista cuando la contemplaba.

Su contagiosa sonrisa, que hacía que todos los demás disfrutaran al estar a su lado; su forma de enfrentarse a los problemas, con arrojo y decisión; su amabilidad, su compañerismo, su ternura, su belleza y muchas más cualidades que la hacían perfecta para cualquier hombre que se decidiera a amarla. Para cualquier hombre menos para mí.

Sin ella a mi lado ahora podía centrarme en los exámenes, en mis demás alumnos, en mis evaluaciones... Sin ella me sentía cómodo, seguro. Sin ella me encontraba... «muy solo», pensé, llegando a la conclusión de que comenzaba a sentir algo por Jessica, algo a lo que yo me negaba a darle el nombre de «amor».

Tal vez podría calificarlo de preocupación por una de mis alumnas, cariño por una conocida, o quizá tuviera el síndrome de Estocolmo y me hubiera acostumbrado a tenerla a mi lado. No obstante, que Jessica ya no me manifestara constantemente su cariño era algo que podía soportar, o eso suponía, hasta que me sorprendió anunciándome que pensaba darle a otro todo lo que yo había rechazado.

—El sábado tengo una cita con cinco chicos —me soltó de repente frente a mi mesa cuando nos quedamos los dos solos en clase, unas palabras que avivaron mi genio al preguntarme qué narices habría aprendido de la lección que quería enseñarle.

—Te aconsejo que salgas con los hombres de uno en uno, las orgías no son buenas para las mujeres que carecen de experiencia —repliqué agrupando mis papeles con más violencia de la que pretendía.

—Por eso voy a salir con ellos: para adquirirla y aprender lo que tú no quisiste mostrarme —declaró y, tan descaradamente como siempre, se acercó a mí para susurrar en mi oído antes de marcharse—: Me pregunto qué me darán ellos..., ¿sexo o amor?

Cuando Jessica salió por la puerta yo tenía un cabreo de mil demonios, que empeoró cuando oí la conversación de unos chicos mientras me encaminaba a la sala de profesores:

—Entonces está decidido: el sábado vamos a esa cita en grupo en una de las salas del Trium..

—¡Y luego lo que surja! —exclamó animadamente otro de ellos.

—¡Sí, sí, lo que surja...! —soltó el más escandaloso, sacando de uno de sus bolsillos una ristra de condones.

—¿Está todo preparado? —preguntó otro de aquellos gallitos, cuya ladina mirada no me gustó nada.

—Sí, ¡esas chicas no saben dónde se meten! —aseguró con malicia el primero de aquellos idiotas, haciendo que yo apretara los puños con furia, suponiendo lo que planeaban hacer.

—Ni vosotros tampoco... —susurré cabreado, decidido a salvar a mis alumnas de esa manada de lobos, en especial a una que siempre acababa metiéndose en problemas.

Como, debido al puesto que ocupaba en la universidad en esos instantes, no podía darles la

paliza que se merecían, cuando pase por su lado decidí quitarle a aquel idiota los condones, a ver si así desistían de su estupidez.

—¡Esto queda confiscado! —dije seriamente, guardándomelos en un bolsillo.

—¡Eh! ¿Se puede saber por qué hace eso? —replicó el chaval molesto. Y, sin saber realmente qué respuesta darles a esos idiotas que estaban acabando con mi paciencia, contesté lo que me dio la gana mientras los fulminaba con una de mis airadas miradas, que les dejaba claro que no admitía que me cuestionaran.

—Porque he gastados los míos... —respondí finalmente quedándome tan ancho mientras mis alumnos, boquiabiertos ante mi impertinente contestación, pero acojonados ante mi mirada, no sabían cómo reaccionar.

Sólo uno de ellos se atrevió a hacerme frente, uno que no me gustaba y al que ya tenía en el punto de mira porque se acercaba demasiado a Jessica para intentar llamar su atención.

—Déjalo, Martin. Conseguiremos más para el sábado —anunció Izan Preston, retándome con la mirada para luego marcharse con una complacida sonrisa, pavoneándose de una victoria que nunca llegaría a alcanzar.

Porque si había rechazado a Jessica era para que consiguiera a alguien mejor que yo, no para que alguien mucho peor me la arrebatara mostrándole, sin duda, algo que nunca podría calificarse de amor.

—Decidido: el sábado tenemos una cita —susurré a la lejana figura de la chica que, estuviera a mi lado o no, siempre conseguía meterme en un millón de problemas.

* * *

El sábado, Jessica se preparó concienzudamente para su cita. Tal y como sus amigas le habían aconsejado, se vistió con algunas prendas de las que había comprado para seducir a Nathan: una falda vaquera bastante corta que dejaba muy poco a la imaginación, una atrevida camiseta de tirantes de un chillón color rosa que dejaba entrever un generoso escote, y el punto final: unos atrevidos tacones de infarto con los que casi no podía caminar.

Ése era el tipo de ropa que no le habría importado llevar si alguna vez hubiera salido con Nathan, pero como cada vez se hacía más difícil que esa posibilidad se convirtiese en realidad, se las puso con la intención de provocarlo. Y la reacción de Nathan pareció darle la razón cuando, cada vez que se daba media vuelta, él la perseguía con una reprobadora mirada, como si quisiera decirle algo que no se atrevía a decirle delante de su padre.

Finalmente, cuando sus amigas llegaron para recogerla tocando escandalosamente el claxon de su coche, Jessica no dudó en salir a la carrera. Poco acostumbrada a los tacones, tropezó en medio de sus prisas por salir con sus amigas, pero, antes de que cayera al suelo, los brazos de Nathan la sujetaron fuertemente. Y en la entrada de casa, ocultos de la mirada de su padre, Nathan aprovechó la cercanía de ese momento para susurrarle al oído:

—¿Adónde te crees que vas?

—Voy a hacer exactamente lo que tú me aconsejaste: conocer a otros chicos que me enseñen qué es el amor, ya que eso es algo que, al parecer, tú no puedes mostrarme.

—¿Crees que lo que vas a conseguir con esas ropas es amor? —preguntó Nathan severamente mientras la devoraba con la mirada, revelándole que no había pasado desapercibida a sus ojos.

—No lo sé, pero mis amigas me han dicho que por algo tengo que empezar, y como no puedo hacer nada para que te enamores de mí, tendré que intentarlo con otro... ¿O es que acaso has empezado a amarme ya, Nathan? —interrogó Jessica descaradamente, logrando que él al fin la dejara marchar, aunque esos ojos que la reñían con severidad permanecieron clavados en ella mientras se alejaba.

Jessica mantuvo sus seductores andares hasta que se introdujo en la parte trasera del coche de sus amigas. En cuanto se aseguró de que Nathan ya no la observaba, se desplomó en su asiento maldiciendo esos «tacones de mierda» que no volvería a ponerse jamás.

—¡Guau, Jessica! ¡No creíamos que te tomarías en serio eso de conocer a otros chicos! —exclamó Taimi alegremente.

—Cierto. Ni que te arreglarías tanto para ello —añadió Lucil, creyendo firmemente que Jessica había dejado atrás la estúpida idea de enamorar a Nathan Lowell.

—Sí, es verdad: vengo preparada para todo —dijo ella. Y, ante el asombro de sus dos amigas, el seductor aspecto que había lucido para llamar la atención de su profesor desapareció en unos segundos.

Tras quitarse los tacones, sacó de su bolso unos cómodos leggings para ponérselos debajo de la falda. El sugerente escote desapareció en cuanto se subió un pequeño top negro que ocultaba debajo de la camiseta de color rosa chillón y, por último, los tacones de infarto fueron sustituidos por unas botas altas de tacón bajo.

—¡Hala, ya estoy lista para conocer a esos chicos! —dijo cuando terminó su transformación delante de sus aún boquiabiertas amigas.

—Sabes que tu anterior aspecto era mucho mejor para llamar la atención de esos chicos, ¿verdad?

—Ya lo sé, pero es que yo sólo quiero llamar la atención de uno —respondió ella, suspirando por un hombre que cada vez le parecía más imposible de alcanzar.

—Y no dudo que lo estés consiguiendo, aunque no sé si de la mejor manera... —anunció Lucil señalando cómo, pese a que su padre no la había espiado ni una sola vez en sus salidas con ellas, los escrutadores ojos de Nathan, en cambio, sí que la persiguieron desde detrás de las cortinas de su casa, clavándolos reprobadoramente en ella.

—¡Arranca! —ordenó Jessica con miedo de que si tardaban mucho en alejarse de Nathan tal vez ella cambiara de opinión y dejara a un lado su plan para volver a buscarlo con la idea de reclamarle ese amor que él se negaba a darle y que ella solamente quería conocer si era él quien se lo enseñaba.

* * *

La discoteca Trium era como cualquier otro local de moda. Una fachada moderna, con un llamativo y atrayente cartel luminoso debajo del cual aguardaba una larga cola que daba la vuelta al edificio, con la gente esperando expectante a llegar a la puerta, donde un gorila decidía si permitía el acceso según el aspecto que cada uno llevase y una supuesta lista de invitados que nunca mostraba.

En el interior, varias barras se repartían a lo largo de una inmensa sala, dándoles a todos los presentes la oportunidad de obtener su bebida servida por atractivos camareros. Las camareras, por su parte, estaban reservadas para atender solamente las zonas VIP, rincones más íntimos y recogidos caracterizados por la presencia de modernos sofás rodeando mesas con caros adornos.

En el centro de la pista de baile se levantaban elevadas plataformas, donde algunas gogós con escasa indumentaria bailaban en una especie de jaulas. Un famoso *disc-jockey* ponía la música usando un avanzado equipo en su cabina por encima de los asistentes a la fiesta mientras desarrollaba sus propias creaciones musicales, al tiempo que la escandalosa y atronadora melodía lo envolvía todo y las luces y los efectos de humo creaban una atmósfera salvaje e irreal.

Jessica y sus amigas entraron sin problemas en el local, ya que uno de los chicos que había organizado la reunión conocía a los trabajadores de ese lugar, que cada vez estaba más de moda.

Al contrario que muchas discotecas que disponían de salas VIP en la planta superior, ésta tenía una sala privada en su lugar, donde la música se atenuaba y había un ambiente más relajado. La habitación constaba de amplios y cómodos sofás que rodeaban una gran mesa redonda, pantallas de televisión en las paredes y un baño propio y exclusivo. En la mesa, a modo de invitación, reposaba una cara botella de champán abierta y algunas bebidas más que las esperaban mientras los chicos las animaban a sentarse a su lado.

—Esto no me gusta... —susurró Jessica a sus amigas poco después de entrar en la sala, ya que justamente ése era el tipo de ambiente del que su padre le había advertido siempre que se alejara.

—¡Vamos, Jessica!, dales una oportunidad... ¡Si hasta nos están invitando a champán! —exclamó Taimi.

—Estoy de acuerdo con Jessica en esta ocasión, Taimi: hay que tener cuidado porque puede que se crean que ese tipo de invitación implica que les demos algo a cambio —opinó Lucil precavidamente.

—Lo que yo les voy a dar es un par de hostias como intenten algo. ¿Se puede saber por qué no podíamos quedar para ir a la bolera o algo parecido? —recriminó Jessica a sus amigas, adentrándose con ellas en esa locura para no dejarlas solas.

—Porque con eso no ibas a poner celoso a nadie. Además, ¿no es esto mucho más excitante? —replicó Taimi mientras comenzaba las presentaciones formales de alguno de los compañeros con los que ya se habían cruzado en la facultad.

Poco después de ello comenzaron a formarse los grupos, y, para desgracia de Jessica, alguien había decidido que Izan Preston era el candidato más adecuado para estar junto a ella.

No obstante, Jessica no estaba de acuerdo con esa decisión, ya que la ávida mirada que la perseguía la molestaba demasiado como para fingir que pretendía mantener una simple conversación.

—Creí que al final no vendrías, ya que nunca sales demasiado.

—Humm —contestó ella, revisando su teléfono para ver si podía disfrutar de algún buen partido con el que ignorar a su acompañante.

—¿Sabes? Me he fijado mucho en ti y me gustaría comenzar a conocerte un poco mejor, ya que creo que podemos tener muchas cosas en común y... —insinuó Izan esperanzadoramente, a pesar de los desplantes de Jessica.

—Lo siento, pero soy lesbiana —lo interrumpió ella con brusquedad levantando la voz y dejando a Izan en ridículo mientras sus amigas se atragantaban con sus bebidas ante tan descarada mentira.

—Bueno, pues entonces seamos amigos —repuso él con una amable sonrisa, ofreciéndole una copa en señal de paz, algo demasiado bueno para ser verdad en opinión de Jessica.

Sin embargo, ante las miradas de reproche de sus amigas, que le advertían que debía cerrar la boca, cogió la copa que le ofrecía Izan y se dedicó a dar pequeños sorbos simplemente para no tener que comentar lo aburrida que se sentía en esa cita, simple y llanamente porque el malicioso profesor que siempre estaba en sus pensamientos no se encontraba allí para susurrarle una de sus provocativas lecciones al oído.

Cuando iba por la mitad de su bebida se dio cuenta de que se mareaba y de que la habitación comenzaba a darle vueltas. Al observar que sus amigas parecían encontrarse en el mismo estado de confusión que ella, Jessica miró a su acompañante en busca de una respuesta. Y, al percatarse de que él la observaba con una perversa sonrisa supo que se había metido en problemas una vez más, sólo por buscar el amor en el lugar menos adecuado.

* * *

Los sueños y las esperanzas de Jessica de encontrar el amor comenzaron a desvanecerse cuando Izan tumbó su lánguido cuerpo en el sofá sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Al parecer, como tantas veces le había advertido Nathan, finalmente alguien iba a mostrarle todo lo contrario de lo que ella buscaba, encontrándose con las desagradables atenciones de unas caricias forzadas que no había pedido o de unos bruscos besos que intentaban obligarla a aceptarlas.

Con las pocas fuerzas que Jessica tenía debido a alguna sustancia que habían introducido en su bebida, trató de apartar a Izan con los puños. Pero eso apenas supuso un leve empujón para él. Unos despreciables besos descendieron por su rostro y su cuello, ya que ella no le permitió llegar

a sus labios moviendo la cabeza de un lado a otro, negándole ese beso que él quería arrebatarse y que ella se negaba a darle a otro que no fuera Nathan.

Una de las fuertes manos de Izan apresó bruscamente sus muñecas, limitando sus forcejeos a la vez que la otra acariciaba su cuerpo por encima de la ropa, haciéndola estremecer con aversión ante sus rudos toques.

Desesperada, Jessica trató de alzar violentamente la rodilla hacia la entrepierna del sujeto que la forzaba, pero sólo consiguió que Izan lograra colocarse entre sus piernas mientras se reía de sus inútiles intentos de evitar algo que no deseaba.

Cuando la atrevida mano de ese despreciable se introdujo debajo de su camiseta y comenzó a tocar su desnuda piel hasta el sujetador, que desabrochó sin ningún miramiento, Jessica quiso gritar, pero no tenía fuerzas para ello.

Desesperanzada y sin fuerzas para resistirse, derramó lágrimas de dolor e impotencia por su rostro, algo que solamente hizo que el hombre que se encontraba sobre ella se burlara cruelmente de sus sueños.

—Tus amigas me han dicho que quieres aprender qué es el amor... ¡No te preocupes! Yo te lo voy a enseñar todo... —susurró Izan, lamiendo sus lágrimas con gesto lascivo.

Y, mientras Jessica pensaba cómo se sentiría al ser besada o tocada por otro hombre que no fuera aquel al que le había entregado su corazón, contestó apenas en un susurro:

—Esto no es amor.

Izan se rio nuevamente de ella, e, ignorando sus protestas y sus forcejeos, le hizo saber que se tomaría su tiempo para enseñárselo.

Pero Jessica no necesitaba ese tiempo para saberlo. Despreciaba y odiaba cada caricia y cada beso de ese hombre mientras en su interior reclamaba una y otra vez que Nathan acudiera a salvarla como siempre hacía cuando se metía en algún problema. Aunque en esta ocasión ella no se lo había puesto nada fácil al no darle la dirección del lugar en el que se encontraría, y todo por un estúpido intento de hacerle sentir unos celos y una preocupación que, tal vez, él nunca sentiría por ella.

* * *

Muerto de preocupación, me paseaba de un lado a otro de mi cuarto preguntándome qué estaría haciendo Jessica en esos momentos, y, lo más importante, con quién. Al fin, dispuesto a averiguar si mi instinto estaba en lo cierto cuando me gritaba que ella era una de las chicas a las que esos sinvergüenzas de la universidad pretendían llevar a una sala privada de una famosa discoteca de moda entre los estudiantes, saqué un viejo traje de mi armario a la vez que comenzaba a reprenderme a mí mismo por mi impaciencia, y a ella por no contestar el maldito teléfono.

—¡Seguro que estás metida en algún estúpido problema! —grité airadamente a mi móvil, furioso con el hecho de que Jessica no contestara a ninguna de mis llamadas.

Como me parecía algo inútil pedir ayuda al padre de Jessica, ya que éste ni siquiera se había inmutado cuando su hija había salido por la puerta luciendo como única indumentaria algo parecido a un cinturón, decidí tomar cartas en el asunto para sacar a esa chica de otra más de sus locuras.

Mirando la negra chaqueta con el logo de la empresa de seguridad de mis tíos, que aún permanecía colgada en mi armario de los días en los que los ayudaba con su trabajo, continué maldiciendo a esa mujer mientras terminaba de anudarme la rígida corbata que hacía tiempo que no me ponía.

—Posiblemente cuando te encuentre estarás riendo, bebiendo y coqueteando con chicos y me demostrarás que preocuparme por ti es ridículo, ¿verdad? —murmuraba con enfado mientras me arreglaba, molesto por no haber podido localizarla.

Pero, a pesar de saber lo que podía encontrarme cuando diera con Jessica en esa discoteca, no pude evitar ir en su busca, porque mi intranquila conciencia y mi inquieto corazón me decían que, hasta que supiera a ciencia cierta que estaba totalmente a salvo, no me quedaría en paz.

—¿Por qué demonios tengo que acabar siempre metido en estos líos por tu culpa? —la reprendí colocándome mi chaqueta sin importarme que ella no estuviera allí para escucharme.

En cuanto peiné mis cabellos rígidamente hacia atrás, me coloqué las gafas de sol graduadas y el pinganillo en la oreja, salí por la puerta. Y, antes de salir, el «preocupado» padre que apenas le había echado un vistazo a su hija mientras disfrutaba de una cerveza y un partido me siguió con la mirada mientras preguntaba:

—¡Vaya! ¿Es que tienes otro trabajo, además del de profesor?

—Sí —contesté sin prestarle mucha atención al señor Scott, guardando en el bolsillo las llaves de la casa que él me ofrecía—. En ocasiones ayudo a mis tíos en su empresa de seguridad cuando necesitan apoyo en la vigilancia de algún evento o fiesta importante. Y en otras, son ellos los que me ayudan a mí —susurré buscando sus números en mi móvil.

—¿Son celebridades o personas importantes las que vas a proteger esta noche? ¿Te pagan bien por ese tipo de trabajo? —preguntó con curiosidad el señor Scott.

—Sí, en esta ocasión voy a vigilar a alguien importante —contesté sin saber por qué—. En cuanto a lo que voy a ganar hoy no lo sé, porque voy a exigir un precio muy elevado y todavía no sé si ella estará dispuesta a pagarlo —terminé. Y, sin esperar a otra pregunta más de mi anfitrión, salí por la puerta.

Mientras entraba en el taxi que me llevaría a mi destino, les pedí por teléfono un favor a mis tíos, un favor que tarde o temprano me saldría muy caro, ya que ellos siempre me exigían algo a cambio.

Cuando terminé de hablar con los cuatro Peterson al completo y contesté a sus preguntas, tratando de no aclararles quién era Jessica a la vez que les comunicaba lo que necesitaba de ellos, recibí varias respuestas burlonas que me llevaron a preocuparme por lo que empezaba a significar esa chica para mí.

—Tienes que presentarnos a esa chica, chaval —me reclamó mi tío Julian en nombre de los cuatro hombres que en algún momento habían cuidado de mí durante mi infancia.

—Primero tengo que encontrarla —respondí cada vez más inquieto mientras me preguntaba si llegaría a tiempo para que ella no cometiera una de sus locuras y si podría salvarla una vez más de sus propias acciones en su irreflexiva búsqueda del amor.

—Eso está hecho, chico —respondió mi tío Aidan, el más serio de todos.

Pude confirmar que sus palabras eran ciertas cuando el impenetrable portero de ese lugar, nada más ver el logo de mi chaqueta, me abrió la puerta y, sin mediar palabra, me señaló la localización de las salas privadas de ese recinto.

Caminando por los pasillos hacia donde me habían indicado, intenté convencerme de que no sería para tanto, de que ella seguramente estaría perfectamente bien y divirtiéndose como nunca con sus amigos mientras yo me volvía loco de preocupación.

Mis tíos, que parecían haber notado mi inquietud y mi desasosiego, no dejaban de hablarme por el auricular que había conectado a mi teléfono. Mi jocosos tío Jessie trataba de calmarme con sus bromas; los gemelos Julian y Jordan me chinchaban con sus burdos intentos de sonsacarme información de esa chica, mientras que Aidan, el único serio del grupo, me daba alguna que otra instrucción de último momento.

—Mantén la calma en todo momento, ya que vas en representación de nuestra empresa y nos ha costado un buen trabajo que entres ahí —me comentaba en ese momento mi tío Aidan—. Recuerda que has de entrar y salir con la chica sin montar ningún escándalo, ningún incidente o trifulca que le dé una razón a tu abuelo para reclamar nuestras cabezas por haberte ayudado.

—No te preocupes, tío Aidan, en cuestiones de trabajo no soy un Lowell, sino todo un Peterson: serio, seguro, responsable y eficiente... —dije, asegurándole que todo saldría bien. Pero eso fue hasta que abrí la puerta, detrás de la que Jessica y sus amigas se encontraban en medio del inicio de una orgía en la que las chicas estaban comenzando a perder su ropa, y su conciencia, dicho sea de paso.

Ver a la inocente muchacha que me había perseguido declarándome constantemente su amor bajo las garras de un impresentable me hizo bullir de rabia. Pero ver lágrimas de impotencia y dolor en ese rostro que no se merecía conocer el sexo de esa manera me hizo estallar.

—No la he rechazado decenas de veces para que acabe con alguien peor que yo, ella se merece alguien mejor, ¡no se merece esto! —murmuré indignado mientras apretaba los puños a ambos lados de mi cuerpo, reteniendo la rabia que crecía en mi interior.

—¡Nathan! ¡Nathan! ¿Estás ahí? ¡Cálmate y recuerda que...! —comenzó a gritar mi tío Aidan tratando de hacerme entrar en razón. Pero ya era demasiado tarde.

—Olvidalo, Aidan, lo hemos perdido... —oí decir con sorna a mi tío Jessie.

—¿Y eso por qué? —inquirió Aidan.

—Porque, aunque sea un Peterson para el trabajo... —comenzó mi tío Jordan, para que luego su gemelo finalizara:

—... es un Lowell en el amor.

Antes de que mis tíos empezaran a pelearse por teléfono corté la ridícula conversación. Y, a pesar del miedo que sentía a que las palabras de mis tíos comenzaran a ser ciertas, me adentré en la sala VIP decidido a recuperar a Jessica, especialmente después de presenciar cómo ese malnacido que se encontraba sobre ella se reía de la inocencia que siempre exhibía, ridiculizando los sueños que tenía esa mujer.

—Y dime, Jessica, ¿dónde está tu enamorado ahora? —se burlaba Izan, riéndose despiadadamente de ella y de sus lamentables forcejeos mientras trataba de quitarle la ropa.

Y, como si ésa fuera la invitación que yo esperaba para darles a esos chicos la lección que se merecían, les anuncié mi llegada antes de comenzar a castigarlos.

—Siento llegar tarde... —dije.

Y, sin más preámbulos, aparté a ese niño de la privilegiada posición que nunca debería haber alcanzado con Jessica mientras lo arrojaba a un lado y comenzaba a prepararme para darles de hostias a esos gallitos, que se estaban poniendo de acuerdo para abalanzarse sobre mí, creyéndose vencedores sólo porque me superaban en número, sin saber que cuatro mastodontes pelirrojos mucho más fuertes que ellos me habían entrenado desde mi niñez para que en momentos como ése nunca fallara a la hora de proteger lo que más me importaba.

* * *

Afortunadamente, ese miserable al que le gustaba reírse de mí y de mi indefensión había calculado mal la dosis de droga que me había echado en mi copa, pues notaba que comenzaba a perder algo de sus efectos, haciendo que fuera recuperando mis fuerzas. Para mi desgracia, aún no tenía las suficientes como para deshacerme de ese imbécil que se reía de mis inútiles intentos para impedir que me desnudara.

Tras oír otra más de sus carcajadas, alguien lo apartó bruscamente de mí. Supe entonces que lo que fuese que el maldito de Izan habían echado en mi bebida me debía de estar provocando algún tipo de alucinación al ver a Nathan ante mí, vestido con un severo traje negro en el que destacaba un auricular blanco que llevaba en una oreja como si fuera algún tipo de guardaespaldas.

—Estoy drogada... —susurré confusa mientras Nathan, tras deshacerse de ese despreciable sujeto, recomponía mi ropa con cariño y me daba un consolador abrazo y un tierno y cariñoso beso.

—Sí, y todo esto sólo es un sueño —contestó dulcemente mi alucinación antes de meterse de lleno en una disputa en la que le propinó una paliza a todo bicho viviente que se le puso por delante.

Como yo sabía que era imposible que en la realidad ese hombre pudiera moverse de esa forma y tuviera esas habilidades de lucha para acabar con unos adversarios que lo superaban en número, me dispuse a disfrutar de la fantasía que mi sueño me mostraba.

Sin apenas causarle una arruga a su impecable traje, Nathan esquivaba a los chavales que se abalanzaban atropelladamente sobre él para, a continuación, sorprenderlos con un potente puñetazo en el estómago o en el rostro, lo suficientemente fuerte como para dejarlos doloridos pero no inconscientes. Era como si quisiera jugar con ellos, provocándolos una y otra vez con sus gestos y sus palabras para que volvieran a levantarse y poder así concederles otra vez más su merecido castigo.

Sentándome en el sofá, medio ida, contemplé el maravilloso espectáculo que era ver a ese hombre defendiéndome. Y, como sin duda ése era mi sueño, pensé que le faltaba una banda sonora y decidí ponérsela yo misma, así que, entonando la famosa canción *I Will Always Love You*, de la película *El guardaespaldas*, acompañé los heroicos actos de Nathan con mis berridos.

Él, a pesar de formar parte mi sueño, me miró con un cabreo monumental mientras seguía a lo suyo y pagaba con esos hombres su mal humor, un mal humor que pareció aumentar cuando mis desvalidas compañeras de fatigas, Taimi, Lucil y otras dos chicas más que nos acompañaban, siguiendo mi ejemplo, comenzaron a hacerme los coros del estribillo.

Por lo visto, a mi guardaespaldas no le gustó mi versión de la canción, ya que me reprendió severamente con la mirada después de oír las palabras de amor que él tanto detestaba. Pero ¿qué culpa tenía yo de que ésa fuera la letra?

Más enfadado a medida que mis amigas y yo interpretábamos con gran sentimiento cada línea de la canción, Nathan acabó con todos sus rivales con contundentes golpes que los dejaron inconscientes en el suelo. Y cuando cuatro pelirrojos de la edad de mi padre y de aspecto bastante imponente e intimidatorio entraron precipitadamente en la sala, seguidos por los hombres de seguridad del establecimiento, nosotras terminamos nuestra canción la mar de emocionadas.

A pesar de nuestros esfuerzos, no recibimos ningún aplauso como recompensa. Lo único que obtuvimos fueron las carcajadas de los cuatro pelirrojos mientras golpeaban jovialmente la espalda de Nathan, a la vez que los chicos de seguridad se quedaban boquiabiertos ante nuestro espectáculo.

Otra prueba más de que todo lo que me estaba ocurriendo era una alucinación causada por la droga de Izan fue que Nathan se dirigiera hacia mí, bastante enfadado, para susurrarme atrevidamente al oído unas palabras que él nunca me diría más allá de mis sueños:

—Has sido una chica muy mala, pero no te preocupes: ya estoy yo aquí para aleccionarte.

Luego me cargó sobre uno de sus hombros y, como era mi sueño y podía hacer lo que me daba la gana, le canté otra vez la banda sonora de *El guardaespaldas*, recibiendo como respuesta una cachetada en el trasero, algo que no me desalentó en absoluto para seguir gritándole mi amor a Nathan, a pesar de que los coros que me acompañaron en esta ocasión, mientras me llevaba a la salida, fueron las carcajadas de unos pelirrojos que se burlaban de mi salvador.

Capítulo 7

Después de dejarlo todo en manos de mis tíos, ya que yo no me encontraba suficientemente sereno como para comportarme adecuadamente, me dediqué a la tarea de cargar con una Jessica drogada, lo que no fue tan fácil como había pensado.

Hasta llegar al taxi la llevé sobre un hombro como si fuera un saco, uno que desafinaba terriblemente la empalagosa canción que había decidido dedicarme al verme con el uniforme de la empresa de seguridad de mis tíos. Pero cuando la deposité en el asiento trasero y me acomodé junto a ella, tuve que volver a ponerla en su sitio un montón de veces, ya que Jessica se empeñaba en subirse a mi regazo una y otra vez y en abrazarse fuertemente a mí. Finalmente, suspirando con resignación, la dejé quedarse donde le diera la gana y la cobijé entre mis brazos, concediéndole la protección que necesitaba en esos instantes para volver a sentirse segura.

Lo difícil para mí no fue el silencioso trayecto hasta su casa, en el que se quedó dormida y comenzó a roncar; ni las miradas que me dirigía el taxista en alguna que otra ocasión, tratando de decidir si yo sería un perverso o no. No..., lo difícil para mí fue sacar a Jessica del coche cuando los efectos sedantes del alcohol y de la maldita droga que le habían echado en la bebida estaban desapareciendo ya, para pasar a otro estado más desinhibido y excitante cuyo único objetivo, al parecer, era volverme loco. O hacerse con mis pantalones, algo que intentó cuando colgaba boca abajo al volver a cargármela sobre los hombros después de abandonar el taxi. Gracias a Dios que éstos estaban fuertemente sujetos con mi cinturón.

Cuando abrí la puerta de la casa de Jessica esperé no encontrarme ningún obstáculo en mi camino, ya que calculaba que el señor Scott se habría ido a la cama. Pero, para mi desgracia, la televisión del salón con su volumen bien alto anunciaba que mi anfitrión se había quedado dormido viendo uno de sus viejos partidos.

Sus fuertes ronquidos me llevaron a suponer que, si no hacía mucho ruido, podría llegar hasta mi habitación y dejar a Jessica en la suya sin problemas, así que comencé a caminar en silencio para no verme descubierto en una situación tan comprometedoras que seguramente provocaría un malentendido.

De puntillas y en silencio, me escabullí en esa casa como nunca había hecho en el hogar de mis padres en la época de mi adolescencia. Y es que yo siempre había sido un hombre serio y responsable. O por lo menos lo fui hasta que la conocí a ella.

Todo iba de maravilla hasta que a la intranquila carga que llevaba en mi hombro no se le ocurrió otra maravillosa idea más que comenzar a berrear esa fastidiosa canción de nuevo, así

que, reaccionando con rapidez, la bajé de mi hombro para llevarla en brazos como si fuera una princesa e hice lo único que se me ocurrió para acallarla en ese momento, que no fue otra cosa que darle un apasionado beso. Gran error, ya que Jessica se agarró fuertemente a mí y comenzó a devolverme el beso como si le fuera la vida en ello.

Su lengua buscaba la mía como yo le había enseñado y exigía más de mí, abría su boca a la pasión que le mostraba y reclamaba mi deseo. Finalmente, subí tambaleante la escalera y conseguí dar con su habitación. Aunque ése sólo fue el principio del gran error que podía llegar a representar ella cuando se lo proponía.

* * *

Cuando Nathan finalizó ese beso, intentó dejar a Jessica sobre su cama. Pero la muchacha, tan persistente como siempre, se agarró a él, haciendo que ambos cayeran sobre ella.

Decidido a apartarse de la tentación, recordó al adulto y responsable hombre que se suponía que era, pero mientras lo hacía no pudo olvidar que esa estricta fachada que solía mantener ante todos desaparecía en cuanto Jessica lo provocaba. Y, como si estuviera al tanto de cada una de sus dudas, ella enredó insistentemente sus piernas a su alrededor al tiempo que sus manos se decidían a soltarse del cuello de Nathan para recorrer su cuerpo con tentadoras caricias.

Apoyando las manos firmemente sobre la cama de Jessica, Nathan intentó no ceder al impulso de tocarla, de besarla una vez más, de hundirse en su cuerpo y calmar el ardor de ambos como en verdad anhelaba. Si lo hacía, si cedía a su deseo ahora que ella se encontraba excitada por esa droga, actuaría igual que el granuja del que la había salvado. Y él no era así.

Intentando comportarse como un caballero, permaneció todo lo apartado que el agarre de Jessica le permitía y cerró los ojos a las caricias de esas dulces manos intentando resistir. Pero ella no se lo puso fácil. Y, más dispuesta que nunca a seducirlo, abrió la rígida chaqueta sin importarle hacer saltar algún botón de su uniforme, y, acariciando con deseo su firme torso por encima de la camisa, le hizo desear que esa simple tela no se interpusiera entre ellos.

Los dedos de la joven descendieron atrevidamente y con lentitud, y, cuando llegaron a la cintura de los pantalones, tiraron de la camisa hasta sacarla. Disfrutando de las atenciones que en otra ocasión Nathan no se permitiría aceptar, Jessica introdujo las manos debajo de la arrugada camisa, tocando su cálida piel, y recorrió cada uno de sus músculos con suaves caricias.

Ambas manos subieron tentadoramente por su torso, deteniéndose donde los alterados latidos del corazón de Nathan no podían hacer nada para disimular que la deseaba.

—¿Por qué no puedes mostrarme tú lo que es el amor? —preguntó ella, haciendo que a Nathan le doliera el corazón.

Y, como Jessica no le permitió escapar a sus exigencias, él simplemente cerró los ojos para huir de esa mirada esperanzada que le exigía amor. O por lo menos lo intentó, ya que aquellas

dulces manos abandonaron su cuerpo para retirar las oscuras gafas de sol tras las que se escondía, sin dejarle posibilidad alguna de ocultarse ante lo que deseaba.

—No quiero que otro que no seas tú me toque, me bese y me haga el amor... —confesó ella mientras le pedía con las caricias de sus manos que la mirara, sin darse cuenta de que sus temblorosos dedos dejaban entrever el temor que había en ella, a pesar de sus atrevidas palabras —. Enséñame la diferencia que hay entre el amor y el sexo —pidió dejando que las lágrimas que no habían salido hasta entonces a causa de su aterradora experiencia se derramaran por su rostro, mostrándole cuánto lo necesitaba.

Nathan no pudo seguir resistiéndose a las dulces caricias de esas manos que lo alentaban, y finalmente abrió los ojos para ver ante sí algo que ya no podía ignorar por más tiempo: fuera bueno o malo para él, deseaba a Jessica.

—Lo que te mostró ese chico antes ni siquiera era sexo adecuado, era un abuso, ya que no te pidió tu consentimiento y sólo quería utilizarte sin importarle nada más. Yo te deseo y puedo mostrarte esa pasión que me pides, pero no puedo decirte que te amo, así que sería igual de despreciable que él si me aprovechara de ti en estos momentos —declaró, siendo cruelmente sincero ante lo que sentía por esa mujer mientras intentaba de nuevo apartarse de ella.

Pero Jessica, una vez más, lo agarró fuertemente con las piernas. Y, cogiéndolo de las solapas de su chaqueta, tiró de él hacia abajo para envolverlo entre sus brazos y susurrar en su oído una petición que, esta vez, Nathan no pudo rechazar.

—Pues míenteme, pero no te vayas, porque esta noche necesito a alguien que me ame para borrar ese desagradable recuerdo de mi mente y convertirlo en un mal sueño.

Dejándose envolver entre los brazos de esa mujer, Nathan finalmente permitió que Jessica lo amara, aunque él no pudiera darle lo mismo a cambio. Besando tiernamente sus labios, calmó la impaciencia de la joven y susurró en su oído lo que estaba dispuesto a darle esa única noche en la que cedería a sus deseos.

—Voy a mostrarte la diferencia entre el deseo de un hombre y el egoísmo de un niño estúpido. Pero nada más.

—Entonces ¿esta noche tendremos sexo? —bromeó ella, recordándole la promesa de su primer encuentro.

—Sí y no —respondió Nathan ante esos confusos ojos, poniendo límites a lo que estaba dispuesto a enseñarle.

—¿Se puede saber qué significa eso? —preguntó Jessica, molesta con el hombre que nuevamente jugaba con ella.

—Que no estoy dispuesto a quedarme con tu primera vez —declaró él decepcionándola, hasta que susurró maliciosamente en su oído—: Pero pienso enseñarte todo lo demás...

* * *

Para mi asombro, Nathan esta vez estuvo dispuesto a enseñarme lo que yo le reclamaba. El efecto de las drogas estaba desapareciendo de mi cuerpo y ya no me encontraba en un soñoliento letargo, aunque sí hacía que ardiera de deseo. No obstante, tal vez ese deseo pudiera deberse a que junto a mí se encontraba el hombre al que amaba.

Ya no estaba desorientada y diferenciaba sin ningún problema lo que era verdad y lo que no. A pesar de tener ante mí a Nathan vestido de esa forma tan peculiar, sabía que era él de verdad, que sus caricias eran reales y sus besos no me engañaban y, aunque él asegurara que lo que sentía por mí no era amor, sus actos me decían que tampoco le resultaba indiferente para limitarse a un mero deseo.

Con cada uno de los dulces besos o de las suaves caricias que me dedicaba me hacía olvidar el ataque que había sufrido en manos de otro hombre. Sus besos limpiaron el rastro de lágrimas que había en mi rostro mientras sus brazos me ofrecían el cobijo que necesitaba y sus palabras hacían que me enamorara de él una vez más.

—No permitas que nadie empañe la hermosura de tu sonrisa haciéndote llorar.

Sus palabras sacaron una sonrisa de mis labios, que él no desperdició dándome un tierno beso. Con ese gesto con el que nuestros labios apenas se rozaron, Nathan me pidió permiso para adentrarse en mi boca y demostrarme no sólo dulzura, sino también pasión. Mis labios se abrieron hacia su lengua, que me saboreó con deseo, exigiéndome una respuesta que yo estuve muy dispuesta a darle.

Cuando de mis labios salió un gemido de pasión y yo me abandoné a ese beso, él acercó su cuerpo al mío para que notara la evidencia de su deseo. Después, poniendo fin a ese beso, se apartó de mí y se quitó la chaqueta, anunciándome con una juguetona sonrisa:

—Te advierto que yo no pienso quitarme nada más...

—Pero entonces ¿cómo vamos a hacer...? —pregunté algo confundida hasta que él me lo aclaró todo.

—... pero tú vas a perderlo todo —terminó, y a continuación comenzó a desnudarme.

Apoyando uno de mis pies sobre su blanca y arrugada camisa, Nathan bajó lentamente la cremallera de mi bota. Luego, sin apartar de mí esos excitantes ojos que tanto me tentaban, arrojó mi calzado por encima de su hombro para hacer lo mismo con el otro pie. Cuando acabó, subió las manos por mis piernas, dedicándome sutiles roces con las yemas de sus dedos.

Deseé que los leggings que llevaba no existieran para poder notar la calidez de sus caricias, y como si él hubiera leído ese deseo en mi mente, al llegar a mi cintura alzó mi trasero y comenzó a bajarme esa molesta prenda que se interponía entre nosotros, llevándose de camino mi ropa interior, algo que hizo que intentara bajar mi minúscula falda, repentinamente avergonzada, para no mostrarle más de lo que habría deseado.

Nathan se rio de la vergüenza que no había mostrado ante él hasta ahora. Molesta, decidí acabar con su burlona sonrisa, así que abrí las piernas enseñándoselo todo. Luego intenté

cerrarlas de nuevo al percatarme de la ladina sonrisa que cubrió su rostro, pero para entonces ya era demasiado tarde para esconderme.

—¡Oh, no, ahora que me lo has mostrado todo, no te vas a ocultar! —anunció él con una perversa sonrisa.

Y, antes de que pudiera volver a cerrar las piernas, colocó la cabeza entre ellas y, sorprendiéndome, hundió la lengua en mi interior, haciéndome gritar su nombre.

Con cada uno de los roces que su lengua prodigaba a la parte más sensible de mi cuerpo me hacía delirar de placer, y más aún cuando sus manos avanzaron por mi piel y se introdujeron bajo mi camiseta, bajando bruscamente el top que llevaba hasta la cintura para luego, atrevidamente, apartar mi sujetador antes de comenzar a acariciar mis senos, avivando mi deseo en cuanto sus manos se pusieron a jugar con mis pechos y mis enhiestos pezones, que se rozaban enloquecedoramente con la fina tela de la prenda que todavía los cubría.

Mientras me retorció entre sus brazos, su lengua no tuvo piedad conmigo. Y cuando mis caderas comenzaron a alzarse buscando el calor de su boca, Nathan introdujo uno de sus dedos en mi interior, marcando un ritmo avasallador que su lengua no dudó en igualar, acercándome al orgasmo.

Pero a Nathan le encantaba torturarme, llevándome cerca del clímax para luego no permitirme nunca alcanzarlo. Así, me mortificó durante unos minutos hasta el instante en que otro de sus dedos se introdujo en mí. En ese momento yo me dejé llevar por el placer, y, agarrándome fuertemente a sus cabellos, grité su nombre mientras agitaba desvergonzadamente las caderas contra su hábil lengua hasta que llegué a un arrollador orgasmo.

Derrumbada sobre la cama, me cubrí el rostro con los brazos avergonzada, hasta que sentí que él se alzaba sobre mí. Y por unos instantes, recordando la pesadilla de mi ataque, temblé de miedo. Nathan pareció notar mi reticencia a que me tocara, así que, apartando su peso de mí y apoyándose sobre los brazos lo suficientemente lejos para que no lo temiera, pero lo suficientemente cerca para que notara su presencia, me ordenó:

—Mírame.

Ante su petición, bajé tímidamente los brazos, y, cuando tuve sus decididos ojos azules frente a los míos, él me preguntó:

—¿Quién soy?

—Nathan Lowell —respondí, segura de que ésa era la respuesta correcta.

—No, ¿quién soy?

—¿El Profesor Castigador? —pregunté burlonamente, molestándolo un poco, ya que negó con la cabeza.

—Vuelve a intentarlo —insistió de nuevo, haciéndome enfadar porque no sabía la respuesta que tenía que darle para que continuara con sus caricias.

—¡Un profesor sustituto con muy mala leche que hay en la universidad y que siempre me suspende injustamente! —grité harta de ese juego.

—No, y ninguno de esos suspensos era injusto. Ahora, mírame y dime una vez más quién soy para ti.

—¡El hombre del que me he enamorado! —exclamé, sabiendo de antemano que a Nathan no le gustaría oírlo. Pero, para mi sorpresa, ésa pareció ser la respuesta correcta, ya que me acogió entre sus brazos, me colocó encima de su cuerpo y, sin ningún miramiento, se deshizo de mi camiseta arrojándola a un lado para luego mostrarme nuevamente por qué yo nunca podría dejar de amarlo.

—Y por eso nunca podré hacerte daño —murmuró, haciendo que olvidara por completo todos mis miedos y que sólo me quedara un único temor: que a la mañana siguiente él desapareciera de mi lado.

—Pero tú no me amas, Nathan —dije recordándole que, aunque él no quisiera, todavía podía hacerme mucho daño.

Algo que olvidé en cuanto me atrajo hacia su cuerpo y sus labios volvieron a reclamar mi pasión, haciendo que me percatara de que él no había rechazado esas palabras tan terribles para él como en las anteriores ocasiones en las que se había enfrentado a ellas. Eso me dio la esperanza de que Nathan comenzara a dudar sobre lo que sentía por mí y que, tal vez, esos sentimientos, sin que él lo supiera, se estaban convirtiendo en amor.

* * *

Josh Lowell miraba con enfado a su atolondrada hija, que, para su desgracia, a sus quince años estaba comenzando a convertirse en una hermosa mujer, aunque por ahora sólo era una adolescente más que, con sus alteradas hormonas, lo traía de cabeza.

—¡Amor! ¿Ésa es tu excusa para una expulsión? ¡Prueba de nuevo, Tori! —le reclamó Josh a su hija, reprendiéndola severamente en el lugar más aterrador de su casa, que, sin duda, cuando su esposa se encontraba en ella, era la cocina.

—¡Oh, qué bien, Tori! ¡Al fin has encontrado a alguien que te gusta! —exclamó alegremente Molly, quitándole toda la autoridad que podía tener Josh ante su hija, y más aún cuando ambas comenzaron a divagar sobre estúpidos sueños de amor y sobre algo todavía peor: cartas.

—Sí..., no... Verás..., es todo muy complicado, mamá. Le escribí una carta de amor al chico que me gustaba y...

—¡Una idea maravillosa! —manifestó Molly encantada.

—Una idea pésima —murmuró Josh negando con la cabeza, ya que conocía de primera mano los líos que podía acarrear una de esas cartas, algo que fue ignorado por su hija y su esposa, quienes siguieron discutiendo sobre ello sin prestar la menor atención a sus sabias palabras.

—Bueno, el chico al que dirigí la carta es muy compatible conmigo. Ambos tenemos muchas cosas en común: la poesía, el teatro, las buenas notas, e incluso nos gustan los mismos autores de libros clásicos.

—Es todo un príncipe para ti, ¿verdad? —dijo Molly soñadoramente, mirando a Josh, recordando su propia historia de amor.

—¡No me jodas, Molly: los príncipes no existen! —le contestó Josh, recordándole lo mucho que le molestaba que utilizaran con él ese estúpido apodo, tanto antes como en la actualidad.

—Bueno, ¿y qué te dijo cuando le entregaste la carta? —quiso saber Molly emocionada, haciendo que su marido se diera a la bebida tras abrir una nueva cerveza con la que pasar el mal trago.

—Verás, mamá..., le dejé la carta en su mochila... o, mejor dicho, en la que creí que era su mochila. Al final acabé entregándosela a otro chico con el que no tengo nada en común.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Molly sorprendida.

—Te lo dije: las cartas de amor sólo sirven para acabar metiéndote en problemas —sonrió Josh, satisfecho por tener nuevamente la razón, disfrutando esta vez de su bebida.

—¿Y a quién acabaste dándole tu carta, Tori? —preguntó Molly curiosa.

—Al matón de la clase... —murmuró ella, lo que provocó que su padre escupiera su cerveza.

—¿Qué?! —gritó Josh. Luego, conociendo las locuras de su hija, pasó a reprenderla con una de sus intensas miradas—. Espero sinceramente que hayas resuelto ese error, ¿es así? ¿Es así, Tori? —insistió ante la falta de respuesta de su hija, especialmente cuando ésta comenzó a esquivar su mirada y a contemplar sus zapatos.

—Sí..., bueno...

—¿Cómo lo has solucionado exactamente? —exigió Josh, haciendo que Tori acabara finalmente con sus titubeos.

—Ahora Logan y yo somos novios —anunció finalmente, obteniendo como única respuesta un gruñido de su padre—. ¡Pero, papá, Logan no es tan peligroso como parece! Vale que tiene un aspecto rudo y sus *piercings* y su cicatriz pueden hacerle parecer un chico difícil..., ¡y lo del cuchillo fue un malentendido, pero...! ¡Pero no es mal chico! —explicó Tori. O lo intentó al menos, algo que ella supo que no había conseguido cuando su padre la fulminó con una de sus amenazantes miradas.

—Tori, lo importante aquí es: ¿te gusta ese chico? —preguntó Molly, diciéndole a Josh con su gesto que, si su hija estaba enamorada, no habría nada que pudieran hacer para desalentarla.

—No lo sé, mamá, por eso aún no le he entregado mi carta de rechazo... —confesó ella mientras su padre se echaba las manos a la cabeza ante la idea de otra carta—. ¿Qué creéis que debo hacer?

—No cortes con él —aconsejó Molly.

—¡Corta con él! —ordenó Josh a su hija, consiguiendo que su esposa le dirigiera una mirada de reproche.

—Creo que primero deberías intentar conocer a ese chico para estar totalmente segura de lo que sientes y, si cuando conozcas sus facetas buenas y malas no termina de gustarte del todo, lo mejor es ser sincera y acabar con esa relación. ¿Quién sabe? Tal vez tengáis más cosas en común

de lo que piensas o, simplemente, encajéis porque él te complementa... Pero, cielo, eso es algo que tienes que decidir tú y sólo tú —declaró Molly.

—¿Y tú qué opinas, papá? —preguntó Tori esperanzada.

Y, ante la amenazante mirada de su esposa, Josh sólo pudo contestar:

—Quiero conocer a ese chico.

—¡Oh, gracias, papá! —agradeció ella efusivamente, abrazando con cariño a sus padres antes de salir de la cocina.

—Te das cuenta de que ha esquivado hábilmente tu pregunta sin contarte ningún detalle relevante, ¿verdad? —le dijo Molly a su esposo, un hombre que siempre presumía de su aguda inteligencia.

—Es igual de taimada que todos los Lowell —contestó él con una sonrisa.

—Sí, y eso que dices me lleva a preguntarte algo... No estarás planeando nada para ese chaval, ¿verdad?

—¡Pero, Molly, cariño, qué ricas te han salido hoy las galletas! —repuso Josh, tratando descaradamente de cambiar de tema de conversación.

—¿En serio lo piensas? —contestó ella emocionada—. Es una nueva receta muy fácil de hacer y...

Y cuando Molly se volvió para obsequiar a su esposo con una muestra de su nueva repostería vio que éste, al igual que su hija, había huido sin contestar a su pregunta, seguramente para planificar algo contra ese chaval.

—Pero te olvidas de algo, Josh Lowell: si Tori se enamora igual de locamente que todos los miembros de tu familia, no habrá nada que hacer —murmuró para sí con una sonrisa llena de satisfacción mientras se concedía el placer de probar una de esas galletas bajas en azúcar, que, para no variar, acabó resultando ser una abominación culinaria que no dudó en guardar para su marido cuando alguna de sus acciones la molestara.

* * *

Nathan no sabía cómo dejarle claro a Jessica que lo que había sucedido entre ellos no volvería a repetirse, sobre todo porque él mismo no estaba realmente seguro.

Después de que la chica se quedara plácidamente dormida entre sus brazos, Nathan había tenido que darse una ducha helada para calmar su erguido e insatisfecho miembro. Finalmente, éste sólo se había aplacado después de acariciarse a sí mismo recordando la sensual respuesta de Jessica ante sus atenciones.

Evitarla no servía de mucho, ya que tanto en su trabajo como en la casa en la que vivía se encontraban a cada instante, mientras que hacerle frente sólo servía para que lo volviera a provocar con alguna tentadora propuesta que Nathan no sabía si tendría voluntad para rechazar.

Para colmo, esa mañana, la sensual subdirectora que se le pegaba a cada paso que daba en la

universidad lo había llamado a su despacho para tratar de un asunto que atañía a sus alumnos y que Serena insistía que debía comentarle en privado.

Tras llegar al campus un poco antes de lo habitual para mantener esa conversación a puerta cerrada, Nathan tomó asiento mientras la alegre mujer ocupaba su lugar detrás de su escritorio, insinuándose al apoyarse sensualmente sobre la mesa, mostrando su generoso escote en el que podía apreciarse un sugerente sujetador. No obstante, después de ser testigo de los sensuales modelitos de Jessica durante todas esas semanas, Nathan estaba prácticamente inmunizado frente a cualquier atrevido conjunto que ella quisiera enseñarle.

—Si lo he llamado, señor Lowell, es porque están llegando a mis oídos rumores sobre ciertos favoritismos hacia uno de sus alumnos, hacia una chica, concretamente.

—¿Me está acusando de algo? Se lo pregunto porque me desagradan los rodeos. Si tiene alguna pregunta que hacerme, le agradecería que fuera directa al grano.

—Muy bien, sin rodeos, pues: uno de sus alumnos asegura que usted mantiene una relación con una de sus estudiantes, una tal Jessica Scott, y, claro está, no podemos hablar de algo ilegal en este caso, ya que ambos son mayores de edad. Pero pienso que habría que aclarar la situación para contrarrestar esas acusaciones de nepotismo que...

—Señora subdirectora, aquí tiene los exámenes que esa chica ha hecho hasta ahora. Si le apetece, puede revisarlos para ver cómo favorezco a mí... ¿amante? —manifestó Nathan irónicamente, poniendo frente a Serena los numerosos suspensos de Jessica que siempre llevaba en su maletín para molestarla cuando esa chica se le acercaba demasiado y él no sabía cómo alejarla.

—¡Por Dios! A esta pregunta le habría dado medio punto más..., y a ésta o a esta otra..., y la respuesta número cinco no está tan mal como para no darle ningún punto... Parece que no se le puede acusar de favoritismo hacia esa alumna, visto lo visto —reconoció ella devolviéndole los exámenes mientras negaba con la cabeza—. Pero, señor Lowell, tenga cuidado con lo que hace dentro y fuera de la universidad, ya que le recuerdo que sólo está a prueba y es a mí a quien tiene que *contentar*, no a otras... —le advirtió sensualmente Serena.

Nathan, sin saber por qué, se encontró demasiado molesto como para permanecer callado, que habría sido lo aconsejable en una situación como ésa.

—Nunca me he comportado de una forma inadecuada, ni dentro ni fuera de mi trabajo —replicó colocándose las gafas sobre su serio rostro, mintiendo como un bellaco, ya que, gracias a su atolondrada familia y a esa mujer que lo volvía loco, siempre acababa de una u otra manera metido en algún escandaloso lío—. ¡Ah! Una última cosa, señorita Frank... —dijo Nathan antes de salir por la puerta—: No estoy aquí para contentar a nadie, sólo para hacer mi trabajo. Y si llegara a mantener algún tipo de relación con una de mis alumnas, eso sería un asunto privado que no concerniría a nadie más que a ella y a mí —dejó totalmente claro mientras volvía a colocarse las gafas en su lugar y reprendía con una severa mirada a Serena, a pesar de que ésta fuera su superior.

Tras salir del despacho, Nathan recorrió los pasillos sintiéndose mucho mejor al dejarle claro a la subdirectora que nadie podría meterse entre Jessica y él. Algo que, sin llegar a comprenderlo del todo, le había molestado mucho. No le gustaba que alguien le dijera que no podía estar junto a la mujer que deseaba.

Aunque él mismo colocara una barrera frente a Jessica a cada momento, no iba a permitir que nadie pusiera ninguna traba en la posible relación que pudieran tener en el futuro. Y eso lo llevaba a reflexionar y a cuestionarse a sí mismo que, si pensaba eso, ¿no sería porque en verdad deseaba tener algún tipo de relación con Jessica?

Confuso y molesto con el desastre que podía conllevar comprender lo que estaba sintiendo en esos momentos por esa chica, Nathan se decidió a centrarse en un asunto más importante e inmediato: buscar entre sus alumnos al que lo había acusado ante la subdirectora.

En cuanto entró en el aula y vio cómo Izan lo recibía con una satisfecha sonrisa, Nathan supo que él había sido el instigador de esos rumores. Eso, junto con el hecho de que ese niño debería estar en esos instantes en la cárcel acusado de intento de violación, lo enfureció.

Según le contaron sus tíos, ellos se encargaron de presentar la pertinente denuncia contra los idiotas que drogaron a las chicas con perversas intenciones, pero ellas, avergonzadas y confusas, no quisieron meterse en líos y rehusaron acusar, así que esos estúpidos se habían librado con una simple advertencia, mientras el dinero del rico papá de uno de ellos había borrado todos los turbios momentos de ese desagradable asunto de los recuerdos de los trabajadores del local.

Eso sí, por lo menos en esa ocasión esos chicos se habían llevado una contundente paliza de un desconocido al que ninguno de ellos pudo identificar. O eso era lo que Nathan pensaba hasta que la perversa sonrisa de Izan lo recibió, advirtiéndole que ese asunto no había acabado para él.

—Han llegado a mis oídos ciertos rumores de que tengo alguna clase de favoritismo hacia uno de mis alumnos —anunció Nathan al inicio de su clase, haciendo que la sonrisa de Izan se ensanchara al suponer que con sus chismes lo había metido en algún problema—. Se trata de un estúpido rumor que no he tardado en desmentirle a la señora subdirectora sin ningún problema —continuó Nathan, borrando la complacida sonrisa del rostro de Izan—. Pero eso me ha llevado a pensar que tal vez soy demasiado duro a la hora de evaluaros...

—Sí, la verdad es que sus exámenes son bastante exigentes, y encima no nos deja tiempo para conocer mejor a nuestros compañeros y divertirnos con ellos —declaró descaradamente Izan, intentando hacerle perder la compostura al recordarle cuál era la forma en la que él había intentado divertirse y con quién.

Enfurecido, Nathan cerró los puños a ambos lados de su cuerpo, tratando de contener las ganas de darle a ese chico una nueva lección. Sin darse cuenta, sus pasos comenzaron a avanzar, hasta que la insistente voz de Jessica le hizo recuperar la cordura al reclamar su atención.

—Yo lo único que quiero es que me digas cómo se resuelve esto... —anunció Jessica, levantando una hoja de papel que Nathan reconoció de inmediato, gesto que fue rápidamente

contrarrestado por una de sus amigas, que no dudó en acallar su impetuosa boca para no hacer enfadar más a su profesor.

Pero la furia ya bullía en Nathan, y, dispuesto a demostrarle a Izan que nadie jugaba con él, lo miró con sorna y, desde su posición, se rio de sus intentos de fastidiarlo.

—Bueno, pues en ese caso busquemos una manera más adecuada de evaluar los exámenes, una que no me obligue a mí a pasarme noches en vela corrigiendo vuestros errores y que os ponga a vosotros las cosas mucho más fáciles en la vida... Aunque ya os aviso que la vida no es fácil para nadie —declaró maliciosamente Nathan mientras iba en busca de los exámenes que había corregido. Luego, de espaldas a su mesa, los arrojó hacia atrás con despreocupación por encima del hombro. Como resultado, la mayoría de los exámenes quedaron esparcidos por el suelo, y sólo algunos llegaron hasta su escritorio.

—Bien. Dado que aprobar uno de mis exámenes para muchos de vosotros podría definirse como el resultado positivo de un hecho poco probable, he decidido echarlo a suertes. Así que... ¡enhorabuena! ¡Los exámenes que están sobre mi mesa están aprobados! Por desgracia, los que han caído al suelo están suspendidos. Una pena, pero el azar ha hablado. Ahora ya nadie podrá acusarme de favoritismo, ¿verdad, Izan? —inquirió Nathan, haciendo que todas las miradas de odio de sus alumnos se clavaran en Izan en lugar de en él.

Finalmente, tras decidir entre toda la clase que lo mejor era volver a su antiguo método de corrección, Nathan volvió a intentar introducir algo de sabiduría en esas jóvenes mentes. Aunque muchas se resistieran a ello.

Observando la furiosa mirada de Izan, que pasaba de él a un objetivo que tenía más cerca, Nathan no dejó de vigilar a Jessica en ningún momento. Cuando sólo quedaban ellos dos en clase, además de Izan, que no se apartaba de Jessica, la chica continuó esperándolo pacientemente junto a su escritorio. En esta ocasión Nathan no tuvo dudas de que lo hacía para recibir de él la protección que necesitaba.

Finalmente, suspirando con resignación, Izan dejó su asiento. Pero cuando pasaba junto a Jessica, dijo maliciosamente, para que Nathan lo oyera:

—Cuando quieras volvemos a salir, Jessica, pero esta vez sin escolta.

Los ojos de Nathan se llenaron de rabia, pero su única contestación fue quitarse sus rígidas gafas. Tras depositarlas sobre la mesa se acercó a la joven para, ante el asombro de Izan, besarla apasionadamente. Sólo después de oír un gemido de pasión procedente de la muchacha, Nathan se apartó de la dulce boca que lo tentaba reclamando más mientras se dirigía a su rival con una sonrisa maliciosa para decirle:

—Y para que me responda así no he tenido que drogarla...

La respuesta de ese perdedor fue un gran portazo y unos furiosos pasos que se alejaron de allí, ante lo que Nathan sólo pudo reírse. Sin embargo, lo peor fue la respuesta de la mujer que aún tenía entre sus brazos, que, sin importarle el momento o el lugar, reclamó sus labios una vez más.

Y en esta ocasión Nathan no pudo poner ninguna excusa para no aceptarlos, tal vez porque ya simplemente no quería resistirse más a ella.

Capítulo 8

En su bar de siempre, Paul Scott disfrutaba de una cerveza con sus amigos.

El Chester era un local clásico, lleno de conocidos que generaban un ambiente jovial, donde, al contrario que en establecimientos más modernos, no había una estruendosa música que entorpeciera las conversaciones de los parroquianos.

Las paredes de ladrillo estaban adornadas con recortes de periódico de las mejores jugadas de alguno de los famosos deportistas que el dueño admiraba. Una gran barra, rodeada de numerosos taburetes, daba la bienvenida mientras Jimmy, el propietario del local, recibía a sus clientes con una sonrisa, dispuesto a recordar con ellos las mejores jugadas de esos partidos que nadie olvidaría.

Con sus luces tenues y la inmensa pantalla de televisión con el mejor programa de deportes, que mostraba las jugadas más destacadas del día, uno podía sentirse como en casa y dejar de lado sus preocupaciones. «O por lo menos intentarlo», pensó Paul mientras sus amigos comenzaban a atosigarlo de nuevo con su incesante charla sobre un tema que realmente prefería evitar.

—Paul, ¿de verdad que no te preocupa que un desconocido se aloje en tu casa cuando tienes una hija de veinte años viviendo contigo? —le preguntó Owen, uno de sus amigos, mientras disfrutaban de una buena cerveza en ese establecimiento al que solían ir después de un duro entrenamiento con el que ponían al límite a los chavales del equipo de la universidad.

—No —negó él después de dar un trago a su cerveza—. Si vierais a ese muchacho tan estirado estaríais igual de tranquilos que yo. Apenas puedo creerme que Nathan sea el sobrino de Alan Taylor, que era todo un conquistador. Ese chico es demasiado serio para su bien, no disfruta de nada, no se mete en problemas, no hace nada que esté fuera de lugar: únicamente se encierra en su cuarto a estudiar y a preparar sus clases. Sin duda será un buen docente, pero también es sumamente aburrido. No creo que ése sea el tipo de hombre que le guste a mi Jess.

—¿Estás del todo seguro? Mira que los calladitos son los peores... —insistió Jayden a su amigo, haciéndolo dudar.

—No, mi Jessica no es de esas chicas que perseguirían a un hombre...

—Cierto: ella es más de placarlos —continuó burlonamente Keanu, recordado cómo era Jessica desde pequeña.

—Sí, es verdad: todavía recuerdo cómo, con diez años, se convirtió en rival de ese prometedor chaval que estaba en tu equipo. No paró hasta derrotarlo en su propio juego —apuntó Jayden, rememorando esa anécdota con la que todos ellos se divirtieron bastante en su día, algo que aún

hacían cada vez que alguien la mencionaba—. Todo ello para decirle que le gustaba... Me dio mucha pena cuando descubrió que ésa no era la mejor manera de confesarse a un chico.

—Pero, por Dios, Paul, ¿cómo se te ocurrió explicarle a tu hija qué era el amor usando alusiones deportivas? —lo reprendió Keanu, recordando las lágrimas de la niña.

—¿Qué queréis que os diga? Yo no sirvo para esas cosas... —se defendió Paul, mesando nerviosamente sus cabellos.

—Bueno, por lo menos, ahora que ha pasado la fase de la adolescencia, ya no lo tienes tan difícil —lo animó Jayden mientras pedía otra cerveza.

—Sí..., gracias a Dios que ha pasado esa etapa —coincidió Paul con una sonrisa—: el amor, las citas, incluso las relaciones o el sexo... ¿Cómo se le explica todo eso a una jovencita que para ti siempre será tu niña y, sobre todo, cuando uno es horrible a la hora de expresarse?

—¡Le haces un plan de juego! —exclamaron los tres amigos al unísono, recordando con sus risas algunas de las atropelladas explicaciones que Paul le había ofrecido nerviosamente a su hija en su momento.

—¿Creéis que lo entendió, que no se equivocará? —preguntó Paul dudando, ignorando si su hija, con el paso de los años, había acabado comprendiendo todo lo que necesitaba saber sobre el amor o si, como muchas personas, no se equivocaría buscándolo de una forma errónea y, tal vez, en la persona más inadecuada.

—¡Humm! —murmuró Jayden.

—¿Sabéis? El otro día la encontré ideando un plan de juego y, cuando intenté ver sus jugadas, ella me lo ocultó.

—¡Humm! —exclamó Keanu ante la nueva información.

—Y me ha pedido que sea más amable con ese chaval y que intente conocerlo mejor —continuó Paul—. Y también clases suplementarias para esa asignatura que él le imparte en la universidad..., es como si quisiera impresionarlo, algo que, después de ver sus notas, dudo que consiga.

—¡Humm! —exclamaron a la vez sus dos amigos.

—¿Creéis que le gustará ese chico?

—Tú, por si acaso, vigílalo de cerca —le aconsejaron sus amigos, recordándole lo peligrosos que podían ser algunos hombres a la hora de perseguir a una chica con tal de meterla en su cama.

* * *

—¡¿Podrías hacerme el favor de salir de mi cama e irte a tu habitación?! —me gritó Nathan una vez más, furioso porque me hubiera colado en su cuarto. Pero al menos en esta ocasión no estaba desnuda bajo las sábanas. O, por lo menos, no del todo.

—No quiero. Estoy muy calentita aquí, así que si quieres que me vaya tendrás que echarme tú —lo reté tentándolo para que se acercara y, así, arrastrarlo hacia la cama.

Pero como Nathan era demasiado listo, no cayó en mi trampa. En lugar de eso, colocó su maletín sobre el pequeño escritorio de su habitación y comenzó a sacar los exámenes que debía corregir para luego, tras un largo suspiro, decirme despreocupadamente:

—Haz lo que quieras.

Tras concederle unos minutos para que se confiara, lo incité de nuevo a derribar esa barrera que siempre interponía entre nosotros y que, en cuanto desaparecía, me mostraba que él era un hombre que podía cometer tantas locuras como las que a mí no me importaba hacer para estar a su lado.

—¿Es que no quieres saber qué llevo bajo estas sábanas? —le dije de repente mientras él seguía enseñándome su rígida espalda y pretendía fingir que no me había oído. Pero la tensión de su cuerpo mientras escribía lo delataba, y más cuando su mano se dirigió hacia el inicio del texto que estaba leyendo, indicando que mis atrevidas palabras lo habían distraído.

—¿Estás desnuda? —preguntó con seriedad, como reprendiéndome.

—No —contesté, y recibí un suspiro de alivio por su parte. Hasta que terminé mi respuesta—. Bueno, no del todo, al menos —apunté, logrando que esta vez su bolígrafo corrector se deslizara sobre el texto, arruinándolo todo.

—¡Vete a tu habitación! —me ordenó nuevamente, intentando ignorarme.

—¡No me da la gana! —repliqué descaradamente para provocarlo, algo que pareció funcionar, ya que conseguí que él se dirigiera hacia mí con la intención de echarme—. Quitate las gafas —le pedí cuando se encontraba delante.

Para mi sorpresa, Nathan lo hizo mientras me preguntaba:

—¿Por qué quieres que me quite las gafas?

—Porque cuando lo haces te conviertes en un sinvergüenza al que no le importa cometer locuras conmigo.

—Entonces creo que será mejor que me las vuelva a poner —repuso colocando las lentes en su lugar—. Te advierto que lo que estás esperando no va a volver a pasar, Jessica, lo que ocurrió esa noche fue un momento único que no va a repetirse.

—¿Y lo de esta mañana? —pregunté, recordándole el apasionado beso que me había dado al finalizar su clase.

—Eso era una advertencia para que el idiota de Izan Preston no volviera a incordiarte.

—¡Ajá! Así que te molesta que otro hombre me toque, pero tú no quieres hacerlo.

—Sí..., ¡no! —dijo Nathan confundido, mesando sus cabellos—. Jessica, lo que estuviste a punto de experimentar fue una violación. Por supuesto que me habría enfurecido y preocupado si alguien hubiera intentado forzar a cualquiera de mis alumnas.

—Pero tú no sacaste a las demás en brazos de ese local, tan sólo a mí. Ni tampoco llevaste a mis amigas a su casa o trataste de hacerlas olvidar esa desagradable experiencia con tus caricias... —señalé recordándole todo lo que habíamos vivido en aquellos instantes en los que él se dejó llevar por sus sentimientos.

—Te protegí y lo seguiré haciendo para que ese despreciable no se acerque a ti, pero nada más. No ocurrirá nada más entre nosotros, así que deja de perseguirme, de meterte en mi cama y de intentar que me enamore de ti, porque eso es algo que no ocurrirá —manifestó cruelmente, intentando hacerme desistir de mantener alguna esperanza. Pero yo había aprendido a ver más allá de su rígida fachada, tal vez por eso me encantaba descolocararlo y hacer que se diera de bruces con la realidad que siempre negaba.

—Cuando entraste en ese local no sabías lo que estaba pasando allí.

—No, pero tenía mis sospechas y... —comenzó a excusarse.

Sin embargo, acabé con sus palabras en cuanto aparté las mantas de mi cuerpo y le descubrí que en esta ocasión me había comportado y vestía una de sus camisetas, que le había tomado prestada y que me cubría recatadamente hasta las rodillas.

—¿Y si no me hubiera estado forzando? ¿Y si esas caricias hubieran sido consentidas por mí? ¿Y si otro hombre me hubiera besado y tocado como tú te niegas a hacer y no hubieras tenido ninguna excusa para apartarlo de mí? ¿Cómo te sentirías entonces, Nathan? —le pregunté. Y, acercándome a él, mientras continuaba invitándome a marcharme de su habitación, apoyé una mano sobre su hombro para susurrarle al oído—: ¿Enfadado? ¿Furioso? ¿Impotente?

Y, cuando vi que su única contestación era apartar la mirada ante eso que no podía negarme, le insistí:

—¡Cuidado, Nathan! Eso se parece mucho a los celos, y sólo puedes experimentarlos cuando sientes algo parecido al amor por alguien —dije. Y para descolocararlo un poco más, añadí—: ¡Ah! Y no llevo bragas...

Con esas últimas palabras hice que a su preocupado rostro asomara una perversa sonrisa, seguramente al imaginarme sin ellas. Luego me alejé, y mientras él negaba una vez más con la cabeza ante la locura que podía representar enamorarse de mí, yo no dudé en enviarle un beso desde el pasillo, recordándole lo placentero que era dejarse llevar por ella. No obstante, como siempre, la respuesta de ese obtuso hombre fue cerrar su puerta ante mí, negándose a comprender lo que podía llegar a ser el amor.

* * *

Llevaba toda una semana bastante enfadado. Entre otras cosas, por todos los problemas que se acumulaban a mi alrededor sin que yo lo hubiera pedido: las insinuaciones de Jessica, que cada vez se me hacían más difíciles de rechazar; el impertinente de Izan Preston, al que deseaba despedazar cada vez que observaba con mirada de lobo hambriento a la chica a la que yo pretendía proteger; el acoso de la subdirectora, que vigilaba cada uno de mis movimientos en la universidad y, por último, las extrañas miradas que el señor Scott nos dirigía a Jessica y a mí desde hacía poco cada vez que estábamos en la misma habitación, preocupándose

innecesariamente de que yo me aprovechara de su hija, cuando en realidad era ésta la que quería aprovecharse de mí.

En medio de los exámenes que tenía que estudiar, los que tenía que corregir y las clases que tenía que preparar, el señor Scott me hizo una extraña petición ante la que no pude evitar preguntarme si no sería otra más de las tretas de Jessica, especialmente al observar cómo la muchacha le daba disimuladamente con el codo a su padre a cada instante mientras compartíamos la cena en la mesa, tras lo que éste trató de entablar una conversación conmigo como no había intentado hacer hasta entonces.

—Bueno, Nathan, ¿cómo te va en tu trabajo y en tus estudios? ¿Te estás adaptando bien aquí?

—Sí, señor Scott. Gracias a su amabilidad al acogerme en su hogar durante un tiempo no tengo que preocuparme por la cuestión del alojamiento, por lo que puedo concentrarme en cosas más importantes, como son mis deberes de docente —respondí mientras dirigía una mirada reprobadora a Jessica, insinuándole que desistiera de intentar conmigo alguno de sus trucos porque ninguno de ellos iba a funcionar. A pesar de mi advertencia, ella me dirigió una mirada desafiante mientras clavaba de nuevo el codo en el costado de su padre.

—¡Ah! Y, dime, ¿sales con alguna chica? ¿Has conocido a alguien que te guste? —inquirió el señor Scott, ganándose con ello que Jessica le dirigiera una furiosa mirada, que luego pasó a mí cuando oyó mi respuesta.

—Bueno, lo cierto es que hay una mujer unos cuantos años mayor que yo que se me ha insinuado en más de una ocasión. También están las alumnas que revolotean coqueteando a mi alrededor y las compañeras, con sus sutiles invitaciones. Pero ninguna ha llamado mi atención hasta ahora. Y, sobre todo, no les presto la menor atención a las niñas inmaduras que intentan aparentar ser mayores —declaré con toda intención, recordándole a Jessica nuestro primer encuentro mientras me limpiaba tranquilamente las gafas, convirtiéndome por unos instantes en el malicioso hombre con el que a ella le gustaba jugar.

—Eso está bien —opinó el señor Scott—. A mí tampoco me gustan demasiado las chicas excesivamente infantiles, pero esa mujer unos años mayor que tú que mencionas tal vez pueda convenirte y...

—¡Papá, creo que necesito clases suplementarias para una asignatura en la que el profesor me suspende una y otra vez injustamente! —interrumpió Jessica de pronto bastante molesta con su padre, echándome en cara los difíciles exámenes que les ponía a mis alumnos cada vez que perdía la paciencia con ella.

—De acuerdo, hija: miraremos una academia, o tal vez hable con alguno de mis amigos, a ver si conocen a un buen profesor que...

—¿Para qué, papá, si aquí ya tenemos al profesor perfecto? Estoy segura de que no podrá negarse, especialmente si se lo pide el hombre que lo ha acogido en su hogar sin pedir nada a cambio.

—Bueno, Jessica, no sé yo si Nathan podrá encargarse de ti con lo ocupado que está y... —

comenzó a excusarse el señor Scott, hasta que el codo de su hija volvió a molestarlo. En ese momento, dirigiéndose hacia mí, me preguntó esperanzado—: ¿Podrías ocuparte de ella, Nathan?

Podría haber contestado que no, haber rechazado la petición de ese hombre para luego buscarme otro lugar donde vivir lejos de la tentación que Jessica representaba, pero como no quería dejar en mal lugar a mi tío Alan ni ser grosero con ese amable señor que me acogía en su hogar, decidí aceptar, dirigiendo una mirada de advertencia a Jessica.

—Por supuesto, yo la ayudaré a mejorar sus notas. Seré el profesor particular que su hija necesita, y tenga en cuenta que conmigo, de una u otra manera, aprenderá... —sentencié, haciéndole saber a Jessica que aún no sabía dónde se había metido al pedirme clases particulares.

No obstante, ella, tan atrevida como siempre, me dedicó una audaz sonrisa con la que se creía victoriosa sin caer en la cuenta de que a ese juego de provocaciones con el que me tentaba podíamos jugar los dos.

* * *

¡Bien! Al fin había conseguido mi objetivo de pasar más tiempo con Nathan, en casa y sin que éste pudiera evitarme encerrándose en su habitación. Ya me encargaría de que esas reuniones se prolongasen eternamente, ya que no pensaba estudiar lo más mínimo su asignatura para, así, tener excusa para pasar más tiempo con él.

Mi padre, después de unos cuantos días de vigilancia, finalmente se había aburrido de las tediosas lecciones que Nathan me impartía en el salón y había huido de nuevo con sus amigos a algún lugar en el que disfrutar de un buen partido.

El problema era que, a pesar de haber conseguido más tiempo a su lado, Nathan seguía comportándose como ese rígido profesor que no tenía clemencia alguna con sus alumnos, y, aunque hubiera dejado atrás su traje al lucir una apariencia más despreocupada, consistente en unos simples vaqueros, una camiseta y unas deportivas, su firme mirada y sus severas gafas me demostraban que no pensaba jugar conmigo y que ahí sólo estábamos para aprender.

—¡Pero ¿cómo has podido equivocarte en la descripción arquitectónica de este templo griego si la acabamos de repasar?! ¡Las fechas están todas mal, al igual que el nombre del templo! ¡Pero ¿tú escuchas algo de lo que te digo?!

—No, la mayor parte de las veces me quedo dormida de puro aburrimiento —repuse desplomándome sobre la mesa sin dejar de contemplar lo guapo que estaba cuando se enfadaba.

—¿Se puede saber para qué has pedido mi ayuda si después vas a desaprovecharla? —me preguntó bastante molesto.

—Es que las clases no son nada interesantes, y así no hay manera.

—Con esto únicamente estás haciéndome perder un tiempo que no tengo para malgastar contigo —dijo Nathan recogiendo sus cosas, dispuesto a marcharse a su habitación.

—¡Le prometiste a mi padre que me ayudarías! —le recordé sujetándolo infantilmente de la

manga de su camiseta.

Tras un profundo suspiro, Nathan se volvió hacia mí, tomó asiento a mi lado y, después de quitarse las gafas y depositarlas sobre la mesa, dejó que asomara ese sinvergüenza al que yo nunca podría ganar porque, simplemente, no estaba preparada.

—Bien, hagamos esta clase más interesante. Por cada pregunta que aciertes correctamente, me quitaré una prenda de ropa —propuso, tras lo que volvió a ponerse las gafas.

—Estás bromeando, ¿verdad? —pregunté, cada vez más interesada en ese tipo de lecciones, porque mientras él me había visto desnuda varias veces, yo aún no había podido verlo. Y eso que el lugar donde nos conocimos fue un local de *strippers*, donde se suponía que él era uno de los bailarines.

—No bromeo con mis lecciones —contestó Nathan con seriedad.

—¡Acepto! —grité decidida a darlo todo y, por una vez, contestar correctamente a todas y cada una de las preguntas de ese examen en el que el sobresaliente sería contemplar a ese orgulloso hombre totalmente desnudo.

—Pues bien, empecemos... —sugirió Nathan mientras se ponía de pie y se colocaba detrás de mí para comenzar a instruirme.

Lo malo era que en esta ocasión estaba demasiado cerca como para que pudiera concentrarme, y cada vez que sus manos rozaban casualmente mis brazos para señalarme algún dato, mi concentración se esfumaba ante el recuerdo de sus caricias.

—Me pregunto cuántas respuestas podrás contestar adecuadamente... —susurró maliciosamente en mi oído, haciéndome ver que sus caricias no eran accidentales y que, esta vez, él estaba decidido a jugar conmigo como yo le había propuesto que hiciera en más de una ocasión.

Pero no había nada que Nathan pudiera hacer para que yo perdiera las ganas de estudiar y abandonara ese reto, ya que estaba resuelta a conseguir todas sus prendas. Iba a esforzarme al máximo en cada una de sus preguntas para quedarme hasta con sus calzoncillos, y así se lo hice saber:

—Voy a ir a por tus calzoncillos —anuncié descaradamente, ante lo cual él me susurró al oído, riéndose de mí:

—No te preocupes, estoy preparado para ello.

—¡Como que me llamo Jessica Scott que voy a conseguir toda tu ropa! —manifesté con total convicción.

Pero ésta se esfumó por completo cuando, después de una hora, ese maldito hombre permanecía totalmente vestido ante mí, burlándose de mis palabras.

—¡Enhorabuena, Jessica: has conseguido mis deportivas y uno de mis calcetines!

—¡Haces trampa! ¡Esas preguntas eran muy difíciles!

—Estaban al mismo nivel que mis exámenes, un nivel que tú ya deberías tener... —me recordó Nathan, alzando impertinente sus gafas, una insolencia que desapareció cuando vi el pequeño error que había cometido y se lo señalé esperanzada.

—Esta pregunta no la has corregido.

Cuando terminó de leerla me concedió un punto más, y cuando vi cómo comenzaba a quitarse el otro calcetín, me negué en redondo a que me siguiera estafando.

—¡No, quiero tu camiseta!

—¿Seguro que estás preparada para ello? —me preguntó con una pícaro sonrisa.

—¡Sí! —exclamé satisfecha, esperando a que se desnudara ante mí y me ofreciera un espectáculo digno de recordar.

—Bueno, de acuerdo: allá voy —anunció burlonamente, comenzando a alzar su camiseta y a enseñarme su hermoso y potente torso con cada uno de sus esculpidos abdominales.

Cuando arrojó la prenda a un lado me sentí muy complacida por poder contemplar a mi antojo su desnudez, excepto por un pequeño e inadecuado problema que molestaba mi vista, en concreto, una nueva y difícil ecuación que había escrito en su pecho, junto a una flecha que señalaba hacia el interior de sus pantalones.

—¿Se puede saber qué es eso? —le recriminé furiosa ante esa nueva burla.

—Esto... —dijo señalando su pecho— es lo que tendrás que resolver si quieres conseguir mis calzoncillos —anunció retándome con una burlona sonrisa para luego añadir—: Ya te dije que estaba preparado.

Un reto que no dudé en aceptar. Y, arrancando una hoja de mi libreta, anoté la ecuación decidida a encontrar una respuesta ante las desalentadoras carcajadas de ese hombre, que me anunciaban que tanto él como sus problemas serían algo imposible de resolver para mí.

—Ya verás de lo que soy capaz... —contesté a sus burlas, decidida a encerrarme con mis libros en mi cuarto. Y, ya que no podía alcanzar sus calzoncillos, al menos la próxima vez estaba dispuesta a hacerme con sus pantalones.

* * *

Tori estaba segura de que su hermano Nathan no tenía que enfrentarse a problemas tan difíciles como el que ella tenía en ese momento.

Su padre le había exigido que llevara a Logan a una de las cenas que celebraban los sábados en casa de sus abuelos, una en la que estarían presentes todos los escandalosos miembros de la familia Lowell. Y, por si eso fuera poco, sus tíos por parte de su madre, esos cuatro sobreprotectores pelirrojos, habían decidido hacerles una visita. Justamente ese mismo día.

Tori sabía que esa visita no podía ser una coincidencia, y su padre había corroborado sus sospechas cuando, en vez de gruñir ante la visita de los Peterson, los había recibido con los brazos abiertos, anunciando felizmente a todos que ellos también se unirían a la cena familiar. Y lo peor de todo era que ella tenía que invitar a Logan a esa trampa ideada por su familia.

—¿Cómo lo hago, Olivia? —preguntó una vez más a su prima en busca de consejo tras comentarle lo que ocurriría en la reunión del sábado.

—¿Por qué no le escribes una carta? —respondió irónicamente Olivia, recordándole a Tori lo que las había metido en todo ese lío.

—No, en serio, ¿cómo lo hago? ¿Cómo lo invito a esa fiesta familiar y le advierto que es una trampa? Bueno, también podría no decirle nada... ¿Qué crees que pasará si no lo invito? —preguntó Tori, intentando buscar una salida.

—Si tú no lo invitas, estoy segura de que será peor, ya que lo invitará tu padre.

—Bueno, tal vez Logan rechace mi invitación y entonces ambos estaremos salvados.

—Por supuesto que sí: el chico que esperó bajo la lluvia para darte una contestación a esa estúpida carta a pesar de que estaba diluviando, el único que tiene paciencia para aguantarte durante más de un minuto sin volverse loco y el que te protegió como si le fuera la vida en ello cuando reventaron esos cristales va a decirte que no... —ironizó Olivia, rompiendo las esperanzas de Tori en un instante.

—Puede que si le preguntamos a Raymond nos dé alguna idea...

—Pues si quieres algo de Raymond más vale que tengas a mano la billetera porque, si no, no creo que te ayude en nada.

—Bueno, ahora lo importante es encontrarlo y evitar a Logan por el momento.

—Creo que eso va a ser algo difícil, ya que Raymond, vete a saber por qué, ha decidido hacerse amigo suyo y últimamente van juntos a todas partes.

—¿Raymond? ¿Nuestro Raymond? ¿El chico que sólo se preocupa por sí mismo?

—Sí, el mismo..., así que esto no me lo pierdo —anunció Olivia con una sonrisa, siguiendo a Tori en la búsqueda de su primo.

En cuanto encontraron a esos dos almorzando debajo de uno de los árboles del jardín, no tuvieron duda alguna de por qué razón quería Raymond hacerse amigo de Logan, una vez que se hallaron lo suficientemente cerca como para poder escuchar su conversación.

—Vale, con tu fuerza y mi intelecto podemos formar un gran equipo. Yo recojo las ganancias y luego las repartiré al sesenta, cuarenta. Por supuesto, como yo realizaré la mayor parte del trabajo, el sesenta será para mí y el cuarenta para ti. Tú únicamente tendrás que gruñirles de vez en cuando a los matones que se acerquen a los chavales que quieran contratar nuestros servicios.

—No me gusta la violencia —contestó Logan mientras se reía de los descabellados planes de ese chico que decía querer ser su amigo, algo que tal vez sólo hiciera porque pertenecía a la alocada familia de Tori.

—¡No me jodas! ¿Y tú aspecto? ¿Y las heridas que traes todos los días en las manos? —preguntó Raymond, paseándose nerviosamente al comprobar que su planificado negocio se deshacía por momentos frente a sus ojos.

—Estoy estudiando cocina... —contestó Logan mientras disfrutaba de su almuerzo sentado tranquilamente en un banco de piedra.

—¿¿Qué?! ¡No me jodas! ¿Cocina? ¿En serio? Bueno..., bien..., no pasa nada... Tú no vayas diciéndolo por ahí y no estropearás tu imagen de tipo peligroso que queremos preservar y...

Antes de que Raymond continuara sus turbios negocios, en los que pretendía meter a Logan, Tori se puso delante de él para protegerlo de las descabelladas ideas de su primo. Y, fulminando a Raymond con la mirada, le advirtió que, si sabía lo que le convenía, sería mejor que no siguiera intentando enredar al chico en sus planes.

—Ni se te ocurra mezclar a Logan en uno de tus negocios, primito.

—¡Vamos, Tori! ¡Si solamente se trata de un honrado trabajo donde protegeremos a los más débiles de los abusones!

—Sí, ya me conozco yo la clase de protección que ofrecerás, sobre todo cuando la propina que te den sea ínfima y te decidas a vaciarles la cartera tú antes de que lo hagan los abusones.

—¡Eh, que eso solamente fue una vez! —se quejó Raymond, recibiendo como respuesta unas impertinentes cejas alzadas que le recordaban cada uno de sus dudosos proyectos—. Bueno, ¿qué quieres de mí y de mi mejor amigo? —preguntó entonces, sentándose despreocupadamente en el banco junto a Logan para, a continuación, ignorar la respuesta de su prima mientras seguía con sus planes—. Me has dicho que cocinas, pero, ¿eres bueno?

Antes de que Raymond comenzara a planear crear un puesto de comida rápida que le hiciera la competencia a la cafetería del instituto, Tori, sin saber cómo proceder con Logan, soltó su mensaje sin más:

—Mi padre quiere conocerte, Logan, y me ha pedido que te invite a una cena que tendrá lugar este sábado en casa de mis abuelos. Irán todos mis tíos, mis molestos primos y...

—¿También tu hermano? —preguntó Raymond, interrumpiendo abruptamente el discurso de Tori.

—No lo sé, pero creo que mi padre está intentando contactar con él.

—Quienes sí irán son los pelirrojos... —apuntó Olivia, sacando de dudas a su primo sobre los objetivos de esa reunión.

—¿Quieres un consejo de amigo? ¿Y gratis, además? —preguntó Raymond, intentando apoyar a ese chaval que no sabía dónde se metía—. Más te vale que te pongas enfermo para ese día, y si no lo estás, fingelo.

Los tres primos miraron a Logan esperanzados en recibir una negativa, pero él, a pesar de las advertencias, dijo como todo un valiente:

—Dime la hora y allí estaré sin falta, Tori.

Suspirando resignada, ella le anotó la hora y la dirección antes de marcharse a su clase.

—Bueno, por lo menos tiene un buen amigo —murmuró Olivia al oír a sus espaldas las palabras que Raymond le dirigía a Logan con relación a esa cena.

—¡Pero, tío, ¿qué has hecho?! ¡No sabes dónde te has metido! —gritaba Raymond, llevándose las manos a la cabeza—. Sus tíos por parte de su madre son cuatro mastodontes pelirrojos muy protectores que trabajan para una empresa de seguridad; su padre es una especie de doctor Jekyll y mister Hyde, que en un momento te está sonriendo y al siguiente, cuando menos te lo esperas, ¡zasca!, te suelta una de sus reprimendas. Y su hermano..., bueno, si va Nathan mi único consejo

es que corras... y mucho —terminó Raymond. Y cuando vio que su amigo no se inmutaba ante ninguna de sus advertencias, añadió pensativamente en voz alta—: Me pregunto si podría anotarte en esa pizarra...

—¡Humm! Creo que será mejor que digamos que es, simplemente, un amigo —rectificó Olivia, retirando lo de «buen amigo» de su apreciación, algo en lo que Tori estuvo totalmente de acuerdo cuando Raymond comenzó a especular con cada una de las apuestas que haría en su nombre.

Capítulo 9

—Nathan, quiero que vengas a casa de tus abuelos el sábado. No te aceptaré ninguna excusa para que te saltes la reunión, ya que tu hermana nos va a presentar a su supuesto novio, y te necesito para espantarlo.

—Ah, claro. Y ésa es la mejor razón para reclamar que tu hijo vuelva a casa —replicó él irónicamente a su padre mientras se preguntaba por qué había tenido que contestar al teléfono, si sabía que siempre que sus familiares lo llamaban era para meterlo en problemas.

—No, pero es la razón que yo te doy, así que más te vale que estés aquí. En serio, no sé qué conversaciones has estado manteniendo con tu hermana o qué consejos le has dado, pero no me cabe duda de que eran pésimos, ya que ha acabado saliendo con un chico totalmente inadecuado para ella.

—Pero, papá, si aún no lo conoces, ¿cómo sabes que no es adecuado para Tori?

—Lo sé y punto —contestó Josh Lowell, haciendo uso del principal argumento que tenía todo padre cuando su hija se hacía mayor: que ningún hombre era bueno para su pequeña.

—Vale, papá, intentaré terminar con todos los asuntos que me retienen aquí para estar en casa de los abuelos el fin de semana.

—No lo intentes, ¡hazlo! —ordenó Josh antes de colgar el teléfono.

—Bueno, pues nada: todos suspendidos... —murmuró para sí Nathan, terminando rápidamente con la corrección de los exámenes para poder estar libre ese fin de semana—. ¿Qué más puede pasar? —se preguntó mientras se reclinaba en su silla y se llevaba las manos a la cabeza, quejándose de los problemas, que, sin proponérselo, siempre lo encontraban.

Y cuando alzó la cabeza, para su desgracia, vio que otro de ellos se encontraba frente a él.

La insinuante Serena, tras sentarse sobre su mesa, cruzó sensualmente las piernas para llamar su atención y mostrarle un tentador bocado que él no pudiera rechazar, algo en lo que Nathan no estaba dispuesto a caer, principalmente a causa de una chica que exigía constantemente su atención en exclusiva y que a saber qué locura cometería si sus ojos llegaban a fijarse en otra.

—Nathan, los compañeros de la universidad hemos preparado una fiesta para darte la bienvenida. Aunque sé que es un poco tarde, todos hemos estado muy ocupados organizándola. Sería bueno que no la rechazaras, ya que es esencial que socialices, no sólo con tus alumnos, sino también con tus compañeros docentes, a los que podrás consultar cada una de tus dudas.

—¿En serio? —inquirió él escéptico, alzando irónicamente una ceja mientras se preguntaba cómo resolvería Serena el problema que representaba Jessica si alguna vez pidiera su consejo.

Pero como Nathan era listo, no pensaba hacerlo, ya que si esas dos gatas se peleaban por él, la situación solamente le traería un sinfín de problemas para los que no estaba preparado.

—Sí, por supuesto. Algunos estaremos muy felices de contarte cómo fueron nuestras primeras experiencias... —manifestó insinuantemente ella, dándole un doble sentido a sus palabras—. E, incluso, de instruirte. Si te dejas... —añadió para, a continuación, ponerse de pie e intentar hacerse con sus gafas y retirarlas de su cansado rostro.

Sin embargo, ese gesto Nathan sólo se lo permitía a la inocente chica que siempre lo provocaba, y sintiéndose molesto con la subdirectora, cogió las manos de la mujer para apartarlas de él antes de que llegaran a su objetivo.

—Lo siento, señorita Frank, pero no me gusta que nadie toque mis gafas.

—Llámame Serena, Nathan. Después de todo, somos compañeros...

—Recuerdo que hasta hace poco era la «señorita Frank», especialmente después de su llamada de atención en su despacho.

—Ya, pero eso era en mi despacho. Ahora estamos fuera de él, y opino que lo mejor para conocernos es que comencemos por tutearnos, ¿no te parece? —apuntó ella, acariciando sensualmente uno de los brazos de Nathan con una de sus afiladas uñas, mostrándole sus intenciones.

—Estoy seguro de que podremos esperar hasta la fiesta para ello —repuso él apartando ese fastidioso dedito, que empezaba a molestarlo.

—Entonces te mandaré un mensaje al teléfono indicándote la dirección y la hora. Y recuerda que te estaré esperando... —finalizó una sonriente Serena mientras se alejaba de él.

Pero cuando Nathan creyó que había resuelto satisfactoriamente ese problema que se le acababa de presentar aceptando la invitación para no mostrarse grosero con sus compañeros, no era consciente de lo equivocado que estaba hasta que la atrevida fisgona que siempre lo perseguía fulminó a Serena con la mirada para luego hacer lo mismo con él. Tan desvergonzada como siempre, Jessica entró en el aula y cerró la puerta en las narices de Serena. Tras ello, anotó nerviosamente algo en su cuaderno y se acercó al escritorio de Nathan. Después de arrancar la hoja, la colocó airadamente delante de él.

—¡Hasta que me des el resultado de esta complicada ecuación no pienso alejarme de ti! ¡Así que será mejor que te olvides de salir con otra!

—Pero si esto es muy fácil... —manifestó él. Y, con una sonrisa satisfecha, cogió el papel con el que Jessica lo retaba y anotó la respuesta. No obstante, mientras lo hacía, se sintió un poco triste al saber que, cuando terminara de escribir la solución a ese problema, esa chica que siempre lo retaba, tanto a él como a su corazón, dejaría de hacerlo.

—Aunque pueda parecer acertada, ésa no es la respuesta correcta —señaló Jessica asomándose por encima de su hombro para mirar el resultado con una complacida sonrisa.

—¿Cómo que no es la respuesta? —preguntó Nathan molesto, sabiendo que, sin ninguna duda, tenía razón.

—Tienes que observar la ecuación desde una perspectiva diferente, una que tú todavía no estás dispuesto a adoptar. Hasta entonces, yo estaré aquí para..., ¿cómo ha dicho esa mujer...? ¡Ah, sí! Para instruirte... —concluyó descaradamente ella, pasando un dedo por el brazo de Nathan imitando el invitador gesto de Serena.

Sin embargo, mientras que las caricias de ésta lo habían dejado indiferente, las de Jessica lo alteraron. Y, cogiendo ese dedito travieso, no pudo evitar introducirselo lentamente en la boca para morderlo reprobadoramente.

—Los dos sabemos que ésa es la respuesta correcta. Admítelo y acabemos con esto.

—No, ésa es la respuesta que tú quieres darme, no la que yo quiero obtener —negó Jessica, retándolo con la mirada mientras alejaba su dedo de él.

—¿Me estás diciendo que este problema tiene más de una solución? —inquirió Nathan, cuya prodigiosa mente sólo daba con un resultado.

—Ajá —afirmó ella a la vez que le quitaba las gafas juguetonamente.

—Sabes que no voy a parar hasta dar con el resultado, ¿verdad? —dijo él, advirtiéndole que ése sería el fin para ellos una vez resolviera el acertijo.

—Lo sé. Y también sé que mientras intentes solucionarlo no podrás dejar de pensar en mí — declaró desvergonzadamente Jessica, sentándose sobre la mesa para luego ponerse las gafas de Nathan e intentar observarlo tan reprobadoramente como él solía hacer con ella, algo que, por lo visto, no le funcionó, ya que Nathan únicamente se rio de su aspecto mientras volvía a recuperar sus lentes.

—Voy a resolver este problema —dijo con decisión. Y, colocando sus gafas en las juguetonas manos de esa mujer para que las pusiera en su lugar, se permitió ser el sinvergüenza que ella buscaba.

Acorraló a Jessica contra la mesa y acercó sus labios a los de ella, reclamándolos con un devastador beso. Y sólo cuando la chica gimió su nombre, Nathan se alejó maliciosamente, mostrándole que no estaba a su alcance. Jessica, molesta, depositó las gafas sobre la nariz de ese desvergonzado que había jugado con ella, y, apartándose de los brazos que la encerraban, anunció antes de marcharse:

—No sé para qué quieres jugar con otra, si ambos sabemos que yo soy la única mujer que puede hacerle frente tanto a tu lado íntegro como a tu lado sinvergüenza, y he de decirte que me gustan los dos —anunció Jessica sin olvidarse de lanzarle un beso a ese hombre que había empezado a sentirse tan confuso como ella en el juego que sus corazones habían comenzado a la vez que trataban de aprender qué era el amor.

* * *

Mientras me preparaba para asistir a mi fiesta de bienvenida, la curiosa naricilla de Jessica no dejó de perseguirme tan intranquilamente como yo mismo hice en otra ocasión con ella.

Pasó una y otra vez por delante de mi cuarto con evidentes ganas de entrar para espiarme, pero como su padre estaba en casa, sólo podía disimular y hacer como que iba al baño, que quedaba al final del pasillo.

Una vez que terminé de arreglarme, le enseñé otro aspecto de mi carácter que no solía mostrarle cuando estaba conmigo: el de hombre despreocupado, caracterizado por unos vaqueros desteñidos, una camisa negra y una chaqueta de sport. Esas prendas constituían mi atuendo para esa noche, en la que me arreglé en exceso, tal vez para fastidiarla de la misma manera que ella hizo conmigo la vez que salió con sus amigas.

Por supuesto, no pensaba acabar de la misma manera que ella. Yo era un adulto totalmente responsable, por lo que únicamente haría acto de presencia en la reunión, charlaría un poco con mis compañeros, comería, bebería lo justo y me marcharía en el momento adecuado en el que mi ausencia no resultara ofensiva para los colegas que me habían preparado esa bienvenida que en verdad nadie les había pedido.

—¿Adónde vas? ¿Con quién has quedado? ¿Cuándo volverás? —me preguntó Jessica cuando salí de la habitación.

—Voy a un bar; he quedado con mujeres, creo que habrá más de una. Y volveré cuando las niñas buenas ya estén en la cama —respondí burlón mientras palmeaba amistosamente su cabecita con una mano, que tuve que alejar con rapidez antes de que ella me la arrancara de un mordisco.

—Entonces esperaré despierta —replicó con cabezonería.

Suspirando, traté de dejar las bromas a un lado y desalentar una vez más esas esperanzas que había puesto en mí para que yo le enseñara algo que era simplemente imposible por mi parte.

—Jessica, será mejor que no lo hagas —repuse insinuando que me marcharía con otra mujer con la única intención de desanimarla, a ella y su estúpido enamoramiento.

Pero Jessica no se dejaba amilanar con facilidad, y, cogiéndome del cuello de la camisa, me arrastró hasta su boca, donde unió sus inocentes labios a los míos para exigirme uno de esos besos en los que yo me olvidaba de quién era y sólo tenía en mente probar una vez más la dulzura de esa mujer que me volvía loco.

Excitado por la pasión del dubitativo beso que ella me dio sin saber cómo expresarse, le arrebaté el control de la situación reclamando la respuesta de su traviesa lengua. Devoré sus labios, degusté el placer de su lengua guiándola hacia el deseo de un beso más prohibido y, finalmente, cuando mis manos no pudieron seguir quietas y comenzaron a acariciar su cuerpo, fue ella la que se alejó de mí para castigarme.

—Te estaré esperando. Y cada minuto que estés lejos de mí te preguntarás por qué no estás a mi lado —dijo demasiado segura de sí misma.

Yo, resuelto a demostrarle que estaba en un error, me alejé de ella.

Pero la distancia sólo me demostró lo ciertas que eran sus palabras y lo débil que era yo cuando me emborrachaban.

* * *

La reunión tuvo lugar en un pequeño y acogedor restaurante con una sala privada destinada a ese tipo de celebraciones. La comida consistió en pequeñas porciones de aperitivos que todos compartieron, mientras que, por el contrario, la bebida circulaba con demasiada abundancia entre los invitados. A pesar de que Nathan quiso limitarse a tomar una sola copa, pronto se encontró con que eso era simplemente imposible, ya que cada vez que mantenía una conversación con alguno de sus compañeros, alguien volvía a llenársela. Y, si intentaba no beber de su vaso, alguno de los presentes proponía un brindis al que sería muy grosero no acompañar. Al final de la noche, cuando estaba demasiado ebrio como para mentirse a sí mismo sobre lo que sentía por Jessica, recordó la última advertencia que ella le había hecho mientras le daba débilmente la razón.

—¿Por qué no estoy contigo? —le preguntó Nathan una vez más al buzón de voz de Jessica mientras uno de sus ebrios compañeros le pasaba amistosamente un brazo sobre los hombros para comenzar a entonar una burda cancioncilla como acompañamiento a ese mensaje—. Con lo guapa que eres y lo feos que son estos tíos..., ¿por qué mierdas estoy aquí? —Una pregunta puramente retórica que solamente él mismo podía responder—. Y pensar que podría estar contemplando alguno de esos excitantes conjuntos de ropa interior con los que me recibes en lugar de esto... —se quejó nuevamente, presenciando cómo algunos de sus compañeros más mayores decidían dedicarles a sus compañeras más jóvenes un bailecito mientras se desprendían de parte de su ropa—. Ya he tenido suficiente —gruñó Nathan al teléfono antes de finalizar su mensaje—. Si me quieres, ven a por mí... —pidió justo cuando el profesor de Egiptología pasó por su lado, quitándose la camisa a la vez que meneaba su oronda barriga. En el instante en que el director comenzó a desabrocharse los pantalones, Nathan decidió que era el momento oportuno para huir antes de quedar traumatizado.

Tras pagar su parte en esa cena que había comenzado con un ambiente de moderación y sobriedad y estaba terminando como una verdadera bacanal, Nathan se tambaleó hacia la parada de taxis. Mientras esperaba en ella al vehículo que lo llevaría de vuelta a casa y a los brazos de esa chica que no podía olvidar, Serena se le acercó una vez más, dejando muy claras sus intenciones. Frotando su sugerente escote contra su brazo, le hizo de nuevo una nada sutil insinuación que en esta ocasión Nathan no estaba preparado para rechazar con la delicadeza de la que solía hacer gala para no meterse en problemas, ya que bajo la influencia del alcohol su sutileza había desaparecido, dejando al descubierto sus mayores deseos. Y, para desgracia de Serena, ella no era uno de ellos.

—¿Por qué te vas tan pronto, si la fiesta tan sólo acaba de comenzar? —preguntó ella intentando arrastrarlo de vuelta a la reunión.

—Porque no es aquí donde quiero estar —respondió Nathan liberando su brazo del agarre de esa mujer.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerte? —susurró Serena de manera insinuante.

—No —negó Nathan con firmeza, teniendo por primera vez en su mente muy claro lo que deseaba.

—Bueno, si no quieres volver allí..., también podríamos ir a mi casa para conocernos mejor.

—Eso tampoco es lo que quiero —declaró él mientras esperaba que la chica que siempre lo perseguía apareciera junto a él para reclamarlo.

Y, como en esos momentos no tenía nada de paciencia, volvió a llamarla, advirtiéndole en esta ocasión:

—Estás tardando demasiado, y tengo una hermosa mujer a mi lado que no cesa de invitarme a su casa...

Antes de que terminara de colgar el teléfono, un viejo coche derrapó junto a la acera hasta detenerse junto a ellos. A continuación, se abrió una de las puertas, invitándolo a volver a casa.

—¿Quién es esa chica? Parece muy joven... ¿Tu novia tal vez? ¿Tu amante? —preguntó Serena con curiosidad mientras evaluaba a su rival con la mirada, pero como estaba tan bebida como Nathan, no la reconoció.

—Es la mujer que me ama —contestó él mientras se dirigía tambaleante hacia el vehículo.

—¡Pero, Nathan, no has dicho que tú estés enamorado de ella! —exclamó Serena en voz alta, intentando provocar a la chica que estaba ayudando a Nathan a entrar en el coche para que se volviera hacia ella y poder así verla un poco mejor, ya que su rostro le resultaba familiar.

—Él no me ama, pero... —comenzó a replicar Jessica, enfrentándose con decisión a la mujer que pretendía arrebatarle a Nathan. Y, sin saber qué más añadir, ya que Nathan continuamente rechazaba su amor, simplemente guardó silencio.

Un silencio que hizo que asomara al rostro de Serena una satisfecha sonrisa que tan sólo duró hasta que él decidió finalizar las palabras que Jessica no había pronunciado:

—Pero estoy aprendiendo... —Tras eso, Nathan se volvió hacia Jessica—: Llévame allí donde quiero estar.

—¡Nos vamos a casa! —exclamó la chica arrancando su coche y dejando a Serena con la única compañía de la estela de humo que su vehículo dejó al pasar junto a ella.

Tras ese despectivo gesto, la sonrisa de la sofisticada mujer que había sido descartada con tanta facilidad a cambio de una chica más joven e inexperta abandonó su rostro, que se llenó de determinación por saber quién era la persona que le había arrebatado al hombre que ambicionaba con una idea tan estúpida como la del amor.

* * *

Tras recibir los confusos mensajes de Nathan en los que me confesaba las debilidades que nunca mostraba ante mí, me hice con las llaves del coche que mi padre había dejado descuidadamente olvidadas en la cocina antes de marcharse con uno de sus amigos y corrí a su encuentro.

Sin importarme mi apariencia o mis ropas, sólo pensé en alcanzarlo. Cuando llegué junto a él hallé a su lado a una sofisticada y hermosa mujer con la que no podía competir. Eso me hizo sentir inferior, y más aún cuando ella le preguntó a Nathan quién era yo en su vida y yo no supe qué respuesta darle.

Nathan me sorprendió al alardear de mis sentimientos, unos sentimientos que siempre rechazaba, y me dejó sin habla cuando, ante el regocijo que mostraba esa mujer por haberle expresado mis dudas al no saber qué lugar ocupaba en su corazón, él le dejó muy claro que mi sitio estaba a su lado. Como resultado, conduje de camino a casa con una estúpida sonrisa mientras me regodeaba con las palabras que había dicho Nathan sobre mí.

—¿Has sido sincero antes? ¿De verdad estás aprendiendo a amarme? —le pregunté a mi pasajero, aparentemente dormido.

Y me llevé una tremenda sorpresa cuando, sin abrir los ojos, él habló y me demostró que no estaba tan dormido como parecía.

—Eso sólo demuestra lo borracho que estoy —dijo rechazándome de nuevo.

—Entonces ¿por qué no has ido a casa de esa mujer, sino que, por el contrario, me has exigido que fuera a por ti? —pregunté divertida al ver cómo él no podía evitar contestarme con la verdad en medio de su borrachera.

—No me gusta la silicona, prefiero lo natural.

—Entonces ¿me prefieres a mí?

—Sí..., no... Jessica, ¡me estás confundiendo! —se quejó Nathan, haciéndome reír.

Ante mis carcajadas, intentó reprenderme con su seriedad habitual. Aunque, en su estado, falló estrepitosamente.

—¿No te han dicho nunca que no debes aprovecharte de un hombre borracho?

—¿Por qué no? —indagué con curiosidad tras aparcar.

Y, a la vez que lo ayudaba a salir del coche y él se apoyaba en mí para que lo guiara hacia mi casa, esperé impaciente su respuesta.

—Porque los borrachos siempre dicen la verdad —contestó haciéndome reflexionar.

Mientras lo conducía hacia su habitación, pensé detenidamente si quería conocer toda la verdad sobre ese hombre, ya fueran buenas o malas noticias para mi corazón.

—Estoy preparada para ello —decidí al fin.

—No, no lo estás —murmuró en mi oído mientras lo ayudaba a llegar a su cama—. Pero lo cierto es que ya no me importa —añadió mientras me disponía a alejarme y, a continuación, cogió mi mano entre las suyas y me arrastró junto a él a su cama, donde, por primera vez, no puso trabas a lo que quería enseñarme.

Su beso, más avasallador que nunca, me exigía una pasión que yo desconocía. Aun así, mi lengua intentó seguir el ritmo de la suya buscando junto a él el placer que quería mostrarme. Sus labios sabían a algún tipo de alcohol, endulzado con el deseo que embriagaba todos mis sentidos.

Una de sus fuertes manos se hundió entre mis cabellos, exigiéndome que no escapara de sus

besos. Pero, por más arrolladora que fuera su pasión, yo no estaba dispuesta a huir de ella. Su otra mano colocó mi cuerpo adecuadamente sobre el suyo hasta que ambos encajaron; después, Nathan guio mis caderas para rozarnos por encima de nuestras ropas, con lo que comenzamos a arder.

Sin poder resistirme a él, gemí a causa del goce que experimentaba. Fue entonces cuando Nathan dejó que me alejara un poco para comenzar a desprenderme de mi ropa. Como si de un juego se tratase, él me quitó la camiseta y admiró lujuriosamente mi cuerpo mientras me anunciaba:

—Ahora te toca a ti.

Podría haberlo despojado de su camisa, o tal vez haberle exigido audazmente los pantalones, pero preferí hacerme con esas gafas tras las que siempre se ocultaba. Mientras se las quitaba, él me dedicó una ladina sonrisa. Luego, apoyándome sobre su cuerpo, las dejé con delicadeza sobre la pequeña mesilla que había junto a la cama, momento que él aprovechó para meter la cabeza entre mis pechos y anunciar desvergonzadamente:

—Ahora me toca a mí.

Tras esa advertencia, su boca comenzó a desabrochar osadamente el cierre delantero de mi sujetador. Cuando mis senos estuvieron expuestos frente a él, Nathan no desaprovechó el momento ni la ocasión de comenzar a devorarlos con la boca, ante lo que yo apenas pude apoyarme encima de él antes de que sus caricias empezaran a desbordarme.

Sus manos apretaron mis turgentes pechos acercándolos a sus labios, con los que me dedicó pequeños besos y fue marcando mi piel. Su lengua recorrió despacio el camino que habían seguido sus labios hasta conseguir que volviera a gemir perdida en el placer. Y, por si esto no fuera suficiente para contentarlo, sus dientes torturaron mis enhiestos pezones haciéndome gritar su nombre. Nathan gemía el mío perdido en el deseo, mientras sus abrasadoras caricias me buscaban con más ansia, como si eso no fuera suficiente para él. Ese hombre que siempre mantenía el control en todas las situaciones, incluso cuando me seducía, parecía haberlo perdido por completo, y me dio miedo saber hasta dónde nos conduciría esa pasión.

Queriendo apartarme de esa locura hacia la que Nathan me arrastraba, intenté poner distancia entre nosotros empujando su torso. Pero él no me lo permitió y me cogió las muñecas entre las manos para colocarlas sobre su pecho, donde latía aceleradamente su corazón, mostrándome que yo tenía razón y que él tampoco tenía control alguno sobre su deseo. Tras ello, me recriminó:

—Después de todas las advertencias que te he hecho y de las veces que te he rechazado, ¿es ahora cuando quieres alejarte de mí?

Sus ojos me miraron, esperando una respuesta que yo temía darle. Ante mi silencio, él finalmente suspiró y me soltó. A continuación, se colocó los brazos sobre el rostro y me ordenó:

—¡Vete!

Y, como si sus palabras fueran lo que necesitaba para dejar de temer esa pasión que me embargaba, me aleje de él sólo para echar el pestillo de la puerta. Cuando Nathan se volvió para mirarme sorprendido, le expuse mis confusos sentimientos:

—No, no voy a alejarme de ti —dije deshaciéndome de mis deportivas y comenzando a bajar la cremallera de mi pantalón vaquero.

—¿Me tienes miedo? —inquirió él, contemplando cómo intentaba ocultarle mis desnudos pechos con las manos.

En ese momento, se levantó de la cama y comenzó a imitarme quitándose su ropa.

—Estoy un poco nerviosa, nunca he hecho esto con nadie..., ¡pero quiero aprender qué es el amor entre tus brazos! —respondí valientemente. Tras ello, me despojé de mis pantalones y de mis braguitas de encaje, quedando totalmente desnuda ante él.

—¿Y si no puedo darte amor? —me preguntó él, igualando mi desnudez mientras sus fríos ojos azules me exigían una respuesta.

—Entonces aceptaré lo que quieras enseñarme...

Y, como si todo dependiera de mi elección, Nathan abrió los brazos para que yo diera el último paso y eligiera amarlo o dejarlo ir. Yo, como siempre, corrí hacia él. Y, cuando nuestros desnudos cuerpos se abrazaron, él calmó todos mis temores con un beso con el que, sin pretenderlo, me demostraba que lo que comenzábamos a sentir tal vez fuera ese amor que ninguno de los dos había llegado aún a conocer del todo.

Sus besos en esta ocasión fueron más dulces, unas sutiles caricias que no me asustaron, sino que me hicieron desear más. Enlazando las manos detrás de su cuello, lo hice ponerse a mi altura y entonces fui yo la que indagó en su boca con curiosidad, en busca del placer. Nathan aprovechó para acercarme a su cuerpo, haciéndome notar la evidencia de su deseo, y en esta ocasión quise saber más de ese placer que él podía concederme.

Tomándome entre sus brazos, me llevó hasta su cama. Cuando me dejó sobre ella se dedicó a observarme con intensidad, recorriendo mi desnudez con una ávida mirada que me hizo sonrojar. Después escondí el rostro bajo la almohada, avergonzada, cuando Nathan comenzó a amar cada parte de mí.

Como el sinvergüenza que era cada vez que conseguía arrebatarme esas gafas, no permitió que me escondiera y me quitó la almohada para arrojarla a un lado antes de comenzar a besar todo mi cuerpo. Empezó por las puntas de mis pies y fue subiendo poco a poco, muy despacio, haciéndome temblar de pasión.

Si sus besos me hicieron gemir de placer, la atrevida lengua que seguía el mismo recorrido me llevó a la perdición y a retorcerme en la cama, exigiendo más. Mis manos sujetaban con fuerza las blancas sábanas para no tener que decidir si alejar a Nathan de mí o acercarlo.

Sus osadas caricias acompañaban a sus ardientes labios, despertando mi cuerpo al placer; sus manos ascendieron por mis muslos, abriéndolos para besarlos con delicadeza y lamerlos con deleite, incluso para castigarlos con leves mordiscos cuando dudé si ocultarle o no mi húmedo deseo.

Uno de sus dedos acarició con suavidad el centro de mi feminidad, provocando que me arqueara contra él en busca del placer, y más todavía cuando su atrevida lengua entró en juego,

devorándome por completo.

Nathan agarró firmemente mi trasero, obligándome a rendirme ante ese placer que me regalaba con su boca. Para avivar mi pasión, introdujo un dedo lentamente en mi interior, moviéndolo enloquecedoramente. Unos momentos después, unió otro más a ese juego diabólico. Marcando un ritmo que exigía toda mi pasión, se adentró una y otra vez en mi cuerpo mientras su lengua agasajaba mi clítoris, haciéndome gritar su nombre en medio del delirio al aumentar sus caricias, cada vez más rápidas, más audaces, más ardientes, pidiéndome que lo diera todo de mí.

Yo, finalmente, me rendí ante él y me dejé llevar hacia el éxtasis que me ofrecía. Montando su lengua, moví las caderas con frenesí al son que me exigía, y, convulsionándome sobre su boca, llegué al clímax en medio de un arrebatador orgasmo.

Instantes después, derrumbada sobre la cama, me tapé el rostro un tanto avergonzada. Sobre todo después de que mi ladino profesor saliera de entre mis piernas con una sonrisa llena de satisfacción. Pero Nathan no me permitió que me escondiera de él, sino que atrapó mis manos e hizo que lo abrazara mientras se introducía lentamente en mi interior, mostrándome hasta dónde podía llegar el placer. Dolorida por mi primera vez, clavé las uñas en su espalda y traté de esquivar su mirada. Pero, como si quisiera grabarse en mi recuerdo, él me exigió:

—Mírame.

Cuando mis ojos al fin se centraron firmemente en los suyos, Nathan, de una dura embestida, me llenó por completo, rompiendo esa inocencia que entre sus brazos nunca echaría de menos, y comenzó a moverse despacio, haciéndome olvidar el dolor con la dulzura de sus labios.

La incomodidad que mi cuerpo sentía ante la primera vez fue desterrada por sus ardientes caricias. Una de sus manos se introdujo entre nuestros cuerpos para volver a acariciar mi clítoris, y esta vez fui yo la que reclamó más, alzando las caderas hacia sus envites.

Nathan me concedió lo que le pedía, guiándome hasta el placer que me había prometido aumentando la intensidad de sus acometidas, estableciendo un ritmo más avasallador que me llevó a gritar su nombre a la vez que él gritaba el mío mientras ambos llegábamos al clímax.

Mientras me derretía entre sus brazos, no pude evitar acallar mi voz mordiendo su hombro, dejándolo marcado para castigarlo por no haberme mostrado antes ese placer o, tal vez, por haberme enseñado demasiado en ese momento.

Mientras lo mordía también evitaba que de mis labios salieran esas palabras de amor que él detestaba oír, pero Nathan volvió a sorprenderme cuando, tras nuestro arrollador orgasmo, se hizo a un lado para acogerme entre sus brazos, y, mientras tapaba nuestros desnudos cuerpos bajo las sábanas, me besó y susurró:

—Y ahora, lo mejor será dormir un poco, amor.

Tras esas palabras, alcé mi rostro esperanzado. Pero mis ojos sólo se toparon con un hombre dormido al que, sin duda, el alcohol finalmente había vencido. Decidí disfrutar de esas palabras que él nunca diría mientras ejercía su estricta posición de profesor y me pregunté cuánto de esa

noche recordaría al día siguiente y cuánto trataría de negar para intentar huir de ese amor que, lo quisiera él o no, comenzaba a alcanzarlo.

Capítulo 10

Lo recordaba todo. Todas las caricias que le había dedicado a esa mujer, todos los besos que habíamos compartido, cómo había intentado grabar mi recuerdo en ella con cada roce de nuestros cuerpos, como un canalla. Todavía rememoraba cómo era el delicado tacto de su piel, que mis manos ansiaban volver a tocar, o el dulce sabor de su cuerpo, que no sería tan fácil de olvidar como yo me proponía. Y, aun así, quería olvidarlo todo.

A la mañana siguiente me encontré desnudo y solo en una cama en la que persistía el aroma de Jessica, y, sin saber por qué, eché de menos tenerla entre mis brazos. Aun así, debía enfrentarme a ella, dejarle claro que me había aprovechado de sus sueños de amor y me había acostado con ella sin sentir lo mismo; debía confesarle que mi borrachera no había sido para tanto y que mi mente no se hallaba tan obnubilada como pretendí hacerle creer cuando me tumbó en esa cama, pero que el hecho de tenerla cerca en esos instantes en los que el alcohol había afectado a mis inhibiciones la convirtió en una tentación a la que no pude ni quise resistirme.

No sabía quién se había aprovechado de quién en esa noche en la que ambos sucumbimos a la pasión, si ella por acercarse a mí cuando sabía que apenas podía rechazarla, o yo, por poner mi leve embriaguez como excusa para rendirme a mis deseos.

Sabía que lo más maduro en esos momentos era dejarle muy claro a esa insistente mujer que una relación entre nosotros era imposible, además de porque ella me pediría más de lo que yo estaba dispuesto a darle, porque esa relación nos metería en un sinfín de problemas que quería evitar. No obstante, hice la maleta y me dispuse a utilizar el viaje a Whiterlande como pretexto para huir cobardemente de la chica que me exigiría una respuesta a la que yo todavía no sabía qué contestar.

Para mí, Jessica era un incordio que no paraba de atosigarme; una chica que no dejaba de hacerme frente, que no se amilanaba ante mis palabras, por más bruscas que éstas fueran. Un gran problema del que nunca podía olvidarme, simplemente porque también era la alegre risa que me sacaba del organizado mundo en el que a veces me abstraía, la excitante sorpresa que nunca podría predecir y la dulce inocencia que siempre me conquistaba con su ingenuo atrevimiento, exigiéndome algo tan absurdo como el amor.

—¿Te marchas ya, chaval? —me preguntó el señor Scott, un hombre ante el que sentí vergüenza al recordar lo que había hecho con su hija la noche anterior.

No obstante, lo disimulé muy bien detrás de mi máscara de serio profesor mientras me despedía de él por el tiempo que durara mi reunión familiar.

—Sí. Si no salgo ahora, no llegaré a tiempo para contentar a mi padre.

—Muy bien. Dale recuerdos a tu tío Alan de mi parte, y, por supuesto, a tu padre y a tu alocado tío Dan.

—No se preocupe, señor Scott: lo haré en cuanto llegue a casa —repuse suspirando de alivio ante la idea de poder relajarme en un lugar alejado de Jessica donde podría aclarar mis ideas y volver a ser el individuo racional y equilibrado que era antes de que ella se cruzara en mi camino. No obstante, antes de marcharme la busqué una vez más con la mirada por la sala.

—Jessica no está. Se ha marchado a pasar el fin de semana a casa de una de sus amigas —comentó él ante la silenciosa pregunta que mi evidente gesto había formulado por mí, lo que me llevó a reflexionar sobre lo transparentes que eran mis actos en algunas ocasiones, sobre todo cuando se trataba de esa chica.

Tras despedirme del efusivo señor Scott, que ni a un extraño como yo era capaz de negarle un abrazo, me dirigí hacia el viejo coche de segunda mano que había conseguido de mis padres antes de abandonar mi hogar: una vieja tartana de diez años de antigüedad, de un horrendo color marrón y una hortera tapicería de leopardo que, con toda seguridad, mi padre había elegido con la intención de fastidiarme. Pero, a pesar de su apariencia, ese vehículo tenía un motor bastante resistente y me llevaba del punto A al punto B sin problemas, por lo que me servía para mis propósitos. Eso sí, en cuanto tuviera suficiente dinero me compraría uno nuevo y le regalaría a mi padre un tanga hecho con la maldita tapicería. Como que me llamaba Nathan Lowell.

Después de dejar mi bolsa de viaje en el maletero, monté en el vehículo y, tras abrocharme el cinturón de seguridad, empecé a comprobar los retrovisores. Una sola mirada a la parte trasera me llevó a darme cuenta sin ningún problema de que llevaba un polizonte en el coche. Simulando que no había visto una horrenda manta de cuadros moviéndose ligeramente en el suelo de la parte trasera, me despedí del señor Scott con la mano. Y, en cuanto estuvimos lo suficientemente lejos de la casa para no ser vistos por nadie, paré el motor e intenté deshacerme de la carga extra.

—¿Se puede saber qué haces en mi coche?

—¡Estabas huyendo de mí! —me recriminó Jessica con furia tras retirar la manta que la ocultaba, acertando de lleno en lo que intentaba hacer. No obstante, yo lo negué descaradamente.

—No, este viaje a casa estaba planeado antes de que entre tú y yo ocurriera nada. Por cierto, ¿qué ocurrió? —pregunté con la intención de cabrearla, y también para comprobar si se arrepentía de algo de lo que había sucedido entre nosotros.

—Por más que intentes negarlo, ni tú ni yo podremos olvidar jamás lo que sucedió anoche. Tú no estabas tan borracho como para olvidarlo ni yo no soy tan tonta como para negarlo, así que no voy a permitirte que huyas de ese momento.

—No huyo, voy a mi casa. En concreto, a una cena familiar en la que tengo que acojonar al novio de mi hermana y explicarle de nuevo a Tori por qué no debe enamorarse.

—¡Es muy arrogante intentar inculcar a otros tus estúpidas ideas sobre el amor, Nathan, sobre todo cuando éstas son del todo erróneas! —me recriminó ella, haciéndome alzar irónicamente una

ceja en su dirección porque justamente eso mismo era lo que Jessica intentaba hacer conmigo al perseguirme.

—¿En serio? —pregunté con sorna—. No creo que tú seas la más indicada para darme consejos sobre ese tema.

—Pues yo creo que tú tampoco, y menos aún cuando desconoces qué es el amor. Por tanto, creo que tendré que acompañarte para que no alecciones equivocadamente a tu pobre hermana.

—Ésa es una excusa barata y lo sabes, Jessica. Bájate de mi coche ya —le exigí, recibiendo de ella una negativa mientras se abrochaba empecinadamente el cinturón.

—Si vuelvo a casa tendré que explicarle a mi padre por qué lo hago. Y tú no querrás eso, ¿verdad? —apuntó extorsionándome sin piedad.

—De acuerdo, maldita chantajista: te llevaré conmigo y te presentaré como a una díscola alumna a la que estoy instruyendo, pero no compartiré habitación contigo, y no quiero ningún intento de seducción por tu parte. Éstas son mis condiciones y no son negociables —le advertí seriamente mientras cedía a su vil chantaje.

—Por supuesto, será como tú digas —consintió Jessica, tras lo que intentó cambiar de tema—: Nathan, ¿por qué no aprovechamos el viaje para hablar sobre nosotros y...?

—Soy todo oídos —repliqué a la vez que ponía al máximo el volumen de la radio. Y, con una estruendosa música machacándome los tímpanos, traté de ignorar todos los intentos de Jessica por conversar conmigo para convencerme de que estaba enamorado de ella.

* * *

Tori se encontraba realmente nerviosa ante esa especie de interrogatorio al que sus familiares iban a someter a Logan. No era algo que se mereciera, y todavía menos después de que ella no tuviera nada claro lo que sentía por ese chico al que admiraba cada vez más. No obstante, la admiración no se podía definir como amor, y Tori seguía pensando que Michael era más adecuado para ella.

Su prima Olivia no paraba de darle codazos insinuándole que podría acabar con todo ese embrollo si tan siquiera se atreviera a revelarle la verdad a Logan, pero cada vez que veía la hermosa sonrisa de ese chico mientras la miraba esperanzado, Tori se sentía incapaz de hacerle daño diciéndole que su confesión de amor iba dirigida a otro. El resultado de su desconcierto era el de siempre: un montón de problemas que no sabía cómo solucionar. El más apremiante de todos, por lo pronto, era aconsejarle a Logan sobre cómo tenía que comportarse para que su familia no lo avasallara.

Para su asombro, el chico había aparecido con un elegante traje de chaqueta, prescindiendo de las cadenas que solía llevar en los pantalones y de la mayoría de sus *piercings*, quedándose únicamente con dos pequeños aros en la oreja izquierda. En las manos traía un ramo de flores y un postre, seguramente hecho por él mismo.

«Es el chico perfecto, aunque con la envoltura errónea», pensó Tori al ver sus cabellos, que, a pesar de la gomina, volvieron a revolverse, y su rostro, que pretendía exhibir una sonrisa amistosa que, sin embargo, resultaba bastante intimidante para quien no lo conociera.

—Mejor no sonrías —le aconsejó mientras intentaba colocar los desordenados cabellos de Logan en su lugar—. Después de entregar los presentes, quédate cerca de mi madre, de mi abuela o de mis tías. Por nada del mundo te quedes a solas con los miembros masculinos de mi familia, sobre todo con mi padre o mis tíos, en especial los pelirrojos. Y muy importante: ¡no hagas caso de nada de lo que te diga mi primo Raymond!

—Pero...

—Por muy maravillosos que parezcan los consejos de Raymond en un principio, siempre acaban metiéndote en algún problema. Mi primo es un liante que únicamente se mueve por su propio interés, Logan —advirtió Tori, consciente de que Raymond seguramente ya estaría sacando algún beneficio de su historia y por eso siempre lo encontraba junto a él.

—Gracias por tus consejos —agradeció él sonriéndole con dulzura, o al menos eso era lo que pretendía.

Luego, asombrándola, le ofreció una solitaria rosa roja que estaba preparada en una delicada envoltura, sólo para ella.

—Esto es para ti. No llega a ser tan bonita como tú, pero sus pétalos me recordaron el color de tus cabellos.

Tori aceptó la rosa con mil dudas, sintiéndose cada vez más culpable por engañar a Logan. Pero el momento en que pensaba explicarse y excusar su error se esfumó cuando detrás de ellos oyeron algunos suspiros procedentes de varias de las mujeres de su familia, seguidos por algún que otro gruñido de más de un varón.

—¡Ohhh...! ¡Pero qué bonito! —exclamó con emoción Molly, la madre de Tori, mientras reprendía a su marido—. ¿Tú por qué no me dices nunca esas cosas tan bonitas, Josh?

—Porque nunca te ha gustado que te recuerde lo rojos que son tus cabellos, Molly —replicó despreocupadamente él mientras medía el valor de ese chaval con la mirada—. Pero no te preocupes: te susurraré cosas más pecaminosas al oído esta noche —murmuró maliciosamente Josh a su esposa, haciendo que sus mejillas se pusieran tan rojas como sus cabellos.

—Este ramo es para usted, señora Lowell —dijo amablemente Logan, conquistando así a la madre de Tori—. Y este postre es para usted, señora —añadió entregándole el pastel casero a Sarah, la abuela de Tori, ganándose su entrada en ese hogar.

—No te quedes en la puerta, chaval, entra en casa. ¿O es que acaso nos tienes miedo? —preguntó Josh retándolo a continuar, una intimidación que se hizo más evidente cuando cuatro pelirrojos se unieron a él, midiéndolo con sus escrutadoras miradas.

Aun así, Logan no dio un paso atrás y se adentró con decisión en la casa, guiado por la mano de la única chica que había confiado en él, una chica que no le tenía miedo y que, agarrada a su brazo, fulminaba con la mirada a todo aquel que quisiera amedrentarlo.

—¿Algún consejo de última hora? —le susurró Logan mientras ella lo guiaba hacia el interior del hogar de los Lowell.

—Sí: no te separes de mí.

—Eso es algo que ya tenía pensado hacer —respondió él en voz baja al oído de Tori, haciéndola enrojecer, y más aún cuando sus palabras fueron acompañadas por una mirada juguetona.

—¡Ah, otra cosa! Cuando aparezca mi hermano, huye de él.

—¿Por qué? —se interesó Logan, extrañado porque todos le dieran el mismo consejo.

—Porque querrá enseñarte los motivos por los que no debes enamorarte de mí, y aunque sea un buen profesor, no tiene demasiada paciencia cuando el tema principal es el amor.

—No te preocupes, nada me hará desistir de quererte —declaró Logan tremendamente decidido, haciendo que el corazón de Tori se encogiera al recordar que, tal vez, cuando él supiera la verdad y hubiera quebrado su amor, no le sería tan difícil dejar de amarla.

Y Logan, sin pretenderlo, clavó otro puñal en la herida abierta de la culpabilidad de Tori al añadir:

—Después de todo, eres la primera chica que me entrega una carta de amor. Eso es algo que nunca podré olvidar.

—Logan, yo... —intentó explicarse Tori, pero las mujeres los arrastraron junto a ellas para saber más del chico, por lo que calló de nuevo, preguntándose hasta cuándo podría seguir guardando silencio sin que la culpa la sepultara después de haber entregado su carta de amor al chico equivocado y no haber hecho nada para aclararlo todo.

* * *

—¡Una palabra más sobre el amor y paro el coche y te dejo en la cuneta! ¡¿Entendido?! —exclamó Nathan en dirección a Jessica cuando sus berridos entonando canciones de amor superaron el volumen de la radio, obligándolo a apagarla.

—¿Hemos llegado ya, hemos llegado ya, hemos...?

—¿Sabes que tu comportamiento cuando no te sales con la tuya es tericamente infantil? —inquirió Nathan mientras colocaba sus gafas en su lugar y la reprendía con la mirada a través del retrovisor.

—Si me tratas como a una niña pequeña, me comportaré como una niña pequeña, aunque sólo sea para darte el gusto de reprenderme.

Después del incómodo silencio que se hizo en el coche tras pasar el enorme cartel de BIENVENIDOS A WHITERLANDE, Jessica intentó continuar con la conversación, a pesar de las nulas ganas de Nathan de responder.

—¿Cómo piensas presentarme a tus familiares: como tu novia, como tu futura esposa, como tu amante, quizá?

—¿Qué te parece como el incordio que no deja de perseguirme a todas partes?

—Prefiero el papel de amante, no se aleja mucho de lo que somos en realidad...

—Tú y yo no somos amantes, Jessica.

Y, como si ella estuviera esperando esa contestación, señal de que lo conocía demasiado bien para el gusto de Nathan, buscó en su móvil lo que necesitaba para rebatir sus palabras. Y, con la misma lógica que él solía utilizar, comenzó a leer en voz alta:

—«Amante: persona que comparte una intensa atracción sexual o emocional hacia otra.» —

Tras leer la definición de esa palabra, Jessica alzó el rostro hacia ese hombre que, una vez más, intentaba ignorarla, algo que ella nunca permitiría—. ¿Estás totalmente seguro de que no podemos definirnos como tal?

Cuando recibió por toda respuesta un gruñido, Jessica supo que había ganado esa discusión. Una vez que el coche de Nathan se detuvo frente a una blanca casita de estilo colonial, de tejas rojas y con un gran jardín, no pudo evitar seguir insistiendo en que él le diera un nombre a su relación, y con más intensidad a medida que los familiares de él comenzaron a agruparse a su alrededor para darles la bienvenida y para averiguar quién era ella, algo que, aunque Jessica lo tuviera muy claro, a Nathan todavía le costaba definir.

—¿Y bien? ¿Qué soy para ti? —preguntó Jessica mientras él le abría la puerta amablemente, invitándola a salir del coche.

Ignorándola, Nathan se limitó a dirigirse hacia su padre y a presentarla a sus curiosos familiares, dándole así respuesta a su pregunta.

—Papá, ésta es Jessica, una de mis alumnas. Me he visto obligado a traerla conmigo para que repase sus lecciones, ya que, aunque le dé la respuesta acertada una y otra vez, ella insiste en recordar siempre la errónea —manifestó, recriminándole a esa chica que nunca aceptara una negativa de su parte.

—No se preocupe, Profesor Castigador: me encantará aprender una más de sus lecciones. Pero en esta ocasión asegúrese bien de qué es lo que quiere enseñarme antes de comenzar —replicó ella mientras lo seguía al interior de la casa, demostrándole que recordaba todas sus lecciones, incluso las que tal vez nunca debería haberle impartido.

Ante la extraña compañía que Nathan traía consigo, Josh Lowell simplemente sonrió. Y, mientras su hijo estaba seguro de que más de uno de los miembros de esa familia se acercaba a él para saber más de esa imprevista visita, tampoco le cupo la menor duda de que muchos de ellos, a la menor oportunidad, correrían hacia la pizarra del bar de Zoe para hacer apuestas sobre su vida y, cómo no, sobre su historia de amor, estuviera él de acuerdo o no con esa última apreciación.

—Ni se te ocurra, Raymond: ella es sólo una alumna —advirtió Nathan cuando vio desde lejos cómo su primo intentaba escabullirse, seguramente en dirección hacia el bar de Zoe, que últimamente para él era como una segunda casa donde llevar a cabo sus trapicheos—. ¡Es sólo una alumna! —repitió en voz alta, siguiendo con la mirada a Jessica y observando el efusivo recibimiento que le ofrecía su familia ignorando sus palabras, unas palabras ante las que Raymond

reaccionó alzando escépticamente una ceja antes de decidirse a llamar por teléfono, seguramente a Zoe, para apuntarlo en esa maldita pizarra.

—Eso no te lo crees ni tú —susurró Josh, echando el brazo por encima de los hombros de su hijo y recibéndolo con una satisfecha sonrisa que le anunciaba que a él no podía engañarlo. Sin duda, algún gesto inconsciente lo habría delatado, metiéndolo otra vez en un montón de problemas, esta vez con sus curiosos familiares.

Y cuando Nathan pensaba que no podía pasarle nada peor que su familia de cotillas se inmiscuyera en su vida, conoció al novio de su hermana...

* * *

—Papá, no me creo que ese chico sea tan terrible como para hacerme venir corriendo a casa; después de todo, es de Tori de quien estamos hablando, y ya conocemos cuál es su tipo ideal de chico: guapo, alto, rubio, educado... Vamos, un niño bonito que comparta sus tranquilos gustos, como la poesía y el teatro... —dije mientras mi padre me empujaba hacia la cocina con intención de que conociera a ese chaval.

—Sí, ¿verdad? Pues ya verás, creo que sus gustos han cambiado bastante... —respondió él, fulminándome con la mirada como si yo fuera el culpable de todos los líos en los que se metía Tori cuando éstos, indudablemente, se debían únicamente a sus irreflexivas creencias sobre el amor.

—Papá, no puede ser para tan...

Y, antes de que terminara mis palabras, mi padre abrió la puerta de la cocina con una maliciosa sonrisa. Una vez que pude ver a los ocupantes de la misma, quedó patente que el único sujeto cuya identidad era desconocida para mí debía de ser el novio de Tori.

—¿Tú crees? —murmuró mi padre irónicamente junto a mí al percatarse de que me había quedado sin habla.

Y, a pesar de que el gesto de satisfacción de mi padre me confirmaba que ése era el chico que había elegido mi hermana, no pude evitar buscar por la habitación a algún otro desconocido que me sacara de mi error, ya que el novio de mi dulce hermanita tenía que ser un chico tan amable como ella, no el matón de tres al cuarto que veía ante mí.

Alto, moreno, de aspecto rudo, con una mirada un tanto intimidante y una cicatriz cerca del ojo que me llevaba a cuestionarme si no pertenecería a alguna banda callejera. Ese chico estaba junto a mi hermana intentando parecer inofensivo, algo que no conseguía en absoluto por más que Tori se enganchara a su brazo. Y menos aún cuando detecté que su mirada permanecía fija en los cuchillos de la cocina, a la vez que sus manos vendadas me indicaban que había estado metido en problemas recientemente.

—Dime que Cara de Cuero no es el novio de mi hermana... —le exigí a mi padre, otorgándole a ese chaval el apodo de uno de los asesinos de la famosa película de terror *La matanza de Texas*, ya

que no me inspiró mucha confianza ese desmedido interés suyo por los cuchillos.

—No —negó mi padre, haciéndome suspirar de alivio. Hasta que añadió—: Por lo visto, se llama Logan, y Tori se enfada si intentas ponerle un mote. No te creas que tus tíos y yo no lo hemos intentado.

—Entonces ¿qué tienes planeado para espantar a ese chaval?

—Por lo pronto, dejémoslo todo en manos de los expertos —sugirió mi padre. Después hizo una señal a la parte más protectora de mi familia para que hicieran su trabajo.

Cuando los cuatro hermanos de mi madre, cada uno más intimidante que el anterior, entraron en la cocina ocupándola casi toda y comenzaron a rodear a Tori, no tuve dudas de que ese chaval huiría a la menor oportunidad. Pero tras media hora de conversación en la que mi hermana los cameló con sus encantos, supe que mis tíos se habían ablandado.

—Los hemos perdido, papá —murmuré al ver que ese chico había traído como regalo un postre casero de bastante buen aspecto, evitándonos a todos la obligación de probar la imaginativa cocina de mi madre y ahorrándonos con ello una indigestión, sobre todo a mis tíos, que eran los conejillos de Indias preferidos de mi madre.

—Sí, y creo que en estos momentos están planeando hacerle un monumento. En fin, te toca a ti —dijo mi padre, empujándome para que representara mi papel de hermano mayor sobreprotector mientras él se desentendía de todo.

—¡Tú eres su padre! —le señalé antes de dejarme arrastrar, recordándole sus responsabilidades.

—Sí, pero nunca se me ha dado demasiado bien el papel de protector. En eso tú eres un experto, ya que, como buen hermano mayor, siempre has cuidado de Tori.

—¡Tú también fuiste un hermano mayor sobreprotector! —le recriminé, echándole en cara que seguramente él habría sido tan protector con mi tía Elisabeth como yo con Tori.

—No, yo era el hermano mayor de tu tía, pero la verdad es que Elisabeth siempre ha sabido defenderse muy bien ella sola y, si no, allí estaba Alan para salvarla o fastidiarla, dependiendo del día que tuviera.

—Ya veo que la vena protectora me viene de la otra parte de la familia... —mascullé recordando a lo que se dedicaban los Peterson—. Por lo menos podrías ofrecerme algún consejo —le recriminé a mi padre, que me obligaba a interpretar el papel de malo en esa historia.

—La verdad es que no sé qué decirte, Nathan: yo siempre me encontraba en el otro lado.

—¿Y cómo hacían mis tíos para que desistieras de perseguir a mi madre?

—Lo cierto es que lo intentaron con tesón, pero fracasaron. Por eso estás tú aquí, chaval —me recordó abrazándome con cariño.

Finalmente, dejando a mi padre por imposible, me acerqué a ese chico para advertirle que el amor era un juego que nunca debería probar con mi hermana.

* * *

Decidida a defender a Logan como fuera, Tori se había agarrado fuertemente de su brazo y no lo soltaba ni un segundo. Eso, a simple vista, podía parecer una gran muestra de cariño, pero lo cierto era que actuaba así para protegerlo de los ataques de su familia, aunque él, con su bondadosa personalidad, apenas se percatara de ello.

Primero fueron los cuatro Peterson, que entraron en la cocina decididos a intimidar al chico, empujados sin duda por el manipulador padre de Tori. Pero como esa taimada pelirroja había aprendido desde niña a manejar el genio de sus tíos con gran habilidad, no tuvo ningún problema en eludir sus bruscas preguntas con dulces comentarios con los que desviaba una y otra vez la conversación hacia temas más seguros.

Luego, cuando sacó el encantador postre que había traído Logan, Tori supo que ya eran suyos, pues los golosos ojos de sus tíos no dejaban de perseguir la deliciosa tarta mientras alababan a ese muchacho por haberlos librado de la desastrosa cocina de la madre de Tori.

Para su desgracia, su padre, como el canalla que era, había decidido utilizar la artillería pesada, y para ello no dudó en echarles a su hermano Nathan, un hermano que la conocía demasiado bien como para que pudiera despistarle con comentarios vacíos o bonitas sonrisas, ya que, en lo que atañía a su seguridad, Nathan era el primero en defenderla. Y si se hablaba de amor, era el más reacio a que cualquiera de los dos se enamorara, una actitud que él había intentado inculcarle a Tori, algo ante lo que ella se resistía, porque... ¿qué podía ser más emocionante y divertido que enamorarse, aunque eso en ocasiones fuese acompañado por un montón de problemas?

—Bienvenido al hogar de los Lowell. Soy Nathan, el hermano de Tori. ¿Y tú eres...? —preguntó Nathan con impertinencia, comenzando a medir a Logan con una de sus escrutadoras miradas tras colocarse sus gafas correctamente.

—Él es Logan, mi novio —intervino rápidamente Tori, soportando la mirada de Nathan, negándose a soltar al muchacho para protegerlo frente al más peligroso de todos los Lowell que había en esa reunión.

—Así que éste es el chico al que finalmente le has entregado tu carta de amor... —manifestó Nathan mientras alzaba irónicamente una ceja, ya que conocía la verdad.

—Sí.

—Tori, ¿estás segura de que este chico es el indicado para ti? —inquirió él sarcásticamente, luciendo en su rostro una maliciosa sonrisa.

—Esto..., bueno..., yo... —comenzó a titubear Tori, sin saber si su hermano podría ser tan cruel como para revelarle la verdad a Logan delante de todos.

—Aún estamos conociéndonos. Enamorarse requiere su tiempo, aunque todo puede comenzar con una simple carta de amor —intervino el chico, enfrentándose a la mirada de Nathan con valor mientras cogía firmemente la mano de Tori entre las suyas para calmarla.

—¿Ah, sí? ¿Y qué harás si al final no eres el elegido? —preguntó Nathan, sopesando el valor

de ese chaval.

—Por ahora lo soy, así que aprovecharé el momento para mostrarle a Tori todas mis cualidades.

La conversación que ambos mantenían sin apartar su mirada el uno del otro, en la que Tori se estaba sintiendo cada vez más perdida, fue súbitamente interrumpida cuando Sarah Lowell se cortó mientras cocinaba y todos fueron a auxiliarla, incluida Tori, que se apartó de Logan por primera vez preocupada por su abuela.

—¡Abuela! ¿Estás bien? —Tras ver la herida de Sarah, declaró—: No puedes cocinar así.

—Pero Elisabeth y Victoria llegarán más tarde, y Molly... —repuso débilmente Sarah.

—Será mejor que mantengamos a mi madre lejos de la cocina —apuntó Tori—. Yo te ayudaré y...

—¡Nooo! —gritaron todos los reunidos, sabiendo que las habilidades culinarias de Tori eran tan nefastas como las de su madre.

—Yo me encargo —se ofreció Logan. Y, sin inmutarse ante las miradas de asombro que recibía a su paso, se colocó un florido delantal, cogió uno de los cuchillos que tanto habían llamado su atención y comenzó a cortar con rapidez y destreza las verduras—. Usted sólo preocúpese de curarse. Después, deme las instrucciones para continuar preparando lo que desea servir.

—No te preocupes, abuela, Logan siempre ayuda en el negocio de su padre. Es un magnífico cocinero.

—¡Pero es injusto que nuestro invitado trabaje!

—No te preocupes, abuela: los demás lo ayudarán —dijo Tori, fulminando a todos los miembros masculinos de su familia, advirtiéndoles lo que pasaría si no ayudaban a Logan en la cocina.

En cuanto ella desapareció por la puerta, Nathan se puso otro delantal, dispuesto a concederle una oportunidad a ese chaval, por lo que decidió echarle una mano, no sin antes dejarle claro que él no era tan inocente como su hermana.

—Lo sabes, ¿verdad? —le preguntó a Logan. Y cuando éste esquivó su mirada, a Nathan no le cupo la menor duda de que sabía que las palabras de amor que Tori había escrito en esa carta no iban dirigidas a él.

—No sé de qué me estás hablando —replicó el chico mientras seguía cortando las verduras con más rapidez.

—El resultado va a ser muy doloroso, pero te dejo estar junto a mi hermana porque vas a ser tú el más dañado en esta relación, no ella... ¿No sería mejor abandonarlo todo y olvidarse de esa estúpida idea del amor que, presuntamente, sientes por mi hermana, algo que no va a traerte más que un problema detrás de otro, sobre todo cuando tengas que vértelas con nuestra familia? —inquirió Nathan con sabiduría. No obstante, como si supiera más que él sobre el amor, Logan sólo sonrió mientras le contestaba:

—Me gustan las sorpresas que puede traerme estar enamorado. El que no se arriesga es un

cobarde —dijo Logan, haciéndole frente.

Ante su contestación, la respuesta de Nathan fue una complacida sonrisa al recordar en las estúpidas palabras de ese chico a una alocada mujer que siempre lo perseguía.

Momentos después, Josh se acercó para ayudarlos. Nathan le tendió su delantal, cediéndole su lugar y animándolo a conocer más a ese chico que nunca sería tan malo como podía aparentar, declarando en voz alta:

—Definitivamente, papá: si no se lo queda Tori, me lo pido yo. ¡Sabe cocinar!

—¡Ponte a la cola! —dijeron entre risas los Peterson mientras degustaban a escondidas el postre de Logan.

—¡Trae acá, chaval! —ordenó Josh, arrebatándole el delantal a su hijo. Cuando se acercó al muchacho que pretendía robarle a su pequeña, suspiró resignado—: Más te vale que me demuestres de lo que eres capaz —concluyó, indicándole a Logan que depositaba su confianza en él no sólo para que se encargara de la cocina ese día, sino también para que fuera la pareja más adecuada para Tori.

Capítulo 11

—Cuando me ordenaste que no entrara en tu habitación creí que, después de la cena en casa de tus abuelos, interpondrías algo de distancia entre nosotros, ¡pero no imaginaba que sería toda una manzana! —se quejó Jessica a Nathan cuando éste fue a recogerla a la mañana siguiente a casa de sus abuelos.

—No te quejes —le reprochó él con una sonrisa mientras, para asombro de todos sus familiares presentes, dirigía una de las manos de Jessica hacia él para probar una de sus tostadas —. Como te autoinvitaste en el último momento, no pude hacerte espacio en mi saturado hogar. La amable invitación de mi abuela te libró de dormir en el coche.

—¿Me habrías dejado abandonada y sola en tu coche?! —replicó Jessica indignada y un tanto furiosa cuando él se terminó la tostada que tenía en su mano. Hasta que se dio cuenta de las miradas curiosas que los observaban. Y, como si quisiera llamar su atención, Nathan mordió suavemente sus dedos para reprenderla.

—No, por supuesto que no —contestó, haciéndola suspirar de alivio hasta que, como siempre, se colocó las gafas en su lugar para añadir—: No habrías estado sola. Te habría acompañado el perro de mi tío Dan, cuyos ronquidos en ocasiones molestan demasiado a los vecinos, y así les concederíamos un día de descanso.

—¡Quítate las gafas! —ordenó Jessica con firmeza, poniéndose de pie para quitárselas ella misma si era preciso.

—Ven tú a por ellas —la retó Nathan entre risas antes de que, para sorpresa de todos, ambos comenzaran una persecución por la casa.

—¿Es éste nuestro siempre serio y responsable Nathan? —preguntó un confuso Alan Taylor, uno de los tíos del muchacho, al verlo pasar apresuradamente por su lado.

—Sí, no sé qué relación mantiene con esa chica, pero evidentemente es bastante interesante —declaró Josh, alegrándose de ver perder la compostura a su hijo.

—Y no sabes cuánto... —opinó Aidan, el mayor de los forzudos Peterson, que había irrumpido en el hogar de John y Sarah Lowell en busca de un desayuno decente, algo que no podía conseguir cuando se quedaba en casa de su hermana Molly.

—¿En serio? Soy todo oídos... —apremió Josh a su cuñado para que le relatara alguno de los secretos de Nathan.

—No sé por qué debería contarte nada... —se opuso Aidan, hasta que Josh le dirigió una amenaza que nunca fallaba con los hermanos de su esposa.

—Si no me cuentas lo que sabes, le pediré a Molly que te cocine un bizcocho de despedida.

—Eres muy cruel... —cedió finalmente Aidan. Y, tras resignarse, contó a sus interlocutores las locas historias de Nathan que ellos no conocían.

—Es obvio que Nathan está enamorado —concluyó Alan después de oír las locuras de su sobrino, para luego añadir, mientras golpeaba jovialmente la espalda de su cuñado—: ¡Esta visita se pone cada vez más interesante!

—No olvidéis que estamos hablando de mi hijo, un chico para el que el deporte más excitante del mundo es el ajedrez, el mismo que me presentó sus detalladísimos planes de futuro a la edad de diez años y que le puso una falda a una enciclopedia cuando le pregunté si le gustaba alguna chica.

—Sí, por eso va a ser sumamente gratificante verlo caer en las redes del amor —opinó Alan, frotándose astutamente las manos.

—Alan, no sueñes con que vas a poner a mi hijo en esa pizarra. Aquí nadie va a...

—¡Ey, tíos! ¡He visto a Nathan besando como loco a una chica cuando ésta le ha quitado las gafas! ¡No sé quién es, pero me voy al bar de Zoe a apostar en su pizarra! ¿Quién se apunta? —exclamó Dan Lowell en cuanto entró por la puerta, siendo fulminado de lleno por la mirada de su hermano.

—No te preocupes, te pongo al día —dijo Alan, pasando un brazo por encima de los hombros de Dan mientras lo guiaba hacia la salida.

La respuesta de Josh fue un gruñido que intentó disimular cuando la azorada chica que perseguía a su hijo entró de nuevo en la cocina. Sin decir ni una palabra, Jessica se dirigió hacia su petate y sacó una arrugada hoja de papel de un libro de matemáticas. Tras ello, comenzó a intentar resolver el complicado problema con el que pensaba conquistar a Nathan.

—¿Qué es eso? —se interesó Josh con curiosidad, asomándose por encima de su hombro.

—Éste es el problema que tengo que resolver si quiero conseguir una cita con Nathan —gruñó ella con furia, sin saber si realmente ese problema o el chico que siempre la esquivaba tenían alguna solución.

—¡Vaya! ¿Cómo llegasteis a esto? —preguntó Josh, cada vez más interesado en la historia de su hijo.

—Yo quiero que se enamore de mí, y él siempre me responde que eso es imposible. Pero no creo que exista nada imposible de lograr si una pone todo su empeño en ello. Así que... digamos que ésta es su manera de alejarme de él.

—¿Y tú quieres acercarte a Nathan? —inquirió Josh, acariciando pensativamente su barbilla sin saber qué problema resolver primero: si el que estaba escrito en ese papel o el que representaba su hijo.

—Siempre —confirmó la chica con decisión. En ese momento, al observar esos ojos enamorados, Josh supo con toda seguridad que si alguien podía romper la fría barrera que Nathan siempre erigía a su alrededor sin duda sería ella.

—Pues entonces solucionemos ese sencillo problema —propuso Josh. Y, quitándole el arrugado papel, resolvió la difícil ecuación en unos segundos. Luego, ofreciéndoselo de vuelta, le recordó—: Éste no era demasiado difícil, pero todavía te queda uno mucho más complicado de resolver.

—Lo sé —coincidió ella mientras observaba a través de la ventana abierta al hombre que siempre sería un gran dilema para ella, pero al que no estaba dispuesta a renunciar.

Tras tomar una decisión, sacó de su arrugada mochila otro papel con otro problema y lo colocó ante los asombrados ojos de Josh, rogándole un nuevo favor.

—¿Y qué consigues solucionando éste? —se interesó él al ver que el dilema era aún menos complicado que el anterior.

—Sus calzoncillos... —susurró Jessica un tanto avergonzada. Aun así, esperó pacientemente la respuesta mientras Josh no podía evitar soltar alguna que otra carcajada.

Cuando Nathan entró finalmente en la cocina con su aspecto totalmente recompuesto, su padre no tardó en echarse a un lado en cuanto una alegre Jessica se puso a agitar ante él los arrugados papeles mientras le reclamaba con decisión:

—¡Quiero una cita y también tus calzoncillos! Aunque todavía estoy pensando el orden en el que voy a pedírtelos...

—¡Has hecho trampa! Seguro que has recibido ayuda de «alguien» —manifestó Nathan, recolocándose las gafas mientras fulminaba a Josh con una de sus miradas, algo que nunca le serviría con un padre como el suyo, ya que éste simplemente le dedicó una maliciosa sonrisa desde su lugar en la cocina—. Aunque las soluciones son correctas, no son válidas, puesto que has recibido ayuda...

—¡Ah, se siente! ¡Tú no especificaste que no pudiera recibir ayuda de nadie para resolverlos! —declaró Jessica, alejándose victoriosa para preparar su cita.

—Una promesa es una promesa, chaval —le indicó Josh a su hijo mientras lo veía hacer lo imposible por evitar a esa mujer y la tentación que representaba para él.

—Pero, Jessica, piensa por un momento... —comenzó Nathan, persiguiendo a esa chica sin saber que ya era demasiado tarde para intentar evitarla, ya que cada uno de sus gestos delataba lo que sentía por ella, un sentimiento que, aunque no quisiera admitir ante sí mismo, era demasiado evidente para los demás.

—Bueno, querido cuñado, ¿nos vamos ya al bar de Zoe a anotar alguna que otra apuesta en su pizarra? —preguntó maliciosamente Josh a Aidan mientras se disponía a alcanzar a su hermano y a Alan.

—Pero ¿no eras tú el que estaba reprendiendo a tu hermano hace un momento por querer hacer lo mismo? —le recordó Aidan a ese alocado Lowell al que nunca terminaba de comprender.

—Sí, pero eso fue cuando no teníamos nada interesante que poner en esa pizarra. En cambio, ahora... ahora hay mucho que contar —declaró Josh, mirando complacido cómo Nathan perdía su

sería fachada habitual para convertirse simplemente en un hombre enamorado tan loco como una vez lo fue él.

* * *

Siempre había formas de eludir el cumplimiento de una apuesta o de una promesa. Eso me lo había enseñado mi taimado abuelo John durante mi niñez. Por ello, cuando Jessica comenzó a atosigarme con esos papelitos que paseaba ante mis narices exigiendo su recompensa una y otra vez, decidí matar dos pájaros de un tiro y darle lo que me pedía. Pero bajo mis condiciones.

—¡Qué bien nos lo vamos a pasar hoy! —anuncié satisfecho, aunque la cara de cabreo de Jessica y los gruñidos de Logan anunciaban que ninguno de los dos estaba demasiado contento con esa situación. La única que me sonreía inocentemente era mi hermana, que, igual de perdida que yo en la relación que mantenía con ese chico, no había tardado ni un segundo en decir que sí ante mi propuesta de celebrar una cita doble.

—Bien... ¿Adónde vamos primero: al parque, a la biblioteca, al museo? —planteé, recordándoles sutilmente a todos que, aunque intentaran jugar al amor, aún eran unos simples niños.

Algo que, como siempre, Jessica estropeó con su atrevida contestación:

—¡Al cine! Así, cuando esté oscuro, podré meterte mano.

Ante sus palabras, Logan se sonrojó, mostrándome que seguramente eso era lo mismo que había pensado hacer él con mi hermana, mientras que Tori se rio de mí al ver cómo me hacía frente esa chica.

—¡Pero, Jessica, ¿qué crees que les estás enseñando a estos chicos?! —exclamé, sacando a relucir el profesor que siempre llevaba dentro.

—¿A divertirse? —me replicó con descaro—. ¿Se puede saber qué tipo de citas has tenido tú hasta ahora? —me recriminó.

Y, poniendo mis gafas en su lugar, no dudé en contestarle.

—Ninguna, ya que mi propósito no es entablar ninguna relación amorosa. No veo la ventaja de mantener una cita con una mujer, un hecho que serviría únicamente para que se hiciera ilusiones y albergara falsas esperanzas sobre una hipotética relación conmigo —dije, esperando hacerla desistir y que le quedara muy claro que, cuando quedaba con una chica, era simplemente para tener sexo, nada de amor.

Pero, como siempre, Jessica lo interpretó como le dio la gana.

—¡¿Así que soy la primera con la que tienes una cita?! ¡Se podría decir que eres virgen en esto! —exclamó orgullosamente, aprovechando para desquitarse de todas las veces que yo me había metido con ella y con su inexperiencia—. No te preocupes: ¡yo te guiaré! —declaró con audacia para, a continuación, tomar el mando de la cita y, seguramente, guiarnos hacia alguna locura.

Por supuesto, yo me quedé bien atrás buscando fastidiar un poco al chaval que salía con mi hermana cuando éste intentó tomar tímidamente la mano de Tori, colocándome descaradamente en medio de los dos y cogiendo las manos de ambos.

Tori me miró divertida, tratando de aguantarse la risa, pero Logan..., creo que su mirada furiosa sí concordaba con su intimidante aspecto en esta ocasión. Pero, como siempre, mi placentero momento fue interrumpido por una mujer que nunca podía olvidarse de mí y que, negando con la cabeza, me amenazó en voz alta:

—Te juro que como no te comportes voy a exigirte los calzoncillos ahora...

Como sabía que Jessica nunca amenazaba en vano y que era capaz de eso y mucho más, solté las manos de esos chiquillos y acepté la que ella me ofrecía para dejarme guiar hacia donde ella quisiera llevarme y aprender lo que quisiera enseñarme, aunque sólo fuera por ese día en el que ella tenía las respuestas a lo que muchos buscaban y que yo aún me negaba a ver.

* * *

El cine del pequeño pueblo de Nathan se encontraba en un viejo edificio con carteles un tanto deslucidos en los que podían verse anunciadas como novedades unas películas que se habían estrenado hacía meses.

Cuando entré en él fue como viajar al pasado. Justo después de la puerta se abría un extenso vestíbulo de suelo enmoquetado, donde largas alfombras rojas creaban la ilusión de pasear junto a las estrellas de cine. En sus paredes, al observar los numerosos carteles de viejas películas, pude constatar cuán antiguo era ese cine y admirar a las estrellas del pasado que muchos espectadores actuales habían olvidado, o ni siquiera conocido, pero que aún seguían presentes allí.

Detrás de un amplio mostrador, el viejo dueño del establecimiento, al que Nathan saludó amigablemente, vendía palomitas, refrescos, caramelos y otros dulces con los que aderezar las películas. Una escalera clásica conducía hasta los aseos en la planta superior, mientras las ruidosas salas de proyección se desplegaban en la inferior.

Las salas carecían de modernos paneles luminosos que indicaran su número o el nombre de la película que se proyectaba dentro. En su lugar, el número de cada sala estaba grabado en sus respectivas puertas, y junto a éstas se divisaba un pequeño cartel de la película de que se tratase colgado de la pared, junto a un papel donde alguien había anotado los horarios de las diferentes sesiones.

Las salas eran muy grandes, pero no se elevaban hacia arriba en forma de graderíos ni había escaleras en su interior. En su lugar, todos los asientos se extendían en varias filas al mismo nivel sobre una gran moqueta roja. Los sillones eran muy mullidos y cómodos, y se plegaban para permitir el paso cuando nadie ocupaba un lugar en los estrechos pasillos. Dado que las entradas carecían de numeración, la gente se sentaba donde deseaba según iba llegando, por eso nos

apresuramos a dirigirnos hacia nuestra sala para conseguir los que, en opinión de Nathan, eran los mejores asientos.

Mientras caminaba no pude evitar fijarme en ese Nathan desconocido para mí. Ese día se estaba comportando como un niño mimado y eso me desconcertaba. Sus continuos intentos por fastidiar la cita de su hermana, y la nuestra de paso, me enfadaban y me alegraban por igual, porque en esos instantes mostraba una faceta que nadie más que yo había visto, lejos del papel de regio profesor que representaba en la universidad.

En vez de una película de terror que me proporcionara la excusa perfecta para agarrarme bien fuerte a Nathan, aunque en realidad no me asustaran en absoluto, o una romántica que me habría permitido mostrarme cariñosa con él, habíamos acabado comprando las entradas de un documental sobre la apasionantemente aburrida vida de unas focas bebé por recomendación de Nathan.

Consciente de que había elegido ese bodrio porque sabía que a mitad de la película estaríamos todos somnolientos, con lo que no habría ganas de nadie para intentar sobteos de ningún tipo, fui en busca de unas palomitas y un refresco provisto de la suficiente cafeína con la que espabilarme. Al volver, vi a Nathan haciendo de las suyas para fastidiarnos a todos en esa cita de parejas.

Sentado en medio de Logan y de Tori, se había apropiado de las palomitas y del refresco que su hermana pretendía compartir con su novio, y, para colmo, cuando yo llegué me señaló mi lugar, relegada a un rincón. Como eso era algo que no estaba dispuesta a permitir por más tiempo, le devolví las palomitas a Logan, el refresco a Tori y, harta de que me ignorara, me senté encima de Nathan.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?! —protestó él bastante cabreado. Aunque cuando moví un poco el trasero en su regazo dejó de quejarse.

—Sentarme en un lugar en el que no puedas ignorarme.

—¡Nos van a echar! —me advirtió cuando vio cómo el acomodador nos dirigía una mirada reprobadora.

—¿Sabes lo que te digo, Nathan? Que a estas alturas de la cita me da exactamente igual. De hecho, creo que sería mejor que nos echaran, así por lo menos sólo fastidiarías nuestra cita, y no también la de tu hermana.

—¡Ah! Entiendo... —dijo colocándose con pedantería las gafas en su lugar—. Creías que venir al cine te daba derecho a meterme mano... Pues te advierto que yo he pagado mi entrada para ver una película. No pienso desperdiciar el dinero, así que hazme el favor de volver a tu lugar.

—¡Suficiente! —dije, harta de todo. Y, dispuesta a que nos echaran, cogí su mano y la dirigí hacia mi pecho mientras gritaba escandalosamente—: ¡Nathan, aquí no! ¡No seas tan osado!

Él intentó apartar la mano a toda prisa al ver aproximarse al acomodador, pero yo la mantuve ahí hasta que llegó. Obviamente, nos echaron. Guiñándole un ojo a la sonrojada hermana de Nathan, a la que por fin pude concederle la libertad que la presencia de su hermano no le permitía, lo arrastré a él hacia el vestíbulo. Antes de que comenzara a regañarme por mi comportamiento,

saqué el papel con la solución del fastidioso problema que me había impuesto en una ocasión y le exigí:

—Quiero tus calzoncillos.

—Éste no es el momento ni el lugar para ello.

—Lo sé —afirmé dándole un respiro momentáneo para luego continuar acorralándolo tras quitarle las gafas e insistirle con atrevimiento al oído—: No obstante, los quiero.

Acabando con sus reticencias, me sonrió perversamente. Y, guiando mi mano, la colocó con osadía sobre su miembro para provocarme y recuperar sus gafas.

—¿Los quieres? Pues ven a por ellos.

A continuación, sin esperar mi respuesta, se puso las gafas y me arrastró hacia el baño de señoras, donde nos encerró a ambos en uno de los pequeños cubículos y se cruzó de brazos para decirme de manera triunfal:

—Si quieres mis calzoncillos, son tuyos. Eso sí: no pienso hacer nada para ayudarte.

Creyéndose que me acobardaría ante su osada proposición, me sonrió vanagloriándose en su victoria hasta que, sin apartar mis ojos de su retadora mirada, comencé a desabrochar su cinturón. Cuando mis temblorosos dedos siguieron con los botones de sus vaqueros, él susurró en mi oído:

—¿Estás totalmente segura de lo que estás haciendo? ¿Eres consciente de lo que vas a conseguir cuando te hagas con ellos?

—No, pero los quiero de todos modos —respondí dispuesta a no dar mi brazo a torcer porque, si lo hacía, le permitiría que se alejara nuevamente de mí.

Nathan, decidido a no ceder en ese juego, se deshizo de sus deportivas y esperó a que yo consiguiera bajarle los pantalones..., y esperó y esperó. Y siguió esperando, porque esos malditos botones se me resistían a más no poder. Y al mismo tiempo que yo tanteaba la parte delantera de sus pantalones, él simplemente sonreía mientras mis manos rozaban en más de una ocasión su miembro, consiguiendo que éste se alzara expectante, dándole la bienvenida a cada una de mis involuntarias caricias.

Ensimismada por la forma en que él reaccionaba a mis atenciones, no pude evitar tocarlo una y otra vez, haciéndolo gemir.

—¿Es que quieres matarme? —susurró a la vez que se apoyaba contra la puerta y echaba la cabeza hacia atrás, susurrando mi nombre.

—No, sólo quiero tus calzoncillos —repliqué. Mis manos al fin dieron con la clave de esos botones y conseguí desabrocharlos.

Después de eso, Nathan se bajó los pantalones por mí y me dejó la elección de continuar o no con ese juego, algo que, por supuesto, yo no rechacé. Y, a pesar de que mis manos temblaran nerviosas, bajé lentamente sus calzoncillos muy dispuesta a hacerme con ellos.

Mientras lo hacía no pude evitar avergonzarme ante su erección, y a pesar del montón de hombres desnudos que había visto en ese club de *strippers* con la única idea de encontrarlo a él, Nathan era el único que me alteraba por completo.

Cuando al fin la prenda fue mía, me alcé triunfante con ella entre las manos. Él, sin inmutarse, se puso sus pantalones y sus zapatillas deportivas y se hizo a un lado. En ese momento pensé que mis intentos de seducción terminarían en fracaso una vez más, hasta que Nathan me retuvo acorralándome entre sus brazos cuando me disponía a abrir la puerta.

—¿Has conseguido lo que deseabas? —susurró a mi espalda con su cuerpo pegado al mío y su duro miembro rozándose provocativamente contra mi trasero, mostrándome su excitación.

—Sí —dije resignada a que solamente me provocara y nada más. Pero eso fue sólo hasta que él hizo girar mi cabeza hacia atrás, permitiendo que sus fríos ojos llenos de deseo me alcanzaran, reclamándome.

—Perfecto, porque ahora me toca a mí... y yo te deseo a ti.

Para mi asombro, hizo que apoyara las manos firmemente contra la puerta y que dejara de agarrar mi premio, que acabó olvidado en el suelo, para luego exigirme, con un beso arrollador, que le entregara toda mi pasión, dejando de lado el amor que yo buscaba, algo a lo que no pude negarme.

Mientras su boca me devoraba, sus manos rozaron mi cuerpo buscando hacerme arder tanto como yo había hecho con él momentos antes, cuando lo tanteaba en busca de sus calzoncillos. Acariciando con suavidad mis piernas, fue subiendo despacio por ellas hasta alzar mi vestido. Introduciendo una de sus manos en mis braguitas, buscó mi húmedo sexo y comenzó a acariciarme a la vez que movía mi cuerpo, haciendo que mi trasero se frotara contra su dura erección.

Mientras me deshacía entre sus brazos, mis gemidos de placer eran acallados por su boca. Pero cuando oímos que alguien entraba en el baño, Nathan dejó de silenciarme y susurró perversamente en mi oído:

—Si no guardas silencio, nos van a descubrir.

Asustada, sellé mis labios. Pero como si él quisiera torturarme por mis anteriores provocaciones, sus dedos comenzaron a acariciar con más intensidad mi húmedo interior, y con su otra mano bajó el escote de mi vestido hasta dejar mis senos expuestos a sus caricias. Sus dedos excitaban con leves roces mis enhiestos pezones, para luego atormentarlos con pequeños pellizcos que me hacían gemir de dolor y placer.

Sabiendo que no podría guardar silencio durante mucho más tiempo, tapé mi boca con una mano para acallar mis gemidos. Pero parecía que Nathan deseaba oírme, porque introdujo un dedo en mi interior para establecer un ritmo frenético hacia el placer, uno que yo no pude evitar seguir.

Buscando alcanzar la cumbre del éxtasis, me moví compulsivamente sobre esa traviesa mano y, decidida a hacerle perder su fría fachada, me rocé descaradamente contra su erecto miembro, aumentando mi placer y el suyo. Nathan me guiaba hacia el clímax pero no me dejaba llegar a él; aunque, a su vez, también se torturaba negándose a sí mismo.

—Dime, ¿qué quieres de mí? —me interrogó en un ronco murmullo, dudando si dármele todo o no. No obstante, yo no tuve dudas: siempre lo querría todo de él.

—¡Todo! —dije sin importarme dejar salir mi voz y que otros me oyeran.

Y entonces sentí cómo apartaba mis braguitas hacia un lado para que su duro miembro se deslizase dentro de mí, concediéndome lo que yo le había pedido.

Con mis gemidos atraje la atención de las chicas del exterior, que comenzaron a golpear nuestro cubículo y a molestarme con unas preguntas que en esos instantes no podía ni quería responder.

—Oye, ¿te encuentras bien?

—Contesta... —susurró Nathan en mi oído, maliciosamente, mientras aumentaba la intensidad de sus acometidas, que me llevaban a delirar de placer.

—Sííí —respondí eufórica cuando mi cuerpo ya estaba cerca del orgasmo.

—¿Estás segura? —insistió la muchacha desconocida.

Una impertinente pregunta ante la que Nathan guio mis caderas acelerando el ritmo de sus embates.

—¡Síííí!

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó otra chica con curiosidad.

—¡Que estoy foll...! —comencé a contestar, bastante molesta.

Pero, antes de que pudiera continuar con mi explicación, Nathan se apartó de mí, me dio la vuelta para apoyarme contra la puerta y me acogió entre sus brazos, silenciando mi boca con un beso.

—¿Te pasa algo sí o no? —continuaron insistiendo las pesadas.

—Sólo estoy... ¿estreñida? —le pregunté a Nathan cuando él me dejó tomar aliento. Entonces se adentró en mí otra vez mientras su mirada me advertía que no debía delatarlo.

Y, como si ésa fuera la respuesta correcta para arreglarlo todo, las mujeres se alejaron del baño y él volvió a moverse, esta vez abrazándome con cariño para silenciar mis gritos con los labios.

Sus fuertes brazos enlazaron mis piernas alrededor de su cintura mientras con sus manos me guiaba, deslizándose una y otra vez sobre su miembro. Cuando no hubo nadie a nuestro alrededor, su boca descendió por mi cuello para jugar con mis senos y torturar mis pezones con cada una de sus caricias.

Aumentando sus acometidas, en esta ocasión no se resistió a conducirme a la cima del placer, y yo me abandoné a él deseando gritar su nombre junto a esas palabras de amor que él nunca deseaba oír. Mordiendo una de mis manos mientras me agarraba fuertemente a su hombro y me apoyaba en la puerta, quise acallar mis más profundos deseos. Pero Nathan, apartando mi maltratada mano de mis labios, la besó con dulzura antes de colocarla sobre su acelerado corazón y silenciar mis gritos de pasión con un beso que, aunque no me confesara su amor, por lo menos dejaba entrever cuánto le importaba. Así, moviéndonos al unísono, llegamos al clímax, acallando nuestros nombres con un beso que delataba nuestros sentimientos.

Derrumbados el uno sobre el otro, nos permitimos un momento de descanso antes de dedicarnos a recomponer nuestro aspecto para evitar el escándalo que podía formarse si nos

llegaban a encontrar a los dos juntos en el baño.

—¿Y bien? ¿Has conseguido todo lo que deseabas? —preguntó burlonamente él, colocándose de nuevo esas estrictas gafas en su lugar, ocultándose otra vez de mí y de cada uno de sus sentimientos.

—Aún no —respondí recogiendo los olvidados calzoncillos del suelo y guardándolos en mi bolso, para luego darme el gusto de descolocarle esas gafas detrás de las que se escondía—. Pero algún día lo haré —manifesté dejándole muy claras mis intenciones mientras salía del baño, más decidida que nunca a resolver ese problema que representaba Nathan para mi persistente corazón.

»¿Qué puedo hacer para que te enamores de mí? —pregunté una vez más en voz alta con la esperanza de que mi estricto profesor me contestara. Pero, de nuevo, él guardó silencio—. No te preocupes: algún día encontraré la respuesta —concluí por él, alejándome para permitirle huir de esa pregunta que, por ahora, ninguno de los dos sabía cómo contestar.

* * *

Tori intentaba no dormirse en su primera cita. De verdad que lo estaba intentando con todas sus fuerzas, pero su hermano la conocía demasiado bien, y si había escogido esa película era sin duda porque Nathan recordaba perfectamente que, a los pocos minutos de empezar a ver cualquier documental, ella siempre acababa dormida.

Tras la tercera cabezada, cedió a lo inevitable. Y cuando se encendieron las luces, se desperezó dándose cuenta de que su cabeza permanecía apoyada sobre un fuerte hombro que le había servido de almohada durante toda la proyección. Levantándose avergonzada, observó cómo Logan estaba todavía más avergonzado que ella, pero aun así se había mantenido quieto como su apoyo, sin protestar, hasta que ella se despertó.

—Lo siento —se disculpó Tori a causa del inadecuado comportamiento que había mostrado en esa cita, y también después de recordar el de su hermano, que no había parado de entrometerse entre ellos a cada momento—. Lo siento mucho, de verdad. Creo que esto podría calificarse como la peor cita del mundo —finalizó intentando alejarse de Logan.

Pero él retuvo su mano para susurrarle una respuesta que hizo que ella se volviera y comenzara a fijarse en él como algo más que el chico equivocado:

—No, eso nunca podría ser cierto, porque tú estás a mi lado y eso hace que esta cita sea la mejor. —Luego, permitiéndose entrelazar su mano con la de ella, alzó su avergonzada mirada con decisión hacia la chica que quería—. Estar junto a ti lo cambia todo, mis días no son tan oscuros desde que tú estás a mi lado para iluminarlos, Tori —declaró levantándose de su asiento para acercarse a ella, y esta vez, embelesada por su intensa mirada y sus dulces palabras, Tori no huyó.

—¿Qué es lo que ves en mí, Logan? Soy torpe, tímida, mala cocinando, un poco alocada y siempre acabo metiendo a quienes me rodean en líos con mis acciones, por muy buenas intenciones que pueda tener... —dijo ella mientras refería cada uno de sus defectos.

Y, decidido a sacarla de su error, Logan cogió la mano con la que Tori había enumerado sus fallos y los fue descartando uno a uno mientras besaba sus dedos y los volvía a cerrar.

—Cuando tropiezas a causa de tu torpeza, siempre te levantas para volver a intentarlo. Una persistencia que me encanta, porque no te rindes ante ningún reto difícil, incluyéndome a mí; eres tímida hasta que necesitas hacerle frente a algo. Entonces te vuelves la chica más atrevida y valerosa que conozco. Lo de pésima cocinera es algo que no puedo negar, pero me encantará enseñarte. Y con respecto a tus locuras, éstas hacen que mi vida sea un poco más divertida, y esos líos en los que me metes me permiten formar parte de algo y dejar de lado el oscuro rincón donde siempre había estado relegado hasta que te conocí.

Contemplando con asombro al chico que la conocía mejor que ningún otro, Tori se preguntó cuánto tiempo se habría estado fijando Logan en ella para conocerla tan bien. Tras escuchar sus dulces palabras, se recriminó no haberse fijado nunca en él a pesar de estar tan cerca, y se cuestionó si el amor no sería algo distinto de lo que siempre había imaginado. A sus ojos, Michael siempre sería el más adecuado para ella; pero Logan, a pesar de ser tan diferente, comenzaba a hacer que su corazón se acelerara más que con ningún otro.

Tras dejarse atrapar entre sus brazos, él le susurró unas palabras que la hicieron olvidarse de todo lo que no fuera la proximidad de ese chico que sólo tenía ojos para ella.

—Me gustas mucho, Tori, con todos tus defectos y todas tus virtudes, porque sin todo ello no serías tú.

A continuación, los labios de Logan se acercaron a ella, y los de ella a él, compartiendo un dulce beso que la hizo suspirar entre los brazos de ese chico que comenzaba a dejar de ser un error para mostrarse como el hombre idóneo para su corazón.

El beso, que empezó inocentemente con el leve roce de sus labios, se volvió más intenso cuando Logan la apretó con fuerza contra él. Y, como si se resistiera a soltarla para no perderla jamás, ahondó en su boca buscando su respuesta. Una respuesta que Tori comenzó a darle con miedo al principio, hasta que pronto se dejó llevar por la pasión del momento. Pero eso sólo fue hasta que fueron interrumpidos por un molesto carraspeo. Cuando ambos alzaron los ojos, la inquisitiva mirada de Nathan los hizo separarse.

Ante ellos, el rígido maestro que Nathan representaba en ocasiones se mantenía cruzado de brazos mientras los fulminaba con una mirada con la que reprendía sus actos. Recolocando sus gafas, se dispuso a soltarles un sermón..., hasta que la chica que tenía a su lado y que siempre le hacía perder la compostura le recriminó:

—Tú no eres el más adecuado para reprenderlos.

—Mi comportamiento es siempre intachable y... —comenzó a decir Nathan, hasta que los cuchicheos de una conversación cercana lo hicieron guardar silencio.

—¿Has oído los rumores? ¡Qué fuerte! ¡Parece que había una pareja montándose en el baño de chicas!

Tras oír eso, una de las impertinentes cejas de Jessica se alzó con ironía, burlándose de la

integridad que Nathan pretendía transmitirles a Tori y a Logan, hasta que, finalmente, Nathan se vio obligado a reconocer una verdad que nunca podía negar ante ella y suspiró molesto antes de darle la razón.

—Por lo menos lo era, hasta que tú apareciste.

Sus palabras hicieron que Jessica se riera de él, y, cogiendo su brazo, lo arrastró hacia la salida para evitar que le soltara de todos modos su aburrida charla a la joven pareja.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Logan confuso, sabiendo que se había librado por los pelos de ser sermoneado y, tal vez, severamente advertido por parte del hombre que desde el principio había querido fastidiar su cita.

—Pues creo que mi hermano está comenzando a aprender una valiosa lección, aunque no sé cuánto tiempo le llevará asimilarla.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es? —preguntó Logan todavía confuso, aunque no le importó mucho cuando Tori se cogió de su brazo para guiarlo hacia la salida mientras le daba una respuesta tan alocada como ella.

—¿Qué es el amor?...

Capítulo 12

—¿Por qué tuviste que ayudarla a resolver esos problemas, papá? —reprendió Nathan a su padre mientras preparaba su regreso a la universidad.

—Si no querías que los resolviera, deberías haberle puesto otros más difíciles.

—Eran lo suficientemente difíciles para ella —replicó Nathan fulminándolo con la mirada.

—Pero no imposibles de resolver. Cada uno de ellos tenía un resultado factible, lo que me lleva a preguntarme por qué no le planteaste un problema que no tuviera solución, si lo que pretendías era rechazarla.

—Creí que con eso sería suficiente —contestó Nathan, esquivando la mirada de su padre. Pero Josh lo conocía demasiado bien y, en ocasiones, veía más allá de sus palabras.

—Prueba de nuevo, chaval: ésa no es la respuesta correcta.

—No me he enamorado, papá, si es lo que estás pensando. Aunque eso es lo que Jessica busca cada vez que me persigue, algo que, por supuesto, yo no estoy dispuesto a darle —dijo Nathan, rechazando los sentimientos de esa chica.

—Yo creo que esa chica sólo te busca a ti —opinó Josh, tratando de provocar que su hijo abriera los ojos a la verdad—. Ella recibirá con los brazos abiertos lo que tú quieras darle. De ti depende que sea una dulce recompensa o un amargo final.

—No quiero hacerle daño —dijo él preocupado, mesándose nerviosamente los cabellos.

—Pero tampoco quieres que se aleje del todo, sino tan sólo lo necesario para que te sientas seguro. Eso es muy egoísta, Nathan, debes darle a esa muchacha una respuesta adecuada.

—Se la doy continuamente, ya le he dicho mil y una veces que no me enamoraré jamás.

—Hijo, ¿a qué se debe esa insistencia tuya en no enamorarte? —preguntó Josh, confuso con el empecinamiento de su hijo.

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Se debe a esa estúpida pizarra del bar de Zoe y a las tonterías que cometen los hombres de esta familia cada vez que se enamoran!

—¿Y qué más, Nathan? —insistió su padre, sabiendo que le escondía algo, posiblemente un gran miedo que lo hacía resistirse a enamorarse a toda costa.

—Que el amor duele —terminó confesando Nathan con los ojos fijos en él, recordándole a su padre lo que éste había sufrido por amor.

—No puedo negarte eso, hijo. De hecho, tú contemplaste muy de cerca el daño que puede llegar a causar. Pero enamorarse no son sólo dificultades y problemas, sino que es algo hermoso, feliz y eterno si se cuida, y únicamente los más valientes se enamoran y se entregan en cuerpo y

alma, porque las trabas que pueden aparecer en el camino no hacen que esos sentimientos se pierdan a pesar del tiempo o la distancia, sino que los fortalecen y hacen ese amor más duradero donde más importa: aquí —dijo Josh mientras golpeaba su pecho, señalándose el corazón.

—Tal vez yo no sea tan valiente como tú, papá.

—Entonces deja ir a esa chica, Nathan. Aclárale lo que sientes, no sólo con palabras, sino con acciones —aleccionó Josh a su hijo permitiéndole marchar. No obstante, antes de que se alejara, lo retuvo unos instantes a su lado para advertirle—: ¡Pero cuidado, Nathan! Hay hombres muy estúpidos que no saben lo que tienen hasta que lo pierden, no quiero que tú seas uno de ellos...

—No te preocupes, papá: soy demasiado listo para que eso me ocurra a mí —replicó él, despidiéndose alegremente de su padre. Y, mientras salía por la puerta, a Josh no le cupo la menor duda de lo que ocurriría con la historia de su hijo.

—Los más listos siempre son los primeros en caer...

* * *

Cada vez estaba más convencido de que debía hablar con Jessica y dejarle claros mis sentimientos, y a pesar de ello, en el camino de vuelta, guardé silencio. Cuando llegamos a su casa me di cuenta de que a causa de mis prisas por huir de ella había olvidado comunicarle al señor Scott la hora en la que regresaría y, por lo visto, Jessica se había dejado sus llaves creyendo que su padre estaría en casa. Pero, por más que llamamos a la puerta, nadie nos abrió. Y, cuando intentamos contactar con el padre de Jessica por teléfono, éste no daba señal alguna.

—Seguramente se le habrá olvidado cargar el móvil, como siempre, y se habrá quedado sin batería. Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —me preguntó Jessica despreocupadamente, como si eso fuese algo habitual en su padre y no fuera la primera vez que se encontrara en esa situación.

Acto seguido, dirigió su rostro hacia mí y me puso ojitos, seguramente queriendo que la llevara a algún lado donde pudiéramos aclarar todo lo que sentíamos. Pero al encontrarme más confuso que antes, esquivé un nuevo intento de conversación para mi propio beneficio.

—Lo esperaremos —indiqué mientras me sentaba en los escalones de acceso a la casa, un plan que no habría estado nada mal de no ser porque, de un momento a otro, comenzó a caer un auténtico diluvio sobre nosotros.

—Magnífica idea —declaró ella irónicamente, sin importarle lo más mínimo mojarse mientras esperaba mi próximo movimiento, un movimiento que no tardé en decidir cuando su camiseta se pegó escandalosamente a su cuerpo y comenzó a transparentarse.

—¡Vayamos al coche! —propuse mientras la arrastraba.

»¿Cuánto crees que puede tardar tu padre en regresar? —pregunté cuando la vi tiritar en el interior de mi vehículo.

—Desde unas cuantas horas a toda la noche, nunca se sabe —contestó indiferente mientras trataba de darse calor frotando sus brazos por encima de su húmeda ropa.

—¿Tienes algún lugar donde pasar la noche?

—No tengo ningún sitio adonde ir. Mis amigas seguramente estarán con sus novios o vete a saber, y yo no he traído nada de dinero, así que tengo tu coche o la calle.

Entonces me quité la chaqueta y la puse sobre sus hombros. Y, dispuesto a preocuparme antes por ella que por mis estúpidos miedos, la llevé a un sitio donde estuviéramos a cubierto y cómodos, aunque eso significara volver a estar tan cerca de ella como yo quería evitar.

Tras aparcar junto a un hotel de tres estrellas, intenté reservar dos habitaciones. Y, como si el destino estuviera en contra de que yo me alejara de esa mujer, el recepcionista me informó de que sólo quedaba una libre.

Me sentí tentado de buscar otro lugar donde pasar la noche, pero cuando Jessica comenzó a temblar cada vez más violentamente bajo sus húmedas ropas mientras el rugido de los truenos se intensificaba por momentos, abandoné la idea. Al llegar a la habitación comprobé que la espera no le había sentado nada bien a Jessica, pues estaba helada.

—¿Puedes quitarte la ropa? ¿Puedes llegar hasta la ducha? —pregunté. Y, demasiado preocupado para esperar su temblorosa respuesta, la cogí en brazos y cargué con ella hasta el cuarto de baño.

Puse el agua a una temperatura adecuada en la ducha y después traté de despojarla de su ropa. Pero como ella necesitaba calor cuanto antes, decidí desnudarme y meterme debajo del chorro de agua caliente con ella para retirar sus prendas mojadas.

Desnudarla fue toda una tentación, sobre todo cuando su cuerpo febril respondía a cada una de mis leves caricias. Pero en esos instantes me preocupaba más su salud que su deseo. Tras una rápida ducha con el agua lo más caliente que ambos pudiéramos soportar, nos sequé a los dos con una gruesa toalla, la enrollé a ella en otra enorme toalla seca y la llevé hasta la cama, donde eché todas las mantas que había en la habitación y alguna más del armario, pero los temblores de Jessica no cesaban. Al final, preocupado, llamé al mejor médico que conocía: mi padre.

Ante mis explicaciones de los síntomas de Jessica, él no tardó en facilitarme las indicaciones necesarias que debía seguir, por lo que pedí al servicio de habitaciones un antipirético para bajar la fiebre, siguiendo sus instrucciones, y me dirigí hacia la cama cubierto únicamente con la pequeña toalla que había utilizado para no espantar al personal del hotel cuando llamaran a la puerta para traer mi pedido.

—Jessica, tómate esto —dije intentando que se tomara la medicina. Pero en su delirio apenas me oía—. Tienes que tomarte esto para ponerte mejor —le supliqué cada vez más asustado. Pero ella movía nerviosamente la cabeza de un lado a otro, inmersa en una pesadilla.

Recordando el peculiar modo en que mi padre le había suministrado alguna medicina a mi madre en alguna que otra ocasión, introduje la pastilla en mi boca, tomé un poco de agua y me apoderé de la boca de Jessica, haciendo que se tomara el remedio que mejoraría su condición usando un beso como pretexto.

Una vez logrado el objetivo, me decidí a vigilarla mientras descansaba, por lo que me alejé de

ella hacia el sofá del cuarto para pasar la noche, pero su temblorosa mano agarró la mía y sus labios me suplicaron algo a lo que yo no podía resistirme:

—Nathan, hazme entrar en calor.

Metiéndome en la cama, me deshice de la toalla y la cobijé junto a mi cuerpo, haciendo que sus temblores poco a poco cesaran y su temperatura se estabilizara. Mientras permanecía fuertemente abrazado a ella no pensé en el deseo cuando nuestros cuerpos se rozaban, ni en lo inadecuado que eran esas circunstancias si lo que quería era alejarme de ella; ni siquiera pensé en los confusos sentimientos que albergaba por esa mujer. Sólo una única idea pasó por mi mente, y era la pregunta de qué haría yo si a ella llegara a ocurrirle algo.

Mi corazón se encogió de miedo y mis brazos la apretaron con más fuerza junto a mí, y por primera vez susurré lo contrario de lo que siempre le decía:

—Por favor, Jessica, no me dejes.

* * *

En mis sueños, Nathan siempre me daba lo que yo deseaba, siempre me regalaba ese «te quiero» que se negaba a pronunciar en la realidad, y sus caricias no mostraban solamente deseo, sino el gran amor que yo ambicionaba.

Este extraño sueño no era muy distinto de los demás que había tenido anteriormente, pero en esta ocasión él exhibía unos ojos asustados y unas sutiles lágrimas que asomaban a su mirada y que me conmovieron como nunca lo habían hecho sus palabras.

—No voy a ir a ninguna parte: todavía tengo que conseguir que me digas que me quieres — bromeé intentando borrar la preocupación de su rostro. Pero eso apenas funcionó.

Acercándome más a su cuerpo, Nathan pegó su frente a la mía. Y sólo cuando notó que el calor de mi cuerpo comenzaba a disminuir pudo calmar su preocupación.

—En mis sueños nunca te comportas así, ¿por qué esta vez eres distinto? —pregunté confusa, dispuesta a averiguar por qué mi mente deseaba mostrarme en esa ocasión esa parte de él que lo hacía más humano, menos fantasía y más alcanzable.

—¿Cómo soy en tus sueños? —preguntó alzándose desnudo sobre mí, sin separar su frente de la mía, mientras intentaba mantenerse a la distancia que le proporcionaban sus brazos apoyados en la cama, sin lograrlo del todo, ya que, aunque su corazón estaba aún muy lejos de mí, el duro cuerpo que me acogía excitado entre sus brazos no sabía si atraerme más hacia sí o alejarme de su lado.

—En ocasiones, sobreprotector; en otras, muy atrevido, y algunas veces algo perverso. Pero, eso sí, siempre intentas aleccionarme en cada uno de nuestros encuentros —respondí mientras mis manos acariciaban esos fuertes brazos sobre los que aún se apoyaba su obstinación.

—Entonces tus sueños no difieren mucho de la realidad.

—Sí, sí lo hacen, porque en mis sueños tú me amas —confesé poniendo a prueba si lo que

estaba viendo era real o únicamente una fantasía, porque el verdadero Nathan siempre se apartaría de mí al oír esas palabras.

—¿En sueños te digo siempre ese «te quiero» que tú quieres oír? —preguntó sonriendo cínicamente.

—En ocasiones —confirmé acariciando con cariño su rostro, queriendo borrar de él esa sonrisa cínica—. En otras, simplemente me lo demuestras porque aún no has aprendido a decir esas palabras de amor. Y, aunque eres un buen maestro, hay que admitir que, en lo referente al amor, eres un pésimo alumno.

—Creo que ésta será una de esas noches —dijo él besando con dulzura mi mano, que acariciaba sus labios, para luego ponerla sobre su corazón y rogarme como nunca lo haría en la realidad—: Jessica, enséñame a amarte esta noche.

Cediendo a los deseos del hombre de mis sueños, que en esos momentos parecía más real que nunca, ya que me mostraba su debilidad, susurré en sus labios antes de arrastrarlo hacia mí:

—Ésa es una lección que nunca dejaré de intentar enseñarte, simplemente porque te amo.

Sus labios me devolvieron el sutil roce que los míos le ofrecían sin exigir de mí más de lo que yo quería darle, pero tentándome, mostrándome que había más mientras me incitaba a perseguir esa pasión que embargaba nuestros cuerpos.

Mordiéndome levemente mi labio inferior, me hizo abrir la boca a su fogosa lengua. Pero, una vez allí, ella fue al son de la mía en un beso muy dulce, pero no por ello menos ardiente.

Sus manos descendieron despacio por el contorno de mi cuerpo, haciéndome temblar mientras él, de rodillas, se hacía un hueco entre mis piernas, colocándose en una excitante posición en la que yo permanecía abierta a su deseo mientras su dura erección rozaba contra la zona más sensible de mi cuerpo. Gemí entre sus labios al sentir la punta de su duro miembro rozándose lentamente con los tiernos pliegues de mi sexo, aumentando más mi deseo. Ante mi respuesta, Nathan alzó mi trasero, acercándose más a él, haciéndome sentir cuánto me codiciaba.

Sus besos abandonaron mis labios para seguir descendiendo por mi cuerpo, pero con cada beso alzaba la mirada hacia mí y, hasta que no me veía derretirme ante sus avances, no proseguía mostrándome ese oculto placer que sólo él podía enseñarme. Era como si, a cada paso que daba, Nathan pidiera permiso para amarme y sólo se acercara a mí cuando yo se lo concedía.

Sus labios descendieron por mi cuello, rozando sutilmente mi piel, haciendo que mi cuerpo se estremeciera de placer cuando esos leves besos iban acompañados por una traviesa lengua que probaba mi sabor, y por unos atrevidos dientes que me marcaban, haciéndome dudar de si eso era un sueño o la realidad.

Las caricias de una de sus manos no tardaron en acompañar a las de su boca, mientras la otra seguía agarrándome con fuerza para enseñarme con el roce de su miembro a cada instante que su deseo había aumentado ante mi entregada respuesta.

Sus besos siguieron descendiendo pecaminosamente por mi ardiente piel, y cuando llegaron a mis senos, Nathan jugó perversamente conmigo. Besó cada parte de ellos excepto las excitadas

cumbres que se erguían expectantes a la espera de sus caricias. Los lamió, ignorando una vez más mis sonrosadas cúspides, y cuando su mano ascendió por mi cuerpo hasta coger uno de mis pechos y sus caricias ignoraron de nuevo mi deseo, yo me arqueé rogándole que me tocara y entonces él lo hizo, haciéndome gemir como nunca antes había hecho con cada uno de los roces que su boca me prodigaba.

Su lengua pasó lentamente, torturando mis senos con sus caricias una y otra vez. El más leve roce sobre mis sensibles pezones sobreexcitados, ya fuera de su lengua, de sus labios o de sus dientes, me hizo gemir. Y mientras su mano acariciaba con el mismo ímpetu mi otro pecho, mezclando delicadas caricias con leves y excitantes pellizcos, yo agarraba fuertemente las sábanas con miedo a tocarlo, para que, si eso era un sueño, él no se desvaneciera alejándose nuevamente de mi lado.

Como si Nathan supiera que aún tenía miedo de que desapareciera, su firme mirada se dirigió a las arrugadas sábanas que mantenía entre las manos. Y, sin decir nada, acabó con todos mis temores, haciendo que colocara las manos en su espalda, dejando que mi pasión se marcara en su piel en vez de en las olvidadas cobijas de aquella cama.

Sus caricias y sus besos encendieron mi cuerpo como nunca con el roce de unas manos que mostraron algo más que deseo. Sus besos siguieron adorando cada parte de mi cuerpo y yo lo dejé amarme, abandonándome a ese deseo que me embargaba cada vez que ese hombre aparecía en mis sueños.

Mientras su duro miembro seguía rozándose contra mí, encontrando ese placentero lugar que me hacía gritar su nombre, yo dejé de permanecer sumisa entre sus brazos a la espera de más y, clavando las uñas en su piel, comencé a mover las caderas exigiendo un contacto más profundo.

La punta de su miembro me torturó cuando apenas se adentró en mi interior antes de salir de mi cuerpo y Nathan, maliciosamente, repitió ese suplicio una y otra vez mientras su mano comenzaba a acariciar mi clítoris, consiguiendo que convulsionara entre sus brazos en busca del placer al que él me guiaba para, justo en el último momento, volver a negármelo.

Nathan dejó de devorarme para dirigirme una mirada pícaro, y, aprovechando el momento, hundí las manos en sus cabellos para atraerlo hacia mi boca y exigirle un beso.

Mis besos, mis manos, que acariciaban su espalda para marcarlo como mío, y mis alzadas caderas, que lo reclamaban, lo hicieron perder la compostura que siempre trataba de mantener ante mí. Nathan comenzó a devorarme de nuevo y, dejando atrás al hombre racional, sólo quedó ante mí uno que quería amarme dándome todo lo que yo le pedía.

—¿Qué es lo que deseas?

—A ti —rogué anhelando tenerlo en mi interior.

Si eso no hubiera sido un sueño, tal vez Nathan habría desaparecido de mi lado antes de mostrarme más de él. Pero como era una parte de mis fantasías, me obedeció y se introdujo en mi interior de una profunda embestida. Luego, como si recordara lo que yo le había pedido que me

mostrara, enlazando una de sus manos con las mías, comenzó a marcar un ritmo con el que me demostraba que, en esos momentos, no sólo quería darme placer, sino también amor.

Loca de deseo, apreté con firmeza su mano mientras alzaba las caderas para exigirle más de todo lo que él quisiera darme. Nathan besó tiernamente mi mano antes de separarla de la suya y colocarla detrás de su cuello para acercarme más a él. A continuación, empezó a concederme el placer que yo le exigía.

Sus lentas pero profundas acometidas me hicieron gritar su nombre y mover mis caderas junto a él en busca de más. Nathan me torturó con un lento ritmo con el que cada vez que entraba en mi cuerpo susurraba en mi oído lo mucho que me deseaba y que me anhelaba, aunque de sus labios nunca salía un «te quiero».

Como si deseara distraerme de las palabras que no pronunciaba, se adentró entonces más profundamente en mí y aumentó el ritmo de sus embestidas, haciéndome gritar a la vez que clavaba mis uñas en su piel. Finalmente, convulsioné bajo su cuerpo, llegando al orgasmo. Pero, en vez de gritar su nombre, le grité ese «te quiero» que él nunca se permitía escuchar en la realidad.

Y, al contrario que en la vida real, dado que todo era producto de mi fantasía, Nathan no lo acalló con uno de sus besos. Y sólo cuando terminé de expresar todo lo que guardaba mi corazón, se permitió un leve beso antes de declararme con una triste mirada que rogaba mi perdón:

—Así es cómo debería haber sido tu primera vez y las siguientes...

Pero yo lo silencié con un dedo y le recordé:

—No importa cómo sea el sexo contigo: siempre que haya amor, no me arrepentiré de nada.

—Aún no te he dicho que te quiera —repuso recordándome lo que faltaba en ese sueño tan vívido.

—No te preocupes, ya lo harás —declaré con una sonrisa satisfecha. A continuación, acomodándome junto a él, cedí al cansancio y una reparadora oscuridad me envolvió.

* * *

A la mañana siguiente me desperté en una cama desconocida, desnuda. Y, como para demostrarme que lo vivido la noche anterior sólo había formado parte de mis fantasías, Nathan no se encontraba junto a mí, sino totalmente vestido en un apartado sofá, envuelto con una de las mantas.

Enrollando las sábanas de la cama en torno a mi cuerpo, busqué mi ropa intentando recordar qué había pasado la noche anterior. Recordé la lluvia y el frío que había helado mis huesos, la ropa mojada, el calor de la fiebre que me hizo delirar, la brumosa evocación de una ducha compartida y tomar una medicina que sabía a rayos y después... tan sólo un dulce sueño en el que, aunque Nathan no me había dicho que me amaba, me lo había demostrado con cada una de sus caricias.

Me acerqué a la tentación que representaba ese atractivo hombre cuando bajaba la guardia.

Observé que, sin sus gafas y adormilado, parecía una persona mucho más accesible. Apartando los cabellos de su rostro, no pude evitar acariciarlo como en mis sueños. Para mi asombro, él respondió como en mi fantasía, besando levemente una de mis manos, lo que provocó que acudieran a mi mente más dudas acerca de lo que había ocurrido en esa habitación la noche anterior.

Cuando acaricié su cabello me di cuenta de la existencia de unos arañazos recientes en la parte posterior de su cuello, marcas de uñas, como las que en mis fantasías yo había señalado en su piel. Confusa, las recorrí con las yemas de los dedos. Nathan me dedicó una sonrisa que casi me impulsó a preguntarle por la verdad, pero como si él supiera lo confundida que me sentía, antes de que yo dijera nada, me interrogó maliciosamente:

—¿Quieres preguntarme algo?

Pensé en tratar de aclararlo todo, y más aún al verlo a él tan bien dispuesto, pero preferí guardar silencio cobardemente antes que arriesgarme a que destruyera mis sueños, en los que, aunque sólo fuera por una noche, ese hombre me había amado. Así que me alejé de él como Nathan siempre me exigía, aparté la mano y le contesté, apagando la falsa sonrisa que me ofrecía y con la que pretendía esconderse de sus sentimientos una vez más:

—No, no tengo ninguna pregunta.

Luego me escabullí hacia el baño, donde me vestí fantaseando con el momento en que no tuviera que fingir que el amor de ese hombre era parte de un sueño, un sueño que tal vez nunca llegaría a cumplirse sólo porque Nathan era incapaz de decir...

—Te amo... —murmuré dando voz a mis pensamientos mientras me miraba al espejo, recordando que ésas eran las palabras que él siempre se negaría a decirme y que yo no había podido evitar anhelar desde que lo conocí, deseando que fuera verdaderamente él quien las pronunciara, en lugar de un sueño.

* * *

Habían pasado varias semanas desde la desastrosa noche en la que Izan quedó en ridículo ante sus amigos. Al contrario de lo que él alardeaba frente a sus colegas, lo único que obtuvieron de su cita con aquellas atrevidas chicas de la universidad fue una paliza por parte de un vigilante uniformado, del que Izan no dudaba que se trataba de su profesor de Historia del Arte, así como pasar un rato en el calabozo. Sólo el dinero y los contactos de su padre los libraron de pasar toda la noche allí.

Izan estaba bastante furioso con el hecho de que alguien hubiera estropeado sus planes, y en especial con la chica que le había hecho hacer el ridículo antes de esa cita, y también después, al seguir ignorando su presencia. Desde aquel vergonzoso momento, había buscado desesperadamente una forma de vengarse de la pareja que se había burlado de él, porque si de

algo estaba convencido era de que su compañera Jessica se acostaba con su profesor de Historia del Arte.

Para intentar separarlos había susurrado algún que otro rumor en los oídos adecuados, algo que había servido de poco, ya que, al carecer de alguna prueba de la relación que mantenía la pareja, sus sospechas tan sólo se consideraban un malicioso cotilleo que pronto quedaba descartado. Y con más razón todavía cuando todo el mundo conocía los desplantes que Nathan Lowell dedicaba a los coqueteos de sus alumnas, y en especial a los de Jessica. Pero a Izan no lo engañaba: ese profesor era muy astuto, y mientras delante de todos simulaba que esa chica no le importaba, a él lo apuñalaba con la mirada cada vez que se acercaba a Jessica.

Intentar que sus superiores le llamaran la atención a Nathan Lowell y le recordaran su posición como becario había servido únicamente para cabrearlo. Y como resultado de ese enfado, el maldito profesor había conseguido que toda la clase se volviera en contra de Izan. Y encima, una vez a solas, se había desenmascarado para burlarse de él y de sus burdos intentos de aproximarse a Jessica, demostrándole que él siempre podría conseguir fácilmente lo que esa mujer le negaba a Izan.

Cada día que pasaba odiaba más a ese profesor y ambicionaba con más fuerza tener a esa chica para sí, sólo para ver la cara que pondría ese idiota cuando se la arrebatará.

No obstante, la suerte no parecía estar de su lado. Nunca encontraba una prueba de que ellos estaban juntos para poder exponerlos, o eso era lo que pensaba, hasta que al fin la fortuna le sonrió.

Tras salir de uno de los hoteles que dirigía su padre y que Izan visitaba a menudo con sus citas, se subió a su coche para esperar a su perezosa compañera. Y, mientras aguardaba, observó despreocupadamente a las parejas que salían del establecimiento..., hasta que sus asombrados ojos se toparon con una conocida pareja que no lo dejaba tan indiferente como las demás. En ese instante, se apresuró a sacar su móvil para apuntar con él a la distraída pareja que cruzaba las puertas del hotel. Y, de este modo, al fin pudo conseguir la ansiada prueba que demostraba que esos dos estaban juntos. Ahora la cuestión era pensar cómo podía utilizarla en su propio beneficio.

* * *

Paul Scott nunca pensó que al regresar a casa a horas tan tardías, o tan tempranas, según se mirase, se encontraría con alguien esperándolo impacientemente frente a la puerta. Y todavía menos que sería recibido con un gesto tan severo como el que mostraba el chico que lo reprendía seriamente con la mirada.

Desde los escalones, Nathan permanecía sentado, aguardando impacientemente a que él se aproximara, intentando moverse lo menos posible para no despertar a Jessica, que se encontraba apoyada sobre su hombro en medio de un plácido sueño. A pesar de que Paul era mucho mayor

que ese chico y que casi podría ser su padre, el muchacho no tuvo piedad con él y le hizo recordar aquellos días en los que, después de una buena juerga, se escabullía de sus padres para no escuchar sus sermones.

—¿Se puede saber dónde estaba, señor Scott? —inquirió seriamente Nathan, ajustando sus gafas mientras Jessica, adormilada, se acomodaba nuevamente sobre su hombro. Ante ese gesto, Nathan perdió su rígido aspecto por unos instantes y le dirigió a Jessica una cálida sonrisa, sonrisa que no tardó en desaparecer cuando lo miro a él de nuevo para exigirle una respuesta—. ¿Y bien? Llevamos un buen rato esperando aquí fuera.

—Yo..., verás..., en ocasiones, los hombres necesitamos una vía de escape y... —intentó justificarse Paul sin entrar en detalles de su vida amorosa, que no quería que nadie supiera.

—Si me parece muy bien que de vez en cuando salga a desfogarse, pero cuando lo haga, ¿podría llevar el móvil encima o, por lo menos, dar a su hija una dirección o un teléfono donde pueda encontrarlo? ¿Sabe que Jessica olvidó las llaves dentro de su casa y no tenía manera de entrar?

—Sí, bueno, en ocasiones es algo olvidadiza. Pero siempre ha sabido cuidarse muy bien ella sola —se excusó Paul, esquivando la inquisitiva mirada de Nathan.

—¿Y que se pasó un buen rato intentando contactar con usted y que lo siguió intentando a pesar de que le cayó encima un aguacero con la esperanza de que usted contestara? —continuó Nathan, ignorando su respuesta—. ¿Y que tuve que llevarla a un hotel para que se resguardara en él, temblorosa y febril, por haber estado aguardando en la calle, esperanzada en que su padre volviera? —finalizó, haciendo que Paul se sintiera miserable al saber por lo que había pasado su niña durante esa noche.

—Jessica, pequeña, ¿estás bien? —susurró Paul, tocando la frente de su hija para comprobar si tenía fiebre. Pero no era así. Al parecer, había remitido gracias a los cuidados de ese chaval.

—Ahora sí —contestó Nathan furioso mientras apartaba a Jessica de su lado para cargarla en sus brazos, sorprendiendo a Paul—. Comprendo que yo no tenga las llaves de su hogar al ser un simple huésped, pero procure dejar una copia de ellas a algún conocido para que esto no vuelva a ocurrir —exigió seriamente, ante lo que Paul asintió con la cabeza.

—Te haré una copia para ti y dejaré otra en la casa de un vecino. No sé cómo darte las gracias por cuidar de mi hija.

—Cuidar de Jessica es algo a lo que ya me he acostumbrado —declaró Nathan mientras contemplaba a la mujer que llevaba entre sus brazos con una complacida sonrisa, sin importarle tener ante sí al confuso padre, que le abría la puerta de su hogar—. Señor Scott, aunque Jessica sea fuerte, a veces necesita que cuiden de ella. Así que, por favor, no se aleje tanto —pidió con paciencia a ese desorientado padre que, en ocasiones, se mostraba como un hombre tan perdido como él.

—Gracias —repitió Paul, tendiendo sus brazos para que Nathan depositara a su hija en ellos y poder llevarla a su habitación.

No obstante, su ofrecimiento fue rechazado de nuevo por un hombre que parecía reacio a dejar marchar a Jessica. Y, para sorpresa de Paul, Nathan no le devolvió a su hija, sino que colocó una pequeña caja en sus manos para luego llevar él mismo a la muchacha al interior de la casa.

—¿Se puede saber qué es esto? —preguntó Paul molesto con el posesivo comportamiento que mostraba Nathan hacia su hija. Pero su enfado no tardó en convertirse en culpa cuando el severo muchacho le contestó:

—Una batería nueva, para que la próxima vez que su hija lo necesite esté usted localizable. Y créame cuando le digo que esta chica es capaz de meterse en una decena de problemas al día —sentenció Nathan mientras se retiraba, haciendo reflexionar a Paul sobre si no sería él el mayor problema para su hija.

* * *

—No voy a meterme en ningún lío más. Desde ahora pienso ser una alumna ejemplar —afirmó Jessica en voz alta, haciendo que sus amigas pusieran los ojos en blanco al oír tan absurdas palabras—. ¡Eh! ¡Que estoy hablando en serio! —insistió, intentando recibir el apoyo de Lucil y de Taimi.

—¡Hummm! ¿Y a qué viene ahora ese repentino deseo de convertirte en una «alumna ejemplar»? —preguntó Taimi, dirigiendo su mirada al que, sin duda, era el responsable de que su amiga llevara a cabo otra más de sus locuras.

—Yo ya sospecho del motivo de tu repentino entusiasmo por aprobar esta asignatura... —declaró Lucil señalando al profesor Lowell, que ese día había llegado a clase tan tarde como su alumna.

—En esta ocasión estoy decidida a conquistarlo con mi intelecto.

—¡Ya la hemos liado! —suspiró Taimi, sin saber qué nueva ocurrencia se le podía pasar por la mente a su amiga en esa ocasión.

—Jessica, quieres impresionar a un hombre que tiene un cociente de ciento ochenta, que ha adelantado un año a toda su promoción, que terminó un máster de dos años en uno y que ha llegado a corregir a algunos de nuestros más eminentes profesores... —le recordó Lucil, llevándose las manos a la cabeza cuando recibió la contestación de su amiga.

—Exacto.

—¡Jessica, por Dios! ¡Que en su último examen sacaste un dos! —le señaló Taimi.

—¡Bah! No te preocupes por eso: en esta ocasión he recibido clases particulares de él y estoy preparada.

—Bueno, me parece bien que te hayas aplicado tanto, pero entonces tendrás que esperar pacientemente hasta que él decida ponernos su próximo examen y...

—No me gusta esperar —repuso Jessica mientras se ponía de pie para llamar la atención de su profesor sin hacer caso de las advertencias de sus amigas.

—¿Y se puede saber cómo piensas conseguir que nos ponga un examen? —preguntó Taimi. Hasta que recordó lo atrevida que era su amiga y lo fácil de enfadar que era ese hombre. Y fue entonces cuando deseó haberse mordido la lengua.

—¡Profesor Castigador! —gritó Jessica, alzando la mano como si después de esa provocación estuviera dispuesta a hacer una pregunta.

Una provocación a la que su profesor no tardó en contestar cuando, tras colocarse las gafas en su lugar, anunció dirigiéndose a toda la clase:

—¡Examen sorpresa!

Tras recibir un nuevo castigo por culpa de su alocada amiga y de la extraña relación que mantenía con ese hombre, Taimi y Lucil miraron a Jessica asombradas por su descaro. Y con más asombro todavía cuando su amiga comenzó a contestar a cada una de las preguntas de su examen recitando en voz baja el nombre de alguna prenda masculina.

—Ésta era la de la camiseta, y ésta la del cinturón... ¡y con ésta sin duda me ganaré los pantalones! —musitaba Jessica triunfalmente, concentrada en el examen.

—¿Se puede saber qué es lo que te está enseñando ese hombre? —se quejaron sus dos amigas al unísono, algo a lo que ella contestó con una provocativa sonrisa antes de seguir con su prueba.

—Sólo lo que yo quiero aprender...

Capítulo 13

Decidida a hacer un nuevo movimiento sobre Nathan, y más ahora que sabía que mis sueños estaban más cerca de cumplirse pese a su resistencia, esperé a que se vaciara el aula para quedarme a solas con mi profesor y descomponer un poco su seria fachada. Pero, para mi desgracia, el despreciable de Izan también se quedó, algo que me fastidió, aunque no tanto como a Nathan, que comenzó a despedazarlo con la mirada al verlo acercarse a mí.

—¿Quieres hacerle alguna pregunta a nuestro querido profesor? —le pregunté con ironía mientras le cedía el paso.

—No te preocupes, no tengo prisa —respondió Izan, luciendo una falsa sonrisa que después de nuestro encuentro en la discoteca no engañaba a nadie.

Ignorando a ese estúpido, decidí centrarme en el que era mi objetivo. Y, a pesar de que sus ojos estuvieran fijos en otra persona, yo quise que Nathan se concentrara únicamente en mí. Así que, una vez más, lo desconcerté con uno de mis osados requerimientos.

—¿De qué color son tus calzoncillos hoy? —pregunté, dejando a Izan boquiabierto a causa del descaro con el que me dirigía al profesor.

Mientras mi mudo compañero seguía sin creerse las palabras que habían salido de mi boca, Nathan me siguió el juego y, mientras continuaba enfrascado en la corrección de los exámenes, me contestó como si nada:

—Hoy no llevo calzoncillos. De este modo nadie puede exigirme que se los dé.

—Entonces ¿puedo quedarme con tus pantalones? —pregunté esperanzada.

—Eso dependerá de la nota que saques en este examen —repuso agitando maliciosamente mi prueba frente a mí.

—Entonces está chupado: sin duda, mis respuestas se merecen esos pantalones —dije acercando mi rostro al suyo.

—No sé yo... —declaró Nathan, dejando entrever una provocadora sonrisa mientras acercaba sus labios cada vez más a los míos con la incitante promesa de un beso..., un romántico ambiente que fue interrumpido por el molesto carraspeo de un individuo hacia el que ambos dirigimos una furiosa mirada, preguntándonos qué narices hacía todavía allí.

—¿Qué pasa, chaval? ¿Tú también quieres mis pantalones? —preguntó bruscamente Nathan, obligándome a hacer un esfuerzo para contener una risita cuando Izan se puso blanco ante esa idea, que, aunque a mí me parecía maravillosa, a él lo espantaba visiblemente—. ¿O tal vez quieres algo más? —continuó amenazadoramente mientras hacía crujir los nudillos, recordándole que

estaría siempre dispuesto a darle otra lección, una que tuvo que posponer cuando la subdirectora lo reclamó a su lado y Nathan se vio obligado a dejarnos a solas por unos momentos. Sin embargo, antes de marcharse, no olvidó advertirle a Izan con una firme mirada lo que le ocurriría si intentaba acercarse a mí de nuevo.

Como me temía, ese sujeto era demasiado estúpido para su bien: en cuanto Nathan salió por la puerta, Izan trató de aproximarse a mí, un avance que me apresuré a rechazar por completo.

—Mis calzoncillos son negros.

—Enhorabuena, ahora cuéntaselo a alguien a quien le interese —repliqué mientras miraba mi móvil, intentando ignorar su presencia.

—Nunca creí que fueras una chica tan atrevida, con lo calladita que eres en clase... —susurró en mi oído, poniéndose detrás de mí, un gesto que me repelió y me hizo volverme rápidamente para enfrentarlo.

—Que te quede claro: sólo soy así de atrevida con él —afirmé con decisión, dispuesta a dejarle claro de una vez por todas mis sentimientos. Pero mis palabras se apagaron en cuanto Izan, con una sonrisa llena de satisfacción, me mostró una imagen que guardaba en su móvil.

—Lo sé —declaró moviendo esa imagen delante de mí jactanciosamente—. ¿Quién habría pensado que un profesor de nuestra universidad llevaría a una de sus alumnas a un hotel para aprovecharse de ella?

—¡Bah! Eso es absurdo: fue con consentimiento mutuo. Además, los dos somos lo suficientemente adultos como para saber lo que hacemos —dije intentando aparentar que no me importaba nada lo que ese sujeto pretendiera hacer con esa fotografía, cuando en verdad estaba temblando de pensar en todo lo que Izan podría destruir en un momento.

—¿Sí? ¿Tú crees? En esta foto pareces un poco mareada y te sujetas mucho a él, como si estuvieras drogada.

—Tenía fiebre y él me cuidó. Nathan jamás se comportaría de un modo tan despreciable como tú.

—Puede ser, pero nadie puede saber a ciencia cierta la verdad. Además, los empleados de los hoteles en ocasiones pueden ser sobornados para que vean lo que uno quiera que vean..., especialmente cuando tu padre es el dueño del establecimiento.

—Haz lo que te parezca: yo simplemente diré la verdad de lo que pasó entre nosotros y ahí terminará el estúpido rumor que tú inventes —manifesté dándole la espalda decidida a marcharme y no volver la vista hacia ese absurdo chantaje. Pero eso fue hasta que sus siguientes palabras detuvieron mis pasos.

—Pero ahí está el quid de la cuestión, Jessica: la verdad tampoco hará mucho para mejorar la situación de ese hombre, que, aunque tenga aires de profesor, apenas es un simple becario. ¿Qué universidad contrataría a un hombre que se acuesta con una de sus alumnas a la menor oportunidad y que carga sobre sus espaldas con un gran escándalo, sea cierto o no? ¿Ves lo fácil que pueden

romperse los sueños de futuro de ese hombre sólo porque un día tú te encaprichaste de él en vez de hacerlo de alguien más adecuado, como podría ser yo?

—¡Eres un ser despreciable! —declaré volviéndome hacia Izan—. ¿Qué es lo que quieres? —lo encaré dispuesta a escuchar sus palabras mientras pensaba en cómo sacarnos de ese lío tanto a Nathan como a mí, un lío que había sido culpa mía.

—Quiero todo lo que le das a ese hombre —exigió sin poner límites a lo que estaba dispuesto a pedirme.

—Imposible —respondí firmemente, dejándole claro que eso nunca podría pasar.

—¿Por qué no?

—Sencillamente, porque no te amo.

—Entonces quiero que me dediques toda la atención que le das a él. Ser el único hombre al que mires —dijo mientras cogía mi barbilla para intentar robarme un beso.

Pero, como en esta ocasión no estaba drogada, no se lo permití. En lugar de eso, hice como mi padre me había enseñado: dejé que se acercara, pero sólo lo suficiente para propinarle un fuerte cabezazo que lo hizo tambalearse hacia atrás.

—Intentaré fingir que me agradas, pero no me pidas milagros: mi capacidad interpretativa no llega a tanto.

—¡Sólo por lo que has hecho debería publicar estas fotografías! Pero me contentaré con verte sufrir, tanto a ti como a ese arrogante profesor, cada vez que debas decirle que me prefieres a mí, porque a partir de ahora yo seré el único hombre para ti.

—¿Estás totalmente seguro de que eso es lo que deseas? —pregunté luciendo una maliciosa sonrisa, ya que en mi mente se agrupaban un montón de ideas con las que podía llegar a hacer que se arrepintiera de sus palabras.

—Por supuesto.

—Entonces espero sinceramente que no te retractes de tu petición porque a partir de ahora voy a darte exactamente todo lo que me has pedido... —manifesté a la vez que salía por la puerta planificando cómo derribar uno más de esos difíciles obstáculos que se cruzaban en mi camino cuando buscaba aprender lo que era el amor en brazos del hombre que yo había elegido.

* * *

Mientras su prima Tori seguía ensimismada en su mundo sin apenas percatarse de nada que no fuera Logan, ese chico al que pretendía reformar aunque fuera mucho más interesante sin que nadie lo cambiara, Raymond se daba cuenta de las cosas que comenzaban a cambiar a su alrededor. Algunas le gustaban y otras, definitivamente no.

Que Tori comenzara a percatarse de las cualidades de Logan y dejara de soñar con el gilipollas de Michael Richardson era algo bueno para ella, ya que ese tipo, por más que las chicas suspiraran detrás de él creyéndolo encantador, era simplemente basura. Michael jugaba con las

chicas a su antojo y las manejaba con una sonrisa tan falsa como su amabilidad, una que nunca mostraba a los que creía inferiores a él. Su prepotencia, su ego y su altanería lo habrían llevado a recibir más de una paliza de no haber encandilado antes con su dinero a varios de los matones del instituto, a los que manejaba a su antojo con un simple gesto.

Con él mismo lo había intentado, pero Raymond simplemente se había reído en su cara, indicándole que él era el que manipulaba y nunca el manipulado por otros. Y, por la fulminante mirada que Logan le dirigía en ocasiones a Michael, Raymond sospechaba que éste también había intentado comprarlo a él; aunque, por otra parte, esa mirada llena de odio también podía deberse a que Tori, de vez en cuando, todavía seguía mirando a ese despreciable sujeto con admiración.

Por otro lado, el cambio que a Raymond no le gustó en absoluto fueron las miradas de interés que Michael le dedicaba a Tori en más de una ocasión, cuando antes apenas se había fijado un par de veces en ella. Y esas miradas, al contrario de lo que cualquier estúpida chica enamorada pudiera pensar, no estaban llenas de cariño, sino más bien de resentimiento: era como si a Michael lo irritara el hecho de que la chica que siempre lo había perseguido ahora no tuviera tiempo para alabarlo.

Como de costumbre, pasando desapercibido entre la gente, Raymond se sentó discretamente a un lado, no muy lejos de esos idiotas. Y, colocándose en sus oídos unos auriculares por los que no sonaba música alguna, simuló estar en su mundo cuando en verdad estaba recabando información por el bien de su prima y, claro está, de su bolsillo.

—¡Eh, mira! ¿No es ésa la tímida chica que te perseguía hasta hace poco, Michael, esa tonta a la que siempre le endilgabas tu trabajo extra con una sonrisa y ella te lo hacía sin rechistar? — preguntó uno de los amigos de Michael, que solía ir pegado a él únicamente para lamerle el culo, pensó Raymond mientras trataba de disimular su irónica sonrisa.

—Sí... Ahora que lo mencionas, me pregunto por qué no viene tras de mí como solía hacer.

—¿Acaso no has oído los chismes del instituto? Esa chica ahora es la novia de Logan Baker, ese matón de tres al cuarto —apuntó despectivamente otro de los chavales, uno que nunca estaría a la altura de Logan, sentenció Raymond para sí a la vez que negaba con la cabeza.

—¿En serio? Qué mal gusto tienen algunas chicas... —declaró Michael con desdén, quitándose su disfraz cuando creía que nadie que no fueran sus estúpidos amigos lo observaba.

—¡Cuidado! Ése es primo de esa chica... —informó apresuradamente y en voz baja otro de los compañeros de Michael, quizá el más listo del grupo, ya que se había percatado de la presencia de Raymond.

—¿Quién? Ah, Raymond Taylor... Ése es un idiota —manifestó Michael en voz alta para comprobar si estaba escuchándolos.

A continuación le dedicó varios insultos más, ante lo que Raymond no reaccionó de ninguna manera más que con una sonrisa, los ojos cerrados y unos movimientos de cabeza que mostraban, a quien lo observara, que estaba siguiendo el ritmo de alguna melodía a través de sus auriculares. Pero si Michael se hubiera permitido ver más allá de las apariencias, habría descubierto cómo

Raymond mantenía uno de sus puños airadamente cerrado a su lado, confirmando que estaba oyéndolo todo y que tan sólo estaba aguardando el momento más oportuno para darle una lección.

Los insultos de Michael fueron interrumpidos por la observación de uno de sus amigos, una opinión que no le gustó en absoluto:

—¡Vaya! Nunca creí que un tipo como Logan pudiera vencerte, Michael.

—¿A qué te refieres?

—A que esa chica que no dejaba de suspirar por ti finalmente te ha dado de lado y se ha ido con otro.

—Puedo conseguir que vuelva a perseguirme en cualquier momento. Es más, estoy seguro de que, a la menor palabra mía que le dé esperanzas, dejará a ese don nadie.

Y, casualmente, como si quisieran demostrar lo equivocado que estaba, unas carcajadas de diversión procedentes de Tori sepultaron sus palabras justo en ese momento, lo que hizo que varios de sus acompañantes le dirigieran a Michael una mirada irónica.

—¡Sí, seguro! —rio mordazmente uno de los chicos.

—¿Qué os apostáis?! —comenzó a gritar él, decidido a separar a esa pareja únicamente para sanar su orgullo herido.

Y antes de que Raymond se sintiera tentado de elegir entre dirigir esa apuesta o darse la satisfacción de propinarles una paliza a esos estúpidos, se quitó los auriculares y se dispuso a alejarse de allí.

Mientras se levantaba del suelo, Michael le dedicó una de esas sonrisas que nunca habían llegado a engañarlo, mientras le preguntaba con falsa amabilidad:

—¿Acaso te estamos molestando, Raymond? ¿Por qué no te quedas y nos hablas de tu familia, de tu prima Tori, por ejemplo? ¿O quizá prefieras seguir escuchando tu música en paz? En ese caso puedes quedarte aquí, que nosotros no te molestaremos.

—No, Michael, gracias. Por ahora ya he escuchado todo cuanto necesitaba escuchar —declaró irónicamente Raymond, alejándose de esos idiotas.

* * *

Logan había pasado de vivir el día más feliz de su vida al más desdichado. De repente, el guaperas de Michael Richardson había comenzado a prestarle demasiada atención a Tori. A cada paso que daban, se encontraban con él en los pasillos y, mientras antes apenas les había dirigido la palabra, ahora no cesaba de alabar a su chica o de dedicarle algún bonito piropo que Logan nunca le había dicho.

A Michael no parecía importarle nada que él estuviera delante, ni prestaba atención al detalle de que Logan fuera el novio de la tímida chica. Y, mientras eso ocurría, lo único que podía hacer él era gruñirle a su adversario esperando espantarlo. Pero, para su desgracia, cada vez que lo

hacía recibía una reprobadora mirada de Tori, indicándole que ésa no era forma de tratar a un compañero.

La chica no se daba cuenta de que en realidad se encontraba frente a una alimaña que la tenía a ella como objetivo, así que Logan, decidido a no separarse de su novia ni un instante, simplemente observaba con enfado a su rival apretando los puños a ambos lados de su cuerpo para contenerse y no dejarse llevar por la furia cada vez que Michael se acercaba demasiado a la chica que amaba.

—¡Tori, menos mal que te encuentro! —exclamó Michael, interponiéndose entre ella y Logan una vez más cuando los encontró por los pasillos—. ¡No sabía si podría dar contigo! ¡Necesito tu ayuda para un importante asunto escolar!

—¿En serio? Pues no has tenido ningún problema en encontrarnos a lo largo de toda la mañana; de hecho, van como veinte veces que nos hemos «encontrado» —apuntó Logan, harto de esa falsa sonrisa, apartando a Michael para recuperar su lugar al lado de Tori.

Pero ella, como llevaba haciendo durante todo el día, se limitó a amonestarle con la mirada mientras reprendía dulcemente su comportamiento.

—¡No seas así, Logan! Sólo ha sido una casualidad que nos encontráramos con Michael en esas ocasiones.

—Sí, claro, casualidades... —bufó él despectivamente mientras se mantenía de brazos cruzados sin dejar de amenazar a Michael con la mirada, aunque, eso sí, sólo cuando Tori no lo miraba.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarte, Michael?

—Gracias, Tori. Verás, resulta que todos mis compañeros se han marchado ya y los profesores me han encargado que coloque por el instituto estos carteles que anuncian el concurso de literatura. Me preguntaba si tú, que eres una apasionada de los libros igual que yo, podrías ayudarme con esto... —dijo él, recalcando los gustos similares que ambos compartían, intentando dejar fuera de la conversación a Logan.

A pesar de sentirse excluido, Logan continuó al lado de Tori. Y mientras ésta hablaba emocionada de literatura con Michael, él permanecía a su lado cargando con los pesados carteles y sintiéndose como al principio de esa historia, cuando se conformaba con admirar desde lejos a la chica que le gustaba sin que se le pasara siquiera por la cabeza intentar alcanzarla. Una chica que, ahora, parecía olvidarse de su presencia de nuevo. Al parecer, nada había cambiado a pesar de esa carta y Tori seguía sin verlo, aunque Logan insistiera empecinadamente en quedarse junto a ella, anhelando una simple mirada.

Su rudo aspecto seguía provocando que nadie se molestara en ver más allá de las apariencias, que todos se alejaran de él y lo aislaran inventándose historias y rumores acerca de lo malvado y peligroso que debía de ser, sin molestarse siquiera en acercarse a conocerlo.

Por unos momentos, junto a Tori y en medio de esos alocados Lowell, se sintió diferente. Pero Michael, ese muchacho que aparecía como un sujeto maravilloso a ojos de todos, con sus falsas

sonrisas y sus sibilinas acciones, lo había devuelto a su lugar. No obstante, Logan se mantenía cerca de Tori porque no quería que nadie le hiciera daño, ni siquiera un chico aparentemente perfecto que, en realidad, estaba muy lejos de serlo si no la quería como ella merecía.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Raymond cuando se los encontró por el pasillo mientras, tan amigable como siempre, echaba sus brazos por encima de los hombros de Tori y de Logan, dejando de lado a Michael.

—Michael me ha pedido ayuda para colgar estos carteles y yo no he podido negarme, sobre todo cuando me lo pide alguien que adora la literatura tanto como yo.

—¡Oh, entiendo! «Una pena se calma con el sufrimiento de otra» —declaró teatralmente Raymond, cambiando la cita de Shakespeare a su conveniencia.

—¡Esa frase no es exactamente así, y lo sabes! —exclamó ella indignada, fulminando a su primo con la mirada por haber profanado un clásico como era *Romeo y Julieta*.

—Cambiando de tema, ¿sabes que tu prima Olivia te está buscando? Yo que tú no tardaba en ir a su encuentro antes de que algún chico más se le declare y tengamos que ir por ahí recogiendo pedazos de corazones rotos.

—Pero yo...

—No te preocupes, primita: nosotros ayudaremos a Michael, ¿verdad, Logan? —preguntó Raymond a su compañero, haciéndolo el hombre más feliz del mundo al conseguir en un momento lo que él había intentado infructuosamente durante toda la mañana: alejar a Tori de ese tipo.

Tras ver cómo ella desaparecía por el final del pasillo, Michael no dudó en deshacerse de su máscara de niño bueno frente a su rival.

—¿Por qué no terminas con Tori antes de que te abandone? Ahora que me he interesado por ella, ése va a ser sin ninguna duda el resultado de vuestra relación. Así te ahorrarías el dolor y la humillación —dijo despreciando a Logan con una mirada que lo recorrió por entero, decidiendo que no era rival para él.

—¿La quieres? —preguntó él pensando en qué sería mejor para Tori, considerando que, si el chico por el que Tori aún parecía sentir algo también la amaba, lo mejor sería retirarse para que ella fuera feliz.

—No, pero me apetece mucho jugar con ella —contestó Michael con altanería, riéndose de sus bondadosos sentimientos. Fue entonces cuando los puños que Logan nunca había usado para intimidar a nadie se alzaron con la intención de darle su merecido a esa despreciable alimaña.

—No, Logan, no lo hagas —le advirtió una conocida voz a su espalda—. ¿Es que no ves que sus provocaciones son solamente parte de algo mayor que está tramando? —indicó Raymond, reteniendo sus impulsivas acciones.

En el instante en que Logan bajó los puños aguantándose las ganas de golpear a ese idiota, éste volvió al ataque intentando provocarlo una vez más.

—Me alegro de que uno de los dos tenga cerebro, pero ¿qué vais a hacer para impedir que me acerque a Tori? Si esa estúpida chica no hace más que suspirar con cada una de mis palabras...

Os puedo asegurar que, en un momento u otro, será mía.

—No, no lo hagas... —le advirtió Raymond de nuevo, interponiéndose entre Logan y Michael.

—Y cuando haya conseguido de ella lo que yo quiera, la desearé como a la cualquiera que es —se jactó Michael una vez más, acabando con la paciencia de Raymond.

—¡Que ya lo hago yo por ti! —exclamó este último antes de volverse y darle un puñetazo a Michael en toda la cara, lo que dio comienzo a una escandalosa pelea.

Por supuesto, los amigos de Michael fueron a ayudarlo y finalmente Logan acabó metido en el tipo de problemas que Raymond había intentado evitar.

La reprobadora mirada de Tori y Olivia no tardó en llegar hasta ellos cuando los rumores las alertaron de lo que estaba ocurriendo en los pasillos.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?! —gritó Tori furiosa en cuanto llegó al lugar de la pelea, que, evidentemente, había finalizado, ya que todos los rivales de Logan y de Raymond permanecían inconscientes en el suelo.

—¿Me creeréis si os digo que estábamos discutiendo sobre poesía? —dijo Raymond cuando la mirada de su prima Tori se volvió bastante amenazadora, una estúpida excusa ante la que Logan no pudo evitar reírse hasta que su furiosa mirada se volvió hacia él, haciéndolo guardar silencio.

Ignorándolos, Tori fue en auxilio de Michael mientras se excusaba por la conducta de esos dos y lo ayudaba a levantarse. Él se comportó como un ser desvalido que necesitaba urgentes cuidados médicos, lo que provocó que Tori se sintiera culpable por haberlo dejado solo con su novio y su primo, tras lo que se ofreció a cuidarlo. «Una situación que ha conseguido gracias a nosotros», pensó Raymond, contemplando cómo Michael, a pesar de sus heridas, les dedicaba una sonrisa de superioridad.

—¡Mierda! Esto era lo que quería evitar —le susurró a Logan mientras éste lo ayudaba a levantarse.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Logan, cada vez más preocupado, hasta que a los labios de Raymond acudió una maliciosa sonrisa antes de anunciar:

—¿Sabías que el padre de Tori es médico? Sin duda, el tío Josh sabrá darle el remedio adecuado a ese chaval. Tú déjalo todo en sus capaces manos...

* * *

Josh Lowell miraba furioso a los dos pacientes que su hija había llevado al hospital en el que trabajaba. El primero era un quejica redomado que había exigido una cama, recordándoles así a todos el dinero que tenía su papá. A ése lo dejó en manos de las enfermeras mientras se desentendía de él, ya que no tenía mucha paciencia para las idioteces, y menos aún cuando eran fingidas.

Sin embargo, su hija se empeñó en cuidarlo, así que Josh decidió hacer la cura del segundo paciente de esa habitación, ya que por nada del mundo iba a dejar a Tori a solas con un idiota que

reclamaba su atención. Su segundo paciente era un chico que tenía que darle muchas explicaciones, y, según las contestaciones que recibiera, los puntos de sutura que debía darle dolerían más o menos de lo necesario.

—En serio, chaval, ¿no podrías haberte contenido un poco? Así no tendría que aguantar a ese gilipollas en mi hospital —declaró un molesto Josh, observando cómo su hija daba de comer a ese enfermo que, a pesar de no tener las manos heridas, se empeñaba en no utilizarlas.

—Si no hubiera sido en su hospital, tal vez Michael le habría pedido a Tori que fuera a su casa a cuidarlo —musitó Logan sin inmutarse en absoluto mientras el padre de la chica le suturaba la herida de la frente, resultante de la escandalosa pelea en que todo el mundo lo señaló como culpable.

—Entonces, en previsión, deberías haberle roto los brazos y las piernas, no sólo la cara... —opinó Josh, bastante irritado con las falsas zalamerías que utilizaba ese sujeto y que Tori, como cualquier ilusa y soñadora mujer con la cabeza llena de pájaros, no dudaba en aceptar.

—No fui yo quien lo golpeó: fue Raymond, para intentar evitar que me metiera en líos. Aunque luego tuve que intervenir para sacarlo a él de ellos cuando los amigos de Michael se abalanzaron sobre su sobrino, todos a la vez.

—Típico de mi sobrino... ¿Te ha pedido ya algo a cambio de su ayuda? —preguntó Josh mientras finalizaba su cura.

—No, no me ha pedido nada.

—No te preocupes, ya lo hará. Y cuando lo haga, rogarás porque no te hubiera ayudado —anunció el hombre, tirando los guantes a la basura.

—No, no lo haré, porque, con tal de protegerla, lo daría todo, hasta lo que no tengo —confesó Logan con su mirada fija en la chica que quería a pesar de que en ocasiones le doliera—. ¿Me creería si le digo que ese tipo no es tan bueno como parece, señor Lowell?

—Te creo, chaval. No tienes ni idea de hasta qué punto... —respondió Josh mirando seriamente a ese joven que el día de mañana se convertiría en un hombre decente.

—¿Por qué? —preguntó Logan confuso, sabiendo que nadie había creído sus palabras hasta ese momento, y menos cuando de un sujeto como Michael se trataba.

—Porque los hombres perfectos no existen.

—Sé que disto mucho de ser el hombre que cualquiera elegiría para salir con su hija, que mi apariencia en ocasiones intimida y que los rumores siempre me persiguen por ello, pero, aunque Tori no me escoja a mí, ese tipo siempre sería la peor elección.

—No te infravalores, chaval: yo no me dejo guiar por la apariencia de una persona, sino por sus actos, y, en ocasiones, por lo que me diga mi instinto. Y mi instinto en esta ocasión me está diciendo que quiero golpear a ese imbécil.

—Yo también, señor Lowell, pero Raymond me recomendó no hacerlo para no quedar como el malo de la película frente a Tori. Me dijo que eso sin duda era lo que Michael pretendía con esa pelea.

—¿Quién dio el primer golpe? —preguntó Josh, alentando a Logan a contárselo todo.

—Fue Raymond, pero no puedo negar que yo quise comenzar también. Su sobrino se me adelantó —declaró Logan con firmeza.

—¿Y quién fue el que pronunció la primera provocación?

—Michael.

—Una última pregunta: ¿a quién calumniaba ese niño? —inquirió Josh, algo ante lo que Logan se mantuvo callado, pero sus protectores ojos, que no dejaban de seguir a Tori, le dieron la respuesta que buscaba.

»No te preocupes, chaval. Ven conmigo. De un modo u otro, vamos a darle lo que se merece a ese tipo —anunció Josh.

Y, tras ponerse en pie, le ofreció la mano al joven. Una fuerte mano que Logan no tardó en aceptar para dejarse guiar, aunque, con lo alocados que eran en esa familia, tal vez Josh Lowell no fuese el hombre más idóneo para mostrarle el camino acertado. Sin embargo, Logan no dudaba que se divertiría a lo grande mientras se dejara guiar por él.

—Tori, ya he curado a tu novio: siete puntos de sutura y ni una queja. Es todo un hombre, no como otros, que son unas nenazas —declaró Josh, reprendiendo con sus palabras tanto a su hija como al desconocido, que aún no sabía cómo se las gastaba—. Ahora, ¿por qué no vas en busca de tu madre para que me esterilice el material quirúrgico mientras yo me encargo de este paciente y le administro la medicina que necesita en estos momentos?

—Vale, papá —aceptó Tori, dudando de si era buena idea o no dejar a Michael con aquellos dos. Sin embargo, al recordar lo serio que era su padre en su trabajo, lo dejó todo en sus manos.

—Vamos a ver, chaval: por lo que pone aquí, has tenido una pelea en la que, al parecer, no has salido victorioso. Has resultado herido en... ¿dónde? —preguntó Josh con impertinencia, comenzando a escribir un informe.

—Como puede ver, me han golpeado en la cara. Es posible que tenga una contusión y una conmoción cerebral.

—«Diarrea cerebral, posiblemente por una lesión de nacimiento» —murmuró con seriedad Josh mientras lo anotaba en su informe, para asombro de Michael, a la vez que Logan intentaba aguantarse la risa.

—Me duelen los brazos y las piernas —insistió Michael.

—¡Ajá! «Se requiere amputación de las tres piernas..., en especial de la de en medio» —añadió el médico en el mismo tono serio y monótono, invitándolo a proseguir con su relato inventado, algo que Michael hizo cada vez más vacilante.

—Y, bueno..., me di un buen golpe en el trasero al caer y creo... ¡creo que puedo tener algo de fiebre!

—¡Oh, perfecto! ¡Por fin damos con un síntoma que puedo tratar! —exclamó Josh con una maliciosa sonrisa mientras se colocaba unos guantes desechables nuevos tras sacar un medicamento de uno de los cajones—. Después de administrarte este tratamiento te bajará la

fiebre y podrás irte de mi hospital enseguida —declaró amenazante a la vez que le mostraba un enorme supositorio a Michael.

—¡No, déjelo! ¡Ya me encuentro mejor! —declaró este último, reculando desesperadamente en la cama mientras intentaba esconder su trasero.

—¡Vaya por Dios, un paciente renuente a recibir su medicina! Y yo sin una enfermera a mano... Logan, ¿serías tan amable de ayudarme con tu compañero, para que reciba lo que se merece? —ironizó Josh, dejándole claro a ese chaval que no se tragaba sus mentiras tan fácilmente como su hija.

—Encantado, señor Lowell, todo sea por ayudar a un compañero —aceptó Logan, mostrando una sonrisa tan perversa como la de él mientras pretendía aparentar la misma falsa amabilidad con la que Michael siempre engañaba a todos. Hasta el momento.

* * *

Tori estaba preocupada. Tenía la impresión de que algo pasaría en la habitación en cuanto saliera por la puerta. No obstante, como su padre era un prestigioso médico muy responsable en lo relativo a su profesión, lo dejó todo en sus sabias manos.

Todavía no podía creerse que Logan hubiera estado implicado en esa pelea, pero como los problemas siempre lo perseguían a causa de su aspecto, seguramente eso había sido lo que la inició. Su primo Raymond, ante sus inquisitivas preguntas sobre cómo había empezado la trifulca, se había limitado a anunciarle que él mismo había comenzado. Y cuando Tori le hizo la pregunta más evidente de todas: «¿Por qué?», Raymond le contestó con el razonamiento habitual que utilizaban todos los Lowell cuando se metían en algún problema:

—Porque Michael es gilipollas.

Mientras que Raymond apenas había recibido unos cuantos golpes, Logan había acabado con una gran brecha en la frente causada por cuatro de los amigos de Michael que se habían abalanzado sobre él. En cuanto Tori vio la sangre deslizándose por su rostro quiso correr hacia él, pero como las heridas la ponían nerviosa desde pequeña y mimarlo sólo le mostraría que ya no estaba enfadada con él, se limitó a mantenerse alejada de Logan y a cuidar a Michael para que éste no lo denunciara metiéndolo en un sinfín de problemas.

Permaneciendo cerca de él, Tori se daba cuenta de que el chico que siempre había creído el más adecuado para ella no lo era tanto cuando comenzaba a compararlo con Logan, y poco a poco se deslucía ese brillante aspecto que un día la deslumbró. Las cosas que Michael y ella tenían en común no parecían tan importantes como había creído en un principio y, por el contrario, las diferencias existentes entre ella y Logan se complementaban, haciendo cada vez más excitantes los momentos que pasaba junto a él.

Comparándolos a ambos, Tori se preguntaba cuál era su verdadero amor: si el chico que sus ojos perseguían desde hacía tiempo o el error al entregar una carta que la llevó a fijarse en otro.

Cuando llegó a la zona de enfermería, las compañeras de su madre no tardaron en mostrarle dónde se hallaba ésta tomándose un descanso.

—Mamá, papá te necesita —anunció Tori, acabando con su tiempo para un pequeño tentempié.

—¡Vaya por Dios! ¿Y cuándo no me ha necesitado ese hombre? —preguntó retóricamente Molly mientras se levantaba mostrando un falso enfado, ya que siempre que pensaba en su marido lo hacía luciendo una gran sonrisa—. ¿Qué es lo que quiere ahora?

—Dice que necesita que esterilices el material quirúrgico.

—¡Ah! Entonces no hay prisa —declaró Molly volviendo a sentarse. Hasta que cayó en la cuenta de lo extraño que sonaba el apresurado requerimiento de su esposo en esos momentos. Entonces volvió a levantarse—. Cuando dejaste a tu padre en la habitación, ¿de qué humor estaba exactamente?

—Parecía contento porque sonreía: había terminado de coser a Logan y se disponía a administrarle algún tipo de medicamento a Michael —contestó Tori, haciendo que Molly se preocupara cada vez más y se apresurara por los pasillos, ya que las falsas sonrisas que mostraba su esposo siempre que algo lo molestaba nunca iban acompañadas de buenas intenciones.

—Y dime, ¿con quién se estaba peleando Logan antes de ser herido?

—Con los amigos de Michael. Al parecer, mi primo Raymond empezó la pelea y no quiere decirme el porqué.

—¡Mierda! ¡Y encima Raymond está implicado! ¡Eso sólo puede significar el desastre más absoluto!

—Mamá, no sé por qué te preocupas. Todos sabemos lo serio y responsable que es mi padre en su trabajo.

—Me preocupo porque lo conozco y sé cuánto le molesta a tu padre que alguien que no tiene ninguna dolencia ocupe una cama del hospital. Y si a eso añadimos que esa persona golpeó a su querido sobrino, no sé de lo que puede ser capaz.

—Mamá, papá es un eminente médico, bien reconocido, que no haría nada que dañara su reputación y...

—¿Decías? —preguntó Molly irónicamente mientras abría la puerta de la habitación para que ambas pudieran contemplar, espantadas, cómo Logan mantenía sujeto a Michael boca abajo sobre la cama mientras Josh intentaba bajarle los pantalones para administrarle su tratamiento.

»¡Josh Lowell, suelta ahora mismo ese supositorio gigante! —ordenó severamente Molly a su marido, sabiendo de lo que era capaz ese hombre para defender a los suyos.

—¡Joder, Molly, si hubieras llegado un poquito más tarde le habría administrado su debido tratamiento a este chaval, que, sin duda, lo está pidiendo a gritos! —se quejó el serio y eminente médico, perdiendo la compostura ante la regañina de su esposa, que no dudó en sacarlo de la habitación arrastrándolo de una oreja.

Tori, siguiendo el ejemplo de su madre, fulminó a Logan con la mirada para que soltara de una vez a un aterrado Michael, que, a partir de ese día, tendría más de una pesadilla con ese hospital

o, tal vez, con Josh Lowell.

—¿Qué? Sólo estaba ayudando a tu padre... —declaró Logan alzando inocentemente las manos. No obstante, su satisfecha sonrisa lo delataba como culpable, haciendo que encajara cada vez mejor con los alocados miembros de su familia.

Capítulo 14

Intentando eludir los despreciables chantajes de Izan, estuve esquivándolo durante toda la semana. Pero, para mi desgracia, si quería evitar que se enfadara más y sus exigencias aumentaran, también tenía que mantenerme alejada de Nathan, algo realmente difícil, dado que vivíamos bajo el mismo techo y, además, asistía a su clase.

Decidida a no arrastrar a nadie más en mis problemas, me devané los sesos pensando en una manera de lograr que Izan se arrepintiera de pedirme algo tan imposible para mí como que sólo tuviera ojos para él, cuando era evidente que tanto mi mirada como mi corazón siempre se desviarían para contemplar al hombre del que había elegido enamorarme.

Suspirando, miré soñadoramente a Nathan desde la cafetería de la universidad y fantaseé una vez más con él, ya que por ahora, a pesar de lo cerca que estábamos, para mí era imposible aproximarme a él.

—¿Qué te ocurre, Jessica? Últimamente no pareces tú misma... —se interesó Lucil inquieta.

—No me pasa nada, no os preocupéis —dije intentando que a mi rostro asomara una sonrisa, cuando la verdad era que no tenía ningunas ganas de sonreír.

—Sí, a ti te pasa algo —insistió Taimi molesta—. Y la prueba de ello es que has dejado de acosar a ese hombre —declaró mientras señalaba con descaro a Nathan.

Y, como si Izan hubiera detectado de algún modo que mis atenciones recaían en ese momento sobre un hombre que no era él, después de que mi amiga bajara el dedo recibí un mensaje en el móvil en el que me hizo un requerimiento que no tardé en cumplir. A mi manera, claro.

—¿Con quién te has estado mandando mensajitos durante toda la semana? —preguntó Taimi molesta.

Una cuestión a la que yo no contesté. Y, entre suspiros de resignación, ignoré a mis amigas y respondí al impertinente mensaje de ese chantajista pesado. Ante la asombrada mirada de mis compañeras, saqué el libro de matemáticas que tenía que devolver a la biblioteca e hice una fotografía de una de sus páginas para después enviársela.

—Jessica, si te ocurre algo, deberías confiar más en nosotras y... —comenzó Lucil con preocupación, hasta que fue interrumpida por el impertinente pitido de un nuevo mensaje que me mostraba el descontento de Izan, que aprovechaba para exigirme algo más que yo no estaba dispuesta a darle.

Enfadada por mi silencio y porque no le hiciera caso, Taimi se dejó llevar por la curiosidad y me arrebató el móvil para descubrir otro más de los líos en los que solía meterme por perseguir a

mi corazón.

—¡Trae acá! —ordenó antes de comenzar a cotillear mi teléfono—. ¿Se puede saber qué es esto, Jessica? —inquirió mi amiga con furia mientras me enseñaba el mensaje donde ese perverso me hacía una petición bastante deshonesto.

—Por lo visto, Izan quería que le enseñara un seno. Y eso es lo que hice antes con todo el placer del mundo —repuse con la misma ironía con la que le enviaba mis mensajes a ese despreciable sujeto.

—No creo que ese tiparraco se refiriera a la función trigonométrica cuando te pidió eso, Jessica —opinó Lucil, tan molesta conmigo como Taimi.

—La cuestión aquí es: ¿por qué no has mandado a paseo a ese imbécil, sino que, por el contrario, le contestas? No lo entiendo, y menos aún después de lo que intentó hacerte...

—Porque me está chantajeando, Taimi —confesé finalmente, sabiendo que si no les contaba a mis amigas la verdad, éstas eran capaces de hacer lo imposible por descubrirla, incluido amenazar a Izan, acabando con su paciencia y posiblemente provocando una catástrofe.

—¿Qué puede tener ese idiota para que tú bailes al son que él marca? —preguntó Taimi con incredulidad.

Yo guardé silencio, pero Lucil, que siempre se percataba de todo, se dio cuenta de cómo mis tristes ojos se desviaban hacia Nathan por unos segundos, y entonces dedujo lo que utilizaba Izan contra mí.

—Te amenaza con algo que puede hacerle daño a él, ¿verdad? —preguntó en voz baja, ante lo que asentí con la cabeza.

—¡Pero, Jessica, no puedes seguir así! Cuando se canse de tus evasivas y te exija algo que tú no estés dispuesta a darle, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. Por lo pronto me pidió una foto en bolas y le mandé ésta... —dije mostrando a mis amigas una imagen en la que se me veía dentro de una piscina llena de bolas de colores de un parque infantil donde se celebraban cumpleaños—; también reclamó una de mi delantera, y le mandé ésta —continué enseñándoles una foto bastante provocativa donde aparecían unos grandes senos apretándose contra mi camiseta. O, al menos, eso era lo que parecía.

—¡Jessica, ¿cómo has podido?! —comenzó a reprenderme Taimi. Y, antes de que ella continuara su indignado discurso, confesé entre risas la realidad que ocultaba esa imagen.

—¡Son mis rodillas!

Lucil revolvió los ojos hasta ponerlos en blanco, un claro gesto de hartazgo ante mis niñerías; a continuación, comentó seriamente:

—Creo que lo mejor será decírselo a Nathan. Estoy segura de que él sabrá cómo tratar con Izan.

—Sí. De hecho, en la discoteca lo trató magníficamente... —apuntó Taimi, recordándonos que Nathan no era tan serio ni racional cuando yo estaba involucrada.

—Bueno, entonces ¿qué vas a hacer? —me interrogaron mis dos amigas con inquietud a causa

de mi difícil situación, y también algo interesadas por conocer qué nuevas locuras llevaría a cabo para evitarla.

—¡Tengo un plan! —les anuncié.

Una vez que les conté mis intenciones, ambas se llevaron las manos a la cabeza, y allí las mantenían todavía cuando contemplaron a un furioso Izan dirigiéndose hacia mí.

—¿Qué has hecho, Jessica? —se alarmaron mis amigas, temiéndose lo peor.

—Únicamente estoy dándole lo que él me ha pedido —repuse mientras mi rostro lucía una maliciosa sonrisa dirigida al tipo que me tapaba la maravillosa vista que tenía frente a mí, interponiéndose entre Nathan y yo. Izan parecía haber olvidado su exigencia de que yo solamente podía mirarlo a él, un requerimiento del que, al parecer, ya se estaba arrepintiendo.

—¿Qué es esto?! —preguntó Izan, dejando una montaña de notitas sobre la mesa de la cafetería.

—Son notas de amor —contesté burlonamente—. A Nathan le escribí una carta, por lo que te dediqué todas esas notas para superar mi listón contigo y que te llegaran mis sentimientos.

—¿Y tenías que pegarlas por todas partes en mi coche? ¡¿Hasta en las ventanas?! —preguntó muy enfadado, exhibiendo un tic nervioso en uno de sus ojos, mostrándome que comenzaba a sentirse «algo molesto» con mis desmesuradas muestras de amor. Unas que él mismo me había exigido...

—Es que quería que las vieras... —dije haciéndome la inocente, aunque no me pegara nada.

—¿Y para ello tenías que cubrir mi coche por completo con estas notitas, ¡usando un pegamento que no hay manera de retirar!? ¡Las ventanas están totalmente empañadas y no sé cómo limpiarlas!

—¡Síííí! —repuse, tal vez con demasiado entusiasmo.

—¿Y las rosas en el tubo de escape? —continuó preguntando, cada vez más airado.

—Le daban un toque más romántico a mi declaración de amor.

—¿Y les dejaste las espinas por...?

—¡Ah!, eso es porque en tu último mensaje me dijiste que querías que te tocara. Así que me decidí por tocarte un poco... los huevos.

Mi última impertinencia lo alteró ya por completo, e Izan respondió agarrando bruscamente mi muñeca para alzarme del asiento y susurrarme al oído una nueva amenaza:

—Esto no va a quedar así...

—¿Qué te pasa? Te estoy dando lo que me pediste: con mis detalles, todos verán que sólo tengo ojos para ti.

—A ver si es verdad... —replicó él con una maliciosa sonrisa cuando Nathan se acercó a nosotros, seguramente para salvarme. Pero en esta ocasión me tocaba a mí salvarlo a él.

—Ésa no es forma de tratar a una mujer —gruñó Nathan mientras apretaba con firmeza la muñeca de Izan para que me soltara.

—¡Vamos, profesor! ¡No se preocupe! Esto tan sólo es una pelea de enamorados... —manifestó

despreocupadamente Izan, anunciándome con su fría sonrisa lo que debía hacer en esta ocasión para satisfacerlo.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo? —preguntó Nathan, alzando una ceja con escepticismo.

Sabía lo que tenía que contestar, lo que tenía que decir. De hecho, lo había ensayado más de una docena de veces delante del espejo y, aun así, mis palabras de rechazo hacia el hombre al que amaba no querían salir. Mientras me quedaba paralizada deseando gritarle a Nathan que me ayudara, Izan sacó su teléfono móvil y se dispuso a enseñarle alguna de las fotos que le había enviado, vanagloriándose de su victoria, con lo que yo bajé la cabeza avergonzada.

—Llevamos saliendo una semana, pero las cosas van muy rápido entre nosotros: ¡incluso me manda fotos provocativas!

—¡Ah, sí! En efecto: bonitas rodillas —dijo Nathan, mirándome a mí e ignorando a Izan después de contemplar esa imagen que sólo mostraba lo estúpido que era él.

—Gracias —contesté apocadamente, intentando coger fuerzas para rechazarlo.

—¿De verdad estás saliendo con este idiota? —me preguntó alzando mi rostro hacia él.

—Sí —contesté. Y, cogiendo aire, ignoré su mirada para manifestar cada una de las mentiras que Izan quería oír—: He decidido experimentar lo que es el amor en brazos de alguien que no me rechace continuamente y que me desee —declaré mientras representaba el papel de novia enamorada colgándome del brazo de Izan para satisfacer su orgullo y para evitar así que le hiciera daño al hombre que amaba.

—¿Crees que eso es amor? —me preguntó Nathan.

—No lo sé. Nadie me ha enseñado qué es el amor, ni siquiera aunque yo estuviera dispuesta a aprenderlo —le eché en cara, alejándome de él sin esperanza alguna de descubrirlo entre sus brazos después de haberme ido con otro.

Nathan permaneció plantado firmemente detrás de mí, como si no pudiera creerse mi rechazo. Por supuesto, no corrió a mi encuentro como yo habría hecho de haber estado en su lugar, ya que tenía que preservar su dignidad de profesor. Pero sentí su esperanzada mirada en mi espalda, como si estuviera aguardando a que me volviera para poder recibirme entre sus brazos.

—Me has estropeado el coche, pero tan sólo por ver esto ya ha valido la pena —musitó Izan, satisfecho con mi dolor.

Me sentí tremendamente abatida y sin ganas de seguir luchado con ese idiota, hasta que mis amigas Taimi y Lucil se interpusieron entre nosotros y me recordaron una vía de escape que siempre tendría frente a todo.

—El mes que viene empieza el campamento de deportes que lleva tu padre, ¿estás preparada?

—¡Sí! —exclamé emocionada al percatarme de que podría alejar todo mi dolor centrándome en una de mis mayores pasiones.

Pero mi alegría duró sólo hasta que el despreciable sujeto que me acompañaba dijo:

—Me apunto, eso parece interesante...

—¡Nosotras también! —dijeron fervientemente Taimi y Lucil, aferrándose a mis brazos

mientras se declaraban mis más acérrimas defensoras y dirigían airadas miradas a ese chico que quería robar mi corazón, a pesar de que éste perteneciera a otro.

* * *

Me sentía extraño desde que Jessica había pasado de perseguirme constantemente a ignorarme por completo, en especial después de la noche que habíamos pasado en ese hotel, en la que yo cedí ante sus deseos, convirtiéndome en el hombre de sus sueños.

En un principio había querido alejarme de ella y dejarle bien claro que no podía amarla, pero la noche que pasé haciéndole el amor lo volvió todo más confuso. Y ahora que ella no estaba a mi lado y que se alejaba de mí, me llevaba a sentir que algo le faltaba a mi vida. Ahora era yo el que la buscaba constantemente con la mirada, el que se distraía con su sonrisa en mitad de una clase sin poder recordar qué era lo que estaba explicando, el que deseaba correr junto a ella solamente para volver a oír su voz.

Las tornas se habían vuelto de una forma ridícula, y a cada instante me sentía tentado de colarme en la habitación de esa chica que había decidido dejar de amarme sin ofrecerme una razón aceptable. Y, aunque yo gritara constantemente que no deseaba su amor, el pecho me dolía demasiado cuando pensaba que se lo había entregado a otro. Sobre todo cuando yo sabía a ciencia cierta que ese sujeto del que Jessica pretendía enamorarse no era merecedor de ella.

Seguramente tenía algo de culpa en su precipitada decisión, ya que, sin duda, mis continuos rechazos le habían dolido tanto como me dolía ahora a mí el que ella me ignorara. Pero eso no podía ser el final para nosotros.

Mi habitualmente deslumbrante inteligencia brillaba por su ausencia frente a todo lo que se refería a esa mujer, ante lo que yo me preguntaba continuamente «¿por qué?», mientras el persistente dolor que sentía por su ausencia me hacía ver que eso tenía que significar algo que todavía era incapaz de comprender.

Distraído, deambulé por el pasillo hacia mi habitación, en donde estaba preparando las cosas para emprender un nuevo viaje en ayuda de mi amigo Roan, para que intentara recuperar el amor de su vida, que, a pesar de haberlo perseguido con tanto ahínco desde que no era más que un crío, finalmente había acabado ignorándolo como a un idiota a causa del trabajo, alejándolo de él.

Mientras pensaba en el caos en el que metería mi familia a Roan para que demostrara que merecía estar con mi prima Helena, me crucé con Jessica. Y, antes de que me diera cuenta de lo que hacía, mi mano agarró la suya, reteniéndola a mi lado. Y, negándome a soltarla, la conduje hacia la pared, donde la acorralé entre mis brazos buscando esa respuesta que mi mente no podía darme y que me exigía mi corazón.

—¿De verdad has dejado de amarme? —le pregunté, uniendo con desesperación mi frente con la suya para que no pudiera huir de mí.

—Olvidas que yo no sé qué es el amor —repuso ella impertinentemente, recordándome las

serias palabras que le había dicho yo en más de una ocasión.

—¿De verdad ya no me deseas? —susurré en su oído, intentando encontrar su esquiva mirada, que me rehuía de nuevo.

—El sexo no es amor —dijo pronunciando unas palabras razonables que ya no tenían cabida en mi mundo desde que la había conocido a ella.

—¿De verdad has decidido desistir de enseñarme qué es el amor? —le pregunté mientras apoyaba la cabeza en su hombro a la espera de su respuesta.

Ella, por unos instantes, levantó la mano hacia mí con la idea de tocarme. Pero en el último momento pareció cambiar de opinión y, apretando fuertemente el puño, lo alejó de mí.

—Creí que eras tú el que debía enseñarme esa lección..., pero me cansé de esperar.

—No puedo enseñarte lo que desconozco, pero tal vez pueda aprenderlo si tú estás a mi lado —supliqué besando una de esas manos que se habían negado a tocarme.

—Demasiado tarde... —respondió Jessica, apartándose de mí. Pero mientras su boca me rechazaba, sus ojos me perseguían con anhelo y me mostraron que no la había perdido del todo.

Sabiendo que me ocultaba algo en esa historia, algo que aún no estaba dispuesta a revelarme, finalmente me dispuse a dejarla marchar. Pero, recordando lo persistente que había sido esa mujer conmigo, yo no quise ser menos, así que antes de que se fuera le recordé:

—Todavía no he resuelto ese problema que me pusiste, así que no tienes permitido alejarte de mí.

—Pero cuando lo resuelvas no sé si te gustará el resultado —susurró ella tristemente, pretendiendo esconderse nuevamente de mí.

No obstante, yo no lo permití, y alzando su rostro hacia el mío susurré ante sus temblorosos labios antes de besarlos con dulzura:

—Todo depende de si la solución que te dé es la acertada.

Tras terminar ese dulce beso, ella volvió a sonreír.

—Yo sólo te he planteado el problema. Lo que hagas con él será cosa tuya... y eso solamente si consigues resolverlo alguna vez —manifestó retándome de nuevo a seguirla.

Y, a pesar de sus continuos rechazos, yo, como un loco, acepté seguirla hasta donde ella me guiara.

* * *

—¡Esta mierda no tiene solución! —exclamó Nathan frustrado en la habitación del pequeño hotel donde sus tíos y su padre habían decidido fastidiar a su amigo Roan con una puñetera lista de objetivos nada racionales que su prima Helena había elaborado en su niñez.

Dicha lista describía las cualidades que debía poseer su chico ideal, que se resumían básicamente en ser «un chico malo», justo todo lo contrario de lo que era el buenazo de su amigo,

que, en esos instantes, lo estaba pasando bastante mal al intentar alcanzar un estúpido ideal que únicamente era parte de la fantasía infantil de Helena.

—¡Estoy hasta las narices de las listas, las cartas de amor y, sobre todo, de los problemas! —gritó Nathan, un poco borracho, al papel que tenía en las manos y ante el cual, a pesar de esmerarse y esforzarse al máximo, siempre obtenía la misma solución. Una incorrecta.

—¡Amén, hermano! —convino Roan al tiempo que alzaba su cerveza para brindar por sus palabras, luciendo un aspecto de chico malo que Nathan nunca habría creído que pudiera llegar a tener.

—¿Por qué tanto interés en resolver esa ecuación? —preguntó Alan a su sobrino, interesado en ese papel.

—Te la ha puesto ella, ¿verdad? —se rio Josh de su hijo mientras daba un trago a su cerveza.

—Si lo ha hecho una mujer, sin duda tiene alguna trampa —señaló su tío Dan, haciendo que los demás asintieran ante sus sabias palabras.

—He resuelto este problema un millón de veces, de todas las maneras diferentes que se me han ocurrido, y el resultado es siempre el mismo. Pero Jessica asegura que no es la respuesta correcta que ella busca y que tiene otra solución. ¡Es una ecuación tan fácil..., y ella la hace parecer tan complicada...!

—Así son las mujeres, chaval —declaró Alan.

—Sí, las mujeres en ocasiones son... —trató de opinar Roan.

—Tú mejor te callas, chaval —lo cortó Alan bruscamente, recordándole que la mujer de la que pretendía hablar no era otra que su hija, mientras le señalaba amenazadoramente el rincón donde lo habían castigado por su penoso comportamiento con Helena.

—Bueno, ¿y por qué quieres resolverlo? ¿Qué ganas con ello? —preguntó Josh a su hijo, bastante interesado en conocer qué había pasado, ya que hasta hacía poco Nathan huía de esa chica, a pesar de que su mirada no se apartase de ella.

—No lo sé. Jessica se ha alejado de mí y está con otro, y eso me molesta y me duele demasiado. Resolver este problema es lo único que me queda.

—Con lo listo que eres para algunas cosas, hijo mío, para otras eres un negado —manifestó Josh—. ¿Te deletreo lo que te pasa o has llegado tú mismo a la conclusión?

—¡No! ¡No! ¡A mí no puede pasarme, yo no puedo...!

—¡Estás enamorado! —exclamaron todos los presentes en la habitación, haciendo que Nathan se diera de bruces con la realidad.

—Pero ¿cómo ha pasado sin que me diera cuenta? No tuve ningún aviso de ello, ninguna pista ni ninguna advertencia de lo que me estaba sucediendo.

—En ocasiones surge así, inesperadamente, y esa chica que se esconde todos los días detrás de una carpeta suspirando por ti llama tu atención hasta que te ves a ti mismo buscándola con la mirada cuando ya no está a tu lado —dijo Josh, rememorando su propia historia con su querida Molly.

—O puedes saberlo desde el principio con una sola mirada, ya que ella es todo lo que tú no puedes ser —le confesó Roan a su amigo, recordando la primera vez que vio a Helena.

—Yo lo descubrí después de una borrachera, tras negarme a ver lo que sentía por una mujer con la que no dejaba de discutir y que, simplemente, me volvía loco —apuntó Dan, recordando con una sonrisa las veces que intentó negar que estaba enamorado de su amada Victoria.

—Imagínate cómo te sientes en el instante en el que descubres que la chica con la que has crecido y con la que te has peleado continuamente desde niño es la que te ha robado el corazón... —compartió Alan pensando en su Elizabeth.

—Chaval —comenzó Josh—, el amor no nos da ningún aviso, simplemente nos sorprende en el instante más inesperado y con la persona que menos imaginemos. Y, en un momento dado, casi de improviso, notamos que estamos inmersos de lleno en él, experimentándolo todo simultáneamente: la alegría, la tristeza y el dolor. Todos esos locos sentimientos nos hacen darnos cuenta de que nos hemos enamorado porque, sin la presencia a nuestro lado de la persona que provoca ese efecto en nosotros, simplemente no sentiríamos nada.

—Siempre creí que el amor era para idiotas y que yo nunca caería en sus garras —suspiró Nathan, rindiéndose ante lo inevitable.

—No es estúpido enamorarse, hijo, pero sí lo es ignorarlo cuando ha aparecido ante ti, ¿no crees? —señaló Josh, haciéndolo recapacitar.

—¿Qué hago para recuperar lo que he perdido?

—Por lo pronto, resolver esa ecuación que ella te dio y que tal vez tenga algún significado oculto.

—No lo sé, papá. Jessica me dijo que, a pesar de que la solución que yo hallara pareciera la correcta a simple vista, realmente no sería la acertada, y que, para verla, tenía que observar la cuestión de otra manera, con otra perspectiva —declaró Nathan frustrado con ese problema.

Ante sus palabras, su alocado tío Dan chasqueó los dedos. Y, quitándole de entre las manos la hoja de papel con la ecuación, anunció:

—Cuando la lógica no sirve, ¿por qué te empeñas en utilizarla? —lo reprendió dispuesto a ayudarlo.

—¡Venga ya, Dan! ¡No me digas que tú, que tienes menos cerebro que una piedra, vas a resolver ese problema! —protestó Alan, metiéndose con su cuñado.

—Todos los aquí presentes conocemos la solución, lo que pasa es que algunos no podéis verla tan fácilmente como otros —declaró Dan haciéndose el interesante.

—Anda, deja de dártelas de sabio y solúcionalo ya, si es que puedes de verdad —protestó Josh enfadado, dado que él todavía no era capaz de dar con otro resultado diferente del que le salía a Nathan.

—Esto no es una ecuación, sino un acertijo, un juego de números y letras con un mensaje escondido que esa chica te ha dejado y que tú no has querido ver hasta ahora —señaló Dan,

aleccionando a su sobrino—. Mirad este lado de la presunta ecuación, ¿qué pasa si borramos la parte de arriba? ¡Sencillo! Que donde antes veíamos $X = \sqrt{28980}$ desaparecen los números y aparece un mensaje que dice...

—« $X = I\ love\ you$ »... —leyó Nathan, viendo al fin el «te quiero» que Jessica le había dejado escondido en su problema; sin duda, la respuesta que ella esperaba que él le ofreciera.

—Si ésa es la solución, no la has perdido del todo, chaval. La pregunta aquí es: ¿quieres recuperarla?

—No sé si estoy listo para devolverle ese «te quiero», pero sí sé que deseo recuperarla —confirmó Nathan mientras arrugaba el papel entre las manos, decidido a ser él quien persiguiera a Jessica en esta ocasión para aprender junto a ella cómo era ese amor que siempre le había reclamado y para el que nunca había tenido una respuesta adecuada. Hasta el momento.

Capítulo 15

Mientras que al principio Paul Scott no había albergado ninguna duda a la hora de alojar a ese chaval en su casa, con el paso de los meses y los murmullos de sus compañeros, comenzaba a pensar si no sería razonable instalar un pestillo en el cuarto de su hija en lugar de en la habitación ocupada por ese hombre que compartía ahora su hogar.

Nathan Lowell, el sobrino de su amigo Alan, al contrario que los demás alocados miembros de su familia, no parecía un conquistador nato que iba detrás de cualquier falda que pasara por su lado. Más bien parecía un muchacho centrado y responsable que sólo pensaba en el futuro.

Pero eso únicamente era así hasta que Jessica se cruzaba en su camino y entre ellos se iniciaban unas disputas en las que ambos se sumergían en su propio mundo, en el que no tenía cabida nadie más. Ese hombre, que en ocasiones se mostraba formal hasta el aburrimiento, perdía la compostura cuando su hija jugaba atrevidamente con él, sobre todo en alguna que otra ocasión en la que le arrebatara las gafas.

Paul observaba desde lejos esa extraña relación, en la que Jessica corría detrás de ese hombre decidida a aplacarlo con sus encantos mientras él la esquivaba con gran habilidad.

Hasta ahora...

Desde que Nathan había vuelto de ese viaje a Whiterlande, para el que tuvo que pedir algunos días en su trabajo por asuntos familiares, parecía que todo había cambiado entre ellos. Ahora era él el que perseguía a su pequeña, y Jessica la que lo esquivaba, no demasiado bien realmente, sin dejarle claro si quería o no sus atenciones.

Se suponía que su hija estaba saliendo con un chaval de la universidad llamado Izan, pero él aún se preguntaba por qué lo hacía, si era más que obvio que le interesaba otro.

En algún momento Paul tendría que acercarse a Nathan y pedirle que le aclarara lo que estaba ocurriendo con su hija, pero la verdad era que, después de haber recibido uno de sus reprobadores sermones, temía aproximarse a él, ya que podía acabar siendo Paul quien finalmente recibiera una reprimenda por parte del estricto profesor.

Mientras preparaba su viaje para un fin de semana lleno de actividades deportivas en las que entrenaría a los chavales del vecindario, se preguntó por qué le sobraban voluntarios ahora, cuando antes siempre le faltaba gente para ayudarlo. Taimi y Lucil, las amigas de su hija que siempre huían del deporte como de la peste, se habían apuntado; el chico que según los rumores salía con su hija, un hombre al que Jessica aún no se había dignado presentarle, también estaría allí.

—¿Desde cuándo mis campamentos deportivos son tan populares? —se preguntó en voz alta, sin saber que estaba llamando la atención de un nuevo voluntario.

—¿Un campamento deportivo? ¿Qué se hace exactamente allí? —se interesó Nathan con curiosidad, alzando por un momento la vista de sus papeles.

—Se preparan actividades para que los chicos se diviertan con diferentes pruebas de habilidad en distintos deportes, y luego se ponen en práctica por medio de competiciones, carreras y partidos.

—Creo que les sería de mayor provecho a esos chavales que emplearan su tiempo en estudiar para su futuro, y no en juegos que no les reportarán ningún beneficio —declaró Nathan con petulancia, sacando a Paul de sus casillas.

—Tú no practicabas ningún deporte de pequeño, ¿verdad? —dijo él irónicamente mientras medía a ese chico, comprobando por sí mismo la verdad que su amigo le había confesado muchas veces: que Nathan era un negado para cualquier tipo de deporte, algo que él confirmó con sus palabras:

—Jugaba al ajedrez.

—El ajedrez no es un deporte, chico.

—Siento disentir. Aunque muchos no lo vean como tal, es una actividad muy exigente que requiere concentración plena, desarrollar estrategias a largo plazo y realizar un enorme esfuerzo mental; no es un simple juego de habilidad o suerte: exige utilizar el órgano más importante del cuerpo, el cerebro.

—Ya... Reconócelo, chaval: no te admitieron en ningún equipo de ningún deporte cuando eras niño y por eso te decantaste por el ajedrez.

—No me gustaba sudar sin un motivo racional. La verdad, señor Scott, no le veo el menor sentido a corretear de un lado a otro por el simple interés de hacerme con una pelota y anotar un tanto, una canasta o lo que sea.

—Entonces ¿qué? ¿Te apuntas como voluntario a mi campamento? —preguntó burlonamente Paul. Y, conociendo de antemano la contestación que le daría Nathan, prosiguió con su discurso—: Este año será muy divertido y, como siempre, Jessica me ayudará y...

—Me apunto —confirmó Nathan después de que pronunciara el nombre de su hija, sin dejarlo acabar su elaborado discurso.

Y, por si el interés que ese hombre mostraba en su hija no fuera suficiente para preocuparlo, la conversación que oyó por casualidad cuando Nathan llamó a su familia solamente logró que se intranquilizara aún más, llevándolo a preguntarse finalmente cómo se desarrollaría ese año el campamento, un campamento en el que varios de los asistentes no parecían estar muy interesados en el deporte precisamente.

* * *

—Nathan, ¿estás seguro de que no estás enfermo o tienes fiebre? ¿Quieres que llame a tu padre y le relate tus síntomas? —preguntó Alan con preocupación, a pesar de que su sobrino únicamente le había preguntado algo totalmente coherente y racional.

«Así de exagerados son en mi familia», pensó Nathan mientras negaba con la cabeza al otro lado del teléfono.

—Tío Alan, estoy perfectamente bien. Sólo te he llamado para preguntarte cómo se juega al fútbol americano. Como tú tienes mucha experiencia en ello, pensé que podrías aconsejarme qué debo hacer.

—¡Y ahí tenemos la prueba de que no estás bien, Nathan: tú jamás te has interesado por los deportes! No te preocupes: tu tío Dan y tu padre vienen para acá y no tardarán en llegar a mi casa. Seguro que ellos podrán ayudarte —dijo Alan Taylor volviendo a ignorar a su sobrino, por más que éste le asegurara que no le ocurría nada.

Y sus insistentes preguntas no cesaron hasta que Josh entró por la puerta. Tras oír de boca de Alan lo que le solicitaba Nathan, Josh le hizo una petición a su cuñado:

—Pregúntale si su repentino interés en los deportes no se debe a una chica, por casualidad...

Antes de que Alan comenzara a acosarlo a preguntas, Nathan, que había oído a su padre, confirmó las sospechas de Josh, bastante enfadado con sus familiares.

—¡Sí, vale! ¡Es por una chica! ¡No tengo fiebre, ni diarrea ni ninguna intoxicación alimentaria que me lleve a delirar! —exclamó mientras refutaba todas las opciones que había expuesto su tío Alan cuando Nathan lo llamó interesándose por el fútbol americano—. Es que, simple y llanamente, no quiero hacer el ridículo delante de ella. Jessica es muy buena en cualquier deporte y yo siempre seré un negado para ello.

—¡Espera un momento, Nathan! ¿Jessica? ¿Ésa es la chica que trajiste a nuestra reunión familiar y por la que has estado suspirando todo este tiempo? No será la misma Jessica que es hija de mi amigo Paul, ¿verdad? —preguntó Alan alarmado.

—¡Eh! Pues, verás... —intentó explicarse Nathan.

Pero antes de comenzar con sus excusas, su padre le arrebató el teléfono a Alan, reprendiendo a su cuñado por su falta de perspicacia:

—¡Al fin te das cuenta, lumbreras!

Mientras Josh ignoraba cada una de las quejas de su cuñado, Nathan no pudo evitar oírlas y comenzar a sentirse culpable por romper la confianza que su tío había depositado en él al enamorarse de la chica que no debía. Pero es que era el destino el que los había unido de esa extraña forma, ¿qué culpa tenía él?

Nathan trató de ofrecer una explicación lógica a sus familiares para excusar su comportamiento ante algo que, definitivamente, aún no entendía: su relación con aquella mujer.

—Escuchad: yo no fui detrás de ella. Era ella la que se cruzaba insistentemente en mi camino y quien no dejó de perseguirme hasta que caí.

—Entiendo... Y el problema ahora es que ya no te persigue, ¿verdad, chaval? —dedujo su

padre sabiamente, haciéndole recordar todos los desplantes que había sufrido Jessica de su parte cuando él quería alejarla de su lado.

—Bueno, ¿me vais a dar algún consejo que me sirva de algo o no? —preguntó Nathan, bastante enfadado al recordar lo necio que había sido.

—¡Plácala! —gritó Alan finalmente, decidiendo dejar sus quejas a un lado por el bien de su sobrino.

—Ni caso, hijo: tú límitate a seguir las normas del juego y todo saldrá bien —lo animó su padre, a pesar de que él mismo no fuera muy dado a seguirlas.

—¡Juega sucio, Nathan, si no, no ganarás! —gritó Dan en ese momento mientras entraba por la puerta después de haber oído las últimas palabras de su hermano y sospechar de lo que estaban hablando con su sobrino.

—Sabéis que vuestros consejos dejan mucho que desear, ¿verdad? —declaró Nathan bastante molesto, ya que esa llamada no le había aportado nada.

—Sí, hijo —manifestó Josh—, pero nosotros ya pasamos por lo nuestro para conseguir a nuestras mujeres y ahora te toca a ti jugar. Y, lo hagas bien o mal, hazlo con una única idea en mente...

—¿Cuál es? —quiso saber Nathan.

—Conseguirla a ella —respondió su padre, dejándole claro su objetivo.

Y, mientras antes Nathan había evitado a conciencia ese tipo de entretenimientos que, en su opinión, no servían de nada, ahora estaba impaciente por comenzar a jugar para luchar por conseguir el premio que era esa mujer.

* * *

El campamento deportivo que mi padre organizaba para los jóvenes que entrenaba se encontraba ubicado en un precioso paraje natural cerca de un hermoso lago. Antes de las vacaciones, el lugar estaba prácticamente desocupado, por lo que los propietarios de las instalaciones se las dejaban a un buen precio a mi padre para que los muchachos disfrutaran de sus actividades.

El alojamiento de los chicos se repartía por unas acogedoras cabañas de madera, con literas en las habitaciones y baño propio en cada una de ellas, donde aprendían a convivir entre sí. Los monitores compartían otra de esas hogareñas cabañas, sin demasiada intimidad, por lo que pude sentirme segura a pesar de los avances que Izan intentaría efectuar conmigo a lo largo de ese viaje.

En el edificio principal se encontraba el comedor y las cocinas, donde todos los voluntarios haríamos las comidas y las serviríamos, aunque mi padre me relegaría con toda seguridad a fregar los platos o a servirlos, pero nunca a cocinarlos. Qué desconfiado.

Por otro lado, cerca de las cabañas se desplegaban las duchas comunes, para las que

organizamos distintos turnos de uso que los monitores vigilaríamos para que los chicos y las chicas no se molestaran entre sí.

Lo mejor de ese campamento eran los extensos terrenos donde se desplegaban los campos de juego, que estaban en perfectas condiciones y de los que todos disfrutaríamos al practicar los diferentes deportes y actividades que mi padre establecería.

Como siempre, yo lo ayudaba con los chicos en sus calentamientos, carreras y estiramientos, mientras que él dirigía y arbitraba los partidos, intentando que algunos de sus nuevos voluntarios se presentaran como capitanes de los distintos equipos para hacerlos partícipes de esas divertidas actividades, consiguiendo así que ellos disfrutaran tanto como los niños, para que volvieran como voluntarios en otra ocasión.

Nunca creí posible que Nathan se apuntase al campamento de mi padre. De hecho, era evidente para todos que estaba absolutamente perdido en el terreno de juego y que se había limitado a aprenderse mecánicamente el reglamento del juego en el último momento. Aun así, él insistía en jugar, y yo supe enseguida que lo hacía por mí. Izan, al ver que Nathan también había venido, se pegaba continuamente a mí, ganándose con ello alguna que otra reprobadora mirada, tanto de Nathan como de mi padre.

Dispuesto a dejar en ridículo a Nathan ante su obvia falta de experiencia, Izan trataba de meterse con él a cada instante. Pero lo cierto era que con ello sólo estaba quedando en ridículo él mismo, a la vez que conseguía que mi padre lo pusiera en su lista negra, ya que él odiaba la falta de compañerismo y deportividad, así como el hostigamiento a los que jugasen peor, pues mi padre siempre intentaba fomentar valores positivos entre sus jugadores, ya fueran niños o grandes figuras de su equipo de la universidad.

—¡Bien! ¡Hagamos dos equipos: uno irá sin camiseta y el otro con ella! —anunció, mezclando en el juego tanto a niños como a mayores.

—¡Por favor, por favor, que a Nathan le toque en el que no lleva camiseta! —murmuré tal vez un poco demasiado alto, ya que todos los que me rodeaban me miraron, y Nathan, con una maliciosa sonrisa, me complació despojándose de ella.

—No sé para qué quieres ver el cuerpo de ese tipo, que tan sólo ejercita su cerebro, cuando tienes aquí el de un hombre que va todos los días al gimnasio.

—Sí, sí, lo que tú digas... —repuse descartando las palabras de Izan mientras tanto mis amigas como yo lo hacíamos a un lado, ya que recordábamos a la perfección cada uno de los encantos de Nathan.

—Veo que sí haces algún tipo de deporte —comentó mi padre tras ver el tonificado cuerpo de Nathan.

—Boxeo, aikido, taekwondo, kárate y algo de kickboxing —replicó Nathan, dejando a Izan por los suelos y a nosotras babeando ante la idea de verlo practicar alguno de esos deportes.

—¡Vaya! ¿Te metías en muchas peleas de pequeño? —se interesó mi padre con curiosidad, ya que todas las actividades de Nathan se relacionaban con el combate y la defensa.

—Intentaba no meterme en peleas, pero cuatro pelirrojos algo efusivos siempre me arrastraban a ellas con la idea de enseñarme a defenderme.

—¡Ah, claro! Olvidaba que los Peterson son tus tíos —manifestó mi padre con una sonrisa burlona al tiempo que negaba con la cabeza—. Bueno, chico, esto es del todo distinto de lo que estás acostumbrado. Tendrás que jugar en equipo para conseguir anotar algún tanto —lo aleccionó mientras Nathan prestaba atención a sus palabras.

—¡Yo también voy a jugar! —se apuntó Izan mientras nos estropeaba la vista interponiéndose entre Nathan y nosotras para quitarse la camiseta.

Antes de que comenzáramos a abuchearlo y a tirarle algún que otro papelito que teníamos a mano, mi padre, con una furiosa mirada, acabó con sus aires de gallito cuando le ordenó:

—Tú estarás en el otro equipo, así que ponte la camiseta.

Para mi asombro y el de mi padre, Nathan reunió a los chavales que estaban en su equipo, y, admitiendo no saber nada de ese juego, comenzó a plantearles a esos niños de apenas diez años todas sus dudas. Luego planificó junto a ellos una jugada mientras los hacía participar a todos y los instaba a olvidarse de cualquier cosa que no fuera divertirse.

Izan, por el contrario, descartó a los más débiles rodeándose de los muchachos más experimentados y grandes, y se rio en varias ocasiones de un chico que, tal vez a causa de sus gafas y su aspecto intelectual, le recordaba a su rival. Unas burlas incómodas para todos, frente a las que mi padre se dispuso a intervenir para ponerles fin, hasta que Nathan se le adelantó.

—¡Quiero a ese chico en mi equipo! —dijo señalando al niño, que negaba nerviosamente con la cabeza advirtiéndole que era un pésimo jugador.

—Entonces vas a perder —se vanaglorió Izan infravalorando a ese chaval, haciendo que Nathan finalmente se enfadara y se colocara las gafas en su lugar, dirigiéndole una de esas miradas que le advertían que estaba a punto de darle una lección.

—Si ganamos este partido, quiero que te quedes en el banquillo durante lo que reste de campamento, ya que no creo que tu aportación ayude mucho a estos chicos.

—Tú aquí no eres nadie, no tienes ninguna autoridad, así que no puedes darme ningún tipo de orden sobre lo que tengo o no tengo que hacer —replicó Izan.

—Pero yo sí soy el que manda aquí y sí puedo hacerlo, así que, si el equipo de Nathan gana, ¡tú al banquillo! —interrumpió mi padre, deseoso de acallar al idiota de Izan.

—Bien, de acuerdo. Pero si gano yo, serás tú el que se quede en el banquillo —exigió Izan, algo que a Nathan no pareció preocuparle lo más mínimo. Tal vez porque ya estaba acostumbrado a quedarse en él.

—Yo seré el árbitro imparcial y objetivo que dirigirá el encuentro —manifestó mi padre en voz alta, una declaración que no tuve dudas de que era falsa cuando le oí decirle en voz baja a Nathan mientras pasaba junto a ellos para reponer las bebidas:

—Chaval, sé que no te gustan este tipo de deportes, pero hazme un favor: ¡machácalo!

Una vez comenzado el partido, Nathan no tomó el protagonismo, como sí hizo Izan, poniéndose

por encima de aquellos chavales. En lugar de eso, se dedicó a dirigirlos para aprovechar las habilidades de que disponía cada uno, haciéndolos participar a todos.

Mi padre, a pesar de haberse declarado «imparcial y objetivo», gritaba emocionado cada vez que el equipo de Nathan anotaba algún punto. Pero, pese a sus estrategias, era evidente que Nathan no tenía ninguna experiencia. «Igual que alguno de sus muchachos», pensé tras ver cómo Elliot, el chico por el que Nathan se había decantado, volvía a patear con torpeza el balón, permitiendo que el equipo contrario pasara a la ofensiva.

Después de varios tiros de Elliot, que, por más que lo intentaba, sus defectuosos tiros siempre acababan en manos del rival propiciando algún contraataque y las burlas de Izan, Nathan se quitó las gafas, miró a Elliot, luego a Izan y, por último, tras observar detenidamente la posición que ambos ocupaban, sonrió con malicia a su rival antes de volver a colocarse las gafas.

No tuve duda de que planeaba algo, especialmente cuando lo vi situar al chaval en una posición incorrecta con respecto a la que debería ocupar si quería patear el balón y ganar alguna ventaja. Pero, asombrosamente, Elliot golpeó el balón partiendo desde esa aparentemente errónea posición, y, teniendo en cuenta el efecto que Elliot le daba siempre al balón, al final fue en la trayectoria adecuada. O, por lo menos, comenzó a ir por ella hasta que, en el último momento, se desvió en el aire y golpeó en las pelotas a Izan, lo que provocó que éste cayera estrepitosamente al suelo.

—¡Eso es falta...! Ese niño... lo ha... hecho... a propósito —se quejó Izan entrecortadamente, intentando recuperar el habla.

—Pero ¿cómo puedes decir eso, si ni siquiera te estaba mirando? —intervino Nathan en defensa de Elliot, aunque la complacida sonrisa que lucían tanto él como el chiquillo cuestionaban la veracidad de sus palabras.

—¡Venga, venga! ¡Lo mejor será que te vayas al banquillo a recuperarte! —gritó mi padre, aprovechando la oportunidad de librarse de Izan—. No te preocupes: dejaremos este encuentro en empate y retomaremos el juego en otro momento. Por ahora será mejor que empecemos con un nuevo equipo. ¡Jessica! —me llamó entonces. Y, ocupando mi posición, me dispuse a jugar contra Nathan como siempre hacía, muy decidida a darlo todo y a placarlo, si hacía falta, para llamar su atención.

* * *

Lo malo de los consejos que me ofrecían mis alocados familiares era que siempre se me quedaban grabados en la mente y que, de una u otra manera, finalmente acababa haciéndoles caso. Y cuando tuve delante de mí a Jessica, el único pensamiento que me vino fue el de las últimas palabras de aliento que me dedicaron, en especial el «¡Plácala!» de mi tío Alan, que me llevó a pensar en que, si lo hacía, podría volver a sentir el dulce cuerpo de ella debajo del mío.

Intenté no pensar demasiado en tan tentadora posibilidad, pero mientras ella daba las

indicaciones y las órdenes a su equipo para realizar su jugada, yo tenía una distracción bastante grande ante mí. O, para ser más precisos, dos, si atendía un poco a su sugerente escote. Así no había manera de concentrarse.

Finalmente, cuando el balón se movió, yo me hallaba demasiado desconcertado como para seguir la jugada que había planeado y mis deseos tomaron el control de mi cuerpo, llevándome a placar a Jessica.

—¡Pero, Nathan, ¿se puede saber por qué demonios me placas a mí cuando yo no llevo el balón?! —me reprendió ella. Y, a pesar de que tuviera razón, me negué a moverme de esa posición mientras susurraba sensualmente en su oído:

—Porque tú eres mucho más bonita.

Jessica se sonrojó y yo, sin poder evitarlo, me acerqué más para robarle uno de los tentadores besos cuya dulzura ya casi no recordaba. Nuestros labios comenzaron a acercarse, y ya estaba a tan sólo un susurro de distancia cuando el fuerte y molesto sonido del silbato del señor Scott resonó entre nosotros, separándonos.

No obstante, nuestros ojos siguieron fijos en los del otro, y, a pesar de las amonestaciones del señor Scott o de los ensordecedores pitidos de su silbato, ambos continuamos con nuestro propio juego en el campo, donde, a la menor oportunidad, tanto Jessica como yo nos placábamos para sentirnos cerca el uno del otro.

Finalmente, como sospechaba desde un principio que ocurriría, fui expulsado del partido. Aunque me sorprendió que a Jessica le ocurriera lo mismo.

—¡Descansad y daos una ducha de agua fría, que parece que os hace mucha falta! ¡Me prometisteis que habíais venido a ayudar! —nos reprendió el señor Scott mientras nos tendía unas toallas.

Y, cuando nuestras miradas se perdieron en el recuerdo de lo que añorábamos, en el instante en que nuestras manos se rozaron al coger las toallas, él sopló una vez más ese impertinente silbato para separarnos.

* * *

Cuando salí de las duchas comunes con las ideas un poco más claras, me dirigí hacia el comedor, donde mi padre, junto a los demás voluntarios, seguramente estaría sirviendo la comida a los hambrientos chavales. Pensando que necesitaría de mi ayuda para tratar con esas fieras, aceleré el paso hasta que una mano atrapó la mía y me dirigió hacia una oscura esquina. A mi rostro asomó una sonrisa pensando que se trataba del persistente Nathan, pero ésta no tardó en desaparecer al comprobar que quién me aprisionaba contra un rincón no era otro sino Izan.

—Te has divertido bastante hoy, ¿verdad? —preguntó con malicia, acariciando mi rostro con una mano, un rostro que no tardé en alejar de unas caricias que no deseaba—. Te gusta mucho

jugar conmigo, ¿no? —inquirió enfadado mientras me obligaba a mirarlo cogiéndome de la barbilla.

—No, sólo me gusta jugar con una persona, y no eres tú —repliqué recordándole dónde estaba mi corazón por más que él insistiera en que siguiera otro camino.

—Esta vez no voy a permitirte escapar de mí, lo quiero todo —dijo exigiéndome más de lo que podía darle a un hombre como él.

—No, no puedo —me negué intentando escabullirme de entre sus brazos.

—Si ya te has acostado con él, no comprendo por qué no puedes hacerlo conmigo. Sea Nathan o yo, tan sólo es sexo, ¿o acaso crees que ese profesor siente algo por ti? —preguntó Izan, haciendo que el corazón me doliera con cada una de sus palabras, ya que Nathan nunca me había dicho que me amaba—. ¡Vamos, Jessica! Si él solamente te ignora y trata de alejarse de ti la mayor parte del tiempo... Pero, si quieres, puedo susurrarte al oído esas palabras que deseas oír y que él nunca te dirá —dijo ese despreciable—. Te quiero, Jessica... ¿Ves? Es tan fácil de decir...

—¡Esas palabras tuyas no valen nada! —repliqué furiosa mientras, de un empujón, lo apartaba de mí—. He aprendido que el amor no es sólo pronunciar unas cuantas palabras, un «te quiero» sin ningún sentimiento detrás no significa nada.

—Pero ¿acaso has oído a otro hombre decirte esas palabras? ¡Ah, ya entiendo! ¡Aún tienes esperanzas de que él te lo diga! —se rio Izan cruelmente—. Deberías darte por vencida, porque tú y yo sabemos que no lo hará.

—El amor puede ser doloroso, pero incluso sin esperanzas no se muere. Lo que siento por Nathan, por más que lo intentes, no va a desaparecer —dije tratando de poner fin a esa conversación y alejarme de él.

—¿Y ésa es tu aspiración? ¿Amar a un hombre al que no le importas? —dijo haciendo que mis pasos se detuvieran. Y, aprovechando mi impotencia ante sus palabras, Izan acorraló de nuevo tanto mi cuerpo como mi corazón—. Y, a pesar de que no te quiera, ¿hasta dónde estarías dispuesta a ir por él? —inquirió recordándome su amenaza contra Nathan.

—Hasta el final... —respondí dejando salir mis lágrimas por ser tan débil e idiota cuando me tocaban el corazón.

—Muy bien. En ese caso, te espero esta noche en la cabaña junto al lago. Hoy te voy a enseñar todo lo que ese hombre no quiere mostrarte... —declaró mientras se alejaba de mí con una satisfecha sonrisa.

—Eso no es amor... —susurré cabizbaja mientras me decía que eso era lo único que quería aprender y lo único que Izan nunca podría enseñarme.

Riéndome de mi irónico destino, pensé que al fin aprendería la diferencia que Nathan siempre intentaba mostrarme entre lo que era el simple sexo y el sexo con amor, algo que nunca había podido diferenciar entre sus brazos, simple y llanamente, porque lo amaba.

—Te quiero... —susurré en el silencioso pasillo, sacando de mi interior todo lo que sentía. Y, como si el destino se burlara una vez más de mí, cuando alcé el rostro, frente a mis ojos apareció

el hombre al que iba dirigido ese desgarrador sentimiento.

* * *

Mientras caminaba por el pasillo anhelando encontrarme de nuevo con Jessica, la hallé justamente en el preciso momento en el que susurraba unas palabras que yo añoraba volver a oír. Al contrario que en otras ocasiones, recibí esas palabras con una sonrisa, pero mi corazón se rompió cuando, al acercarme, vi las lágrimas que marcaban su rostro, como si en esos instantes fuera demasiado doloroso para ella pronunciar esas palabras que antes me había gritado con una sonrisa.

Preguntándome si sería yo el que la había hecho arrepentirse de gritar su amor y le había enseñado inadvertidamente sólo la parte más dolorosa de ese loco sentimiento que aún me confundía, me acerqué a ella con la intención de hacer desaparecer esas lágrimas que tanto me perturbaban.

Jessica intentó ocultarlas, pero, acogiendo su rostro dulcemente entre mis manos, lo alcé para que me viera únicamente a mí y dejara de lado su dolor.

—Esas palabras no eran para ti —declaró ella, haciendo que el corazón me doliera por su rechazo. Sin embargo, recordando las veces que yo la había rechazado a ella y que su corazón había seguido en pie, me dije que yo no podía ser menos que Jessica.

—Está bien, pues dime entonces que no me quieres —le pedí, atreviéndome a arriesgarme tanto como ella hacía cada vez que exponía su corazón ante mí, aunque yo siempre lo rechazara.

—No te qui... —comenzó a negar, pero sus ojos eludieron los míos, revelándome así lo falsas que eran sus palabras.

Ante su gesto, yo no pude resistirme más y me decidí a acallarlas antes de que nos hicieran demasiado daño y nos alejaran cada vez más.

Mis labios silenciaron dulcemente los suyos y ella se aferró a mí como si ése fuera nuestro último beso. Sonreí, complacido por su respuesta, hasta que nuestras bocas se separaron. Y, como si ese beso le hubiera dado fuerza para seguir con sus mentiras, esta vez no dudó cuando intentó apartarme de ella.

—No te quiero —dijo con firmeza.

Pero a la vez que su boca me rechazaba, de sus ojos no cesaban de caer silenciosas lágrimas que delataban que esas palabras nunca serían ciertas. Y, limpiando esas lágrimas de su rostro con las yemas de mis dedos, apoyé la cabeza sobre su hombro, apenado porque no confiara en mí lo suficiente como para contarme la razón de esa farsa. Por eso, le susurré al oído el motivo por el que nunca podría creerla:

—¿Cómo pretendes que crea en tus palabras cuando tus lágrimas me muestran cuán dolorosas son para ti tus mentiras?

Ella no lo negó, ni tampoco confirmó el acierto de mis palabras. Simplemente se alejó de mí

rápidamente para poner distancia entre nosotros, una que tal vez pudieran sentir nuestros cuerpos, pero no nuestros corazones.

Decidido a averiguar por qué rechazaba Jessica mi amor cuando antes lo había perseguido sin descanso, caminé con decisión en busca de quien pudiera ayudarme a conocer los motivos de su comportamiento. Intuyendo que yo no podía ser la única razón de sus lágrimas, me dirigí al comedor en busca de las amigas de Jessica para que me explicaran qué estaba ocurriendo y así poder decidir cómo actuar para eliminar tales lágrimas de su rostro y hacer que en él brillara de nuevo esa sonrisa que me deslumbraba y que siempre guardaría en mi corazón.

Una vez en el comedor, me planté delante de esas chicas y, con la determinación que no había tenido antes mi corazón, les exigí:

—Quiero saber la verdad...

* * *

Después de que Taimi y Lucil vieran a Nathan presentarse ante ellas con una firme mirada que les dejaba bien claro que no desistiría hasta saber todo lo que estaba ocurriendo, las amigas de Jessica no tuvieron más remedio que contarle la verdad. Llevándolo a un apartado rincón, le confesaron el chantaje que estaba llevando a cabo Izan y vieron cómo, en un instante, el serio rostro de ese hombre que nunca se inmutaba ante nada se crispaba. Su rígida apariencia perdió su compostura y Nathan mostró ante ellas cada uno de los sentimientos que albergaba por su amiga, sin que les cupiera duda alguna de que la amaba.

Las dos chicas intentaron evitar que cometiera alguna locura, por lo que lo siguieron mientras él buscaba por todos lados como un loco a Izan. Sin duda para darle la lección que se merecía.

Cuando uno de los chicos lo informó de que lo había visto dirigiéndose hacia la cabaña del lago que utilizaban para guardar los aparejos deportivos, Nathan corrió como si le fuera la vida en ello, presintiendo lo que podía ocurrir allí.

Sin molestarse en buscar la llave de la vieja puerta de madera, la derribó de una patada para encontrarse con una terrible visión: sobre una ajada colchoneta, Jessica se dejaba besar por ese niño que manoseaba su cuerpo. Y, mientras sus manos no mostraban rechazo alguno ante Izan, sus lágrimas lo decían todo por ella.

Nathan, furioso, lo apartó de Jessica y lo acorraló contra una de las paredes, alzando simultáneamente uno de sus puños para acabar con él.

—¡No! —gritó ella, reteniendo el brazo de Nathan para que no empeorara la situación.

—¿Lo defiendes?! ¡A pesar de todo lo que te ha hecho, ¿lo defiendes?! —gritó airadamente Nathan, queriendo acabar con todo.

—Él no me ha obligado... —dijo Jessica, inventando una nueva mentira que él cortó de inmediato.

—¡No me mientas más! —bramó enfurecido—. ¡Lo sé todo! ¿Quién te ha pedido que me

salvaras, eh? ¿Quién te ha pedido que hicieras esto por mí?

—Nadie..., pero no soy como tú, no puedo poner límites a lo que hago por amor.

—¡Siempre hay otra solución, Jessica, tú misma me has enseñado que no hay una sola forma de afrontar un problema!

—Pues entonces encontrémosla juntos —pidió ella mientras bajaba lentamente el puño de Nathan y hacía que ignorara a Izan para que se centrara sólo en ella.

—Muy bonito, pero ¿cómo vais a solucionar esto? —se rio cruelmente Izan, enseñando las fotografías de su móvil, un móvil que no tardó en ser arrancado de sus manos y estampado contra el suelo por parte de Jessica, mientras Nathan le advertía que no intentara recuperarlo.

—¡Bah! Me da exactamente igual lo que hagáis con ese trasto: las imágenes están a buen recaudo en mi ordenador. Y, ahora que lo pienso, ¿por qué chantajear sólo a Jessica, cuando puedo hacerlo con los dos? —apuntó Izan, mostrándose más despreciable que nunca—. Veamos, profe: en mi próximo examen quiero sacar la nota máxima, o, de lo contrario, los rumores de que mantienes una relación con uno de tus alumnos comenzarán a circular sin descanso.

—¿Una relación, dices? ¿Una relación con uno de mis alumnos? —repitió Nathan pensativo mientras alejaba a Jessica de Izan y le entregaba sus gafas, señal de que estaba a punto de cometer una locura—. Espero que saquéis muchas fotos de esto porque, definitivamente, es algo que no volveré a repetir —dijo entonces en dirección a Taimi y a Lucil, animándolas a sacar sus teléfonos.

—Golpearme y sacar fotos de mi humillación solamente te meterá en más problemas... —comenzó a regodearse Izan, seguro de su victoria. Hasta que Nathan lo cogió fuertemente del cuello de la camisa.

Para asombro de todos, no fueron sus puños los que dirigió hacia Izan, sino sus labios. Y, dejándolos a todos de piedra, le dio un profundo beso mientras las cámaras de Taimi y Lucil captaban decenas de imágenes. Luego, apartándolo como si fuera basura, se alejó de él.

—¡Pero ¿qué coño haces?! ¡Estás loco! —gritó Izan muy irritado mientras se apresuraba a limpiarse los labios con las manos una y otra vez.

Nathan se acercó a él, y, haciéndolo recular hasta la pared, lo acorraló de nuevo contra ella para, a continuación, acosarlo de la misma manera que Izan había hecho con Jessica.

—¿Acaso no te gusta recibir el mismo trato que das? ¿No pretendías llamar la atención con tus chismes? ¡Pues, enhorabuena, finalmente has conseguido que alguien te haga caso! Te voy a dar exactamente lo que me has pedido: en el próximo examen tendrás un sobresaliente, independientemente de cómo lo hagas —declaró Nathan, haciendo que por unos instantes su confuso rival sonriera satisfecho—. ¡Pero ten cuidado! Porque colgaré ese examen tuyo en el tablón de anuncios de la secretaría de la universidad para que todos lo vean, así que te aconsejo que estudies, porque, si no, todos se van a preguntar por qué te pongo esa nota y qué tipo de relación mantengo contigo para mostrar mi favoritismo de un modo tan descarado. Especialmente después de que hayan oído rumores acerca de que me estoy acostando con uno de mis alumnos...

—¡Eso es ridículo! Nadie creerá que...

—¿Tú crees? —intervino Taimi, regodeándose en la vergüenza de ese hombre al tiempo que le mostraba la apasionada foto de su beso con Nathan.

—¡No puedes hacer eso, tu reputación quedará arruinada! —gritó Izan, pensando que las palabras de Nathan sólo eran un farol.

—Pero también arruinaré la tuya ante tus amigotes y tu rico papaíto —replicó él sonriendo con malicia mientras se alejaba de ese muchacho acorralado, pidiéndole que lo pusiera a prueba—. Respecto a esas fotografías de Jessica, espero que nunca salgan a la luz porque entonces también lo harían éstas, y me parece a mí que, de los dos, tú tienes mucho más que perder que yo. No veo a tu padre como un hombre al que le guste ser objeto de murmuraciones, mientras que, en mi caso, la universidad es un lugar más abierto y tolerante que los ambientes por los que se mueve tu familia. Además, estas fotografías son mucho más comprometedoras que las de Jessica o, por lo menos, más difíciles de negar si alguien tiene dudas sobre con quién me estoy acostando.

—¿Algo más? —gruñó Izan, admitiendo su derrota.

—No vuelvas a acercarte a Jessica si no quieres que publique estas fotos; no vuelvas a cotillear sobre nosotros si no quieres que publique estas fotos, y espero sinceramente que nadie nos descubra... o publicaré estas fotos.

—¡Eso es injusto! ¡Si alguien os descubre por un descuido vuestro no es culpa mía! —exclamó Izan indignado.

—Tienes razón... —confirmó Nathan, concediéndole un pequeño alivio a Izan para, a continuación, volver a hundirlo—. No obstante, así lo haré. La vida es muy injusta, ¿verdad, chaval? —preguntó mientras se disponía a salir de la cabaña, dejando a Izan a solas con sus pensamientos. Y, antes de cerrar la puerta, añadió dirigiéndose a su sorprendido alumno—: O tal vez sólo te esté devolviendo lo que tú le has dado con anterioridad.

Capítulo 16

En un instante, con un sencillo ardid, Nathan había acabado con el chantaje de ese despreciable sujeto que los había separado. Jessica veía ahora muy estúpida su decisión de ceder ante las exigencias de Izan y lamentó haberse alejado de Nathan. Parecía que gracias a esa inteligente y absolutamente imprevisible estratagema todo había terminado y la joven al fin podría respirar en paz, o eso era lo que ella pensaba mientras se veía conducida por ese hombre que, furioso con ella, le mostraba a través de su enfadado rostro que su lección de esa noche apenas acababa de empezar.

—¿Adónde me llevas? —le preguntó a Nathan, quien, sin decir ni una palabra, la arrastraba consigo.

Una pregunta a la que él se limitó a contestar acelerando el paso. Sabiendo que no conseguiría ninguna respuesta de ese hombre a no ser que lo provocara, Jessica siguió atosigándolo hasta conseguir crísparlo y sacar algo de él. En especial le interesaba que le contara por qué la había salvado de nuevo si no la amaba.

—No me puedo creer que hayas besado a Izan, y que encima yo tenga una foto de ese momento —mencionó Jessica, haciéndole proferir algún que otro gruñido cuando le mostró, con una pícaro sonrisa, una de esas imágenes que, sin duda, Nathan preferiría olvidar.

—Tú también lo has besado —le recordó reprobadoramente él, haciéndola recordar ese amargo momento—. Lo importante aquí es: ¿cómo vas a hacerme olvidar ese horrible recuerdo? —inquirió Nathan mientras la atraía hacia sí, encerrándola entre sus cálidos brazos.

—Podría decirte que te amo... —susurró Jessica, jugando con él—. Pero sé que esas son unas palabras que no quieres oír —añadió recordándole sus continuos rechazos mientras trataba de soltarse de su abrazo para alejarse de él, algo que en otras ocasiones Nathan había exigido, pero que ahora no le permitió.

Y, reteniendo una de sus manos, entrelazó sus dedos con los de ella mientras le suplicaba con sus palabras que no se alejara.

—Dímelo... —pidió deseando oír esas palabras que, ahora se percataba de ello, había echado mucho de menos.

—Te quiero —confesó Jessica, tan abierta como siempre, sin ningún miedo, porque simple y llanamente esos eran los sentimientos que guardaba su corazón y que delante de él no podía evitar dejar salir a cada instante.

Para su sorpresa, Nathan la apretó con fuerza entre sus brazos. Era como si quisiera retener

junto a él esas palabras mientras, apoyando la cabeza sobre la de Jessica, le confesaba los desgarradores sentimientos que albergaba su confuso corazón.

—Eso no es suficiente para olvidarme de todo lo que ha pasado, de lo cerca que has estado de ese idiota, de las veces que me has ignorado y de lo que habrás hecho sólo porque Izan te chantajeaba. Y lo peor de todo es que él ha podido acercarse a ti únicamente por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de que yo te ame demasiado.

—Me pregunto qué te habrá enseñado él. Y me odio a cada instante por no haber estado a tu lado para impedirlo.

—No tienes por qué preocuparte, Nathan: siempre me las ingeniaba para esquivar cada una de las exigencias que me hacía y que yo no podía satisfacer. Ésta ha sido la única vez que he estado tan cerca de ceder ante él, y lo único que me han enseñado sus caricias es la diferencia que tú pretendías mostrarme: sin duda, lo que siente Izan hacia mí sólo es deseo, o tal vez obsesión, algo que nunca podrá confundirse con amor.

—No me gusta que nadie más que yo te enseñe.

—Pero de ti nunca habría aprendido esa lección —dijo ella mientras cogía entre sus manos el rostro de Nathan. Y, para su asombro, vio cómo pequeñas lágrimas de frustración empañaban sus ojos.

—¿Por qué no?

—Porque nunca sabré diferenciar tus caricias, por más que te empeñes, ya que el hombre al que deseo y al que amo son el mismo... —declaró Jessica antes de atraerlo hacia sus labios para que, juntos, olvidaran los besos de otro que había intentado empañar su cariño.

Cuando oyeron unos pasos cercanos, el dulce beso de Jessica terminó. Estuvo dispuesta a separarse de Nathan para no meterlo en más problemas, pero como si él hubiera adivinado cuál era su intención, siguió abrazándola con fuerza mientras le hacía una petición que ella no podría rechazar de ninguna manera.

—Enséñame a amarte —le pidió, tentándola a perderse una vez más en la pasión de ese sueño.

Dejándose llevar, Jessica cogió su mano y lo condujo hacia un lugar donde ambos pudieran demostrarse abiertamente lo que sentían, si bien no con unas palabras para las que Nathan aún no estaba preparado, sí con unas caricias junto a las que aquéllas sobraban.

Lo arrastró a un lugar escondido donde, en muchas ocasiones, cuando apenas era una adolescente, se había permitido ver las estrellas mientras soñaba con él. Un lugar secreto que no conocía nadie, lleno de hermosas y fragantes flores bajo la tenue y mágica iluminación de numerosas luciérnagas, que convertían el entorno en un paisaje irreal.

Permitiéndole la entrada a su pequeño paraíso, Jessica se sentó en el suelo para contemplar el hermoso espectáculo que los rodeaba mientras invitaba a Nathan a situarse a su lado.

—Aquí era donde me escondía a llorar cuando me preguntaba por qué mi madre, después de separarse de mi padre, también lo había hecho de mí. Luego pensaba en lo que habría pasado si yo hubiera sido más femenina, menos impulsiva y más parecida a ella en vez de a mi padre —confesó

a la vez que era resguardada por unos fuertes brazos que la protegían con cariño, queriendo aislarla de todo dolor—. Y también es el lugar donde, años más tarde, vine a llorar preguntándome por qué tú también te negabas a quererme y si todo habría sido distinto si nos hubiéramos encontrado de otra manera... Dime, Nathan, ¿qué tengo que cambiar de mí para que me ames?

—Nada —declaró él firmemente, acompañando su respuesta de un beso que la hizo suspirar—. Eres perfecta tal y como eres —concluyó mientras la tumbaba en medio de ese lecho de flores para demostrarle con sus caricias lo que aún tenía miedo de confirmarle con sus palabras.

Ese beso fue distinto de los demás, dulce y exigente, como si Nathan le pidiera perdón por no pronunciar ese «te quiero» que gritaba con cada una de sus caricias. Cuando terminó de degustar el dulce sabor de sus labios, con una sonrisa, pasó a agasajarla con pequeños besos que se deslizaron por su rostro. Besó sus párpados, cerrados en busca de un sueño que se hacía realidad, y borró con cada uno de ellos el amargo recuerdo de unas lágrimas que jamás deberían haber existido.

—No quiero verte llorar por mi culpa nunca más. Esas lágrimas duelen aquí —murmuró Nathan atrayendo una de las manos de Jessica hacia su pecho, en el lugar donde se encontraba su corazón.

—Entonces, ámame —le rogó ella una vez más.

En esta ocasión sus palabras sí fueron atendidas por Nathan, que la miró como si ese sentimiento que desconocía, el amor, al fin lo hubiera alcanzado mostrándole la realidad.

Deslizándose delicadamente las manos por encima de su cuerpo, le pidió un silencioso permiso a Jessica para desprenderla de su ropa y eliminar las barreras que se interponían entre sus ardientes cuerpos. Ella alzó los brazos, accediendo a que se deshiciera de su camiseta, una prenda que fue rápidamente descartada para dar paso a un sinfín de caricias y besos dirigidos por la pasión del momento.

Las yemas de los dedos de Nathan acariciaron delicadamente el cuerpo de Jessica, como si quisieran grabar sobre su piel ese recuerdo para siempre, mientras sus besos y su lengua seguían el rastro que sus dedos dejaban sobre su piel. Guardando en su memoria el dulce sabor de Jessica, la hizo retorcerse de placer ante el éxtasis que los esperaba.

Sus caricias y los tiernos besos que representaban apenas un liviano roce, y su ardiente lengua, que se regocijaba con el sabor de su piel, descendieron por su cuello lentamente, dirigiéndose hacia lugares más prohibidos.

El sutil contacto de sus dedos hizo que la piel de Jessica se estremeciera mientras sus besos la hacían temblar de deseo. Cuando sus sensuales caricias llegaron al sencillo sujetador deportivo que no disminuía la belleza de la mujer que amaba, Nathan la acarició por encima de la minúscula barrera que ocultaba los exuberantes senos que tanto lo tentaban. A pesar de desear liberarlos de su encierro para degustar a su antojo esos frutos prohibidos que tanto le gustaban, Nathan se dedicó a jugar maliciosamente con ellos, haciendo que ella temblara ante el placer de sus caricias.

Acogiéndolos entre sus manos, los lamió por encima de la tela, los devoró con su boca, y, cuando sus enhiestos pezones revelaron su excitación a través de la mojada tela que se pegaba a ellos como una segunda piel, Nathan no dudó en utilizar los dientes para provocarla un poco más y conseguir que Jessica se arqueara entre sus brazos, pidiendo más del placer que sólo él sabía darle.

Nathan apartó su boca de los tentadores pechos en el instante en que de los labios de Jessica salía un gemido de goce que llevaba su nombre. Dejando de lado su seria fachada, jugó una vez más con ella, como un sinvergüenza. Y, mientras devoraba su cuerpo con una de sus ávidas miradas, bromeó con ella, buscando que asomara una vez más a su rostro esa hermosa sonrisa que siempre lo deslumbraba.

—Me pregunto cómo se quitará esto —musitó Nathan mientras acariciaba pensativamente su barbilla, mirando esa pequeña prenda de ropa que se interponía en su camino.

—¿Qué me darás si me lo quito? —preguntó ella bastante excitada, y, sin esperar respuesta, se desprendió de su sujetador.

—Lo que tú quieras —repuso Nathan mientras la igualaba quitándose la camiseta para arrojarla despreocupadamente a un lado, a la espera de su respuesta.

—Te quiero a ti... —replicó Jessica, ordenándole con un dedo que se acercara a ella. Y cuando Nathan se encontró de rodillas a su lado, se permitió acariciarlo como anhelaba.

Con el sutil roce de sus uñas recorrió su esculpido torso, desde la cintura de sus pantalones hacia arriba, sin olvidarse de acariciar su ombligo ni sus marcados abdominales, hasta llegar a su pecho, donde detuvo las manos sobre su acelerado corazón para enardecerlo aún más con unos besos que recorrieron el mismo pecaminoso camino que sus dedos.

Cuando Nathan sintió la caricia de sus labios, no pudo evitar que un gemido emergiera de su boca, delatando que deseaba más de ese placer que sólo podía obtener de ella.

Jessica continuó con sus amorosos besos hasta llegar junto al corazón de Nathan, y, tras apoyar por unos instantes la cabeza sobre su pecho y oír sus latidos, que eran toda una respuesta a cada uno de sus sentimientos, lo besó para continuar con esa broma que solamente ellos compartían.

—Quiero tus gafas.

Con una sonrisa satisfecha, Nathan cerró los ojos para permitir que Jessica se las quitara, y, mientras lo hacía, no pudo evitar recordarle:

—Con gafas o sin ellas, sigo siendo el mismo. ¿Por qué razón eres tú la única que siempre consigue derribar mis defensas? —Y, tras esa confesión, él abrió los ojos hacia la sorprendida mujer que lo admiraba.

Después de quitarle las gafas de las manos, las colocó a un lado para apoderarse de sus labios con la intención de demostrarle la veracidad de sus palabras. Y, dejándose caer nuevamente sobre ese lecho de flores, ambos se rindieron a la pasión que guardaban.

Nathan adoró el desnudo cuerpo de su amada con su boca, con sus besos, con sus caricias.

Debajo de él, el cuerpo de Jessica se arqueaba de placer y se alzaba reclamando más. Los

besos que descendieron por su cuello se tornaron más ardientes cuando llegaron a la cumbre de sus expuestos senos, momento en el que Nathan los acogió entre las manos para agasajarlos con la boca, para degustarlos con la lengua, para torturarlos con el leve roce de sus dientes, haciéndola arquearse de placer mientras una de sus manos comenzaba a descender por su cuerpo al tiempo que la otra seguía prodigándole excitantes caricias a sus excitados pezones, que exigían más de él.

Dirigiendo lentamente la mano hacia lugares más prohibidos, Nathan hizo que Jessica abriera las piernas a sus caricias y rozó insinuantemente sus dedos por encima de sus pantalones una y otra vez, prometiéndole más placer cuando esa prenda desapareciera entre ellos.

La muchacha se arqueó hacia esa mano, que sólo jugaba con ella, y cuando ésta se introdujo en sus pantalones y dejó de lado su ropa interior buscando la húmeda evidencia de su deseo, gimió extasiada, exigiendo más de esas caricias.

Nathan rozó sin piedad la parte más sensible del cuerpo de Jessica, haciéndola gritar su nombre mientras él, con su golosa boca, torturaba los erectos pezones con leves mordiscos que la hacían retorcerse entre un levísimo dolor y un gran placer.

Dispuesto a eliminar las barreras que se interponían entre sus cuerpos, sus manos se deslizaron por sus caderas, quitándole los pantalones y las braguitas y arrojando luego las prendas a un lado.

Admirando la belleza de la mujer desnuda que tenía ante sí y que nunca le escondía nada, ni siquiera sus más profundos sentimientos, Nathan decidió responderle grabando en sus recuerdos cada una de sus caricias y se dispuso a hacerla arder besando cada parte de su cálida piel que quedaba expuesta ante su ávida mirada. Sus manos continuaron el camino de su boca, que sólo buscaba su rendición y una nueva confesión de ese loco sentimiento que ella siempre le dedicaba sin importarle nada.

Separando sus piernas lentamente, Nathan besó sus tobillos, sus rodillas y sus muslos en su camino hasta llegar al húmedo vértice que palpitaba por él. Su aliento marcó el principio del placer que Jessica estaba por recibir antes de que la traviesa lengua de él probara la dulce miel de su deseo.

Cuando Nathan hundió la cabeza entre sus muslos, Jessica gritó su nombre, y él, queriendo oír más de su rendición, no tuvo clemencia con ella al introducir uno de sus dedos en su húmedo interior, imponiendo un ritmo que incrementara su placer mientras su lengua la agasajaba.

Jessica se retorció de deseo mientras deshacía inadvertidamente entre sus manos las hermosas flores que tenía a su alcance, alzando las caderas en busca del placer que le prodigaba esa boca, gritando el nombre del único hombre capaz de volverla loca.

Se dejó guiar por sus expertas manos, que la retenían impidiendo que huyera del agónico deseo que la embargaba y de esa exigente lengua, que lo reclamó todo de ella. Las caricias de Nathan se volvieron más violentas y profundas, llevándola al límite del placer. Pero, siempre que ella estaba a punto de llegar al clímax, él disminuía su intensidad, haciéndola gritar frustrada.

Decidida a acabar con el perverso juego de ese hombre, las manos de Jessica se cogieron a sus cabellos, guiándolo para buscar el placer que ella quería recibir. A pesar de sus exigencias,

Nathan siguió torturándola hasta que la oyó pronunciar su nombre como una súplica. Entonces su lengua al fin estableció un ritmo subyugador mientras otro de sus dedos se hundía en ella, imponiendo un acelerado compás hacia el éxtasis.

Jessica se agarró fuertemente a los rubios cabellos de Nathan mientras convulsionaba contra su boca, llegando a un intenso orgasmo que la hizo gritar el nombre del único hombre capaz de conseguir la total rendición de su cuerpo y de su corazón.

Unos instantes después, derrumbada sobre el lecho de flores, Jessica se sintió vacía y abrió los brazos, exigiendo más de esa pasión que sólo él podía entregarle, enseñándole a la vez qué era el amor.

Nathan se apartó de ella para quitarse el resto de sus ropas, y, tras colocarse un preservativo que llevaba en el bolsillo de los vaqueros, buscó el calor de las caricias de Jessica para adentrarse en su interior de una profunda embestida, reclamando que lo siguiera de nuevo hacia la cima del placer.

Eligiendo en esta ocasión un ritmo lento para sus acometidas, la hizo volver a excitarse mientras sus manos y su boca buscaban guiarla nuevamente hacia el clímax. Jessica lo abrazaba con las piernas y con los brazos, como si no quisiera separarse de él, y movía su cuerpo al son que imponía Nathan, como si fueran uno solo. Y, fijando la mirada en esos hermosos ojos azules que en ocasiones eran tan fríos con ella, le confesó lo que sentía una y otra vez, sabiendo que él no podría escaparse de sus sentimientos.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —insistió sin recibir respuesta alguna a sus palabras. Hasta que unos apasionados labios la silenciaron, pidiendo más tiempo para aprender lo que significaban esas palabras mientras se negaban a dejarla marchar.

Jessica, cediendo ante el beso, se lo concedió. Y, dejándose arrastrar por la pasión de ese hombre, guardó silencio mientras eran las caricias de Nathan las que daban una clara respuesta a esas palabras.

Aumentando el ritmo de sus embestidas, Nathan se adentró más profundamente en ella pidiéndole que lo acompañara en el éxtasis. Finalmente, ambos cedieron ante el deseo y llegaron a la cumbre del placer gritando el nombre del otro. Esta vez fue Jessica la que silenció los gritos de Nathan con un apasionado beso, como si éste sólo le perteneciera a ella.

Saciados, se derrumbaron en el lecho de flores, y, en silencio y abrazados, contemplaron el espectáculo de luces que había cerca de ellos sin pensar en nada más. Hasta que Nathan se apartó de Jessica para volver a ser ese hombre responsable que en ocasiones tanto detestaba.

Tras ponerse las gafas y los pantalones, cubrió el desnudo cuerpo de Jessica con su camiseta. Y, con la estúpida excusa del frío, trató de huir de la tentación.

—Deberíamos volver —murmuró Nathan, invitándola a levantarse tendiéndole una mano.

—Sí, eso es lo que deberíamos hacer —coincidió ella.

Pero, después de aceptar la mano que le ofrecía, tiró de él hacia abajo y lo llevó de nuevo a la locura de la pasión que ambos compartían. Y tal vez porque ese hombre quería aprender de ella,

se dejó guiar en pos de un sueño en el que, mientras hubiera amor, sobraban las palabras.

* * *

Paul Scott se preocupó ante la ausencia de su hija en el entrenamiento de esa mañana, sobre todo porque Jessica siempre había sido muy madrugadora. Además, que el chico al que su hija seguía sin descanso con los ojos también hubiera desaparecido comenzó a inquietarlo. Y, finalmente, después de enterarse de que el muchacho que el día anterior había declarado a viva voz ser el novio de su hija ahora jurara ser sólo un amigo lo llevaba a preguntarse en qué nuevo lío se habría metido su Jessica.

Siempre que iban a ese campamento Paul le daba a su niña el espacio que necesitaba para tratar de acabar con el dolor que guardaba en su corazón. El hecho de que su exesposa apenas se hubiera preocupado de su hija después del divorcio le había dolido a Paul, ya que ella no tenía la culpa de sus errores. Pero a Jessica le había dolido más, ya que las escasas visitas que ella había hecho a su madre la hicieron sentir como una intrusa en su nueva vida, hasta tal punto que decidió dejar de visitarla. Y eso le partía el alma.

Su única forma de ayudar a su hija siempre había sido llevarla a ese campamento para que desfagara allí su ira, su dolor, su descontento, y los dejara atrás para poder sonreír de nuevo cuando volviera a casa.

Paul sabía que Jessica tenía un lugar especial, un lugar apartado donde dar rienda suelta a sus lágrimas. Lo conocía por haberla seguido en una ocasión, pero en aquel entonces decidió que lo mejor era dejarla llorar tranquila para que descargara su corazón del peso que la pena le acarreaba, pues él no sabía qué hacer ante las lágrimas de una mujer, mientras que su orgullosa hija jamás querría que la viera en ese estado de debilidad, así que ambos se concedían la distancia que necesitaban para seguir adelante.

Ir a ese lugar se había vuelto una tradición para Jessica, una necesidad que le permitía tomarse un descanso de los problemas y volver con más fuerza para afrontarlos, ya que muchos de ellos siempre seguirían ahí, por más que intentase alejarse, pensaba Paul mientras miraba con mala cara cómo trataba Izan a los chavales. Su ceño se frunció aún más al contemplar a Nathan, que se unía a ellos vistiendo las mismas ropas del día anterior, muy arrugadas.

Paul continuó con su entrenamiento intentando disimular que no había visto cómo su hija se colaba por la puerta trasera del recinto que compartían para llegar a su habitación mientras lucía un atuendo tan descuidado como el de Nathan. Pero la persistente llamada de teléfono de una mujer que siempre lo sacaría de quicio le hizo dejarlo todo en manos de uno de sus voluntarios para no acabar pagando su mal humor con alguno de esos chavales.

—¿Cómo se te ocurre meter en tu casa a un hombre desconocido cuando tienes a Jessica viviendo contigo?! ¿Estás loco?!

—Hola, Vivian. Me encanta que me llames para interesarte por tu hija —le dijo irónicamente

Paul a su exmujer, que recordaba que tenía una hija en contadas ocasiones.

—¡No me cambies de tema! ¿Cómo se te ha ocurrido meter a ese hombre en tu casa con una joven tan sugestionable como Jessica a sus escasos veinte años? ¡A saber lo que estarán haciendo a tus espaldas por las noches!

—¿Dormir? —preguntó Paul con sorna, apartando el teléfono de su oído al conocer perfectamente los chillidos que podía proferir su exesposa cuando se enfadaba, lo cual era algo que él conseguía con mucha facilidad—. Mira, Vivian: ese chaval es de fiar, alguien serio y responsable —apuntó cuando ella tomó aire después de unos cuantos gritos.

En ese momento, Paul por poco no se atragantó con sus palabras al contemplar a Nathan preparando varias jugadas con los chicos de su equipo con una maliciosa sonrisa. Un entrenamiento donde el único objetivo para esos chavales era placar una y otra vez a Izan.

—Por muy bueno que creas que es ese hombre, nunca puedes saber lo que está pensando en realidad. Además, si es hijo de alguno de tus amigos, no se puede esperar mucho de él.

—Nathan es el hijo de Josh Lowell, ¿lo recuerdas? Josh era aquel chico por el que babeabas en el instituto, un hombre que ahora trabaja como director del hospital de Whiterlande y cuyo hijo está estudiando para lograr una plaza como docente en la universidad.

—¿Un Lowell, has dicho? ¿Y, además, hijo del director de un hospital y con un prometedor futuro en la universidad como maestro? ¡Humm! Puede que no esté tan mal, después de todo..., si Jessica se casa con él seríamos familia... ¡Vaya! Creo que al fin has hecho algo que merece la pena, Paul —declaró Vivian, terminando de cabrearlo al demostrar realmente lo poco preocupada que estaba por su hija.

Finalmente Paul, furioso, se mantuvo callado mientras su exmujer le contaba sus ilusos planes de futuro a la vez que apartaba el móvil de su oreja. En cuanto vio a su hija, intentando escabullirse nuevamente de él, se dirigió hacia ella para, posiblemente, pagar su mal humor con la persona más adecuada.

—¿Se puede saber dónde has estado? Aunque tus amigas han intentado cubrirte, es evidente que no estabas en tu habitación —dijo Paul bastante molesto, exigiéndole a su hija una explicación.

—Yo, bueno, verás... —intentó excusarse Jessica a la vez que evitaba su mirada.

Cuando Paul estaba a punto de echarle en cara su posible relación con Nathan, la muchacha recibió un mensaje en su móvil que se apresuró a mirar para tratar de esquivar la reprimenda que se le venía encima a la vez que su exmujer gritaba a través de su teléfono reclamando su atención, algo que si no le había dado resultado cuando estaban casados, mucho menos iba a hacer ahora.

Harto de todo, Paul le arrebató el móvil a su hija. Y, para su asombro, contempló una imagen que acabó con todas sus dudas acerca de si su hija mantenía o no una relación con el hombre al que acogía en su casa. Devolviéndole el teléfono a Jessica con una complacida sonrisa, la reprendió levemente por su tardanza. Y, cuando ésta se hubo marchado, Paul sonrió

maliciosamente a su propio teléfono móvil mientras, con unas pocas palabras, acababa con todos los sueños de grandeza de su exesposa.

—Nathan es gay —afirmó la mar de complacido para, luego, simplemente colgarle el teléfono a Vivian antes de que comenzara a hacerle preguntas sobre cómo había conseguido esa información y él tuviera que verse obligado a confesar que, de los dos hombres que creía que perseguían a su niña, no había dado en el clavo con ninguno de ellos.

* * *

—Jessica, ¿por qué tu padre ahora me recibe con palmaditas en la espalda, cuando antes me fulminaba con la mirada? —pregunté intuyendo que había pasado algo. Y, obviamente, a juzgar por la esquiva mirada de Jessica, ella tenía algo que ver en ese asunto.

—Seguramente habrá descubierto un talento innato en ti y es por eso por lo que te presta más atención que antes.

—Soy igual de malo que siempre en los deportes, Jessica —repliqué. Y, como si el balón quisiera corroborar mis palabras, cuando lo golpeé siguió una trayectoria bastante lamentable antes de salirse por un lateral del campo.

—Sí, bueno..., tal vez tengas algún talento oculto —insistió ella, intentando desviar nuevamente el tema.

—Ajá, ¿y ese empeño tuyo en tratar de ponerme a hacer los ejercicios con Izan... a qué crees que se debe?

—No sé, tal vez quiera ver más compañerismo en su equipo y os usa para que deis ejemplo...

—De acuerdo. Ahora, para variar, prueba a decirme la verdad... —dije colocándome seriamente las gafas, dejándole claro que no me creía ninguno de sus cuentos.

—Eh..., pues mientras mi padre me estaba regañando por llegar a las tantas a mi habitación, tú me mandaste un mensaje para preguntarme cómo me encontraba y yo tuve curiosidad, así que... ¡recuerda que esto es enteramente por tu culpa!

—Continúa —dije sin permitir que eludiera por más tiempo mis preguntas.

—Mi padre entonces me arrebató el móvil para que le prestara atención a él y vio mi fondo de pantalla, donde tengo una foto tuya.

—¿Y se puede saber qué foto tenías puesta para que tu padre se comporte así conmigo? —la interrogué extrañado, hasta que recordé la última bochornosa foto que Jessica me había hecho con él—. ¡Espera! ¡No me digas que es *esa* fotografía...! —exclamé exaltado en busca de su confirmación. Y, cuando Jessica guardó silencio, obtuve mi respuesta—. Pero ¿se puede saber por qué demonios has puesto como fondo de pantalla mi beso con Izan?!

—Es que estás tan mono...

—¡Trae acá! —ordené arrebatándole el móvil. Y, tras enviarme esas imágenes a mi propio móvil, las borré todas del teléfono de Jessica, ya que podía ser mucho más peligroso permitir que

ella las tuviera.

—Bueno, piensa en positivo: ahora mi padre no sospechará de ti cuando intentes colarte en mi habitación —anunció atrevidamente, intentando apaciguar mi genio. No obstante, mi furia no se aplacó, sobre todo cuando vi al señor Scott emparejándome otra vez con ese idiota de Izan, seguramente intentando hacer de alcahueta.

—Eso no pasará... —dije comenzando a alejarme de ella sin permitirme ceder a una más de sus insinuaciones.

—Nathan, por más que te empeñes en negarlo, me amas.

—Yo no he dicho eso —repliqué negándome en redondo a ceder a sus manipulaciones, a través de las cuales Jessica me pedía de nuevo que pronunciara unas palabras que, a pesar de que estaban ahí, yo aún no estaba preparado para decir.

—¡Vamos, si hasta has besado a un hombre por mí! Pero no te preocupes: esos rumores no llegarán muy lejos. Después de todo, mi padre es muy discreto y tampoco tiene a quien contárselo... —manifestó Jessica, quitándole hierro al asunto.

Mientras ella insistía una vez más en escuchar mis palabras de amor, mi teléfono sonó, concediéndome una excusa para escaparme de ella. Aunque cuando contesté deseé que nunca hubiera sonado, ya que mi padre y mis molestos tíos, acompañados por algún entrometido primo, aguardaban al otro lado de la línea para hacerme una pregunta muy poco discreta:

—¡Nathan! ¡Tu tío Alan me ha dicho que el señor Scott te ha pillado besándote con un chico! ¿Desde cuándo te gustan los hombres? —inquirió mi serio progenitor, ante lo que yo reaccioné fulminando a Jessica con la mirada.

Cuando comencé a distraerme con las múltiples locuras que mis familiares me gritaban a través del teléfono, ella aprovechó para huir de mí mientras yo intentaba deshacer ese lío en el que esa chica me había metido de nuevo.

—Sólo lo he hecho por una mujer, ¿os queda claro? —intenté explicar para evitar todas sus preguntas, pero únicamente conseguí que éstas se incrementaran junto con sus burlas.

Al final de la comunicación, los inconscientes miembros de mi familia llegaron a una conclusión:

—Chaval, definitivamente, estás enamorado.

Capítulo 17

Después de que Michael saliera del hospital, Tori no había podido dejar de preocuparse por él. Especialmente tras el trato que había recibido por parte de Logan y de su padre. El dulce Michael los había disculpado con amabilidad a pesar del inadecuado comportamiento de esos dos, demostrando así la clase de persona que era. Sin embargo, Tori tenía la sensación de que Michael había abandonado la habitación antes de tiempo, al recordar cómo salió corriendo cuando su padre fue a buscarlo llevando entre sus manos una lavativa.

Cuando Logan observó con una gran sonrisa a Michael huyendo de uno de los intimidantes Lowell como él no había hecho, Tori lo reprendió con una severa mirada, un gesto que llevaba dedicándole toda la semana desde que Michael había vuelto a clase cada vez que coincidía con él por los pasillos, siendo la respuesta de Logan hacia él un molesto gruñido que mostraba su descontento.

—No sé por qué tienes que comportarte así. Si fueras un poco más simpático con Michael, seguro que seríais amigos, Logan.

—No quiero ser amigo de ese idiota.

—Si dejaras atrás ese comportamiento hostil te resultaría mucho más fácil relacionarte con los demás. Y si queremos demostrar que no eres ese matón que dicen los rumores, tendrás que dejar de gruñirle a la gente en vez de decir lo que piensas.

—Yo no quiero demostrar nada, Tori. No me importan los rumores que nuestros compañeros se inventen y difundan sobre mí, sólo me importa lo que pienses tú. Y tú ya sabes cómo soy o, de lo contrario, no estarías conmigo —declaró felizmente Logan, haciendo que Tori se atragantara por unos instantes a causa de la confianza que el chico depositaba en ella con cada una de sus palabras sobre una relación de la que él aún ignoraba que había comenzado debido a un error.

—Pero yo quiero que los demás te vean como yo lo hago y no inventen a tus espaldas estúpidas historias que solamente te hacen quedar mal —manifestó ella mientras se cogía al fuerte brazo de Logan, tratando de convencerlo con una inocente y esperanzada mirada que nunca antes nadie le había dedicado.

—¡Está bien! Trataré de no gruñirle más a ese tipo..., pero no me pidas el milagro de que me lleve bien con él, porque cada vez que se acerca a ti me dan ganas de golpearlo —dijo Logan entre suspiros, confesando que la principal razón por la que nunca se podría llevar bien con Michael era ella.

—¿Podría ser que estés celoso de Michael? —preguntó Tori asombrada mientras se soltaba del

brazo de Logan para mirarlo con sorpresa.

—¡Pues claro que estoy celoso! Cada vez que ese idiota aparece ante ti sólo tienes ojos para él, y eso me molesta. Quiero que me mires a mí, Tori, que me veas a mí, algo que no haces cuando él está delante —reconoció Logan, interponiéndose en el camino de la muchacha para tapar con su cuerpo a Michael, que aparecía a lo lejos en el pasillo.

Ante las palabras de él, ella lo miró fijamente, tal vez observándolo por primera vez como él le exigía, preguntándose por qué, a pesar de estar tan cerca de ella, nunca lo había visto de verdad.

Acercándose tentadoramente al chico por el que su corazón comenzaba a acelerarse cada vez más, trató de besarlo. Pero, mientras sus confusos labios se acercaban a él, la repentina llamada del chico al que siempre había creído amar se interpuso en su camino, haciéndola sentirse culpable por dudar del amor que su corazón siempre había albergado por él.

Tratando de evitar ese beso que tal vez habría sido un tremendo error, Tori comenzó a alejarse de Logan. Pero, como si éste fuera consciente de las dudas que pasaban por su mente, no lo permitió e hizo que la chica no pudiera ignorarlo arrebatándole un beso más adulto para el que ella aún no estaba preparada.

Sus labios no la rozaron en esta ocasión como una leve caricia, sino que avasallaron su boca mientras su lengua exigía adentrarse en ella. Sorprendida por la diferencia al comparar la dulzura de su primer beso con la pasión de éste, Tori no supo cómo contestar, algo que Logan aprovechó para introducir la lengua en su boca y probar su dulce sabor, exigiéndole más.

Acalorada y abochornada, la muchacha se dejó llevar por los acelerados latidos de su corazón, y mientras sus manos descansaban sobre el pecho de Logan, pudo sentir que su corazón iba igual de acelerado, mostrándole que en esos momentos sentían lo mismo.

Encerrada entre los fuertes brazos de ese chico, al que muchos temían pero que a ella nunca le haría daño, Tori comenzó a responder dubitativamente ante un beso que nunca podría olvidar. Y, en el instante en que gimió entre sus brazos, Logan se apartó de ella y la observó, entre temeroso y confundido, como si esa pasión no fuera lo que había querido mostrarle con sus caricias pero no hubiera podido evitarlo.

No obstante, frente a las palabras que ambos tenían que decirse y los confusos pensamientos que tenían que aclarar se interpuso una vez más la falsa sonrisa de un chico que reclamaba de nuevo la atención de Tori.

Dispuesto a hacer caso de las palabras de ella y a permitir que sus ojos se apartaran de él cuando ya no querían mirarlo, Logan la soltó, apretó con fuerza los puños a ambos lados de su cuerpo y, conteniendo la rabia que quería dejar salir, se limitó a alejarse de la chica que amaba.

Tori recibió a Michael con una hermosa sonrisa, para, como siempre hacía, ignorar a Logan cuando ese chico que siempre le había gustado se hallaba delante. Pero, mientras caminaba junto al muchacho por el que su corazón había palpitado desbocadamente en alguna ocasión, se preguntó por qué razón ahora no lo hacía con tanta intensidad como antes y por qué sus ojos, que en el

pasado sólo habían podido ver a Michael, ahora se desviaban a la menor oportunidad hacia un muchacho al que siempre había ignorado y al que nunca había llegado a ver como lo hacía ahora.

* * *

—Creo que éste es el momento de aclarar la situación: voy a entregarle mi carta a Logan para explicárselo todo y luego... ¿Luego qué hago, Olivia?

—Bueno..., después de partirle el corazón con esa carta, o bien lo consuelas y sigues a su lado, o bien le das la patada definitiva.

—¿Partirle el corazón? —preguntó Tori compungida con un hilo de voz mientras miraba con más dudas esa carta que no terminaba de decidirse a entregar para aclararlo todo entre Logan y ella.

—Obviamente: imagínate cómo se sentirá Logan después de enterarse de que todos los momentos que habéis compartido eran falsos y se debían a un malentendido. O cuando sepa que él ni siquiera te gusta. Pero bueno, qué más da: ¿quién podría enamorarse de alguien como él, con ese aspecto tan intimidante, tan hosco..., si apenas habla y...? —siguió Olivia, metiéndose con Logan para ver la reacción de su prima.

Y, cuando ésta saltó enfadada en defensa del chico, sonrió complacida después de haber conseguido lo que quería: que Tori se diera cuenta de que a quien amaba realmente era a Logan, el muchacho que en su día sólo había sido un error para ella.

—¡Para, Olivia! ¡Logan es un chico maravilloso, y a pesar de la cicatriz de su ojo y de que su sonrisa sea un poco siniestra, es muy atractivo e inteligente, es amable con todos y siempre se desvive por ayudar a los demás! ¡Tiene un buen corazón e incluso excusa a las personas que lo juzgan injustamente, y aunque alguno de sus compañeros no lo merezca, no duda en prestarle su ayuda siempre que ve que alguien lo necesita, algo que esos estúpidos agradecen huyendo de él y esparciendo rumores a su espalda!

—¡Vaya! Qué discurso tan fervoroso en defensa del chico que tan sólo es un error, ¿no te parece? —preguntó impertinentemente Olivia, haciendo reflexionar a su prima—. Y ahora, ¿qué opinas de él? —susurró al oído de Tori mientras la hacía girar de forma que sólo pudiera ver a Michael.

—Ya sabes lo que opino de él, te lo he dicho un millón de veces, Olivia, no sé para qué quieres que te lo repita una vez más.

—Soy muy olvidadiza, ¿por qué no me ilustras una vez más con las cualidades de tu querido Michael? —insistió ella sin dejar de observar cómo la mirada de Tori se desviaba a cada instante hacia donde se encontraba Logan.

—Es muy guapo e inteligente, tiene gustos muy similares a los míos, por lo que sin duda somos muy compatibles y...

—Y, en definitiva, es el chico indicado para ti. Entonces, dime, Tori, ¿por qué no puedes dejar

de desviar la mirada buscando al chico inadecuado si tienes ante ti a tu hombre ideal? —le señaló Olivia mientras, moviendo sutilmente a su prima, la colocaba ahora frente al muchacho al que su mirada buscaba continuamente, haciendo que Logan acaparara toda su atención.

—Eso no significa que me haya enamorado de él —negó Tori, resistiéndose a la verdad que su corazón le gritaba, mostrándole que lo que había sentido por Michael sólo era un encaprichamiento infantil.

—Vamos a comprobar si es verdad lo que dices —propuso Olivia con una maliciosa sonrisa.

Y, decidida a abrirle los ojos a su prima, y a fastidiarla un poco de paso, se dirigió hacia los dos hombres que giraban en torno a Tori, desplegando unos falsos flirteos que sólo utilizaba en esta ocasión para comprobar hasta dónde era capaz de llegar la cabezonería de la chica.

Cuando Olivia le sonrió coquetamente a Michael y comenzó a hablar con él mientras se colgaba de su brazo, su prima apenas le dirigió un fruncido gesto de descontento y una mirada enfadada. Pero cuando, minutos más tarde, los pasos de Olivia se dirigieron hacia Logan, la furia bullía en esos bonitos ojos azules que nunca habían deseado despedazar a su prima tanto como en esos momentos.

Dispuesta a hacer saltar a Tori, Olivia se enganchó del brazo del tímido Logan, que no sabía dónde meterse para escapar de ella, y que, al contrario que Michael, a cada instante intentaba rehuir sus descarados coqueteos, dando muestras de que en verdad estaba enamorado de Tori. Cuando Olivia se agarró de nuevo del brazo de Logan, consiguiendo que le prestara su oído con el pretexto de contarle algún secreto de su prima, Tori no pudo soportarlo más y, apartándola de su lado con un brusco empujón, ocupó su lugar junto a Logan mientras la acribillaba con la mirada.

—¿Celosa? —susurró Olivia al oído de su prima, haciendo que ésta se diera cuenta de que todo había sido una de sus tretas—. Pero ¿por cuál de los dos? —preguntó añadiendo más dudas a la mente de Tori, que hasta entonces siempre lo había tenido todo muy claro.

Y antes de que ésta abriera la boca con intención de negar una vez más lo que sentía, Olivia anunció dirigiéndose a Logan:

—Mi prima tiene una carta que entregarte.

A pesar de que ésa fuera la oportunidad perfecta que Tori había estado esperando para enmendar la situación, se apresuró a declarar con firmeza mientras fulminaba a Olivia con la mirada:

—No, aún no está terminada...

* * *

Con la intención de hablar con el único miembro de su familia que la comprendía, Tori llamó una vez más a su confidente, un compañero de fatigas al que en esta ocasión encontró tan confuso y desorientado como ella misma sobre un tema en concreto del que siempre discutían. Pero ¿quién

no albergaría dudas cuando todos decían que estaban enamorados mientras que ellos no sabían lo que eso significaba?

—Nathan, ¿cómo sabe uno que se ha enamorado? ¿Cuáles son los síntomas para descubrir si es verdad? —preguntó Tori a bocajarro en cuanto su hermano atendió su llamada.

Y, tan sarcástico como siempre, éste le dio una de sus irónicas respuestas.

—¿Diarrea?

—¡Nathan! —lo reprendió Tori para que la tomara en serio.

—Nunca he estado enamorado, Tori, por lo que no creo que pueda ayudarte al respecto. ¿Por qué no se lo preguntas mejor a alguno de los adultos que te rodean y que han tenido la desgracia de caer víctimas de esa terrible enfermedad?

—No lo hago porque ellos me responden contándome complicadas historias sobre cartas, listas de cualidades, pizarras y algún que otro encarcelamiento. Un absoluto lío, y todos me lo cuentan tan seguros de lo que sentían que me avergüenza mostrarles todas las dudas que tengo sobre el amor.

—No creo que el amor sea un sentimiento tan claro como ellos exponen, de lo contrario no habrían vivido todas esas locuras por las que nuestra familia es famosa en el pueblo, ni tampoco habrían estado expuestos en esa pizarra del bar de Zoe.

—Entonces ¿cómo puedo saber que estoy enamorada? ¿Y de quién?

—¡Maldición, Tori! ¿Por qué me lo preguntas a mí, si soy el más inadecuado para contestarte?

—Porque, cuando estuviste con esa chica en casa de los abuelos, te vi tan confuso y perdido como lo estoy yo ahora mismo. Y porque tú siempre has querido enseñarme qué es el amor.

—Enseñarte no, hermanita, más bien advertirte sobre él. Aunque tú nunca me has hecho caso.

—¿Qué hago, Nathan? ¿A quién amo en verdad? Todos me dicen que estoy enamorada de Logan, pero aún siento algo por Michael, el chico al que iba dirigida mi carta de amor en realidad. No creo que sea justo para Logan que siga saliendo con él si siento algo por otro, o que siga junto a él sin explicarle que nuestra historia empezó por un malentendido.

—¡Joder, Tori, parece un culebrón! ¿Cómo quieres que te dé una respuesta a lo que sólo tú sabes responder? —inquirió Nathan al teléfono mientras se mesaba los cabellos confundido, reflexionando acerca de cómo instruir a su hermana sobre un sentimiento que él había procurado esquivar toda su vida, hasta que vio a la mujer que no le permitía huir de él y que inquietaba su corazón como ninguna otra, haciéndole imposible negar que sintiera algo por ella.

Con una sonrisa, Nathan respondió con la única cosa que había aprendido de Jessica mientras lo empujaba hacia ese esquivo sentimiento.

—El amor es algo que tienes que aprender día a día, Tori. Es confuso, loco, y sólo Dios sabe cómo puede acabar todo cuando estás enamorado. Pero si quieres saber a quién amas, únicamente tienes que preguntarte quién es el chico que quieres que te enseñe qué es el amor...

—¡Nathan, al fin te has enamorado! —gritó ella emocionada, sabiendo que solamente una persona que había conocido de primera mano el amor podría dar ese consejo.

—¡No me fastidies, Tori! ¿Tú también? —le recriminó Nathan a su hermana.

—Es esa chica que trajiste a casa, ¿verdad? —insistió ella sin hacer caso de su hermano.

Y por toda respuesta recibió el característico pitido intermitente que anunciaba que, inequívocamente, su hermano le había colgado el teléfono.

—Finalmente vas a aprender la lección que has evitado durante tantos años, hermanito —murmuró ella complacida, pensando que ya era hora de que se tomara en serio sus enseñanzas y pensara seriamente en lo que significaba estar enamorada.

»¡Y qué mejor modo de expresarlo todo que con una carta! —exclamó a continuación decidida mientras sopesaba a quién iría dirigida su carta de amor en esa ocasión.

* * *

Finalmente, tras reflexionar mucho sobre lo que sentía por Logan, su carta estaba terminada. Tori había llegado a la conclusión de que el chico del que estaba enamorada era él. Se trataba de una situación algo confusa en la que ese amor por Michael que ella tanto había perseguido al final resultó ser sólo un encaprichamiento. Lo cierto era que su corazón nunca se había acelerado por él tanto como lo hacía por Logan cada vez que éste la miraba.

El amor no había surgido como Tori imaginaba en sus sueños. No había aparecido junto a un chico que compartiera con ella los versos de algún hermoso poema o los párrafos de un libro que los apasionara a ambos; ni a través de un agradable encuentro en el que los dos se darían cuenta de que sus gustos compartidos los convertían irremediablemente en perfectos el uno para el otro; ni siquiera a través de un flechazo a primera vista, como relataban muchas de las historias románticas que le encantaba leer.

No...

Para Tori, el amor había llegado de la forma más inesperada, rodeado de malentendidos, de pensamientos confusos y de momentos alocados que le habían impedido reconocerlo al instante, porque enamorarse no había sido como ella pensaba que sería.

Logan siempre se quedaría dormido cuando ella le leyera poesía y jamás compartiría su pasión por los libros. Sus aficiones e intereses distaban mucho de asemejarse mínimamente, no obstante, sin saber cómo, se compenetraban a la perfección: Logan se convertía para ella en el elemento que le faltaba, mientras que ella, siempre que estaba a su lado, sacaba a relucir en ese chico una faceta que nadie más había visto.

Tal vez a ojos de otros siempre serían una pareja muy dispar y Logan nunca les parecería el hombre adecuado, pero eso era únicamente porque él tan sólo era el adecuado... para ella. Con él, Tori era ella misma. A ese chico le había mostrado su parte más alocada, la de los Lowell, y a pesar de ello no había huido. A su lado encontraba un valor y una fuerza que no había hallado hasta entonces, especialmente cuando escuchaba a Logan decirle que él la quería tal y como era.

Tori había aprendido a amar a Logan con el tiempo, porque al conocerlo había descubierto que

ella no quería el aburrido sueño que siempre había perseguido sobre el amor: ella quería a un chico real, que la amara tanto como sólo Logan era capaz de hacer.

Así pues, tras aclarar sus ideas, Tori estaba decidida a que lo que comenzó como un error al entregar una carta fuera el principio de su historia y no el final.

Tenía en las manos dos cartas: en una le explicaba a Logan cuál había sido el verdadero principio de su historia, que se había equivocado al entregarle su carta de amor y que en realidad ésta iba dirigida a Michael; en la otra le relataba todas sus dudas y sus miedos y acababa confesándole que finalmente había sido él el chico que le había enseñado lo que era el amor, ya que, hasta que él apareció en su vida, Tori sólo había estado viviendo una estúpida fantasía, y no la realidad.

Dispuesta a entregar sus cartas, y emocionada con su confesión de amor, buscó a Logan por los pasillos, pero cuando encontró a su primo intentando cortarle el paso, supo que algo ocurría. Tori apartó a Raymond a un lado sin contemplaciones y desoyó sus excusas para correr hacia Logan. Y, mientras el comportamiento del muchacho era malinterpretado a causa de algún malentendido en muchas ocasiones, en ésta no había pretexto alguno que explicase la amenazante postura en la que se lo encontró, manteniendo a Michael sujeto contra la pared mientras uno de sus puños se alzaba amenazantemente frente a él.

—¡Logan, ¿qué haces?! —preguntó Tori alarmada, haciendo que soltara a Michael después de interponerse entre éste y su puño.

—¿Por qué te preocupas por él? —inquirió el chico a la vez que soltaba rudamente a su presa y bajaba el puño para apartarse airadamente a un lado, mostrando su enfado.

—¡Tú no eres así! —dijo Tori, preocupándose más por Logan y por las repercusiones que acarrearía esa pelea que por el muchacho que tenía a su espalda.

—Tú no me conoces de nada, Tori, y ahora que él está comenzando a prestarte atención tampoco quieres molestarte en hacerlo —declaró él fríamente, fulminando a Michael con la mirada. No obstante, no volvió a alzar la mano, sino que se limitó a alejarse del lugar.

A pesar de querer correr detrás de Logan, Tori permaneció en su sitio mientras recordaba todos los líos en los que el chico se había metido desde que ella estaba a su lado, las peleas en las que había estado implicado, que en esas ocasiones no fueron simples rumores, sino que las había presenciado ella personalmente. Y, recordando esa ira que él nunca antes había mostrado y que ahora exhibía por su culpa, pensó que, por el momento, lo mejor para el chico que amaba era que se alejara de ella para no acabar convirtiéndose en el violento matón que Logan era acusado injustamente de ser.

—¿Qué haces ahí parada? ¿Es que no vas a ir tras él? —la increpó Raymond mientras veía cómo Logan se alejaba.

—No, creo que por el momento esto es lo mejor para ambos —repuso Tori cabizbaja a la vez que se aguantaba las lágrimas y permitía que asomara a su rostro una falsa sonrisa para ocultar sus verdaderos sentimientos.

—No sabes lo equivocada que estás con Logan, prima —manifestó Raymond molesto, señalándole que esa pelea tenía una razón—. Espero que algún día dejes de estar ciega y te des cuenta de todo lo que vale —le reprochó mientras miraba despectivamente a Michael, que seguía ocultándose detrás de ella.

Y, sin más, Raymond corrió detrás del chico que se había convertido en su mejor amigo.

—Logan tiene un valor incalculable para mí... —susurró Tori al silencioso pasillo, viendo alejarse al hombre que amaba.

—Menos mal que has venido a ayudarme: si no llegas a aparecer por aquí, no sé lo que me habría hecho ese salvaje —dijo Michael, dejando de esconderse detrás de ella para mostrarle una sonrisa que, ahora que Tori la contemplaba más atentamente, le resultaba más falsa que nunca.

—Nada que no te hubieras merecido, probablemente —replicó ella, borrando ese estúpido gesto de su cara, decidida a dejarle muy claro a Michael que si se alejaba de Logan en esos instantes no era por su causa.

Y, tras haber apartado de ella al hombre que quería y haber rechazado de lleno los avances del que una vez creyó amar, se alejó sola por los pasillos en dirección a su clase. Mientras caminaba, se apresuró a guardar en su mochila las cartas que contenían sus confusos sentimientos, unos que tal vez Logan llegaría a conocer más adelante, solucionándolo así todo.

O eso era lo que Tori pensaba antes de que alguien los expusiera delante de todos a causa de un descuido suyo al guardar una de las cartas, haciendo que la distancia entre Logan y ella se acrecentara e infligiéndole un gran daño al muchacho, uno que tal vez el chico al que amaba nunca podría llegar a perdonar.

* * *

Durante el descanso, Tori caminaba hacia la clase de su prima sin decidirse a entrar o no, pues también era la clase de Logan, un chico con el que lo mejor sería no cruzarse por el momento. Cuando llegó al aula, permaneció ante la puerta cerrada, aún dudando. Pero sus vacilaciones saltaron por los aires cuando oyó a alguien leyendo en voz alta y delante de todos su carta perdida, la que pretendía buscar con ayuda de su prima Olivia.

Sin pensar en nada más, Tori se adentró en la clase con la única idea de recuperar su carta antes de que sus palabras llegaran a oídos de Logan y le hicieran un daño que, tal vez, él no podría llegar a perdonarle.

—«Mi carta de amor sólo fue un error...» —oyó leer a Michael en voz alta.

Para desgracia de Tori, cuando intentó llegar hasta Logan el daño ya estaba hecho, ya que Michael no había resultado ser el chico de buen corazón que ella siempre había creído que era y leía delante de todos sus compañeros esa carta, vanagloriándose del dolor que causaban esas palabras.

—«Lo siento, Logan, pero mi carta de amor iba dirigida a otro chico, a uno más adecuado para

mí y menos intimidante. Un chico del que me he enamorado» —continuó leyendo Michael, mirando con satisfacción los airados ojos de Logan y retándolo a seguir escuchando—. ¿Quieres que lea el nombre de ese chico? —preguntó regodeándose en su victoria, ya que los rumores sobre la relación de Logan habían comenzado a extenderse por toda la clase, junto con alguna que otra burla dirigida hacia él.

—¡No! —gritó Tori, interrumpiendo esa amarga lectura.

Pero Logan la miró con firmeza, con unos ojos que mostraban el dolor que esas palabras le habían causado. Valientemente, resuelto a averiguar la verdad que ella le había ocultado, Logan se enfrentó a los burlones ojos de su rival y le pidió que prosiguiera.

—Sí, continúa.

—«Michael es el chico con el que siempre he soñado» —añadió Michael, haciendo que Logan cerrara los ojos ante esas palabras que tanto dolían.

—Logan, eso era cierto antes: Michael era el chico con el que siempre había soñado, pero ahora todo es distinto, ahora estoy contigo y... —intentó explicarse Tori, apartando a Michael de la proximidad de Logan, colocándose delante del asiento que éste ocupaba para que sólo la viera a ella.

Pero las palabras escritas en esa carta lo siguieron torturando.

—«Si salí contigo fue porque tuve miedo de cuál sería tu reacción, si me harías daño al enterarte de que todo había sido un error...» —siguió burlonamente Michael, riéndose de ellos mientras hacía público el contenido de esa carta que nunca debería haber llegado a sus manos.

—¿Miedo, Tori? ¿Me tenías miedo? —preguntó Logan contrariado mientras se levantaba de su asiento para enfrentarse a ella en busca de la verdad.

—Sí, Logan. Al principio te tenía miedo —confesó Tori, bajando el rostro avergonzada—. Pero luego todo fue distinto... —intentó explicarse nuevamente, hasta que su discurso fue silenciado por las burlonas palabras de Michael dándole voz a una carta que, aunque hubo un tiempo en el que Tori había considerado que era una posible solución a sus problemas, ahora solamente lo empeoraba todo.

—«También salí contigo porque me dio mucha lástima que me esperaras bajo la lluvia, no tuve la fuerza suficiente para decirte que todo había sido un malentendido...»

—¿Te quieres callar de una maldita vez?! —chilló ella, muy enfadada, dirigiéndose al idiota que torturaba cruelmente a Logan con unas palabras que nunca debería haber oído de sus labios, sino de los suyos.

—Ya desde el principio sospeché que había algo raro en esa carta, Tori —reconoció Logan, llamando la atención de la chica. A continuación, cogiéndola cariñosamente de las manos, confesó sus propios pecados en esa historia sin atreverse a mirarla a los ojos—. Si esperé aquel día bajo la lluvia fue porque tenía la esperanza de que fueras tú quien hubiera escrito la carta. Tú eras la chica en la que siempre me fijaba cada vez que venías a mi clase para discutir con tu prima sobre alguna de tus nuevas locuras; tú eras la chica de la que no podía apartar los ojos cuando me

cruzaba contigo por los pasillos, aunque no te percataras de mi presencia. En el momento en el que te tuve ante mí y comenzaste a dudar mientras tratabas de explicarme que yo no era el destinatario de esa carta, quise aprovechar la oportunidad para estar contigo y te manipulé un poco, sirviéndome de tu buen corazón y de tu deseo de no hacerme daño para que no te alejaras de mí mientras pasábamos tiempo juntos y me conocías de verdad..., pero jamás se me pasó por la cabeza que estuvieses junto a mí por miedo —terminó Logan soltando esas manos tan queridas. Luego, tras una última caricia, alzó los ojos hacia Tori con decisión y declaró con firmeza, aunque con un gran dolor que quedó reflejado en su rostro—: Será mejor que terminemos con todo esto.

A continuación, sin esperar a oír el final de la carta o aguardar las explicaciones de Tori, se alejó en medio de los susurros de todos, aumentando los chismes sobre él que lo perseguirían por los pasillos. Aunque eso era algo a lo que Logan ya estaba acostumbrado.

Tori se quedó de pie delante de ese frío y solitario pupitre sin saber por qué razón algo que había planeado tan bien le había salido tan rematada y dolorosamente mal. Y en esos instantes en los que las lágrimas se deslizaban por su rostro comprendió por qué su hermano Nathan huía siempre del amor: sin duda se debía a que éste, en ocasiones, podía doler muchísimo.

—¡Qué pena que no haya esperado a que terminara de leer tu carta! —dijo burlescamente Michael a su espalda, acabando por completo con la equivocada idea que Tori había tenido un día de él—. Bueno, y ahora que el novio inadecuado te ha dejado..., ¿qué me contestas a conseguir a tu novio perfecto? —propuso mientras se acercaba a ella alardeando de su victoria.

La respuesta de Tori no tardó en llegar, sorprendiendo a todos los presentes en esa aula cuando la bonita y dulce pelirroja que nunca había dado una voz más alta que otra se volvió furiosa hacia Michael para propinarle un fuerte puñetazo que lo hizo tambalearse antes de que acabara en el suelo. A continuación, sin pronunciar ni una palabra más, se acercó a él para quitarle su carta y declarar firmemente delante de todos:

—¡Esta carta no es tuya! ¡Nunca volveré a cometer el error de escribir una para ti! —exclamó poniendo fin a las pretensiones de ese idiota para luego salir corriendo en busca de un chico al que no sabía cómo pedir perdón.

»Y pensar que una vez temí que me hicieras daño, cuando finalmente he sido yo la que más te ha herido... —susurró tristemente mientras reflexionaba sobre las palabras que había escrito acerca de Logan, juzgándolo tan erróneamente como todos los demás.

No obstante, ¿quién podía imaginar que ese chico tan distinto de ella sería del que iba a enamorarse? Fue entonces cuando recordó las enseñanzas de su hermano, que siempre le aseguraban que el amor no era tan fácil como ella pensaba.

Capítulo 18

Definitivamente, era muy débil ante los lloros de una mujer. Y más todavía cuando esa mujer era mi hermana. En el instante en que Tori me llamó para comenzar a gimotear desconsoladamente al teléfono intentando explicarme entre hipidos su desdichada situación, yo, como su ferviente defensor, le hice la pregunta que haría cualquier hermano preocupado:

—¿Cuántos huesos quieres que le rompa a Logan?

Pero, por lo visto, ésa no era la respuesta correcta, ya que Tori comenzó a insultarme y a intentar relatarme de nuevo una enrevesada historia en la que me había perdido casi desde el principio y no entendía ni media palabra. Sin embargo, resuelto a ser su apoyo en situaciones tan complicadas como ésa, dejé que se desahogara al teléfono hasta que me hizo una pregunta que me dejó igual de perdido que a mi hermanita cuando yo me la hacía a mí mismo a propósito de la mujer que me volvía loco:

—¿Qué hago ahora?

—No lo sé —respondí con sinceridad, pues ésa era la única contestación que podía darme a mí mismo mientras negaba con la cabeza al encontrarme con una nueva y descarada muestra de cariño procedente de Jessica en un examen suyo que estaba corrigiendo justo en ese momento: un corazón dibujado en un margen de la hoja, con un gran «te quiero» escrito en su interior y obviamente dirigido a mí, que no tardé en tachar con el rotulador rojo sólo para molestarla.

Tras ello, seguí intentando solucionar los problemas de mi hermana desde la mesa de mi aula antes de que comenzara la siguiente clase usando la lógica que tenían algunas mujeres en los asuntos del corazón, o sea, ninguna.

—¿Has probado a decirle a Logan que lo quieres, como me cuentas a mí cada vez que te contesto al maldito teléfono? —le reproché, haciendo que sus llantos arreciaran, hecho que, para mi desgracia, llamó la atención de mi olvidada alumna, que, una vez más, esperaba de pie junto a mi mesa.

—¿Qué haces? —me dijo Jessica curiosa, seguramente preguntándose quién sería la chica que estaba al otro lado del teléfono.

—Aconsejar a mi hermana sobre el amor —repuse. E, ignorando los desesperados lloros de Tori, aparté unos instantes el auricular del teléfono de mi oído para que Jessica la oyera.

—¡Ah, pobrecilla! Entonces su llanto es comprensible, ya que eres nefasto dando consejos sobre amor.

—¿Acaso tú sabes hacerlo mejor? —le pregunté retándola mientras me colocaba

impertinentemente las gafas en su lugar y le cedía el móvil para que me lo demostrara.

—¡Trae acá! —dijo ella aceptando mi reto. Y, arrebatándome el teléfono de las manos, saludó a Tori y le pidió que la pusiera al día—. ¡Hola! Soy Jessica, cuéntame tu historia desde el principio...

Tras oír sus palabras, suspiré frustrado, ya que eso podía llevar años. Pero, al contrario de lo que pensaba, Jessica pareció comprenderlo todo en unos pocos minutos.

—Escríbele una nueva carta de amor —le aconsejó, quedándose tan ancha. Entonces yo comencé a negar con la cabeza, ya que todos los problemas de Tori habían llegado precisamente por culpa de una carta—. Tu hermano está de acuerdo conmigo —mintió descaradamente Jessica mientras alejaba el móvil de mí para que no lo recuperara—, y, si te evita, haz que le sea imposible no leerla. Escribe una, diez, cien, mil, y envíaselas a su casa, méteselas en su taquilla, pégalas en el tablón de anuncios o en su frente si hace falta y... ¿Que cómo llamé yo la atención de tu hermano? ¡Ah, pues verás...!

Antes de que Jessica metiera a Tori en más problemas o de que le contara intimidades mías que no quería que mi hermanita conociera, me apresuré a arrebatarle mi móvil y traté de disuadirla de seguir sus consejos antes de poner fin a esa conversación en la que, al menos, ya no lloraba.

—Te recuerdo, Tori, que el acoso está penado por la ley —declaré antes de colgar, sabiendo que mis palabras engrosarían la lista de consejos ignorados por mi hermana para meterse de lleno en otra locura, cómo no, nuevamente relacionada con el amor.

Tras guardar el móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón, me volví hacia mi torturadora particular, que no me permitía ni un momento de descanso para que reflexionara sobre lo que estaba pasando entre nosotros, tal vez para que no me alejara de ella. Y, satisfecho, le mostré cómo había tachado el corazón de su examen.

—Ésta no es la respuesta correcta a ninguna de las preguntas de mi examen —dije tratando de reprenderla. Pero ella, como siempre, no se encogió ante mi severo rostro, sino que me contestó tan desvergonzadamente como sólo ella sabía hacer.

—Pero es una respuesta que siempre estaré dispuesta a darte —repuso señalando el «te quiero» dentro del corazón.

Intenté mostrarme firme ante Jessica ajustando mis gafas en su lugar para dedicarle un sermón sobre la responsabilidad con la que debía tomarse los estudios y las consecuencias negativas que tendría para su futuro desviarse del camino adecuado.

Cuando terminé, la miré con seriedad. Y al observar que ella me contemplaba embelesada no tuve duda alguna de que, una vez más, su mente se había perdido en irracionales ideas románticas sobre nosotros. Para confirmar si mis suposiciones eran correctas, carraspeé para devolverla a la realidad y, manteniéndome firme, la reprendí de nuevo:

—¿Y bien? ¿Qué has aprendido de mi discurso? —dije esperando que titubeara o intentara ocultar, avergonzada, que no me había prestado la menor atención.

No obstante, tan descarada como siempre, Jessica me soltó:

—Que te pones muy guapo cuando te enfadas.

A continuación aproximó sus labios a mi boca, y, rindiéndome una vez más ante esa desesperante mujer a la que ya no podía resistirme, me acerqué a ella para aceptar ese beso. Yo pretendía que fuera un beso rápido y dulce que la contentara lo suficiente como para que no me interrumpiera durante mi clase, pero cuando me percaté de que Izan se disponía a entrar en el aula para la siguiente clase, no pude evitarlo y, después de quitarme las gafas mientras sonreía maliciosamente hacia él, besé apasionadamente a esa mujer con la que siempre perdía la compostura.

Izan permaneció a un lado, cruzado de brazos con furia, observando con descaro nuestro beso. Pero eso fue hasta que apoyé a Jessica en la mesa y, sin que ella se diera cuenta de mis movimientos, saqué el móvil de mi bolsillo trasero para mostrarle burlesonamente a Izan una escandalosa foto, recordándole así lo que podía pasarle si alguien nos descubría.

Él no tardó en ponerse blanco como la tiza y se apresuró a salir de clase para colocarse ante la puerta, impidiendo que el resto de sus compañeros entrara para estropear ese apasionado momento, y para que yo no tuviera una excusa para cumplir mi amenaza de publicar esas comprometidas fotos.

Desde mi posición, mientras devoraba los dulces labios de Jessica, oí a Izan describirles a sus compañeros que yo sufría algún tipo de malestar para justificar que no los dejara pasar, evasiva que abandonó de inmediato en cuanto alguien propuso llamar a un médico. Entonces volví a oírlo instruyendo a los demás chicos sobre lo que había que hacer en caso de incendio, intentando que lo siguieran en un simulacro. Lo vi revisando el, según él, «inestable quicio de la puerta», e incluso intentó que lo acompañaran a la cafetería para realizar una protesta masiva contra mis métodos de enseñanza faltando a mi clase, algo en lo que, por supuesto, ninguno estuvo de acuerdo, pues yo los intimidaba demasiado. Por último, cuando lo vi haciendo el baile del pollo delante de la puerta como último recurso para evitar que sus compañeros entraran, nos pillaran con las manos en la masa y yo cumpliera mi amenaza, ante la masiva protesta que se estaba montando, me apiadé de él y me separé de Jessica... para reírme a gusto.

—¡Pero mira que eres malo! —dijo ella con una pícaro sonrisa mientras negaba con la cabeza y se bajaba de la mesa, haciéndome saber que mi beso no la había distraído tanto como para no enterarse de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Cariño, aún no has visto ni la mitad de lo malo que puedo llegar a ser —declaré provocativamente, poniéndome las gafas para volver a interpretar mi papel de severo maestro.

—No, pero estoy impaciente porque me lo muestres todo de ti —replicó ella tentándome mientras se sentaba en su lugar y trataba de representar el papel de una simple alumna, algo que Jessica nunca podría ser para mí porque siempre me exigía demasiado a la hora de enseñarle.

—¿Me podéis explicar por qué llegáis todos tarde a mi clase? —reprendí a mis alumnos después de que entrasen todos de golpe en el aula, despedazando a Izan con la mirada.

—¡Izan no nos dejaba pasar! —protestaron la mayoría de ellos.

Y, echando más leña al fuego, me dirigí hacia Izan y le puse amistosamente la mano en su hombro para excusarlo ante todos.

—No puedo creer que un chico tan estupendo y sobresaliente como él tenga ese comportamiento —declaré, concediéndole falsamente toda mi confianza mientras un número mayor de amenazantes miradas se dirigían hacia el tembloroso chaval.

Cuando Izan trató de deshacerse de mi agarre, apreté disimuladamente, indicándole que permaneciera en su lugar mientras acababa con mi discurso.

—¿Habéis visto su último examen? Lo he colgado en el tablón de anuncios. Miradlo cuando podáis: es un gran ejemplo para todos vosotros —declaré fervientemente para luego amenazar sutilmente a ese chico con lo que le esperaba—. Y no me extrañaría nada que en el próximo examen volviera a sacar una nota excelente...

Tras oír mis palabras, Izan me miró espantado, algo ante lo que yo sonreí perversamente antes de susurrarle amenazante al oído:

—Más te vale que estudies, de lo contrario...

Después de murmurarle ese consejo a Izan, un gesto que todos mis alumnos miraron con recelo, pues no sabían qué le había dicho al oído ni por qué de repente mostraba ese favoritismo hacia él, los animé a tomar asiento antes de comenzar con la clase.

Me alegró mucho ver cómo Izan, que nunca antes había prestado atención a mis lecciones, ahora mostraba un inusitado interés por cada una de mis palabras para intentar justificar la elevada nota que, sin duda, sacaría en su próximo examen... Pero, en fin, eso era lo que él me había pedido amablemente y yo se lo concedería, aunque, claro..., a mi manera.

* * *

Notaba que Nathan cada vez se resistía menos a amarme. Esas palabras que antes le habían parecido tan espantosas y de las que siempre renegaba ya no le resultaban tan terribles; ahora no salía corriendo a la menor oportunidad y recibía mis «te quiero» con una sonrisa, mientras que en anteriores ocasiones se había apresurado a huir de mí para no oír mis múltiples confesiones de amor. Ahora me parecía verlo esperar con impaciencia ese momento en el que yo le decía abiertamente que lo amaba, a pesar de que él aún fuera incapaz de admitir lo que sentía por mí.

El amor no era tan fácil como yo había pensado en un principio mientras le exigía a Nathan que me enseñara lo que éste significaba y, finalmente, en ese confuso camino ambos habíamos sido el alumno y el maestro en distintos momentos.

A pesar de que él se negaba a decirme que me quería, sus actos hablaban por sí mismos, sin poder evitar mostrarme que, aunque sus labios estuvieran sellados, su corazón no lo estaba. ¿Qué hombre me habría defendido como él lo hacía a cada instante? ¿Quién me habría perseguido en mis locuras e, incluso, quién habría besado a otro hombre para protegerme si no sintiera nada por mí?

Sus temores a amarme aún eran demasiado grandes en su corazón, pero, al parecer, el miedo a perderme lo era todavía más, y Nathan no podía evitar mostrarme con sus caricias y con sus besos que lo que sentía por mí no era sólo deseo.

Mientras que antes permanecía encerrado en su cuarto y guardaba sus sentimientos detrás del pestillo de su puerta, manteniendo una fría fachada en el rostro, ahora dejaba la puerta abierta y esperaba que yo me adentrara en su habitación para amarme. Incluso, en más de una ocasión, esa puerta se había abierto con impaciencia para arrastrarme a la pasión de esos brazos, un lugar donde él nunca me podría negar su amor, porque cada uno de sus besos confirmaba sus sentimientos.

No quería presionar a Nathan para que pronunciara las palabras que deseaba oír. Después de todo, teníamos todo el tiempo del mundo para aprender juntos lo que era el amor y para que de sus labios salieran esas palabras que me moría por oír, pero que no significarían nada si no las decía con el corazón. Aunque, para mi desgracia, el destino, que tantas oportunidades me había quitado y me había devuelto con Nathan, parecía querer reírse de mí y ahora volvía a mostrarse de nuevo bastante cruel.

En mis manos tenía una carta de la universidad, una gran oportunidad de futuro que intentaba ocultar a todos porque eso me alejaría otra vez de él. Irónicamente, debido a las altas calificaciones que había obtenido en mis últimos exámenes de Historia del Arte, gracias a las clases particulares de Nathan, mi nota media había subido lo suficiente como para permitirme solicitar una beca de estudios en el extranjero. Según me informaban, pocos alumnos recibían semejante privilegio, y yo me hallaba entre los primeros de la lista.

Mientras que antes no tenía nada claro mi futuro ni lo que quería hacer, al ser testigo de la dedicación que mostraba Nathan día tras día en sus clases, al advertir cómo se perdía apasionadamente en la corriente de la historia, viajando entre los monumentos que habían aparecido con el paso del tiempo y la manera en que nos trasladaba consigo a épocas pasadas a través de sus explicaciones y sus relatos, comprendí que yo quería ser como el hombre al que tanto admiraba.

Ignoraba si la idea de convertirme en profesora había surgido en mi mente con la intención de poder alcanzarlo o si, al dedicarme a lo mismo que Nathan, pretendía de alguna manera no olvidar ninguna de sus lecciones ni tampoco a él. Sólo sabía que me gustaba la idea de llegar a enseñar del mismo modo en que Nathan lo hacía, tal vez no en una universidad, pero sí en un instituto donde pudiera despertar la pasión de jóvenes tan confusos como me había sentido yo, dándoles un motivo para atesorar esos recuerdos del pasado que alguien había dejado para nosotros, simplemente para que no los olvidáramos con facilidad y recordáramos siempre que ellos habían estado allí.

Esa carta que tenía entre las manos me proporcionaba una gran oportunidad para perseguir ese sueño. No obstante, no podía evitar la tentación de rechazarla mientras arrugaba el papel porque me alejaba irremediamente de otro sueño, como era estar al lado del hombre al que amaba.

—¿Qué haces en mitad del pasillo? —preguntó Nathan cuando abrió impacientemente la puerta de su habitación.

—Nada —respondí mientras me apresuraba a esconder la carta en el bolsillo trasero de mis vaqueros, porque, conociéndolo como lo conocía, sabía que no me permitiría desaprovechar esa oportunidad y me convencería para que fuese a esa lejana y prestigiosa universidad, aunque tuviera que llevarme él mismo.

—Ése es el problema, que no haces nada. Deja de pasearte de un lado a otro del pasillo y acaba con mi sufrimiento: ¿vas a entrar en mi cuarto o no? —repuso mientras mesaba nerviosamente sus cabellos, abriendo del todo la puerta e invitándome a perseguirlo una vez más.

—¿Y cuándo acabarás tú con el mío? —le pregunté a la vez que apoyaba la mano en su pecho, reclamando su corazón.

Nathan, negándose a contestarme, cogió esa mano que descansaba sobre su pecho y, caminando hacia atrás, me arrastró hacia sus brazos para cerrar la puerta y silenciar mis protestas con un beso con el que yo olvidaría todo lo que faltaba en esa relación. Aunque mi corazón no lo haría.

Ignorando por completo esa carta que señalaba mi futuro, me entregué a la pasión del hombre al que no quería perder y al que tenía miedo de dejar atrás porque, si no obtenía una promesa de amor de sus labios, ¿cómo sabría que él me esperaría hasta que cumpliera mis sueños y no se olvidaría de mí y de todo lo que habíamos aprendido juntos?

* * *

Nathan caminaba intrigado hacia el despacho de la subdirectora. Su llamada no podía deberse a las calificaciones de sus alumnos, ya que todos ellos estaban mejorando bastante. Incluso los dos más reticentes a seguir sus lecciones estaban finalmente aprendiendo de ellas, aunque tal vez no por las razones que deberían. Su tesis de final de carrera estaba prácticamente terminada y las evaluaciones de su trabajo como docente habían sido positivas en su última revisión.

No obstante, la persistente Serena lo había convocado a su despacho advirtiéndole que ningún pretexto le valdría para eludir esa reunión, y él, que tenía decenas de ellos preparados para no reunirse con esa mujer, había tenido que morderse la lengua y marchar directo hacia donde ella lo esperaba.

Tras tomar asiento frente a la subdirectora, que siempre le había dedicado embaucadoras sonrisas, salvo en ese momento, en el que se mostraba sorprendentemente seria, Serena colocó frente a Nathan unos documentos que concederían a algunos de sus alumnos un futuro prometedor.

—¿Podrías explicarme por qué razón uno de tus estudiantes rechazaría esta maravillosa oportunidad? —lo interrogó mientras lo escrutaba con una penetrante mirada, como si sospechara que él era la razón de que alguien desperdiciara esa posibilidad.

Y, mientras sentía la mirada de esa persistente mujer fija en él a la espera de su respuesta, Nathan cerró los ojos, intuyendo quién era la persona a la que se refería Serena. Comenzando a

sentirse culpable, no dudó de que él era el motivo por el que Jessica había rehusado aceptar esa beca, y, queriendo confirmar sus sospechas, le preguntó a la subdirectora:

—¿Quién es el alumno que ha rechazado la beca?

—Jessica Scott. Me disponía a hablar con su padre, pero pensé que sería mejor comenzar por ti. Por lo poco que he observado de tu extraña relación con ella, he podido constatar que te preocupas por esa chica más que por ningún otro alumno.

—Me preocupo por todos y cada uno de ellos... —musitó Nathan, intentando apartar de Jessica la inquisitiva mirada de esa mujer.

—¡Por favor! Cualquiera que os vea juntos puede darse cuenta de que entre vosotros hay algo más que una simple relación profesor-alumno. Tus continuos rechazos hacia ella sólo lo hacen más evidente. Además, se te suelta la lengua con el alcohol, Nathan, y cuando ella está delante lo confiesas todo, hasta lo que con tanto empeño tratas de mantener en secreto —manifestó ella, recordándole aquella noche en la que había hablado más de la cuenta sobre la mujer a la que amaba, animado por el alcohol.

—No la quites de esa lista todavía, Serena, porque voy a lograr que acepte esa beca aunque tenga que amarrarla yo mismo al avión para que vaya hasta allí.

—Perfecto. Sabía que podía contar contigo, Nathan, pero las cosas no son tan simples... ¿Sabes de lo que es capaz una mujer enamorada con tal de no separarse del hombre al que ama? ¿De cuántas cosas puede llegar a desprenderse y dejar atrás por él, aunque luego pueda arrepentirse de ello? —inquirió Serena con una triste mirada, como si en esos instantes recordara algún momento de su pasado que prefería olvidar.

—Yo la convenceré.

—Una chica tan insistente como ella no será fácil de convencer. Además, hay otro problema: los escrutadores ojos de los demás profesores que vigilan con gran celo a los candidatos que optan a esa beca. Sólo se permite acceder a ella a aquellos alumnos que sean excelentes desde un punto de vista académico, pero también en su vida personal, para salvaguardar el prestigio de nuestra universidad. Cualquier mínimo rumor supone una mancha que entorpece la posibilidad de acceder a ella.

—¿Qué me aconsejas? —preguntó Nathan un tanto perdido mientras sus puños arrugaban ese papel porque su corazón ya se temía cuál sería la respuesta.

—Tú y yo sabemos qué es lo que debes hacer —replicó Serena sin precisar más mientras se levantaba de su silla. Y, tras colocarse a la espalda de Nathan, le susurró al oído las palabras que él no quería oír por nada del mundo—: Aléjate de Jessica, corta esa relación que tanto a ella como a ti solamente os traerá desgracias y que, sin duda, os llevará a arrepentiros y a renegar de vuestro supuesto amor más adelante.

Tras unos segundos que a Nathan le parecieron interminables, Serena insistió:

—Olvídate de tu alumna. Te resultará fácil, después de todo, hay numerosas mujeres mucho más adecuadas para un hombre como tú... —dijo acariciando insinuantemente sus hombros por

encima de la chaqueta.

—Alejarme de ella nunca ha sido fácil —repuso él mientras se apartaba de las atenciones de Serena y mostraba en su rostro una sonrisa al recordar todos y cada uno de los intentos de Jessica por llamar su atención—. Definitivamente, olvidarla es algo imposible para mí, porque no hay otra mujer como ella... Sin embargo, soy consciente de que esto es lo mejor para su futuro —reconoció mientras se ponía en pie y se enfrentaba a aquellos insinuantes ojos con una fría mirada—. No te preocupes, Serena, haré que cambie de opinión aunque duela. Eso sí, puedo asegurarte que, esté enamorado de Jessica o no, nunca me arrepentiré de nada de lo que ha pasado entre nosotros. Ni ahora ni nunca —declaró Nathan antes de salir por la puerta, decidido a alejarse una vez más de Jessica.

Pero, al contrario que en otras ocasiones, en ese momento le dolió mucho pensar en separarse de ella, demostrándole que lo que todos le habían advertido era cierto y que él, finalmente, estaba enamorado.

* * *

Tori pensó que a su hermano seguramente nunca le dolería el corazón como le ocurría a ella en esos instantes, cuando intentaba dejar todos sus sentimientos grabados en esa carta.

Mientras que antes poner sus palabras en un papel sólo había significado volcar en él algún sueño o fantasía infantil, ahora ese gesto lo era todo, pues tenía que exponer lo que guardaba en su corazón. Tori sentía que sus sentimientos eran demasiado intensos como para que un simple trozo de papel pudiera contenerlos; no obstante, en cuanto cogió su bolígrafo dejó salir cada uno de ellos mientras pensaba en una única cosa.

Su mente ya no abrigaba ninguna estúpida ilusión sobre una relación ideal o acerca de un hombre perfecto que nunca existiría, sino que se limitaba a recordar al chico al que su corazón había aprendido a amar y cada uno de los momentos que había pasado a su lado y decidió contar lo que había experimentado junto a él.

Su nueva carta no contenía una titubeante disculpa o un empalagoso cuento con final feliz, sino que recogía todas las lecciones que había recibido a lo largo de los años sobre el amor de las personas que conocía y que, fueran buenas o malas, solamente había comprendido mientras Logan había estado a su lado. Porque, hasta que él llegó a su vida, ella no sabía lo que era amar a alguien, y ahora que él se lo había enseñado, no pensaba dejar que se alejara de ella sin saber lo que había aprendido de cada uno de los momentos que habían pasado juntos, estuvieran o no basados en una mentira, porque éstos eran demasiado importantes como para ignorarlos.

Tras una noche en vela, Tori logró finalizar su nueva carta de amor. No era tan larga como las anteriores, pero eso se debía a que sus palabras eran más precisas y menos confusas, ya que ahora sabía lo que quería. O, mejor dicho, a quién quería de verdad.

En cuanto llegó al instituto, trató de entregársela a Logan acercándose a él a la carrera como

había hecho en otras ocasiones. Y, llevando su misiva en la mano, se la tendió para que él conociera sus sentimientos, pero Logan, al verla, cerró fuertemente los ojos, como si le hiciera demasiado daño, para luego simplemente pasar por su lado ignorando tanto su carta como a ella.

A Tori le dolió ese primer rechazo, pero pensó que no tanto como le había dolido a él el suyo, que ni siquiera fue pronunciado por sus labios, sino a través de las burlas de otro.

La segunda vez que intentó entregarle la carta, la metió con manos temblorosas en su mochila aprovechando un momento en el que Logan se hallaba ausente del aula. Más tarde, cuando Tori se acercó a su clase para ver a su prima Olivia, mientras ella lo miraba con ojos esperanzados, Logan sacó la carta de su maleta y la tiró a la papelera delante de ella. Un contundente rechazo que Tori no aceptó como tal, aunque volvió a dolerle muchísimo.

En el tercer intento, llegó a ponerle la carta entre las manos un tanto molesta. Pero, mientras intentaba decirle que lo quería, únicamente le salió una dubitativa disculpa y Logan finalmente la dejó caer al suelo, tras lo que, sin ninguna piedad, la pisó, aplastando tanto su carta como su corazón.

Y en la cuarta ocasión ya no tenía paciencia y decidió darlo todo por el chico que no se merecía menos, suplicando en silencio que esa vez Logan la mirara y no la ignorara como había hecho ella en el pasado cada vez que él había caminado por su lado rogando un solo instante para que ella pudiera conocerlo mejor.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer, primita? —preguntó burlonamente Raymond, haciendo mentalmente apuestas sobre cuál sería el resultado para esa pareja.

—Sí —dijo ella, más decidida que nunca.

—Sabes que hacer un ridículo más grande que el suyo no implica que Logan vaya a perdonarte, ¿verdad? —insistió Olivia, que no estaba de acuerdo con ese alocado plan.

—No me importa.

—¿Entonces? —preguntaron ambos compinches, esperando la señal.

—Voy a darlo todo por el amor —dijo Tori.

Y, mostrando que era toda una Lowell, dejó caer por una de las ventanas del piso más alto del instituto cientos de copias de su carta de amor. A su vez, Olivia y Raymond hicieron lo mismo desde las otras ventanas, inundando todo el instituto con unas palabras que, de una manera u otra, Logan no podría ignorar en esa ocasión.

* * *

Logan sabía que la oportunidad que había tenido junto a Tori nunca se le habría presentado de no haber sido por un estúpido malentendido. Se había aprovechado descaradamente de la equivocación de esa chica, ya que, cuando leyó los primeros párrafos de aquella carta en la que alababa su gusto por la poesía y la literatura, dedujo que, evidentemente, no iba dirigida a él. No obstante, aguardó junto a aquel árbol bajo la lluvia con la esperanza de que ella se fijara en él.

Cuando más tarde la vio dudar y notó que Tori era demasiado blanda de corazón como para hacerle daño con su rechazo, volvió a aprovechar el momento y fingió ante ella haber creído que la carta iba dirigida a él, impidiendo que la chica le revelara la verdad, jugando egoístamente con su sentimiento de culpa.

Todos los días que estuvo junto a Tori tuvo que acallar su conciencia diciéndose que solamente estaba aprovechándose del momento que jamás habría tenido de no ser por una afortunada casualidad, para que Tori viera cómo era él en realidad, de modo que se enamorase de él por sus propios méritos.

A lo largo de los meses, creyó haberlo logrado. Creyó haber conseguido que los hermosos ojos de Tori se volvieran hacia él en los pasillos del instituto, ilusionados. Y, por unos momentos, Logan se permitió soñar que esas palabras de amor que ella había escrito para otro realmente iban dirigidas a él.

Pero eso nunca sería cierto, y otra estúpida carta lo había devuelto rápidamente a la realidad, demostrándole que ella sólo había estado junto a él porque, como todos los demás, le tenía miedo. Sus excusas ya no sirvieron para acallar su conciencia, y cada vez que Logan recordaba que todos los dulces momentos que le había robado —las risas, los besos y las caricias— se debían únicamente al miedo que Tori le tenía, no podía evitar alejarse un poco más de ella, avergonzado y dolido.

Aislado de nuevo en su solitario mundo, había rechazado todos los intentos de la chica de pedirle perdón. Y, al contrario de lo que muchos pensaban, cuando la esquivaba no era porque le guardase rencor a causa de las burlas que había recibido como consecuencia de su carta leída en público por Michael, sino porque sus palabras, aunque fueran por escrito, le dolían demasiado, y eso era algo que quería evitarle a su dañado corazón.

Que ella no lo amara era algo normal para él, aunque por unos instantes había creído estar cerca de su corazón. Que ella no lo mirara era lo que había pasado todo el tiempo, hasta ahora, cuando sus miradas se cruzaban con demasiada frecuencia por los pasillos y él intentaba esquivarlas porque no quería ver miedo allí, sino amor. Algo que, después de tantas mentiras por su parte, no sabía si mostrarían esos ojos que no se atrevía a enfrentar, o esas temblorosas manos que no se atrevía a tocar de nuevo, o esos dubitativos labios que sabía que no podría volver a besar si no pronunciaban unas palabras de amor que en esta ocasión fueran dirigidas verdaderamente a él, algo imposible.

Mientras Logan caminaba por el patio en dirección a su clase, cientos de papeles volaron por encima de él y de sus compañeros. Como si el viento se hubiera confabulado con los sujetos que perpetraban esa travesura, éstos fueron esparcidos por todas partes, llegando a las manos de decenas de curiosos, que no pudieron evitar leer en voz alta lo que contenían. Logan los ignoró, pero no pudo hacerlo por mucho tiempo, debido a que, a cada paso que daba, encontraba a otra persona que leía las palabras que él se había atrevido a rechazar por miedo y dolor.

—«Aunque no lo creas, el amor es solamente una asignatura más que se aprende a lo largo de

la vida» —leyó una chica, llamado la atención de Logan.

—«Pero ésta no puede enseñarnosla ningún maestro, porque nunca se puede saber todo sobre ese loco sentimiento» —recitó otro chico, burlándose de las palabras, lo que, sin saber por qué, molestó un poco a Logan. No obstante, él siguió su camino.

—«Para aprender qué es el amor, nosotros mismos elegimos a esa persona que nos enseñará a comprenderlo un poco mejor» —continuó una compañera, abrazando a su pareja.

—«En ocasiones nos equivocaremos con la persona elegida y tal vez tardemos en darnos cuenta de ello, pero como en todas nuestras lecciones, aprenderemos de nuestros errores y sabremos escoger con más atención» —leyó una profesora, asintiendo con la cabeza.

—«Yo me he preguntado en más de una ocasión qué es el amor, y también les he preguntado a otros para tratar de obtener la respuesta correcta. Pero ninguna de ellas me satisfizo, porque ahora sé que esa cuestión es algo que solamente yo misma podré contestar cuando me enamore» —corearon entre risitas un grupo de chicas.

—«Aún no he aprendido del todo lo que significa el amor, pero sé que fuiste tú quien comenzó a enseñármelo y quiero terminar aprendiendo lo que es. A tu lado» —leyó Raymond mientras pasaba un amistoso brazo por el hombro de Logan, poniéndole la carta delante al tiempo que le sugería—: ¿Por qué no lees tú mismo el último párrafo, amigo?

—«Así que, Logan, ¿por qué no me enseñas qué es el amor?»

—¿Tienes alguna idea de quién podría ser esa chica? —preguntó irónicamente Raymond, señalándole el nombre de Tori, escrito en letras enormes al final de la carta, como si ella hubiera querido que nadie albergara dudas de que lo amaba.

Dispuesto a responder a la primera carta de amor que iba verdaderamente dirigida a él, Logan corrió hacia el lugar donde sabía que ella lo esperaba como él había hecho en una ocasión: junto a ese árbol de su primer encuentro. Y, efectivamente, allí se encontraba Tori, aguardando una respuesta a su carta.

Sin pronunciar palabra, tal vez porque ya todas habían sido dichas por otros, acogió a la muchacha entre sus brazos y besó sus labios, dándole la contestación a esa carta en la que no quedaba duda alguna sobre a quién amaba ella.

—Te quiero —le dijo Tori, haciéndolo sonreír.

—Te quiero —respondió Logan.

Y, besándola de nuevo, selló su promesa de cumplir lo que solicitaba la misiva: aprender juntos qué era el amor.

Capítulo 19

Aunque unos días antes Nathan había bromeado con ella arrastrándola para esconderse en cualquier rincón en el que darse esos besos que para ellos estaban prohibidos, ahora se mostraba distante y Jessica se sentía de nuevo perdida en esa relación en la que besos y caricias habían sido dejados atrás para dar paso a un hombre frío e insensible que la rechazaba como al principio.

Confundida pero resuelta a romper esa barrera que Nathan interponía entre ellos, se coló en la habitación del hombre que amaba en busca de la respuesta que siempre le negaban sus labios, pero nunca sus caricias.

—¿Qué haces? —preguntó con extrañeza cuando vio sobre la cama una maleta a medio hacer.

—¿No es obvio? Me marcho —respondió Nathan mientras colocaba sus gafas en su lugar y la miraba con una intensa frialdad que sus ojos nunca antes habían tenido hacia ella.

—¿Por qué ahora? —quiso saber Jessica, viendo que ese hombre se cerraba de nuevo a ella y a sus sentimientos, pero en esta ocasión con más firmeza que nunca.

—Creo que ha llegado el momento de irme de tu casa. He conseguido que un amigo me preste su apartamento durante el tiempo que esté por aquí. No quiero abusar más de la hospitalidad de tu padre —anunció Nathan, cerrando la maleta para mostrarle lo serias que eran sus palabras.

—¡No! —exclamó Jessica enfadada—. ¿Qué ha ocurrido? —inquirió a continuación mientras se interponía entre la salida y él, decidida a averiguar la razón de ese repentino cambio de humor.

—Lo que ha ocurrido es que ha llegado el momento de separarnos —repuso él con firmeza, intentando apartarla de su camino.

—¡No! —volvió a negar ella. Y tal vez porque en esa ocasión sabía que no podía hacerlo cambiar de opinión, sus ojos se llenaron de lágrimas que intentaba no derramar.

—El juego entre nosotros ha terminado, Jessica. Tú querías enseñarme qué es el amor, pero yo no he aprendido la lección. Podríamos decir que he suspendido de manera estrepitosa esa asignatura —manifestó Nathan con una cínica sonrisa mientras, riéndose de sus sentimientos como jamás lo había hecho, ponía fin a todo.

—Dime una vez más por qué no quieres aprender a amarme... —insistió ella, resistiéndose a aceptar la idea de que su relación sólo hubiera sido un simple juego para Nathan.

Pero, mientras retiraba sus gafas de su serio rostro esperando encontrar tras ellas al hombre que siempre la seguía en sus juegos, en esta ocasión solamente halló a un desconocido que le devolvía una gélida respuesta ante cada uno de sus sentimientos.

—Porque el amor es una pérdida de tiempo y yo no quiero perderlo más contigo —contestó

Nathan con dureza.

Y, a la vez que el corazón de Jessica se partía a causa de esas palabras, sus manos devolvieron las gafas a su lugar, a ese impertérrito rostro que la rechazaba con firmeza y sin dejarle ninguna esperanza a su amor.

Sabiendo que ninguna de sus palabras haría cambiar de opinión a Nathan, ella se apartó entonces de su camino y en esta ocasión permitió que él se alejara, tal vez para siempre, porque, aunque volvieran a encontrarse, su corazón seguiría cerrado a sus sentimientos y Jessica ya no tenía más fuerzas ni paciencia para enseñar a ese hombre a amarla.

Limpiándose las lágrimas, observó desde lejos los pasos de Nathan mientras se despedía de su padre con sus mejores modales y la trataba a ella como a una desconocida. Luego, sin poder aguantar más toda esa farsa, corrió a su habitación y, asomándose por la ventana, dejó fluir las lágrimas mientras le gritaba a Nathan una vez más lo que albergaba en su corazón:

—¿Por qué no puedes aprender a amarme?!

Él, ignorando una vez más sus palabras, le dio la espalda y siguió alejándose hacia su coche, fingiendo que nada pasaba. Pero si Jessica se hubiera fijado en él con más atención, habría visto las temblorosas manos que Nathan apretaba fuertemente a ambos lados de su cuerpo para evitar volverse hacia ella, o tal vez habría observado la falsa sonrisa que mantenía en su rostro, como una máscara, para no dejar salir sus lágrimas. Incluso, quizá, se habría percatado de que sus labios susurraban una respuesta que no dejaba lugar a dudas de que había aprendido finalmente esa lección que siempre intentaba evitar:

—No puedo amarte... porque duele demasiado.

* * *

Paul miraba confuso a su hija a la vez que intentaba simular una vez más que leía la sección de deportes del periódico, cuando la verdad era que sus ojos no podían apartarse del desconsolado rostro que lucía su niña en esos momentos.

Como el hombre divorciado que era, en ocasiones él no sabía muy bien cómo tratar a la mujer en la que Jessica se estaba convirtiendo, y había intentado concederle siempre su espacio a su pequeña para que le contara sus preocupaciones cuando lo creyera conveniente. Sin embargo, en esos instantes Jessica no parecía encontrar el momento oportuno para revelárselas, y él se estaba hartando de ver ese triste rostro que no hacía otra cosa más que dirigirse una y otra vez hacia la puerta, como si esperara que de un momento a otro apareciera tras ella el hombre por el que tanto suspiraba.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Paul finalmente al tiempo que bajaba el periódico y fijaba con firmeza los ojos en su hija para mostrarle que esta vez no podría evitar su pregunta.

—Estoy enamorada... —dijo ella sin rodeos, dejando ver que su tristeza no se debía a la inseguridad de sus sentimientos, sino a los problemas que podía acarrear una relación.

—¿Y él te quiere? —indagó Paul preocupado.

—Ahora no lo sé... —declaró Jessica con sinceridad al recordar la frialdad de Nathan.

—¿Te ha hecho daño? —volvió a preguntar Paul, aunque el afligido rostro de su hija ya le daba la respuesta.

Meditando su contestación, Jessica ocultó el rostro entre las manos ante el dolor que le suponía ver a Nathan diariamente en sus clases y darse cuenta de que lo tenía tan cerca y a la vez tan lejos.

—El amor a veces duele —dijo finalmente, evitando ofrecer una respuesta más clara al no saber cómo explicarle a su padre que ése era uno de los mayores miedos de Nathan, un dolor que él evitaba continuamente y que a ella, por el contrario, no le importaba afrontar una y otra vez con tal de estar a su lado, porque mientras Nathan sanara posteriormente sus heridas con sus caricias, ¿a quién le importaba cuántas veces se había roto su corazón intentando amarlo?

—Sí, en ocasiones duele mucho... —le dio la razón Paul, dedicándole una triste sonrisa a su hija mientras recordaba el abandono de su esposa.

—¿Te arrepientes alguna vez de haberte enamorado, papá? —inquirió ella, consciente de que la historia de amor de su padre no había acabado nada bien.

Y, para su asombro, él la miró con orgullo y afirmó con rotundidad:

—¡Nunca! Si no hubiera sido así, tú no estarías aquí... ¿Y qué hay de ti? ¿Te arrepientes de amarlo?

—No —repuso Jessica con la misma firmeza que su padre, demostrándole que se parecía a él más de lo que creía.

—Cuéntame, Jess: ¿has hecho alguna locura por él? —indagó Paul, recordando las estupideces que había cometido en su adolescencia para ir detrás de Vivian.

—Sólo amarlo, papá —manifestó ella mientras sus ojos, a pesar de que le doliera, no podían evitar seguir buscando al hombre que quería ver aparecer por esa puerta por la que sabía que no volvería a entrar jamás.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó Paul, tratando de mostrar paciencia, esperando que ella se tomara su tiempo en contarle su historia.

—Desde que lo vi por primera vez no he parado de perseguirlo exigiéndole que me amara, y aunque él rechazaba continuamente mi amor, conseguí convencerlo para que le diera una oportunidad. No obstante, ahora ha vuelto a alejarse de mí, y yo ya no sé qué más hacer para que vuelva a abrirme su corazón.

—¿Se ha alejado de ti así, sin más? —insistió él extrañado, dispuesto a recabar más detalles.

—No, antes de irse me dijo que todo había sido un juego y que no quería aprender a amarme.

—Algunos hombres son así y simplemente les gusta jugar —musitó Paul enfurecido, apresurándose a abrazar a su hija para darle el cariño y el apoyo que necesitaba en esos momentos.

—No sé cómo enfrentarme a este juego, papá: no sé qué he hecho mal en esta ocasión o lo que tengo que hacer en la próxima... Creo que todavía no he aprendido cómo es el amor y me sigo

perdiendo en las reglas de este juego una y otra vez —dijo Jessica, dejando salir las lágrimas que había guardado hasta ese instante.

—Cariño, la única regla válida para el juego del amor es hacer todo lo que puedas para conseguirlo. Entonces no te arrepentirás de nada, porque lo has dado todo por él. Ese hombre es muy estúpido si no se da cuenta de que eres el mejor premio que podría obtener, aunque para eso antes debe ganarse tu corazón —declaró Paul, abrazando con más fuerza a su pequeña.

Y, como siempre, Jessica lo sorprendió una vez más cuando se puso repentinamente de pie, limpiándose las lágrimas mientras le mostraba lo fuerte que era.

—¡Tienes razón, papá! ¡Voy a recordarle lo buena que soy una vez más! ¡Lo voy a dar todo por él, y, si no lo reconoce, lo dejaré por imposible! Pero haré un último esfuerzo para no arrepentirme el día de mañana...

—¡Bien dicho, hija! Si ese hombre no te quiere es porque simplemente es un idiota —manifestó él con orgullo, reconociendo a la gran mujer en la que se estaba convirtiendo su hija.

—Y eso que se las da de listo... —bromeó ella, sacando definitivamente de dudas a su padre sobre la identidad del hombre del que se había enamorado.

—Entonces ¿Nathan no es gay?

—No, papá. No lo es —confirmó Jessica con una sonrisa.

—Pero sí será hombre muerto como vuelva a hacerte llorar —prometió Paul, dispuesto a concederle su ayuda a su pequeña, a pesar de que ésta hubiera crecido y ya no lo necesitara.

Y, de este modo, ante sus ojos, su niña, que nunca se rendía ante ningún reto, por más complicado que se le presentase, recuperó sus fuerzas y su determinación. Y, mientras se alejaba hacia su cuarto, Paul no tuvo dudas de que ya estaba planeando una nueva estrategia con la que derribar las reticencias de ese hombre y demostrarle, de una vez por todas, qué era el amor.

* * *

Habían pasado varias semanas desde que me había alejado de Jessica y me sentía como el peor de los canallas al haberle hecho daño con mis mentiras. Justo ahora, en el momento en que mis confusos sentimientos se habían aclarado y había aprendido al fin qué era el amor a su lado, tenía que callar que la quería para no estropear su futuro.

Esas palabras de amor que nunca le había dedicado me quemaban en los labios más que nunca, sobre todo después de haberla tratado con tanta frialdad para separarme de ella. Había sido muy difícil. Oír cuánto me amaba me había desgarrado el alma mientras me veía obligado a refrenar mis manos para no ceder a la tentación de tocarla. Sus lágrimas me habían dolido como mil demonios y solamente quería secarlas con mis besos, a pesar de que yo fuera el culpable de cada una de ellas.

Decidí establecer una separación entre nosotros que intentaba aumentar con el distanciamiento de mi corazón, aunque éste me reprochara a cada instante todas y cada una de mis acciones,

exigiéndome amarla.

Incrementé mi fría actitud hacia ella, tratando de ignorar por completo a la mujer a la que amaba. Pero, como siempre, Jessica no era una chica fácil de ignorar, y así me lo hacía saber cuando me dirigía a cada instante una de sus retadoras miradas que me reclamaban la verdad, que me exigían todas las palabras que me había guardado ese día y me recordaban que, a pesar de todo, ella aún seguía amándome.

En esos momentos tenía entre mis manos su última declaración de amor, una que no estaba dispuesto a aceptar porque entonces, tal vez, ella perdería todo lo que había conseguido y yo no quería ser el culpable de que en el futuro se arrepintiera de ello.

—¿Qué significa esto? —pregunté fingiéndome enfurecido después de que nos quedáramos a solas en el aula y le enseñara su último examen, en el que se había limitado a dar una única respuesta, la misma de siempre, repetida una y otra vez tras cada una de mis preguntas.

—Dímelo tú —declaró ella, retándome a leer sus «te quiero» en voz alta para que pronunciara esas palabras que ella tanto deseaba oír de mis labios.

—Repetirás este examen bajo la supervisión de otro profesor, el cual será el encargado de su corrección, así que procura no escribir ninguna tontería en él.

—¿Crees que enamorarte de alguien es una tontería?

—El amor es una pérdida de tiempo y una estupidez —repliqué de manera cortante, intentando darle el toque cínico que una vez tuvieron mis palabras cuando creía en ellas.

Pero esa mujer, la única que me conocía mejor que yo mismo, no cayó ante el engaño de mis palabras y vio una vez más a través de ellas.

—Y, aun así, me amas... —susurró Jessica acercando sus labios a los míos, convirtiéndose en una gran tentación que tuve que evitar alejándome de ella.

—Lo nuestro sólo fue una aventura, un momento divertido. Sexo, pero nunca amor —afirmé mintiendo descaradamente, pero sin mirarla a los ojos para que mis falsedades no se derrumbaran en cuanto viera el daño que le estaba haciendo con ellas.

Ante el silencio que llenó la habitación como única respuesta, alcé los ojos hacia ella y vi cómo esa fuerte chica se desmoronaba ante mí. Su rostro agachado, parcialmente tapado por sus cabellos castaños, intentaba ocultar las lágrimas que derramaba en silencio. Al verla así quise correr a consolarla, abrazarla con fuerza contra mí y no dejarla marchar jamás. Pero como nuestra historia no era un estúpido cuento de hadas, sino la vida real, si hacía eso nuestro final no sería tan feliz como ella soñaba, sino algo bastante amargo cuando el día de mañana se arrepintiera de haberme amado. Finalmente, lo único que hice fue apretar con fuerza los puños y obligarme a mí mismo a mantenerme inmóvil.

—Eres malísimo mintiendo, Nathan. Y, a pesar de ello, no puedes imaginar cuánto duelen tus mentiras —replicó ella antes de limpiarse bruscamente las lágrimas con la mano para, de nuevo, enfrentarse a mí.

Luego se marchó dejándome solo en esa aula vacía, con un corazón aún más vacío. Y entonces,

dirigiendo la mano hacia mi pecho, donde siempre la guardaría a ella y cada uno de sus recuerdos, constaté lo equivocada que estaba, aunque Jessica ya no estuviera allí para escucharme.

—Sí puedo... —musité ante el dolor del recuerdo de esas lágrimas que me hicieron llorar en silencio mientras me preguntaba cuánto más tendría que dañarla para que finalmente ella cesara en su empeño de amarme.

* * *

Estaba decidida como fuera a que Nathan dejara de mentirme y me confesara de una vez por todas el verdadero motivo por el que se alejaba de mí, por lo que me las apañé para conseguir su nueva dirección. Cuando le dije a mi padre que Nathan había olvidado algo sumamente importante en nuestra casa y que tenía que devolvérselo, nunca le aclaré que ese «algo» era yo, aunque seguramente lo sospechó, ya que bajó su periódico para alzar burlonamente una ceja hacia mí mientras me hacía saber con ese gesto que mi excusa era nefasta.

No obstante, disimuló e hizo como que me creía, y, dándome la dirección, me permitió que creara mi propio camino y luchara por ese imposible que en ocasiones resultaba ser amar a Nathan.

Cuando llegué al lujoso bloque de apartamentos donde se alojaba, mi intención de darle una sorpresa se esfumó en cuanto el eficiente portero de la entrada le comunicó mi visita y después Nathan contestó un frío e impersonal «déjala pasar» a través del interfono.

Antes de poder acceder al interior, tuve que dar todos mis datos personales, e incluso firmar un libro de registro, pero no me importó nada con tal de estar con él. Una vez frente a su puerta, respiré hondo y cogí fuerzas para enfrentarme de nuevo a Nathan y a cada uno de sus rechazos. Mis temblorosas manos se aproximaron al timbre, pero, antes de que llegara a pulsarlo, la puerta se abrió ante mí.

Nathan, vistiendo tan sólo unos vaqueros y una toalla que llevaba en torno al cuello, me miró gélidamente a través de las gafas. Pero esta vez no hizo falta que dijera nada para romperme el corazón, ya que la mujer que me saludó desde detrás de él vistiendo sólo una camiseta lo decía todo en su lugar.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que entregarme? —preguntó él al observar que no llevaba nada en las manos.

—Nada, Nathan... ya no tengo nada para darte —dije con el corazón roto.

Y, sabiendo que no podría luchar más por ese amor que tanto dolía, salí corriendo para alejarme de él y olvidarlo como tantas veces me había exigido él que hiciera desde que nos conocimos.

Cuando llegué a casa derramé miles de lágrimas sobre la almohada, y, sin saber cómo enfrentarme nuevamente al hombre que nunca podría amarme, quise alejarme de él para siempre. Así que, rebuscando en los cajones de mi escritorio, encontré la posibilidad de un futuro que

había pospuesto únicamente por él y la rellené con la esperanza de que, si ese lugar estaba lo suficientemente lejos, tal vez podría comenzar a olvidar que alguna vez había aprendido entre sus brazos qué era el amor.

* * *

—¡Enhorabuena, Nathan! Al fin lo has conseguido: esa chica ha comenzado a concentrarse en su futuro como nunca antes lo había hecho. Finalmente mañana se irá a Inglaterra para iniciar sus estudios en una prestigiosa universidad de Londres —me informó Serena, como si yo no estuviera contando dolorosamente los días en el calendario mientras retenía una y otra vez mis pasos, que solamente querían correr tras ella.

—La inesperada visita de un familiar en ocasiones puede ayudar mucho —repuse despreocupadamente, como si no me hubiera supuesto un gran esfuerzo mentirle una vez más a la mujer que amaba.

La repentina visita de mi prima Helena, con quien Jessica no había coincidido cuando conoció a mi familia durante nuestro viaje a Whiterlande, fue una oportunidad que no desaproveché para alejarla de mí cuando vino a visitarme, seguramente para declararme una vez más su amor. La imagen que había presenciado le daba a entender que entre mi prima y yo había algo, cuando la verdad era que yo había dejado que Helena rebuscara ropa de Roan por los cajones mientras me duchaba para escapar una vez más de las reclamaciones que ella debía hacerle a mi amigo en vez de a mí.

Por supuesto, cuando rompí el corazón de Jessica delante de Helena al no tratar de remediar ese malentendido tuve que oír su reprimenda, que cesó en cuanto vio mi apenado rostro y comprendió que, finalmente, me había enamorado.

—Pero, Nathan, ¿qué piensas hacer cuando esa chica ya no esté a tu lado? —preguntó Serena, recordándome lo vacío que me encontraba sin Jessica en esos instantes y lo solo que estaría cuando ella se fuera.

—Estudiar —respondí concentrándome en lo único para lo que siempre serviría.

—¿Y cuando los libros ya no te sirvan para ocultar tu dolor? —insistió la subdirectora, acariciando lentamente una de mis manos mientras dejaba en ella una nota con su número de teléfono, una invitación que en esa ocasión no rechacé de inmediato, ya que con ella tal vez podría intentar olvidar ese amor que dolía demasiado. Sobre todo cuando mis esperanzas para obtenerlo se habían esfumado por mis propias acciones.

* * *

Tras salir a comer con Serena y simular que me divertía, nos dirigimos hacia mi apartamento. Para mi sorpresa, esa chica que no me había dirigido la palabra en semanas, y que a la mañana

siguiente se marcharía para siempre de mi vida, se encontraba allí, esperándome una vez más frente a la puerta tras habérselas ingeniado de algún modo para esquivar al portero.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sabiendo que, si me rendía en esos instantes, ella perdería todo lo que había conseguido después de alejarla de mí.

—Quiero una última noche de amor —me reclamó Jessica, como si, a pesar de todo el dolor que le había infligido, no estuviera dispuesta a olvidarme.

—¿No es evidente que no te quiero? —repliqué ignorándola mientras atraía a Serena hacia mí y abría la puerta.

—Pues entonces tengamos sexo —insistió repitiéndome las palabras que me había dirigido la primera vez que nos vimos.

Mi respuesta fue cerrar la puerta de mi apartamento frente a ella, y, apoyando a Serena sobre esa misma puerta, intenté olvidar a Jessica. Pero los labios de esa mujer no eran los mismos que yo deseaba y las caricias de Serena solamente me hacían recordar que anhelaba a otra.

En ese instante, Jessica decidió intervenir tocando persistentemente el timbre, resuelta a impedir que estuviera con otra, por lo que me aparté de Serena y, tratando de ocultar mi sonrisa ante las locuras de la chica que nunca me permitiría olvidarla, me enfrenté a ella una vez más:

—¿Qué tengo que hacer para que entiendas que nunca podré amarte?! —grité desesperado por alejarla de mí antes de que mis acciones le hicieran más daño.

—Aunque tú no llegues a quererme, Nathan, yo jamás me arrepentiré de haberte amado —sentenció ella contundentemente, acabando con todas mis defensas y dejándome sin palabras con las que alejarla de mi lado. La miré, asombrado por la fuerza que demostraba, y me quedé sin posibilidad de rechazar su última petición, porque una última noche juntos era justamente lo que yo más deseaba en esos momentos.

Serena, comprobando que sólo tenía ojos para la chica que tenía frente a mí, se apartó de mi lado y se marchó, comprendiendo que nunca podría sustituirla.

Y yo cedí de nuevo ante el amor que ella me exigía, porque sólo junto a ella sabía lo que éste significaba.

El silencio que se estableció entre nosotros, sin saber quién daría el primer paso o diría la primera palabra para hacer posible nuestro mayor deseo, fue interrumpido por el sonido de mi teléfono. Tras contestar supe que algo volvía a interponerse entre nosotros, impidiéndonos disfrutar de ese último día juntos que tanto necesitábamos antes de renunciar a ese amor.

Mi prima y mi amigo Roan reclamaban mi ayuda con urgencia, y, sabiendo lo locos que estaban esos dos, lo mejor sin duda sería ir de inmediato en su búsqueda, ¡a Las Vegas, ni más ni menos! ¿Qué se les habría pasado por la cabeza a esos dos inconscientes?

Tras colgar a esos inoportunos, dirigí una mirada de anhelo hacia Jessica mientras sopesaba si ir o no en auxilio de aquellos dos. Pero, como siempre hacía, ella convirtió una decisión complicada en una sencilla cuando, decidida a aprovechar todo el tiempo que nos quedaba juntos, me pidió:

—Llévame contigo.

—Sólo por hoy —afirmé recordándole la distancia que desde el día siguiente existiría entre nosotros.

Y, a pesar de ello, Jessica tomó mi mano dispuesta a seguirme a donde fuera necesario, resuelta a demostrarme una vez más cuánto me amaba, sin saber que yo también estaba intentando demostrárselo a mi manera.

Capítulo 20

Helena, vestida de novia, esperaba en la capilla a que su primo Nathan llegara a la dirección que ella y Roan le habían gritado por teléfono cuando lo alentaron a acudir lo más rápidamente posible junto a ellos. Mientras se paseaba nerviosa, no podía evitar jugar con el anillo que Roan le había regalado, deseando que la historia de amor de Nathan terminara con un final tan feliz como el suyo, ya que su primo siempre los había ayudado para que pudieran estar juntos.

—Sabes que en Las Vegas no nos hace falta nadie para casarnos, ¿verdad? De hecho, podemos contratar a un testigo en cualquier momento, lo que me lleva a preguntarme: ¿por qué has llamado a Nathan? —quiso saber Roan, volviendo a convertirse en ese amigo de la infancia que tan bien la conocía.

—Nathan se merece ser feliz y yo estoy dispuesta a ayudarlo aunque se resista. Por lo pronto, en cuanto llegue voy a echarle una buena bronca por utilizarme para espantar a una chica. Y luego le entregaré el ramo de novia, y si no lo coge se lo meteré por el...

—No creo que ésa sea la mejor forma de convencer a tu primo para que acepte el ramo, cariño —repuso Roan a la vez que se apresuraba a tapar la escandalosa boca de la novia con una mano.

—Ese idiota está enamorado y no da su brazo a torcer. Creo que sigue empecinado en no enamorarse nunca de nadie —apuntó Helena furiosa tras apartar la mano que silenciaba su boca.

—¿Y te extraña? Recuerda en cuántos líos lo hemos metido a lo largo de los años tan sólo porque estábamos enamorados.

—Sí, recuerdo todas las veces que Nathan nos ha ayudado. Y justamente porque las recuerdo es por lo que quiero que sea feliz.

—¿Y recuerdas también las veces que nosotros mismos nos equivocamos, a pesar de estar enamorados? —añadió Roan, haciendo recapacitar a Helena sobre los violentos planes que tenía para su primo—. No te extrañe que él esté cometiendo uno de esos estúpidos errores, uno del que tal vez tenga que aprender como nosotros hicimos en una ocasión. Eso no significa que no pueda haber un final feliz para su historia —le hizo ver mientras la abrazaba con fuerza, decidido a no dejarla marchar jamás.

—¡Ah, mira! Por ahí llega nuestra hada madrina; a la carrera, como siempre... —susurró Helena al oído de Roan mientras observaba cómo Nathan se dirigía hacia ellos furioso.

No obstante, mientras lo hacía, se dio cuenta de que su primo no soltaba ni por un instante la mano de la mujer que corría junto a él, y que ella sonreía complacida dejándose guiar hacia el lugar donde Nathan quisiera llevarla.

—Tal vez tengas razón, Roan. Esa historia aún no ha terminado, pero eso no significa que no podamos darles un empujoncito —declaró Helena mientras le sonreía tan maliciosamente como siempre que comenzaba a idear uno de sus alocados planes.

Y como Roan estaba más que acostumbrado desde que la conocía, simplemente la siguió en él, pero no sin antes advertirle:

—No creo que a Nathan le guste que nos entrometamos.

—No te preocupes. Después de todo, es familia y no puede quejarse..., o por lo menos no demasiado —añadió ella tras reflexionar un instante.

* * *

—¡No, no! ¡Ni de coña! —se negó Nathan mientras dejaba caer espantado al suelo el ramo de novia de Helena, a la vez que fulminaba a su maliciosa prima con la mirada.

Esa entrometida y su mejor amigo lo habían engañado con una falsa emergencia haciéndolo tomar un vuelo de seis horas únicamente para que fuera el testigo en su boda, a pesar de que en Las Vegas eso no fuese estrictamente necesario, y ahora pretendían emparejarlo con Jessica sin tener ni idea de la complicada historia que había entre ellos.

En el instante en el que Jessica comenzó a observarlo de nuevo con esos ojos soñadores con los que siempre lo había mirado cuando lo perseguía, Nathan tuvo que volverse otra vez hacia ella para recordarle todos los motivos por los que no se enamoraría, pero su voz no fue tan firme como en anteriores ocasiones. Cada vez que ponía como ejemplo alguna de las historias de su alocada familia dudaba, tal vez porque esas historias habían acabado bien y la suya no tendría un final feliz.

Tras terminar de exponer ante Jessica sus razones para rechazar el amor, la pareja de novios, que había proseguido con la ceremonia escuchando de fondo sus sermones, lo miró con tristeza cuando terminaron de unirse ante el altar, mostrándole que a ellos no podría engañarlos con sus palabras.

Helena se dirigió con firmeza hacia el olvidado ramo que había en el suelo junto a Nathan, ya que éste lo había dejado caer. Y, por unos instantes, lo levantó amenazadoramente, como si tuviera la intención de golpear a su primo con él. Sin embargo, tras ver la mirada de advertencia de su marido, lo pensó dos veces y al final, después de reconocer en esa chica a la mujer enamorada que Nathan había intentado espantar de su lado usándola a ella como pretexto, le cedió su ramo y se presentó confirmándole que lo ocurrido en el apartamento de Roan hacía varias semanas no había sido más que un engaño de Nathan.

—¡Hola! Soy Helena, la prima de Nathan. Siento no haberte saludado aquel día en el que nos encontramos por primera vez. Solamente fui a buscar algo al apartamento de Roan y creo que confundiste lo que pasaba. O, tal vez, alguien *pretendió* que malinterpretaras la situación.

Antes de que Helena comenzara con sus preguntas a esa chica, el novio la reclamó. Y,

cargándosela al hombro, la alejó del lugar, no sin antes recordarle a su amigo:

—Cuando me necesites, estaré dispuesto a escuchar todos tus lamentos de amor, al igual que tú siempre has hecho conmigo.

—Yo no soy un nenaza llorón como tú —se quejó él, pero lo hizo con una sonrisa en los labios que le indicó a su amigo que agradecía su gesto a pesar de negarse a aceptar su ofrecimiento en esos momentos.

Después de la partida de los novios, Nathan y Jessica se quedaron observándose durante unos silenciosos minutos. Ella lo miraba a él con anhelo, mientras entre ambos aún quedaba esa promesa de una noche más junto a miles de preguntas que tal vez nadie respondería.

—¿Por qué me hiciste creer que estabas con otra mujer? —preguntó Jessica al fin mientras deshacía nerviosamente las flores del ramo que sostenía entre las manos y que para ella representaba un sueño imposible. Especialmente ahora que se marchaba del país.

De pronto, las firmes manos de Nathan evitaron que siguiera destrozando las flores. E, intentando eludir su pregunta, propuso hacer realidad alguno de sus sueños, aunque sólo fuera por una noche.

—Dejemos a un lado las preguntas y simulemos que esta noche eres la novia, que éste es tu ramo y que yo soy tu enamorado —susurró en su oído, tentándola con sus mayores deseos.

—¿Y mañana? —preguntó Jessica confusa, sin atreverse aún a aceptar la mano que él le tendía para que lo siguiera en esa locura e ignorara todo lo demás.

—Mañana volveremos a la realidad —anunció Nathan, resuelto a dejarla marchar y recordándole que únicamente tendrían esa noche para amarse.

Jessica lo miró a los ojos pidiéndole la respuesta que ella se merecía, pidiéndole más tiempo a su amor y reclamando ese corazón que ella sabía que la quería. Pero los ojos de ese hombre le mostraron que eso era algo que no estaba dispuesto a darle, así que, como la estúpida enamorada que era, sólo tomó lo que él le ofrecía.

Cogiendo firmemente la mano del hombre que siempre sería su primer amor aunque ella no significara lo mismo para él, le exigió en esa última noche todo lo que había echado de menos en su relación.

—Quiero que me hagas el amor como si me quisieras, como si fuera lo más importante para ti y separarte de mí te doliera horriblemente. Quiero que me mientas, y, si no puedes pronunciar ese «te quiero» con tus labios, hazlo con tus caricias. Quiero sentir lo que sería entregarme a alguien que me amara tan desesperadamente como para querer grabar esta noche en mis recuerdos y que nunca lo olvidara, como yo nunca podría olvidarlo a él —dijo Jessica, abriéndole una vez más su corazón a ese hombre. No obstante, en esta ocasión reclamó algo más—: Si hoy no puedes amarme como yo te pido, déjame —finalizó, dándole a Nathan la oportunidad que siempre buscaba para rechazarla

Y, cuando ella ya pensaba que el silencio era la respuesta de Nathan y comenzaba a alejarse de él, éste cogió su mano con firmeza, accediendo a todas sus exigencias.

—Sólo por esta noche —aclaró. Y, sin darle la oportunidad de pensar en lo que significaba que él accediera a su petición, besó sus labios con la promesa de cumplir cada uno de sus deseos antes de dejarla marchar.

* * *

Jessica me había pedido exactamente todo lo que deseaba hacer con ella esa noche, y yo no tenía fuerzas suficientes para rechazarla una vez más, así que, egoístamente, tomé todo lo que me daba. Tras reservar una habitación de hotel, la arrastré hacia allí sin dejar de besarla. Tal vez ella creyera que estaba representando un papel o que había aprendido a mentir como nadie, pero lo cierto era que ese loco enamorado que Jessica deseaba a su lado estaba allí, sólo por ella. La amaba, y me dolía horriblemente dejarla marchar. No obstante, debía hacerlo para que ella nunca se arrepintiera de nada.

Como el hombre enamorado que era, quería grabar esa noche mi nombre en su cuerpo con todas y cada una de mis caricias, para que nunca pudiera olvidarme como yo no podría hacerlo a partir de entonces, por más lejos que estuviera de ella.

Había tenido razón desde niño al recelar del amor porque, ahora que lo experimentaba, sabía que dolía demasiado, tal y como una vez temí. Pero yo no podía ser menos que Jessica, y, aunque no lo dijera en voz alta, estaba dispuesto a demostrarle con cada una de mis caricias que, al igual que ella, yo nunca me arrepentiría de nuestra historia de amor.

Cuando llegamos a la habitación, mis labios se separaron de los suyos sólo lo suficiente para abrir la puerta, y, sorprendiéndola, la cogí en brazos y la introduje en la estancia como si fuese una novia recién casada. Tras cerrar la puerta con un pie, la deposité delicadamente sobre la cama.

Jessica se sentó para contemplar cómo me desnudaba, y, dedicándome una sonrisa burlona, bromeó conmigo cuando sacó un billete de veinte dólares de su bolso y me indicó que quería que bailara para ella, sin saber que en verdad había bailado al son que ella marcaba desde el día que la conocí.

Negando con la cabeza ante sus locas fantasías, me desprendí de mi rígida chaqueta y se la arrojé para convertirme ante sus ojos en el sinvergüenza que ella adoraba. Luego me aflojé la corbata sin llegar a quitármela del todo, y, cuando comencé a desabrochar mi impoluta camisa, Jessica me hizo una señal con un dedo para que me acercara.

En cuanto me situé de rodillas junto a ella en el centro de la cama, ella me sacó la camisa de los pantalones y comenzó a desabrochar lentamente los botones. Gemí ante el sutil contacto de esas manos que tanto echaría de menos, que iba seguido por el dulce roce de sus labios y de unos besos con los que pretendía grabar su nombre en mí.

En el instante en que mi camisa estuvo abierta, terminé de despojarme de ella y la tiré despreocupadamente a un lado mientras Jessica seguía desnudando con sus caricias algo más que

mi cuerpo.

Las uñas de sus delicadas manos me marcaron levemente mientras subían por mi torso, desde la cintura de mis pantalones hasta mi corazón. Reclamándome como sólo ella sabía hacerlo, sus manos se dirigieron hacia mi rostro. Y, sin apartar sus hermosos ojos verdes de los míos, me quitó esas gafas con las que tanto le gustaba jugar para hacerme perder la compostura.

Después de dejar las gafas en la pequeña mesilla que había junto a la cama, se tumbó y me atrajo hacia sí agarrándome de la corbata que todavía permanecía alrededor de mi cuello, reclamando toda mi atención.

—¿Y quién se supone que tengo que ser ahora?, ¿un sinvergüenza al que no le importa jugar contigo o el maestro que siempre te alecciona? —pregunté burlonamente, buscando sus labios, intentando recordarle con ese beso que era ambos.

—El hombre al que no le importa otra cosa que no sea amarme —respondió Jessica, arrastrándome hacia sus brazos sin saber lo cerca que estaba de ser ese hombre que ella reclamaba.

Mientras al principio de nuestra relación los besos de esa mujer habían sido titubeantes, ahora que habían aprendido a seguirme el juego no dudaban en reclamar mi pasión aferrándose fuertemente a mí, como si ya no nos quedara tiempo. Fue en ese instante cuando recordé que sólo teníamos esa noche y entonces fui yo quien rodó por la cama para intercambiar nuestras posiciones, de modo que sería ella la que me amaría mostrándome una vez más lo que significaban esas palabras que yo ya no tenía la oportunidad de decir en voz alta.

Con la desesperación que suponía ese último momento para nosotros, mis manos la despojaron apresuradamente de su camiseta. Jessica, tan atrevida como siempre, no tardó en lanzar su sugerente sujetador de encaje negro a un lado, y yo, sin poder evitar la tentación que aparecía ante mí, acaricié lentamente su piel.

Desde su cintura, fui subiendo las manos, haciendo que su piel se estremeciera de deseo ante mis caricias mientras mis ojos se dedicaban a grabar el recuerdo de la pasión de esa mujer que, tal vez, nunca más tendría el derecho de reclamar.

Cuando llegué a sus hermosos pechos, los agasajé con las suaves caricias de mis dedos. Jugué con ellos, acariciando levemente sus excitados pezones. Moviendo su cuerpo, puse esa sugerente tentación al alcance de mi boca para degustarlos a placer a la vez que registraba en mi mente el recuerdo de cada uno de los gemidos de deleite que salían de sus labios.

Sabiendo que el sabor de su piel era insuficiente para mí, le alcé la falda hasta la cintura mientras mis manos buscaban adentrarse entre sus negras braguitas de encaje. Pero cuando mis dedos estaban cerca de experimentar la húmeda prueba de su deseo, ella se apartó de mí y se alejó de la cama para recordarme mientras terminaba de desnudarse:

—Ésta es mi última oportunidad de enseñarte lo que es el amor, así que no me la arrebates.

Cediendo a sus deseos, coloqué mis impacientes manos detrás de la cabeza para contenerme y evitar caer en la tentación de llevar las riendas.

Jessica se subió lentamente sobre mí, rozando con su desnudo cuerpo el mío. Mi impaciente miembro se alzó en su encierro, ansioso por salir, y más aún cuando los suaves senos lo rozaron juguetonamente al pasar en su ascenso hasta mí. Cuando su boca estuvo junto a la mía, besó ligeramente mis labios antes de comenzar a torturarme haciendo que sus besos bajaran por mi pecho hasta llegar a la cintura de mi pantalón. Luego, tras una sutil caricia a mi erguido miembro por encima de la ropa, volvieron a subir hasta mis labios. Ese tortuoso juego podría haber continuado una y otra vez de no ser por mi rendición ante Jessica, rogándole por lo que, sin duda, ella quería oír:

—¡Por Dios, Jessica, ámame!

Al parecer, mis palabras fueron las correctas, ya que, tras dedicarme una pícara sonrisa, volvió a descender por mi cuerpo. Pero en esta ocasión sus manos no me dedicaron una leve caricia, sino que se adentraron en mis pantalones. Tras hacerme gemir con las inexpertas caricias de sus manos, que apretaban mi miembro reclamando mi pasión, me moví al son que ella marcaba.

Cuando se detuvo, quise gritar furioso y dejar de lado la pasividad que ella me exigía para hacerla mía de decenas de formas distintas. Pero la noche era muy larga y solamente acababa de empezar, así que seguí con ese juego para ver hasta dónde era capaz de llegar ella.

Después de cesar sus caricias, me retiró con lentitud el resto de la ropa, excepto la corbata, con la que tal vez pretendía manejar a su antojo, algo que aún estaba muy lejos de conseguir. O eso pensaba yo, hasta que volvió a rozar insinuadamente su cuerpo contra el mío hasta llegar a mi duro y alzado miembro, que la reclamaba.

Fue entonces cuando su boca tomó el control y mi firme decisión de contenerme se evaporó mientras de mis labios únicamente podía salir su nombre. En más de una ocasión quise retener sus cabellos entre mis manos para enseñarle el ritmo que debían mantener sus labios al torturar mi duro miembro con su boca, con sus besos y con su lengua, pero me mantuve en la firme posición que ella me había exigido mientras mis dedos, en vez de guiarla, se clavaban en mi nuca con desesperación.

Esa dulce boca estaba acabando conmigo, más aún cuando iba acompañada de una pícara mirada con la que Jessica me observaba, sabiendo lo cerca que estaba de mi rendición. Decidido a mostrarle toda mi pasión, moví las caderas insinuando el ritmo que necesitaba, y, dispuesto a no perderme antes de tiempo entre sus amorosos labios, la aparté de mí para mostrarle lo placentero que podía ser que esa noche nos repartiéramos el control.

Antes de que Jessica pudiera protestar porque mis manos se movieran de la sumisa posición que ella pretendía otorgarme esa noche, yo la atraje sobre mi cuerpo, acallando sus protestas con un beso.

Ella se derritió como siempre hacía entre mis brazos, y yo aproveché ese momento en el que gemía perdida en el placer de nuestro beso para colocarme en una posición más adecuada con la que me tomaría la revancha.

Deslizándome sobre la cama, cogí con fuerza su cintura y la guie para que ascendiera por mi

cuerpo, dejándola en una posición en la que mi boca quedaba bajo su húmedo sexo mientras ella cabalgaba sobre mi lengua en busca del placer.

La primera pasada la hizo protestar avergonzada, pero, tras observarla con malicia, la hice desistir de decir nada más cuando mi lengua exigió su rendición, devorándola por completo.

Jessica intentó apartarse de esa pasión que la apabullaba, pero yo no se lo permití, y, cogiendo fuertemente sus caderas, no la dejé huir de mí ni de mi avasalladora lengua, que quería jugar con ella tanto como ella había jugado conmigo. O tal vez más, ya que nunca me cansaba de oír los pequeños gemidos que salían de su boca.

Sumida en el placer, muy pronto no fueron mis manos las que guiaban sus caderas hacia mí, sino que fue ella misma la que, agarrándose al cabecero de la cama, comenzó a mecerse sobre mi lengua buscando su placentero roce. Mis manos dejaron entonces de sujetarla, ya que ella se había rendido a mis atenciones, y las subí por su cuerpo hasta llegar a los sonrosados y erguidos pezones, que representaban para mí una tentación que no quería ignorar.

Dedicándole las caricias de mis manos, hice que esas sonrosadas cumbres se rozaran contra mis dedos, y Jessica no pudo evitar acercarse pidiendo más de mis caricias mientras se mecía descontroladamente sobre mi lengua, muy próxima al clímax.

Mis dedos decidieron ser más atrevidos y pellizcaron sutilmente sus erectos pezones mientras mi lengua imponía un ritmo más apremiante para conseguir su rendición. Jessica gritó mi nombre a la vez que convulsionaba sobre mí, llegando a la cúspide del placer mientras marcaba con sus uñas esa cama en vez de mi piel.

Sintiendo envidia del cabecero donde quedaron grabadas las muestras de su deseo, volví a deslizarla por mi cuerpo hasta donde la esperaba mi palpitante erección y de una dura embestida me introduje en ella. Tras un gritito de sorpresa, Jessica estableció el ritmo de nuestro placer y yo no pude evitar deleitarme al oírla gemir mi nombre una vez más.

Mis impacientes manos no dudaron en agasajar de nuevo sus erguidos pezones, aumentando su goce. Mi boca, atraída por la tentación de sus bamboleantes pechos, no pudo resistirse a probarlos de nuevo. Y, guiado por el placer de oír sus gemidos, coloqué una mano entre nosotros buscando acariciar su sensible clítoris para avivar la pasión que me mostraba mientras aseguraba amarme.

Jessica aumentó el ritmo de su cabalgada, buscando ese placer por el que su cuerpo ardía y que yo prometía darle. Pero yo me resistía a otorgárselo al recordar cómo me había torturado ella antes.

—Por favor, ámame... —me reclamó al fin, fijando sus profundos ojos verdes en los míos.

Y, rindiéndome ante esas palabras, que si eran pronunciadas por ella nunca podría ignorar, agarré sus caderas para guiarla hacia la cima del placer que ambos buscábamos.

Adentrándome en ella más fuerte, más rápido y con la desesperación de saber que sólo teníamos esa noche, hice que llegáramos al clímax mientras acallábamos nuestras palabras de amor con el calor de nuestros besos. Unas palabras que, a partir del día siguiente, ya no podríamos decírnos.

Cuando Jessica descansaba entre mis brazos la apreté fuertemente contra mí. Y, dejando su adormilado cuerpo reposar sobre la cama, me quité la corbata para atar sus manos. Así las retuve y me dispuse a descender por ella, dejando un camino de besos por su espalda, reclamando más.

—¿Qué haces? —preguntó confusa ante el anhelo que aún le mostraba.

—Ahora es mi turno de amarte —respondí sorprendiéndola. Y, negándome a mirarla a los ojos, continué descendiendo por su cuerpo, grabando en su piel las decenas de «te quiero» que no podía pronunciar y que mis labios guardarían por siempre.

Capítulo 21

Me desperté sola y desnuda en la cama de un hotel, donde la única evidencia de que esa noche no había sido un sueño eran las revueltas sábanas y las marcas que Nathan había dejado en mi piel.

A pesar de que él no me lo hubiera dicho, no tenía ninguna duda de que él me amaba y, aun así, no comprendía por qué me había alejado de su lado sin motivo alguno o por qué se negaba a expresar en voz alta lo que sus caricias siempre me revelaban.

A mí no me importaba gritar a los cuatro vientos mi amor por él, ese amor que Nathan siempre se callaba. Pero, a pesar de su silencio, sus acciones me daban alguna esperanza. «Como ahora», pensé mientras admiraba el olvidado ramo de novia que había sido depositado cuidadosamente en un vaso de agua, como si alguien hubiera querido prolongar el recuerdo de esa noche en mi memoria. O en la suya.

Recuperando las fuerzas para levantarme frente a cada una de mis heridas, me vestí y cogí el ramo, que no pensaba dejar atrás, y me dirigí hacia el aeropuerto pensando que, si el destino nos había juntado en una ocasión, ¿qué le impedía volver a hacerlo en el futuro?

Tal vez en esa segunda oportunidad yo podría enseñarle a amar y él podría por fin dedicarme ese «te quiero» que tanto evitaba. Mientras tanto, yo seguiría creyendo lo mismo y diría ante cualquiera lo que nunca me había importado confesarle a Nathan una y otra vez, aunque él no estuviera dispuesto a escucharme: «No me arrepiento de haber aprendido contigo qué es el amor...».

* * *

Habían pasado sólo tres días desde que Jessica se había marchado a Londres y no había un solo momento en el que Nathan no la echara de menos o se preguntase en qué nuevo lío se habría metido y cómo se las arreglaría para salir de éste si él no estaba a su lado para ayudarla.

Como llamarla supondría una debilidad imperdonable y le daría pies a Jessica para volver a su lado y desechar el estúpido futuro que podría labrarse lejos de casa, Nathan se limitaba a espiar las conversaciones de sus amigas con la esperanza de averiguar algo de la mujer que amaba. No obstante, cada vez que estaba cerca de ellas, esas chicas lo fulminaban con la mirada mientras guardaban un silencio que nunca exhibían en sus clases.

Tenía tantas ganas de volver a oír de labios de Jessica esas palabras que nunca podría olvidar, pero, por más que lo quisiera, después del daño que le había hecho, lo último que oiría dirigido a

él sería un «te quiero».

—¡Tú, cabrón! —fue la única advertencia que tuvo Nathan antes de que un hombre furioso se abalanzara sobre él en los jardines de la universidad y lo placara en el frío suelo para luego encajarle varios puñetazos en el cuerpo y el rostro.

Después de los primeros golpes, Nathan intentó evitar los furiosos puños de ese hombre sin responder a sus provocaciones. Pero las palabras de éste lo llevaron a bajar de nuevo sus defensas.

—¡Has hecho llorar a mi niña! —exclamó furiosamente Paul Scott, mostrándole finalmente que conocía la historia que habían vivido Jessica y él, logrando con sus palabras que Nathan bajara los brazos con los que se protegía, sintiéndose más culpable que nunca—. ¡Has jugado con ella como has querido una y otra vez y la has hecho sufrir! ¿Qué excusa tienes para ello? —inquirió alzando una vez más su puño derecho, un puño que Nathan esta vez sí esquivó.

Y, tras quitarse al padre de Jessica de encima y ponerse de pie, se convirtió en el canalla que ella siempre buscaba en él, enfrentándose a Paul con la verdad.

—Jessica quería aprender qué era el amor... —respondió con una sonrisa burlona asomando a sus labios, más provocador que nunca.

—¡Hijo de...! —gritó Paul antes de abalanzarse de nuevo sobre él.

Pero en esta ocasión Nathan evitó a su adversario y le propinó un golpe mientras le revelaba todo el dolor que guardaba dentro simplemente porque ya no podía más.

—¡No admito recriminaciones de un hombre que no sabe nada de su hija! —dijo mientras esquivaba un nuevo puñetazo—. ¿Sabe cuántas veces intenté evitar que ella se enamorara de mí, cuántas veces la rechacé para protegerla?

—Es obvio que deberías haberlo hecho con más firmeza —declaró Paul, intentando asestarle un nuevo golpe.

—Sí, lo sé, pero no tuve fuerzas para hacerlo, y ella, a pesar de mis continuos rechazos, siguió demostrándome que me amaba. Una y otra vez. Y, aunque no quería hacerlo, me aproveché como un canalla aceptando lo que me ofrecía sin darle nada a cambio porque ella siempre me reclamaba algo que era imposible para mí... —confesó Nathan, evitando un nuevo puñetazo que en esta ocasión no iba con la misma fuerza que antes.

—¿Y qué te reclamaba? —preguntó Paul confuso cuando vio que en el frío rostro del hombre que tenía ante sí aparecían unas silenciosas lágrimas que él nunca había notado, tal vez igual que sus sentimientos.

—¡Quería que la amara, algo que no puedo hacer! —gritó Nathan desgarradoramente, dejando salir su dolor.

—Pero ¿por qué no puedes querer a mi hija? ¿Qué te lo impide? —insistió Paul, igual de cabezota que su hija, incapaz de ver los obstáculos que había en su camino.

Sin embargo, cuando iba a contestar, Nathan se percató de repente de que, en esta ocasión, el deseo de estar junto a ella era tan grande que no le importaba enfrentarse a todos esos obstáculos

con tal de estar a su lado.

—Una última pregunta antes de decidir si debo arrancarte la cabeza o no: ¿por qué la has hecho llorar?

—Porque, si no lo hubiera hecho, Jessica no habría aceptado jamás alejarse de mí y aprovechar esa beca que le supone una gran oportunidad para su futuro.

—La amas... —dijo Paul, resignado a posponer esa paliza.

—Creo que sí... —contestó Nathan algo confuso.

—No era una pregunta, sino una afirmación. Cualquiera que tenga dos dedos de frente puede ver que la amas. Sólo por ello te libras de una buena paliza, pero no tardes demasiado en ir a por Jessica, o tal vez sea ella quien te la dé.

—Pero yo... hay tantas cosas que... —trató de explicar él los motivos por los que no podía correr junto a ella como tanto deseaba.

—¿Acaso no es tu propia negación a ese amor el obstáculo más grande que tienes frente a ti? —señaló Paul, dejando a Nathan dolorido y completamente confundido, sin saber cómo debería enfrentarse al amor para ganar, cuando ése nunca había sido un juego en el que estuviera interesado. O, por lo menos, así había sido hasta que llegó ella.

* * *

Mientras caminaba de vuelta a mi clase, lastimado por los golpes de un hombre que tenía claro lo que debía hacer para alcanzar el amor, reflexionaba sobre la manera en que yo, que me creía tan listo, me había perdido por el camino. Recordé a los alocados miembros de mi familia, que se convertían en unos idiotas cuando se enamoraban, y no tuve ninguna duda de que yo ya me había transformado en uno de ellos. Ahora comprendía un poco mejor cada una de sus estúpidas acciones por alcanzar a la mujer que amaban, ya que sin ellas no eran nada. Tan sólo tres días sin Jessica y mi mundo se derrumbaba, el corazón me dolía más que nunca y yo no sabía cómo seguir adelante porque todo mi planificado futuro no significaba nada si ella no estaba a mi lado para compartirlo conmigo.

Intentando prepararme para mi próxima clase, caminé por los pasillos en dirección al aula, pero mi mente no estaba en esas clases en las que tanto me había gustado sumergirme antes. Ahora sólo podía pensar en ella.

Frustrado, mesé mis cabellos con una de mis manos mientras trataba de averiguar cómo seguir un día más sin ella a mi lado. De un modo absolutamente tonto e irracional, mi corazón creía que en cualquier momento Jessica volvería a aparecer saltando de nuevo sobre mí con su firme declaración de amor. Y, cuando la realidad se imponía y ese hecho imposible no tenía lugar, mi estúpido corazón se desilusionaba porque ella no estaba allí para reclamarlo.

En un momento dado, sonó mi teléfono. No creí tener fuerzas para contestar a las impertinentes preguntas de mi familia o para afrontar los despreocupados consejos que me daban sin saber

cuánto dolía cuando éstos salían mal. No obstante, respondí a la llamada porque se trataba de mi hermana Tori, una alocada chica que, una vez más, me pediría algún consejo sobre cómo conseguir el amor sin saber que yo era la persona menos adecuada para orientarla, ya que había fallado por completo a la hora de conseguir el mío, tal vez porque había tardado demasiado en reconocer que estaba enamorado.

—¿Qué quieres, Tori? —contesté desanimado, rogando porque esa conversación no durara mucho.

—¡Ayudarte, hermanito! —replicó ella con una firmeza y una convicción en la voz que nunca antes había tenido.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo pretendes ayudarme? —pregunté sintiéndome cínico y deprimido ante la idea de que una adolescente de apenas quince años pudiera tener la solución a alguno de mis problemas.

—Voy a hacerte reconocer que te has enamorado de Jessica y...

—Demasiado tarde, hermanita. La amo —respondí cortando de raíz el ridículo discurso que me dedicaría mi hermana y que sólo me haría más daño.

—¡Ah! Entonces ¿por qué no estás con ella?

—Tú aún no lo comprendes. Hay muchos obstáculos entre nosotros y...

—¡Oh, Nathan! ¡No me vengas con excusas baratas! Tan sólo dime la verdad: ¿por qué no estás con ella?

—Yo... —y, sin saber qué responder, guardé silencio.

—Yo te diré por qué no estás a su lado: mientras que ella ha sido tan valiente como para gritarte una y otra vez a la cara que te amaba, aún no he visto que tú hicieras lo mismo. Como un cobarde, no alzas la voz simple y llanamente porque tienes miedo de ser rechazado.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo eres tan sabia, Tori? —pregunté, reconociendo que entre mi hermana pequeña y yo se habían vuelto las tornas y ahora era ella la que me daba una lección a mí.

—Desde que me enamoré. He aprendido a base de errores lo que era estar enamorada, me equivoqué y me caí, pero me levanté y volví a buscar a ese chico al que le había entregado mi corazón, una y otra vez, hasta que él lo aceptó de nuevo. Porque, ¿sabes, Nathan?, el amor puede doler al intentar alcanzarlo, pero aún hace más daño perderlo por completo.

—Lo sé —dije llevando mis manos hacia ese impaciente corazón que latía tristemente en mi pecho y que me dolía cada vez que pensaba que ella estaba demasiado lejos como para alcanzarla.

—Deja de ser un cobarde, Nathan, y ve a por ella. Salta todos los obstáculos que se interpongan en tu camino y que solamente son excusas que pones para no decirle que la amas —me ordenó mi hermana con un tono serio y autoritario que no admitía discusión.

—¿Y si ella ya no me quiere? —me quejé infantilmente ante esa posibilidad mientras mi corazón volvía a doler ante esa idea.

—Entonces tendrás que recordarle por qué se enamoró de ti una y otra vez, hasta que vuelva a hacerlo. Te has acostumbrado a que esa chica corra detrás de ti, hermano. Ya es hora de que seas

tú quien vaya detrás de ella. Y te aconsejo que lo hagas de una forma en que no pueda rechazarte.

—Tori, el amor no es tan fácil...

—No, pero intentar conseguirlo depende de algo tan simple como responder a una pregunta: ¿la amas? ¡Pues entonces ve a por ella! —finalizó Tori antes de colgarme, demostrándome que ella había aprendido esa difícil lección en el camino de la vida antes que yo, que me había quedado rezagado.

—¡No pienso quedarme atrás! —murmuré decidido, dispuesto a recuperar ese amor que había perdido por miedo.

Cuando llegué a mi clase pensando cómo volvería a conseguir que esa mujer se fijara en mí de nuevo, especialmente después del daño que le había hecho con la intención de alejarla, me encontré al profesor Dilton, que debería haberme guiado en esas clases, ocupando finalmente su mesa.

Mientras reclamaba el lugar que le pertenecía, lo observé sonreír ante alguna de las respuestas que algún alumno había dado a mi examen. Cuando me acerqué más y vi el que estaba corrigiendo, intenté arrebatarlo avergonzado.

—Esta pregunta me trae muchos recuerdos —dijo mientras la rodeaba con un rotulador rojo, dándome su puntuación—. Yo también tuve una alumna que no paraba de declararme su amor por los pasillos, aunque la cosa fue peor porque ella solamente estaba en el instituto y la diferencia de edad entre nosotros era demasiado grande. Creo que en alguna ocasión incluso fui tachado de pervertido, ya que a los ojos de la sociedad era imposible la idea de que existiera un amor real entre nosotros.

—¿Y cómo lo solucionó? —pregunté sorprendido de que ese viejo profesor hubiera vivido una historia parecida a la mía.

—¿No es obvio? Me casé con ella. Pasados unos cuantos años, claro está —contestó riendo muy satisfecho por el desenlace de su historia. Aunque yo sabía que, sin duda, su relación no había sido tan sencilla como pretendía aparentar—. Esto está muy mal, Nathan —añadió corrigiendo mis datos como yo había hecho con él cuando lo conocí—. Porque esta respuesta es algo que tenéis que resolver juntos —declaró dejando ese papel en mis manos, mostrándome que por el momento estaba suspendido en esa materia. Y para un hombre como yo, al que nunca le había gustado suspender ninguna asignatura, eso era algo que, definitivamente, tenía que remediar...

* * *

En esa prestigiosa universidad de Londres que se encontraba a ocho horas de vuelo de mi hogar, doce si hacías alguna escala, me aburría más que nunca. Se suponía que todo debería ser nuevo y emocionante para mí al formar parte de esa vieja universidad portadora de una larga y reconocida historia. Los preciosos edificios que se extendían a lo largo del campus tenían varios

siglos de antigüedad y estaban magníficamente conservados. Los alumnos utilizaban orgullosos unas instalaciones que habían dado cabida a ilustres personajes de la historia. Los criterios de admisión para ese lugar eran durísimos y, en ocasiones, todavía me preguntaba cómo había podido acabar yo allí. Luego recordaba a mi malicioso profesor y no tenía duda de que, sin él ni su desbordante y contagioso entusiasmo por la historia, no habría terminado apasionándome tanto por mis estudios.

Los programas educativos contaban con unos tutores que ayudaban a los alumnos a alcanzar y seguir los estándares que exigía la universidad, unas tutorías en las que en ocasiones me perdía al recordar a otro profesor al que nunca podría borrar de mi mente.

La residencia universitaria en la que vivía con otros alumnos becados me concedía algo de libertad dentro de ese estricto ambiente, una libertad de la que tal vez debería disfrutar, pero que con un corazón roto apenas si llegaba a contentarme.

Todo el esplendor que mis compañeros y profesores intentaban mostrarme quedaba deslucido en el momento en el que recordaba que Nathan no estaba a mi lado. E incluso entonces, rememorando nuestra historia, intentaba buscarle un motivo a su rechazo.

Tardé meses en comprender por qué Nathan me había alejado de su lado, y de una forma tan dolorosa, además. Al principio lo taché de cobarde y le dediqué unos cuantos apelativos más bastante insultantes. Pero finalmente caí en la cuenta de que, en lo referente a mí, él siempre se consideraría antes un profesor que un amante. Ahí vi con claridad que el único motivo plausible por el que hubiera querido apartarme de su lado era que él hubiese sabido de esa beca antes que yo.

Así, me habría manipulado cruelmente para que decidiera marcharme eligiendo un futuro lejos de él, sin consultarme. Y, seguramente pensando que era lo mejor para mí, había rechazado mi amor una vez más, cerrando su corazón incluso a la posibilidad de poder seguir juntos, a pesar de la distancia.

Cuando llegué a esa conclusión perdí la paciencia y grité decenas de veces lo cobarde que era, pero, mientras lo maldecía, decidí que no volvería a correr detrás de él, porque si eso era lo que Nathan había elegido, no podría hacerle cambiar de opinión.

Mi pensamiento de que él no sentía nada por mí se desvaneció por completo al comprender que sus silencios y las frías palabras que había dejado salir con dificultad de sus labios durante nuestros últimos momentos juntos le hicieron tanto daño a él como a mí. Ahora lo veía. Quise volver corriendo a su lado y confesarle mi amor otra vez, pero decidí ser fuerte y atenerme a mi decisión: esa distancia que Nathan había interpuesto entre nosotros la tenía que romper él, o, de lo contrario, mi gesto no serviría de nada. Ahora le tocaba a él correr detrás de mí y pronunciar esas palabras de amor que tanto trabajo le costaba decir.

Me dediqué a acosar a mi padre en cada llamada a casa. A través de él me enteré de que Nathan había terminado sus prácticas como becario en mi antigua universidad, que el desaparecido profesor Dilton al fin había regresado y ocupado su lugar para aleccionar a Nathan

durante esos últimos meses sobre cómo ser un profesor menos estricto. Algo que, sin duda, y conociéndolo como lo conocía, no consiguió.

Pero lo que más me descorazonó fue que, al contrario de lo que yo pensaba que haría, Nathan no se había quedado como profesor en la universidad de mi ciudad, donde yo pudiera encontrarlo fácilmente a mi vuelta, sino que, una vez más, había desaparecido y huido de mí.

Mientras maldecía al destino por ser tan cruel conmigo al hacerme perderlo cuando apenas lo había encontrado, me adentré cabizbaja en clase. Y, sin importarme cuanto me rodeaba, tomé asiento para simular que ese día prestaría atención a las lecciones. Pero la verdad era que ya hacía tiempo que mi mente estaba sumida en la posibilidad de haber perdido a Nathan para siempre.

Sin poder aguantarlo más, las fuerzas me abandonaron y comencé a derramar silenciosas lágrimas sobre mis apuntes, hasta que unos rumores que oí a mi alrededor llamaron mi atención:

—¿Has visto a ese profesor tan guapo?

—Parece muy joven, ¿estás segura de que es nuestro nuevo profesor?

—Pero ¿qué está escribiendo en la pizarra?... ¡Esto es clase de Historia del Arte, no de Matemáticas!

Al oír el último comentario, mi corazón dio un salto en el pecho sin saber por qué. Sorprendida, limpié mis lágrimas y alcé el rostro para mirar hacia el frente del aula, donde se hallaba la gran pizarra que se utilizaba en las clases. Estupefacta, sin poder creerlo, vi quién era mi nuevo profesor: el hombre con el que había aprendido qué era el amor.

—¡Jessica Scott, baja aquí a resolver este problema! —ordenó él con firmeza, reclamando mi presencia junto a él, haciéndome saber que estaba allí sólo por mí.

Mientras bajaba atropelladamente hacia él por la escalera del aula, tuve que contener las ganas de salir corriendo y arrojarme a sus brazos como deseaba. En lugar de eso, cuando llegué a su altura no pude evitar preguntarme si Nathan habría aprendido al fin mi lección y si sabría resolver ese problema.

—¿Es que aún no sabes cuál es el resultado de este problema? —inquirí retándolo con la mirada mientras cogía entre mis manos el borrador.

—Sí, pero es aún mejor si lo resolvemos juntos —dijo sonriente.

—Este problema tiene dos resultados: el lógico y el irracional. ¿Con cuál de ellos te quedas, Nathan? —pregunté examinando al que había sido mi estricto profesor en el amor para ver si en esta ocasión su respuesta era la correcta.

Y entonces, uniendo su mano a la mía, comenzamos a borrar la parte superior de esa ecuación que solamente era un juego para niños hasta que vimos aparecer ante nosotros esas palabras que, desde el principio, habían estado grabadas en nuestros corazones. Y en ese momento Nathan al fin me dio la respuesta que yo siempre había querido oír.

—Me quedo contigo, porque te amo —dijo leyendo lo que había escrito en la pizarra.

Luego, sin importarle el momento ni el lugar, ni su posición ni el escándalo que podríamos

causar, me besó delante de todos los asombrados ojos del resto de mis compañeros tan apasionadamente como siempre, exigiéndome una respuesta para su expuesto corazón, una que yo no tardé en susurrar en su oído, ya que, a pesar de que hubiera sido difícil, Nathan por fin había aprendido a amarme.

En adelante, para continuar con la difícil lección, solamente teníamos que recordarnos a lo largo de nuestros días por qué razón estábamos juntos usando esas palabras cuyo significado, en ocasiones, tanto tardábamos en aprender:

—¡Te quiero!

Epílogo

—¡Ya me estás entregando el dinero que he ganado, Raymond! —exclamó Tori, reclamándole a su primo las ganancias de su apuesta.

—Sabes que es ilegal que los menores apuesten, ¿verdad? —declaró Raymond, intentando evitar desprenderse de su dinero. Pero, ante la irónica mirada de Tori, que le recordaba que él también era menor de edad, finalmente cedió, deshaciéndose de unos cuantos de sus billetes, no sin alguna que otra queja de por medio—. ¿Quién demonios podía pensar que Nathan terminaría enamorándose? ¡Y mira que lo apunté en la pizarra sólo porque era el mayor de nuestros primos, pero nunca pensé que acabaría cediendo a la locura del amor!

—El amor lo puede todo, primito —rio Tori mientras contaba su dinero delante de Raymond, presumiendo de paso de que ella, como siempre, había tenido razón.

—Sabes que tú también estuviste en esa pizarra, ¿verdad? —anunció Raymond con la intención de molestarla y borrarle esa insufrible sonrisita de satisfacción de la cara. Sin embargo, no precisó que fue él mismo quien la apuntó en ella para no ganarse algún golpe en represalia.

—Ya lo sé —contestó Tori mientras su complacida sonrisa se agrandaba—. Y tengo que darte las gracias por apuntarme, primito —dijo burlonamente, dejando a Raymond bastante intrigado con su respuesta.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque, aunque mi hermano viera como una desgracia que su nombre apareciera en la pizarra del bar de Zoe, yo lo veo de otra manera... ¿O es que no te has dado cuenta de que siempre que un miembro de nuestra familia acaba en ella es afortunado en el amor?

—Únicamente las mujeres podéis tener ideas tan absurdamente románticas de lo que es sólo una pizarra donde se apuntan apuestas... —musitó él negando con la cabeza.

—Oye, Raymond, ¿tienes idea de por qué hay algunas chicas buscándote para que les hagas un avión de papel que luego están tirando por las ventanas del último piso? —intervino Logan en ese momento mientras abrazaba a Tori cariñosamente por la espalda, sin dejar de mirar intrigado a su amigo.

—¡Ah! Solamente es un nuevo negocio —declaró Raymond intentando esquivar la satisfecha mirada de su prima, que lo señalaba como un romántico empedernido. Igual que ella—. No es lo que crees, Tori: sólo me he inventado una leyenda para mi propio beneficio.

—¿Qué leyenda? —quiso saber Logan.

—Una leyenda creada a partir de la estúpida historia de amor de dos idiotas, según la cual, si

lanzas tu carta de amor por la ventana del último piso y llega a tu enamorado, tu amor será correspondido... —manifestó Raymond, marchándose precipitadamente en pos de sus lucrativos negocios antes de que su prima lo amenazara a él con esa tontería de que su propio nombre, algún día, se encontraría en esa pizarra.

«Aunque tal vez está demasiado ocupada ahora mismo para eso», pensó con una sonrisa mientras veía cómo Logan entretenía a Tori con un beso, sin duda dándole una vez más la respuesta que merecía el recuerdo de su gran carta de amor.

Un año después

—¿Sabes esa leyenda de amor de esta universidad, según la cual, si resuelves una difícil ecuación junto a tu enamorado en la pizarra del aula de Historia del Arte, acabaréis casándoos?

—No... ¿Y es cierta?

—No lo sé, pero por probar no pasa nada. Creo que todo viene por un profesor que se declaró a una de sus alumnas en el aula nada más llegar.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y acabaron juntos?

—Sí, creo que se casaron pocos meses después de que él empezara a trabajar aquí.

—¿Y a qué esperamos? ¡Vamos al aula de Historia del Arte!...

Mientras las nuevas alumnas que acudían a la universidad por primera vez se dirigían hacia esa clase soñando con el amor, la pareja de la que había surgido esa leyenda se escondía detrás de unos frondosos árboles del campus, donde se besaban recordando el resultado del difícil problema que había sido amarse.

—Seguro que luego me encuentro el aula llena de locas enamoradas —protestó Nathan tras oír esa conversación.

—Tienes prohibido resolver ese problema con otra alumna que no sea yo —bromeó Jessica mientras lo agarraba de la corbata para atraerlo hacia sí.

—Sólo podría resolverlo contigo... —dijo él, dejándose guiar por su mujer. Y, antes de sellar sus labios con un nuevo beso, le pidió esa lección que únicamente ella podía mostrarle—: ¡Enséñame qué es el amor!

Biografía



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>

Referencias a las canciones

I Will Always Love You, Arista Records LLC, interpretada por Whitney Houston. (N. de la e.)

Enséñame qué es el amor
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22348-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

